

An artistic illustration of a man and a woman in a romantic pose. The man, on the left, has light brown wavy hair and blue eyes, looking towards the woman. The woman, on the right, has long dark brown hair and is looking back at him. They are holding hands, with the man's hand resting on the woman's arm. The background is a soft, warm gradient of yellow and orange. The overall style is painterly and romantic.

Una oportunidad para ser felices

por ti
seré

CARLOS AMADOR

CARLOS AMADOR

Por ti

seré

Primera edición: diciembre 2023

ISBN: 9798854857536

© Carlos Amador, 2023

Diseño de cubierta: Pilar Costa Hernández.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros sin autorización previa y por escrito del autor, autores y/o licenciarios. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



A mi sobrina Brianna,
porque la vida es mejor contigo

1

El primer pensamiento que se me vino a la mente después de despertarme por la alarma del teléfono y no por los gritos de mi padre fue que se había olvidado de mi cumpleaños.

Desde que me alcanza la memoria, cada 26 de abril mi padre me despertaba al grito de: «¡Feliz cumpleaños, princesa!», y me traía mi desayuno favorito a la cama: Tortitas con caramelo y su famoso batido de chocolate blanco. Famoso porque así lo llamaba él, no porque fuera famoso de verdad. Luego me decía que había escondido un regalo en algún lugar de la casa. Yo me volvía loca buscándolo, porque siempre estaba donde menos me lo esperaba.

Decidí esperar unos minutos más. Tal vez se ha despistado. Mi padre siempre había estado muy pendiente de mis cumpleaños. Recuerdo que cuando cumplí siete años, me despertó disfrazado de Peter Pan. En aquella época yo estaba realmente obsesionada con la película, y un poco enamorada del actor también. Me puse el disfraz de campanilla que me regaló y estuvimos fingiendo que estábamos en *Nunca Jamás* todo el día. Hasta Víctor, el padre de Sarah, se disfrazó de Capitán Garfio para darme la sorpresa. Dos años más tarde, me regaló una cámara digital nueva, pues la que tenía ya se había quedado anticuada, aunque todavía seguía conservándola ya que fue un regalo de mi madre. Al siguiente, dos entradas para ir a ver juntos el concierto de Coldplay. A los catorce, fuimos a Disneyworld Orlando. El año pasado, un nuevo objetivo para la cámara y un trípode. Se pasaba el año ahorrando y planificando todo al detalle para que, cuando llegase el día, fuera perfecto. Por eso me costaba creer que se hubiera olvidado de mi cumpleaños.

Después de quince minutos esperando, supe que ya no iba a aparecer. Me levanté de la cama con una sensación extraña en el estómago y fui a darme una ducha. Me puse unos vaqueros altos y una blusa de tirantes blanca debajo de la cazadora de Alex. Me hice una coleta alta, me maquillé ligeramente y bajé a la cocina a desayunar. Allí se encontraba mi padre, leyendo el periódico mientras desayunaba unas tostadas como si hoy no fuera un día especial, como si hoy no fuera el cumpleaños de su única hija.

Yo me quedé mirándolo uno segundos, esperando cualquier reacción por su parte, algo que me dijera que realmente se había olvidado o que se estaba haciendo el loco para después darme la sorpresa. No hizo absolutamente nada, tan solo pasar la página del periódico. Alzó la mirada cuando me oyó y luego volvió a centrarse en el artículo que leía.

—Buenos días, princesa —me saludó.

—Buenos días —dije, algo seca—. ¿Has dormido bien?

—Sí. Muy bien.

Se terminó el café de un solo trago y se incorporó.

—Tengo que irme. Nos vemos esta noche. Te quiero.

Se marchó con prisa, como si llegara tarde a trabajar.

Yo me quedé mirando la puerta con tristeza.

—Pues sí que se ha olvidado de mi cumpleaños...

Cuando terminé mi solitario aunque delicioso desayuno de cumpleaños, me monté en el Rover y conduje hasta llegar a la casa de Alex, donde los recuerdos de los últimos meses vinieron a mí. Habíamos pasado mucho tiempo en el jardín, jugando con sus primos pequeños y también al lacrosse. Me enseñó algunas técnicas de juego, bueno, más bien lo intentó, porque cada vez que nos poníamos a jugar, de algún modo, Alex acababa encima de mí y su boca pegada a la mía.

Tampoco es que me quejara, la verdad.

Alex me esperaba sentado en la hamaca mientras hablaba con alguien por teléfono. Se incorporó al verme y avanzó por el camino asfaltado que atravesaba el jardín. Por la forma agitada en la que movía las manos y por cómo alzaba la voz, supuse que estaba hablando con su hermano. No habían vuelto a verse desde aquel día en el Sunset Palace, aunque Oliver no dejaba de intentar hablar con él.

—¿Qué parte de que no quiero saber nada de ti no has entendido, Oliver? —instó a su hermano cuando se sentó a mi lado—. ¡Qué me dejes en paz de una puta vez!

Guardó el teléfono en el bolsillo del vaquero.

—¿Qué quería?

—Nada importante —musitó mientras se ataba el cinturón.

—Lleva insistiendo en hablar contigo desde Navidad, tal vez sea importante...

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Pretendía que nos viéramos porque necesitaba hablar con alguien, como si yo no tuviera nada mejor que hacer que escuchar sus penas... —sacudió la cabeza con indignación—. Ni siquiera sé por qué cojones lo ha intentado cuando sabe perfectamente que no quiero saber nada de su vida.

—¿Y a quién pretendes que acuda? —pregunté mientras me adentraba en la carretera—. Por mucho que lo odies, Alex, sigue siendo tu hermano.

—Sí, es mi hermano —gruñó—. El mismo que no se dignó a venir al entierro de nuestros padres. El mismo que abandonó a su hermano pequeño por unos millones de dólares... Por favor, Chloe, no te metas en esto. No me apetece discutir especialmente hoy.

—¿Y eso por qué? —pregunté, haciéndome la tonta y con la esperanza de que Alex no se hubiera olvidado de mi cumpleaños.

Ladeó la cabeza y me miró con ojos cansados.

—Ya sabes que dentro de poco es el último partido de la temporada, el entrenador quiere que demos el máximo rendimiento posible en el entrenamiento de esta tarde. Anoche tuve otra pesadilla y apenas dormí. Una discusión ahora mismo acabaría con la poca energía que me queda. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro —forcé una sonrisa—. Lo entiendo.

No quise pensar mucho en el hecho de que mi padre y mi novio se habían olvidado de mi cumpleaños porque no quería empezar el día de mal humor. Entendía que Alex no se hubiera acordado porque desde que Harry murió, una parte de la responsabilidad económica recaía sobre él y se pasaba la mayor parte de su tiempo libre trabajando en el taller de su tío para poder llevar dinero a casa. Sus problemas se solucionarían si decidiera aceptar la ayuda de su hermano, pero se negaba rotundamente a coger su dinero. Sin embargo, no había ninguna excusa para que mi

propio padre, el mismo hombre que me dio la vida, se hubiera olvidado...

Llegamos al instituto. Alex me rodeó los hombros del mismo modo que había hecho cada día desde que empezaron las clases al pasar por la zona donde encontré a Sarah. Ese era su modo de mostrarme apoyo sin necesidad de palabras, como si su cuerpo fuera una especie de escudo que me protegía de cualquier sentimiento nocivo.

Tras coger el libro correspondiente a la primera hora, nos separamos para ir a clase. Dentro de mi aula, Brett estaba sentado sobre un pupitre ojeando el teléfono. Tenía una sonrisa en el rostro. Supuse que estaba intercambiando mensajes con esa chica con la que llevaba hablando dos semanas.

Yo caminé hasta sentarme en mi asiento de última fila.

—Buenos días —saludé cuando pasé por su lado.

—Buenos días —dijo, guardado el teléfono y acercándose a mí. Se dejó caer en el asiento de al lado y me miró con ojos entrecerrados—. Tienes algo en la frente...

—¿El qué?

—¿Eso son arrugas?

Me llevé la mano a la frente, preocupada, cuando Brett se echó a reír a mi costa. Le pellizqué en el brazo con todas mis fuerzas en respuesta a su broma, y no paré hasta que dio un respingo en la silla. Se pasó la mano por la piel ahora enrojecida para aliviar el dolor.

—¡Eh, qué eso duele! —se quejó.

—Te jodes.

—Pensaba que hoy estarías de mejor humor...

—¿Y por qué pensabas eso?

Brett tampoco se había olvidado nunca de mi cumpleaños. Recuerdo que, el primer año que salimos, apareció en el instituto con un enorme ramo de rosas rojas y una enorme pancarta donde me felicitaba. Desde ese momento, todo el instituto sabía cuándo era mi cumpleaños, convirtiéndose en un gran acontecimiento social. Daba un paso y había cuatro personas que se detenían para felicitarme. Sin embargo, esta vez no había recibido ninguna felicitación, como si todo el mundo se hubiera olvidado por completo de mi existencia. Por un lado lo agradecía, me gustaba estar en esta especie de anonimato, aunque también echaba en falta alguna felicitación.

—Porque dan las notas del examen —dijo, como si fuera la única respuesta posible a mi pregunta—. ¿Por qué otra cosa iba a ser?

Otro que se ha olvidado de mi cumpleaños.

—Por nada...

El profesor Sanders llegó y, después de dejar sus cosas sobre la mesa, dio comienzo a la clase de biología. Primero empezó repartiendo los exámenes, y mientras lo hacía, dijo aquellas personas que tenían que ir a recuperación si querían graduarse este año. Yo había sacado la nota más alta de la clase. No me sorprendía. Lo que sí me sorprendió fue que en una esquina había escrito: «Enhorabuena. Y feliz cumpleaños». Eso me cabreó, no por la felicitación, sino porque el profesor sí que se acordaba de mi cumpleaños mientras que mis seres queridos se habían olvidado por completo.

A mitad de clase más o menos, alguien llamó a la puerta. El profesor Grant entró, vestía un jersey verde oscuro y unos chinos color arena algo arrugados. Tenía una expresión cansada en el rostro, como si esta noche tampoco hubiera conseguido conciliar el sueño.

Se dirigió al profesor Sanders para decirle algo en privado. Después, sus ojos rodaron hacia mí.

—Chloe, ¿podrías salir un momento?

Me levanté. Noté las miradas de mis compañeros a la espalda con ojos acusativos. Britt admitió a la dirección del centro hacía unos meses que se inventó el rumor de que David Grant salía con una alumna. No quería cargar con el peso de haber contribuido a la posible expulsión de un buen profesor. Su confesión hizo que las investigaciones quedaran en el olvido. Para algunas personas. Para otras, todavía seguían pensando que era verdad, y después de que nos hubieran pillado en varias ocasiones hablando en privado, daban por hecho que yo era esa alumna. Tampoco es que me importara lo que pensarán de mí, los dos sabíamos la verdad. Seguí al profesor hasta el aula de español.

—¿Alguna mejora? —me preguntó cuando llegamos.

Negué con la cabeza.

—Lleva cuatro meses en coma. ¿Qué pasa si no despierta? ¿Y si se queda así para siempre? ¿Y si sus padres deciden dejarla ir? ¿Y si...?

Se llevó las manos a la cabeza con frustración mientras soltaba el aire con fuerza por la boca. Sus ojos centelleaban por las lágrimas retenidas y apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea para contener el llanto. La expresión angustiada de su rostro había pasado a formar parte de sus facciones desde que Sarah ingresó en el hospital.

—Antes de que sucediera todo —sorbió por la nariz y me miró con ojos tristes— notaba que algo le pasaba. Le pregunté qué era lo que le tenía tan preocupada y dijo que no era nada importante. Ni siquiera supe que me estaba mintiendo... Ahora no dejo de pensar en que si hubiera insistido en que me lo contara, tal vez ella no estaría en coma. Tal vez ella estaría conmigo y no en el hospital...

Se me rompía el corazón ver a David así. En ese momento me moría por abrazarlo, decirle que todo iba a salir bien y que pronto Sarah se despertaría y estarían juntos, pero tampoco quería seguir alentando el rumor. Si alguien pasara por el pasillo y nos viera abrazados, podría traer consecuencias graves.

—Debería haber hecho más —enjugó la lágrima que le recorrió la mejilla y resopló con frustración—. Debería haber estado con ella. Si no hubiera ido a firmar los papeles del divorcio aquel día, tal vez estuviera aquí. Tal vez ella...

—David, no puedes seguir culpándote de lo que pasó.

—Pero es que fue mi culpa...

—El único culpable es el cabrón del tatuaje del dragón verde. Él y todos aquellos quienes estaban en la furgoneta.

—¿La policía ha encontrado alguna otra pista sobre ellos?

Negué con la cabeza.

—Todavía no —suspiré—. El inspector Larsson es el mejor amigo de mi padre y está haciendo todo lo posible para encontrarlos.

Asintió. Sorbió por la nariz y echó la cabeza hacia atrás, tomando aire y recomponiéndose, del mismo modo que había hecho en cada una de nuestras conversaciones desde aquel día. Enjugó las lágrimas con la manga del jersey.

—Gracias por escucharme estos meses —dijo, dibujando una pequeña y comedida sonrisa—. Has sido un gran apoyo, Chloe. Ahora deberías volver. No quiero que pierdas más clase.

—Si necesitas volver a hablar, tienes mi número.

—Lo tengo en cuenta. Gracias.

Esa misma tarde tenía entrenamiento de animadoras. Después de un largo historial de victorias durante la temporada, tanto yo como mis compañeras queríamos hacer para el último partido un baile tan espectacular y sorprendente que estuviera meses en la boca de todos. Por eso, la hora libre de la mañana la habíamos dedicado a añadir nuevos pasos y a perfeccionar la música con Dustin, un amigo disc-jockey de Amanda, para que los movimientos encajaran exactamente con el tempo y así tener la tarde libre para practicarlos.

Teníamos la música. Teníamos los pasos. Teníamos a los mejores bailarines del estado. Ahora solo quedaba ensayar y practicar para pulir los pasos. Ya lo habíamos practicado tres veces, y no es porque yo sea la capitana, pero lo cierto es que estaba quedando espectacular. Todo el equipo tenía muchas ganas de que llegase el último partido porque todos estábamos poniendo lo mejor de nosotros en el baile.

En el momento en el que me puse a supervisar la coreografía, sin querer, los ojos se me fueron hacia uno de los jugadores del campo contiguo, concretamente al que tenía el número 11 en la espalda. Ver a Alex jugar al lacrosse siempre me había resultado hipnótico. Poseía ese magnetismo que impedía apartar la mirada. Y la imagen que se proyectó en mi mente cuando tiró a portería fue demasiado como para contener esa parte de mí que anhelaba sentirlo de nuevo; desde la primera vez que hicimos el amor, no habíamos vuelto a tener un momento de intimidad. Siempre estaban mi padre, su tía o sus primos cerca. Y me parecía sorprendente como algo que antes me daba tanto miedo ahora se había vuelto una necesidad. No veía el momento de poder recorrer las líneas de sus músculos con los dedos, de notar sus labios deslizarse por mi piel, sus brazos envolviéndome mientras se hundía una y otra vez en mi interi...

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Brittany, bajándose de golpe de mis ensoñaciones. De pronto tenía calor por todo el cuerpo, como si mi imaginación hubiera hecho explotar las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

—Em, sí, sí... —tragué saliva—. Todo bien.

—Estabas comiéndote a Alex con la mirada, ¿verdad?

Atrapé mi labio inferior con los dientes, avergonzada.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco —reconoció mientras se reía—. No te preocupes, a todas nos ha pasado alguna vez. Es completamente normal cuando...

De repente, un grito en el campo de lacrosse nos sobresaltó. Desvié la mirada hacia los chicos justo en el momento en el que Alex se quitó el casco y lo lanzó a los pies de Jackson con todas sus fuerzas. Sus compañeros intentaron mantenerlo alejado del hombre cuya sonrisa rezumaba soberbia.

Cuando llegué, Brett había sido el único que había conseguido calmarlo un poco pese a sus violentas sacudidas. Alex ni si quiera se dio cuenta de mi llegada, estaba centrado en matar a Jackson con los ojos de mil formas diferentes.

—¡Hijo de puta! —gritó Alex con rabia mientras trataba de soltarse del agarre de Brett—. Ven y repítame lo que has dicho si tienes cojones. ¡Venga, a ver si eres tan valiente delante de todos! ¡Atrévete, vamos!

—No caigas tan bajo haciendo que lo repita delante de una dama —sus ojos descendieron hacia mí, más concretamente a mis pechos. No se me veía mucho escote, la camiseta de tirantes me tapaba bastante. Aun así, me cubrí con los brazos. Su sonrisa se expandió—. Bueno, pensándolo bien, Chloe es muchas cosas, pero una dama, creo que eso no.

En ese momento hasta yo quise darle un puñetazo.

Los ojos de Alex ardían por la rabia, su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Tenía los puños cerrados hasta el punto de tener los nudillos blancos. Brett lo tenía bien sujeto de la cadera, tiraba hacia atrás para alejarlo de Jackson, aunque no consiguió moverlo ni un solo centímetro.

El entrenador James apareció junto con Brittany y observó a los dos hombres, uno tan cabreado que no me extrañaría si echaba humo por las orejas y otro con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro, como si hubiera estado buscando esa reacción en Alex para que el entrenador lo viera.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber el entrenador.

—Yo se lo diré, entrenador —contestó Jackson en un tono condescendiente—: He derribado a Alex en el juego y se lo ha llevado a lo personal. Ahora quiere pegarme.

El entrenador miró a Alex con desaprobación.

—Eso no es lo que ha pasado, entrenador —intentó defenderse Alex— Jackson...

—El entrenamiento ha acabado para ti —lo interrumpió.

—Pero...

—Pero nada —repuso—. Mañana hablaremos de esto.

Lanzó una mirada asesina a Jackson antes de volverse para coger su casco y su stick e irse del campo. Yo me acerqué a Britt para pedirle que se encargara de terminar el entrenamiento de hoy, pues yo tenía que asegurarme que Alex estaba bien. Luego fui a buscarlo. Lo encontré en los vestuarios, sin camiseta y mirándose el gran hematoma que ocupaba una gran parte del costado izquierdo.

—¿Cómo te has hecho eso? —pregunté, preocupada.

—Jackson —escupió—. Me ha embestido a traición.

—¿Te duele mucho?

—Un poco —reconoció.

Se quejó cuando deslicé los dedos sobre la dolorida piel.

—Deberíamos poner hielo —dije—. Así bajará la inflamación.

—El entrenador tiene una nevera para cosas así.

El despacho estaba situado al fondo del vestuario. Todo estaba extremadamente limpio y ordenado, a excepción de la mesa que estaba repleta de papeles. Al lado de una pizarra con un montón de estrategias de juego que para mí parecían garabatos y líneas sin sentido, encontré una pequeña nevera. Dentro encontré una bolsa con cubitos de hielo, además de unas cuantas barritas energéticas y bebidas isotónicas.

Alex me esperaba sentado en la banqueta que separaba las dos hileras de taquillas. Envolví los hielos con su camiseta y los coloqué sobre el hematoma. El frío contacto lo hizo retroceder.

—Tienes que aguantar.

Volví a colocarlo sobre su piel.

—Cuéntame qué ha pasado —le pedí.

—Aunque no me creas, yo no he empezado la pelea; hace ya varias semanas que Jackson no deja de insultarme. Yo no he dado importancia a lo que decía, me daba igual lo que soltaba por la boca..., hasta que te ha mencionado.

—Solo quiere sacarte de quicio.

—Lo sé, pero...

—¿Qué ha dicho? —quise saber.

—Te ha insultado varias veces y ha insinuado que solo estás conmigo por diversión, por ser la

novedad del instituto —hizo una mueca de dolor, y no sabía si era por el moretón o por sus palabras. Respiró hondo antes de continuar—. Dice que pronto te cansarás de mí y que entonces volverás con el universitario.

—¿Realmente crees que después de todo lo que hemos pasado para estar juntos, voy a dejarte para irme con Christian cuando sabes mejor que nadie lo que intentó hacerme?

Jamás volvería con él después de todo lo que me hizo, y me sorprendía que Alex pensara lo contrario. Creía que me conocía. Él no respondió, solo me observó con ojos inseguros. Y entonces lo supe, fue como si su mirada me lo dijera. No es que pensara que volvería con Christian, sino que tenía miedo a que lo abandonara, porque pese a mis esfuerzos para demostrarle que no lo iba a hacer, aún seguía existiendo esa vocecita en su mente que seguía creyéndolo.

—Alex, si solo estoy contigo por diversión, ¿por qué razón habría aguantado tanto para estar contigo? —dije en un tono más suave—. ¿No crees que me habría cansado del juego hace meses?

—Soy consciente de que todo lo que ha dicho es mentira, pero lo dice con tal convicción que, por mucho que yo quiera evitarlo, la idea se me mete en la cabeza y no puedo pensar en otra cosa; es como si mi cerebro fuera incapaz de aceptar que por primera vez en mucho tiempo soy feliz. Llevo tanto sufrimiento sobre los hombros que me cuesta imaginar que por fin las cosas estén saliéndome bien...

—Pues debes empezar a acostumbrarte —dije, tomando su rostro para que me mirase a los ojos—. Te quiero, Alex. No puedo imaginar mi vida si tú no estás en ella.

Sonrió, y posó sus labios sobre los míos en un tierno beso.

—Yo tampoco —confesó junto a mis labios.

Cuando la inflamación bajó un poco, dijo:

—Debería ducharme.

—Sí —dije—. Hueles que apestas.

Soltó una carcajada.

—Tu tampoco es que huelas a rosas —repuso.

—Sí, es cierto —sonreí—. Debería ducharme también.

—¿No vas a seguir con el entrenamiento?

—He pedido a Britt que me sustituya. Ahora soy toda tuya.

Sonrió y volvió a besarme.

—Pues no tardes —me dijo—. No me hagas ir a por ti.

Alcé una ceja juguetona y me mordí el labio inferior.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia —me guiñó el ojo.

No pude dejar de pensar en la razón por la que Jackson había estado incordiando a Alex mientras me enjabonaba. Yo conocía cuales eran sus sentimientos hacia mí gracias a aquella fiesta a la que no debí asistir el curso pasado. Pensé que después de lo que sucedió había pasado página. Que me había olvidado. Y durante un tiempo así fue: Estaba tan avergonzado por lo que hizo que ni se dignaba a mirarme a la cara, y mucho menos a dirigirme la palabra... Por eso no le dije nada a nadie. Y que ahora estuviera molestando a Alex me hacía pensar que en realidad no estaba tan avergonzado como yo creía.

Cerré el grifo cuando terminé de quitarme la espumilla blanca del cuerpo. Me envolví el cuerpo con la toalla y fui a mi taquilla para cambiarme. Y allí estaba Alex, vestido con una camiseta roja y vaqueros, con la bolsa colgando de su hombro izquierdo y el hombro derecho apoyado en mi taquilla.

—Te he dicho que no tardaras o vendría a por ti.

—¿Y qué se supone que vas a hacer ahora?

Se inclinó para susurrarme al oído.

—Lo estoy pensando. Pero te prometo que te gustará.

Se me ocurrió jugar con fuego, darle una idea sobre lo que yo quería que me hiciera. Así que mientras sus ojos me abrasaban y sus labios me tentaban, yo dejé caer la toalla al suelo.

—Uy, se me ha caído —dije, inocentemente.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba.

—Ya veo.

—¿Me ayudas?

Alex se agachó para coger la toalla. Aprovechó la oportunidad para contemplar todo mi cuerpo desnudo, entreteniéndose más de la cuenta en mi sexo y en mis pechos. Alzó la vista hasta mis ojos y supe las ganas que tenía de hacerme suya.

—Toma —susurró con la voz ronca.

Dio un paso hacia mí, acorralándome contra las taquillas. Sus dedos se deslizaron por mis costados con suavidad, sus labios por mi cuello en una tortuosa caricia que me hizo desear más. Me sujetó de la cadera y me pegó a su cuerpo, donde pude sentir su erección entre mis piernas.

—Será mejor que te vistas rápido, no me gustaría poseerte aquí mismo. Porque créeme, lo haré. Y me da igual si alguien nos pilla. Solo pienso en hacerte mía...

—Podríamos ir a mi casa —sugerí entre jadeos.

—¿Y tu padre?

—Últimamente llega más tarde... Tenemos tiempo.

—Me encantaría —gimió sobre mi cuello—, pero no puedo. Tengo..., tengo que hacer un par de cosas en el taller primero. Podrías acompañarme e iremos cuando termine. ¿Te parece?

—De acuerdo.

Me besó y dejó que me vistiera.

2

Alex se había cambiado de ropa para trabajar en el taller. Ahora llevaba puesto el mono de trabajo de color gris oscuro con las mangas atadas a la cintura y una camiseta de tirantes. En la zona de reparación había unos seis coches estacionados, todos ellos pendientes de revisión; cuando había dicho que tenía que hacer un par de cosas en el taller había imaginado que tardaríamos como mucho una hora, y ya llevábamos dos y con la expectativa de tardar al menos una más.

—¿Cuánto más crees que vas a tardar? —pregunté mientras Alex levantaba el capó del tercer coche y empezaba toquetearlo por dentro. Yo me limité a observarlo apoyada en la carrocería del coche número dos.

—No mucho.

Si alguien me hubiera preguntado cómo quería pasar el día de mi decimoctavo cumpleaños, no habría sabido qué contestar, pero sabía que así no sería. Tampoco es que tuviera algo planeado. Bueno, en realidad sí que lo tenía: A los nueve años, a Sarah y a mí nos ilusionaba la idea de llevar un elegante y precioso vestido largo como las princesas y bailar un romántico vals de la mano de nuestro príncipe azul. En aquella época nos encantaban las princesas Disney. Y conforme fuimos creciendo y nuestras mentes fueron dejando atrás esa mentalidad de niña, esa idea se transformó en una gran fiesta de disfraces cualquiera. Para el cumpleaños de Sarah no se pudo hacer nada ya que ella estaba en coma y lo único que sus padres organizaron fue una pequeña reunión en el hospital con la familia y los amigos más cercanos. Y yo no tenía ganas de organizar nada sin ella. Aunque sí que me hubiera hecho ilusión tener al menos una cena con mis seres queridos...

Solté un bufido y observé mi alrededor. En el tablón de fotos que había colgado en la pared ahora también había fotos más, Alex debió ponerlas hace poco porque la última vez que vine no estaban: Una de ellas es del día de Navidad, salimos sentados en el sofá de mi casa con una sonrisa; había otra en el lago, los dos empapados y sentados sobre el embarcadero después de habernos metido en el agua; y otra en uno de los partidos de lacrosse que ganamos, los dos dándonos un beso celebrando la victoria. También había otras tantas jugando con sus primos y otras de Harry y Hannah en sus diferentes viajes.

Alex ahora estaba bajo el coche número 3. Cuando se incorporó, yo estaba a su lado, con la cadera apoyada en la carrocería plateada del Volvo y los ojos puestos en sus brazos cubiertos por manchas de grasa.

—¿Has terminado?

Se acercó a un carrito rojo, dejó la herramienta y se limpió las manos con un trapo.

—Con este sí. Pero me queda un coche más antes de irnos.

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio, Alex?

Podríamos estar literalmente haciendo cualquier otra cosa, podríamos ir a dar una vuelta por el pueblo, ir al cine, a cenar en algún restaurante bonito o podríamos ir a mi casa y tener sexo, pero él prefería quedarse el día de mi cumpleaños en el taller y arreglar los malditos coches.

—Lo siento mucho, nena. Te lo compensaré. Lo prometo.

Me debía una y de las gordas.

Se inclinó hacia mí y presionó sus labios sobre los míos. Pero en ese momento no quería un beso para menores de dieciocho años, no, yo quería un beso de verdad, de esos que incluían lametones, mordiscos y algún que otro tocamiento bajo la ropa; tiré de su camiseta hacia mí hasta que sus labios volvieron a estar sobre los míos.

Chupé su labio superior y mordí el inferior. Alex respondió al beso con viveza y su lengua se hundió entre mis labios, explorándome, saboreándome. Se agachó para tomarme y sentarme sobre el capó del coche, yo enroqué las piernas alrededor de su cintura y lo apreté contra mí.

—Este no es un buen lugar para hacerlo, Chloe —gimió contra mi cuello, su cálido aliento me estremeció—. Cualquiera podría entrar y vernos...

—Pues vayamos a mi casa.

Mis manos se adentraron bajo la tela de la camiseta, su piel ardía. Descendí por su abdomen hasta tocar su erección sobre la tela del calzoncillo, recorriendo el grueso tronco con los dedos. Alex puso su mano sobre la mía y, tras unos segundos donde me aseguró que él tenía tantas ganas como yo de hacerlo, la sacó, dejándola sobre su hombro derecho.

—¿Qué pasa? ¿No quieres hacer el amor?

Me sentí ridícula diciéndolo. Todos los hombres quieren hacerlo con su chica, ¿no? ¿Porque Alex es diferente? ¿Es que ya no le pongo como antes?

—Chloe, no sabes lo mucho que quiero hacerlo contigo —dijo con voz grave y seductora. Sus ojos llameaban en deseo—. De verdad que sí... Pero no es el momento. Tengo que terminar el trabajo. Es urgente.

—¿Estás hablando en serio?

No podía creérmelo...

¿Estaba rechazándome por unos coches?

Asintió.

—Como quieras —exhalé de mala gana.

Bajé de un salto y sin mirar atrás entré en el despacho. Me limpié las manchas de grasa que se me habían quedado en el cuerpo tras el beso en el cuarto de baño y después me acosté en el sofá. Este lugar no había cambiado nada, todo seguía tal cual Harry lo dejó. Alex se había asegurado de ello.

Para entretenerme mientras esperaba, ojeé mis redes sociales. Publiqué una fotografía que tomé en mi casa; en ella aparecíamos Alex y yo, abrazados en el sofá mientras veíamos una película. En la imagen no se podía ver, pero a nuestro lado estaba mi padre. No se perdía ninguna oportunidad de ver una película de terror, aunque fuera en la cita de su hija. Al instante de publicar la imagen, empecé a acumular *likes* y comentarios, pero ninguna felicitación. Y eso me confirmó que realmente todo el mundo se había olvidado de mi cumpleaños.

Estaba viendo las publicaciones de mis amigos cuando Alex apareció por la puerta con expresión cautelosa. Y hacia bien, porque en ese momento tenía un humor de perros.

—Ya podemos irnos.

—Genial —insté de mala gana.

Me incorporé, tomé mi bolso y salí del taller. Esperé a que Alex se limpiara y cambiara en el interior del coche, escuchando música que sonaba por la radio. La música me ayudaba a distraerme, a no pensar, porque no quería aceptar que mi cumpleaños estaba siendo un completo desastre. Al cabo de unos minutos, se sentó a mi lado.

—¿Estás enfadada?

—¿Por qué iba a estar enfadada? —repuse mientras arrancaba el motor y me adentraba en la carretera. Ni que hoy fuera un día importante. Solo era la conmemoración de mi nacimiento. ¿Eso qué tenía de especial? Al parecer, nada.

—Parece que estás enfadada...

—Pues no lo estoy —insté.

—Sí. —insistió—. Estás enfadada.

—¡Qué no estoy enfadada, joder!

El silencio reinó en el coche durante unos segundos.

—¿Estás imaginando que el volante es mi cuello?

No me había dado cuenta de que estaba sujetando el volante con fuerza hasta que lo había mencionado. Dejé de apretar.

—En realidad estoy imaginando que se trata de otra parte de tu cuerpo. Una parte que hace bastante tiempo que no veo y que parece que estaré más tiempo sin ver porque te preocupa más terminar de arreglar un coche que aprovechar que mi padre no está en casa.

—Entonces ¿no estás enfadada?

—¡Qué no estoy enfadada, Alex!

—Vale, vale. Está bien... Lo que tú digas.

Pero la verdad es que sí que estaba enfadada. Ni mi padre, ni mi novio, ni siquiera mi mejor amigo se habían acordado de mi cumpleaños. Era como si este día tan especial para mí, para ellos fuera un día cualquiera, uno más del año. Yo en sus cumpleaños me había esforzado por demostrarles lo mucho que me importaban: a mi padre le regalé dos entradas a un spa de Moon Hill para que fuéramos los dos a que nos dieran un masaje y pasar un tiempo reparador en la sauna. A Brett, una camiseta de su jugador de baloncesto favorito firmada por el mismísimo LeBron James. Tuve que pedirle el favor a mi tío Kevin para que me ayudara a conseguirla. Y a Alex, bueno, su cumpleaños era en agosto, pero pensaba celebrarlo en nuestro viaje a Nueva York los dos solos. Ya tenía algún que otro plan pensado. El caso es que yo sí que me acordaba de sus cumpleaños. Y ellos habían pasado olímpicamente del mío. Ojalá Sarah estuviera aquí, ella seguro que se habría acordado...

El resto del trayecto no hablamos. Tampoco es que tuviera nada que decir. Nada bueno, al menos. Aparqué el coche en la entrada cuando llegamos a mi casa. A estas alturas ya no me apetecía tener sexo, tan solo acostarme en la cama y dejar que este horrible día terminara de una vez por todas... Ni siquiera me apetecía estar con Alex. Quería estar sola.

Cuando encendí la luz, el corazón me dio un vuelco cuando mis amigos salieron de sus escondites y gritaron: «Feliz cumpleaños». Yo miré a Alex con los ojos muy abiertos, él me devolvió la mirada con una sonrisa cómplice, dándome a entender que el rato que habíamos pasado en el taller solo era para entretenerme mientras preparaban todo esto. Extendió el brazo por mis hombros y me acercó para darme un beso en la sien.

—Feliz cumpleaños, nena —me susurró al oído.

Mi padre se acercó con una tarta de tres chocolates en la mano y con dieciocho velas

encendidas. Su rostro era todo sonrisa y dientes. Y alguna que otra lágrima que estaba a punto de derramar.

—Pide un deseo —me dijo.

Cerré los ojos y pedí lo que había estado deseando desde la noche del baile. Que Sarah despertara.

Sobre la barra de la cocina había una pequeña montaña de regalos y varios platos con aperitivos, patatas fritas y mini hamburguesas con queso, que por la cara que puso Simon, eso había sido obra suya. Y la verdad es que tenían una pinta increíble. Habían invitado únicamente a los amigos más cercanos a la familia, como a Brett, a Callie y su novia, a Simon y su marido, que también es el mejor amigo de mi padre, Cole Larsson, y a los primos y a la tía de Alex. Los padres de Sarah no habían podido venir, aunque habían traído un regalo y una hermosa carta donde me felicitaban y deseaban lo mejor. Tampoco les culpaba por no haberse quedado, este momento era muy duro para ellos y entendía que quisieran estar en el hospital con Sarah.

Todos me llenaron de elogios: Mi padre primero se disculpó por haberse marchado esta mañana corriendo. Al parecer, estaba tan nervioso que temía cometer algún error y arruinar la sorpresa que Alex y él llevaban semanas planeando. Luego estuvo a punto de echarse a llorar al pensar que este era mi último año antes de ir a la universidad; Simon y Callie manifestaron lo mucho que me echaban de menos en Sensation's, que añoraban oírme cantar mientras hacíamos inventario y que a ver cuándo iba a hacerles una visita; Hannah y sus hijos me envolvieron en un abrazo colectivo, me desearon lo mejor y los pequeños me entregaron tres preciosos dibujos que habían hecho para mí; Brett se burló de mí diciéndome que me había hecho más vieja y que eso se podía apreciar en las arrugas de mi frente. En ese momento tenía el teléfono en la mano, y pensé seriamente en lanzárselo a la cabeza si no fuera porque no podía comprarme otro nuevo; Alex me besó y me dijo que me amaba y que sentía mucho haberme hecho creer que no se había acordado de mi cumpleaños, pero que tenía que hacerlo para poder darme la sorpresa.

—Que sepas —le dije cuando los invitados no estaban mostrándonos mucha atención— que pienso hacerte pagar por esto.

—¿Por hacerte una fiesta sorpresa?

—No, por haberme dejado con el calentón.

Dibujó una media sonrisa que conectó con mi entrepierna.

—Esa ha sido la parte más complicada, porque yo deseaba hacerlo contigo hasta quedarme vacío por dentro...

Colocó su mano en la zona baja de mi espalda. Al principio solo fue un gesto inocente, luego sus dedos descendieron hacia mi culo y se quedaron allí, apretándome la carne, mientras Callie me contaba la discusión que tuvo el otro día con un cliente desagradable. Y por más que lo intenté, no pude centrarme en lo que estaba contándome, porque mi mente estaba demasiado ocupada pensando en la mano de Alex, que poco a poco siguió bajando hasta llegar a ese punto donde se unían mis piernas...

—Discúlpalos un momento, Callie.

Aproveché que mi padre se había ido a no sé donde para arrastrar a Alex hasta mi habitación. Cerré la puerta con mucho cuidado para no alertar a los invitados de lo que estaba a punto de suceder. Después, me abalancé a los brazos de mi novio. Y nos besamos, nos devoramos.

—No tenemos mucho tiempo —jadeé contra su boca.

—Lo sé —exhaló—. Aprovechemos lo que tenemos.

Sus manos regresaron a mi trasero y me apretujaron contra su cuerpo. Dibujó una sonrisa

cargada de excitación y me tomó del rostro para volver a fundirse con mi boca. Frotó su erección contra mis muslos para demostrarme que ya estaba listo para hacerme gritar de placer. Y yo también sonreí porque me moría de ganas por volver a sentirlo.

Moví las manos con torpeza para desabrocharle el cinturón. Dejé caer los vaqueros, que impactaron contra el suelo con un golpe seco. Después, me empotró contra la puerta del armario. La brusquedad que usó me sorprendió, aunque también me gustó. Alex se pegó a mi espalda, pude notar su cálido aliento chocar contra mi nuca y su erección en el trasero mientras sus manos se movían desesperadas por mi cuerpo... Me quitó los vaqueros, los lanzó por los aires y apartó las bragas, dejando expuesto ese punto sensible que frotó con los dedos.

—Alex... —gemí.

—*Shhh* —me chistó—. Nos van a oír.

—Pues date prisa.

No quería esperar ni un segundo más.

—Voy a ponerme el condón.

Mi cuerpo extrañó su calor cuando se separó. Lo vi coger su cartera y sacar un envoltorio plateado. Mientras él se ponía el condón, yo terminé de quitarme las bragas. Después regresó a mí. Salté a sus brazos y enrosqué las piernas alrededor de su cintura y los brazos alrededor de su cuello. Dirigió su miembro a mi abertura, y me quedé muy quieta mientras se introducía lentamente en mi interior.

—Joder...

Alex se movía despacio, su cintura se mecía sobre mí con suaves impactos. Me sujetó con firmeza del trasero para que no me cayera, y entró hasta el fondo. Gemí bajito y eché la cabeza hacia atrás, extasiada por las sensaciones que me provocaba.

—Desearía tener más tiempo para disfrutarte cómo es debido, pero no quiero que nadie suba a buscarnos —murmuró, su voz era cálida y ronca, todo un deleite sexual.

Se movió hasta que mi espalda quedó apoyada contra la puerta del armario y aceleró el ritmo de las embestidas, dejando atrás cualquier huella de delicadeza para convertirse en toda una bestia. ¡Ahhhh! Sus labios se estiraron hasta formar una sonrisa ladeada cargada de orgullo y satisfacción al ver cómo trataba de contener los gemidos.

—Espera —dije entre jadeos, cuando noté una tensión en la parte baja de la espalda—. No estoy cómoda en esta postura.

—¿Vamos a la cama?

Asentí.

Me cogió y se sentó en el borde de la cama sin salir de mí.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —sonreí.

Apoyé las manos sobre sus hombros mientras me movía de arriba abajo, las suyas en mi trasero, los dedos clavados en mi carne para dirigir las penetraciones. Me apoderé de su boca y nos besamos hasta quedarnos sin aliento.

Sus movimientos cada vez fueron a más, se convirtieron más bruscos, mucho más fuertes. Los dos estallamos a la vez, pegados el uno al otro, nuestras bocas unidas para no gemir demasiado alto y evitar que los invitados de abajo nos escucharan. Y la sensación fue increíble. Me besó en los labios con mimo y me envolvió la cintura con los brazos, apoyando la cabeza en mi pecho mientras trataba de recuperar el aliento. Yo también lo abracé.

Una vez que nuestros corazones volvieron a latir a un ritmo normal, me incorporé. Alex se

quitó el condón, le hizo un nudo en el extremo y lo tiró a la papelera del cuarto de baño. Yo me lavé con una toalla húmeda y me cepillé el pelo rápidamente para no parecer que acababa de tener sexo. No quería que nadie lo supiera, y mucho menos mi padre.

Alex me abrazó por la espalda y me besó el cuello.

—Deberíamos bajar —dije—. Deben estar preguntándose dónde estamos...

—Lo sé —suspiró—. Me encantaría que no hubiera nadie esperándonos, así podríamos pasar un rato más a solas. Lo que acabamos de hacer no ha sido suficiente —confesó, hundiendo la nariz en mi cuello—. Necesito más. Mucho más.

—A mí también me gustaría —no había nada en este mundo que me apeteciera más que eso —, pero hay mucha gente esperándonos. —Me di la vuelta y lo miré a los ojos—. ¿Cómo estoy?

—Increíble. Como siempre.

Sonreí y lo besé.

Regresamos a la fiesta. Todo parecía igual, como si nadie se hubiera percatado de nuestra ausencia, a excepción de Callie y Brett, que nos miraron al final de la escalera con una sonrisa como si supieran lo que habíamos estado haciendo. Yo me puse colorada al instante y evité el intercambio de miradas acercándome a la mesa de aperitivos para coger una mini hamburguesa con queso. Allí estaban Hannah y sus hijos, comentando la última película de Marvel que habían visto.

—¿La has visto? —me preguntó Charlie.

—Sí. Alex y yo fuimos a verla al cine la semana pasada.

En ese momento, mientras el pequeño Charlie y yo comentábamos la película, mi padre apareció acompañado de una bella mujer de pelo rubio, esbelta y con un vestido negro ceñido al cuerpo. Tenía una tez pálida, casi tan blanca como la nieve, y llevaba un regalo en las manos.

—¿Quién es? —me preguntó Hannah.

—No tengo ni idea.

La mano de mi padre descansaba en la espalda de la mujer, y tenía una sonrisa nerviosa en el rostro, la misma que ponía cada vez que hablaba con la dependienta del supermercado que le gustaba. Pero había algo diferente. Un destello en sus ojos que hacía mucho que no veía. ¿Ilusión, tal vez?

—Chloe, quiero presentarte a alguien. Ella es Lucy.

—Me alegra mucho poder conocerte al fin —dijo ella, entregándome el regalo—. Tom habla maravillas de ti. Aunque se quedó corto cuando me dijo lo guapa que eres.

—Gracias —sonreí con amabilidad.

Y silencio. Ninguno de los tres sabíamos qué decir, aunque yo me moría de ganas por preguntar si es verdad lo que estaba pensando. Todo parecía indicar que sí: La sonrisa nerviosa de mi padre, la proximidad que compartían, que su mano siguiera en la espalda de la mujer... Era obvio que estaban saliendo. ¿Pero desde cuándo? ¿Y por qué mi padre no me había dicho nada hasta ahora?

—¿Y desde cuándo estáis saliendo? —pregunté al final—. Porque estáis saliendo, ¿no?

—Sí —respondió mi padre, escueto.

—Hace unos dos meses me mudé a Moon Hill —añadió Lucy, ya que mi padre no podía seguir por los nervios—. Necesitaba hacer una reforma en casa y contraté a una empresa que me recomendó una amiga. Tom era uno de los trabajadores. Descubrió que era nueva en el pueblo y me preguntó si quería dar una vuelta para enseñármelo...

—Y dijo que sí —terminó mi padre—. Sorprendentemente.

—A mí no me parece tan sorprendente, la verdad.

Mi padre era un hombre muy guapo y atractivo, además era de las mejores personas que conocía. Cualquiera mujer se sentiría afortunada si se interesaba por ella.

Otro silencio...

—Lamentablemente no puedo quedarme a la fiesta —acabó diciendo ella, mirando el carísimo reloj de su muñeca—. Tengo mucho trabajo que hacer en la oficina.

—¿A qué te dedicas? —quise saber.

—Soy asesora comercial. Adoro mi trabajo, pero a veces me gustaría tener más de tiempo libre —sonrió con modestia—. Ha sido un placer conocerte, Chloe. Nos vemos pronto.

Se despidió de mi padre con un beso en la mejilla antes de salir por la puerta. Mi padre y yo nos quedamos mirándonos a la cara, sabíamos que teníamos una conversación pendiente, aunque no era el momento adecuado para hablar de ello.

Cada invitado me dio los regalos que me habían comprado. La mayoría fue ropa, a excepción de Cole que me regaló un spray de pimienta contra acosadores. Alex se acercó a mí con el regalo en la mano y una amplia sonrisa en el rostro. Abrí la caja, y me emocioné al ver unos preciosos pendientes con una bonita dedicatoria:

Una vez me preguntaron: ¿Qué es lo que te hace más feliz en esta vida? Yo no pensé y contesté: El lacrosse. Ahora miro hacia atrás y no puedo evitar cabrearme con mi yo del pasado... Porque no sabía lo que era realmente la felicidad hasta que te conocí. Te quiero, ahora y siempre.

—Alex Wilson

Porque había mucha gente a mi alrededor, sino me habría echado a llorar ahí mismo. Lo abracé, le dije lo mucho que lo quería y tras eso, se marchó con su familia. Y así poco a poco acabaron yéndose el resto de invitados.

Mientras ayudaba a mi padre a recoger la cocina, le pregunté:

—¿Por qué no me habías dicho que salías con alguien?

Esa pregunta había estado rondándome la mente desde que había aparecido con ella. Siempre había creído que, en cuanto conociera a una mujer que le gustara de verdad, vendría corriendo a contármelo.

—No estoy muy seguro —encogió los hombros—. Supongo que no quería precipitarme por si no salía bien. ¿Te parece mal? Porque si te parece mal...

—Por supuesto que no me parece mal, papá. No sé cuantas veces te habré dicho que deberías salir y conocer gente. Es solo que..., no sé. Creía que cuando decidieras conocer a alguien, me lo contarías.

—Quería hacerlo, princesa, de verdad. Pero todo surgió demasiado rápido y cada vez que intentaba hablar contigo, me bloqueaba y...

—Lucy parece una buena mujer.

—Lo es —me aseguró.

—Me alegro mucho por ti, papá. En serio. Llevas demasiado tiempo solo, ya es hora de que vuelvas a enamorarte. Lo único que quiero es que seas feliz.

—Yo también —sonrió—. Yo también.

3

Hoy teníamos examen de matemáticas. Llevaba estudiando el temario desde hacía más de dos semanas, y había algo en las ecuaciones que no lograba comprender del todo, así que Alex se había ofrecido a echarme una mano en la hora libre. Tras dejar las cosas en las taquillas, fuimos a la biblioteca solo con el libro de matemáticas y una libreta para apuntar. Nos sentamos en una de las mesas y nos pusimos a estudiar.

—¿Lo entiendes ahora? —me preguntó tras explicármelo por segunda vez al ver que todavía seguía sin poder resolver un ejercicio yo sola.

Alex había sido un buen maestro, se había puesto conmigo y me había explicado paso a paso lo que había que hacer. Yo miré el ejercicio que acabábamos de hacer juntos, intentando desenredar la fórmula.

—Sí —respondí—. Creo que ahora lo he pillado.

—A ver, hazme este ejercicio.

Me puse a hacerlo. Tardé un poco más de la cuenta, pero al final conseguí hacerlo sin su ayuda.

—Muy bien —me apremió con una gran sonrisa—. Aprendes muy rápido.

—Eso es porque tengo un buen profesor —sonreí.

Se inclinó y me dio un beso en los labios.

—Ahora este —añadió, indicando el ejercicio siguiente.

Entre ejercicios y ecuaciones, el tiempo pasó volando. Para cuando quise darme cuenta, ya estaba en clase de matemáticas haciendo el examen. Las manecillas del reloj de la pared giraban con rapidez mientras trataba de hacer un ejercicio que estaba costándome más de la cuenta resolver. Joder. Suspiré, frustrada. Alex estaba un par de mesas por delante, parecía que no le estaba costando hacer el examen por la forma en la que su mano se movía sobre el papel. Brett también parecía tranquilo. Amanda, bueno, ella estaba más preocupada en copiarse de Tiffany.

Finalmente, tras exprimirme el cerebro al máximo para dar con la respuesta, conseguí resolverlo antes de que el tiempo acabase. Solo esperaba haberlo hecho bien. El profesor dejó un poco más de tiempo a aquellos alumnos que todavía no habían acabado, entre ellos Alex, que me dijo que solo le quedaba un ejercicio para terminar. ¿Tan difícil era el examen como para tardar tanto? Porque yo lo había terminado con el tiempo justo. Eso no me dio demasiadas esperanzas de haberlo hecho bien, la verdad. Recogí mis cosas y salí del aula.

Dejé los libros en mi taquilla, cogí los que me hacían falta y atravesé el pasillo sumida en mis pensamientos. Pensaba en mi padre y Lucy juntos, en que a partir de ahora ella formaría parte de nuestra vida. Es pronto para decirlo, pero si mi padre decidió presentármela anoche es porque tenía planes de futuro con ella. ¿Pero estaba si quiera yo preparada para eso? Es decir, quería que

mi padre fuera feliz, es lo que más deseaba en el mundo. Yo era la primera que insistía en que debía conocer a alguien, y ahora que la estaba conociendo... no sé. Es raro. Al menos tendré tiempo para conocerla y acostumbrarme a compartir a mi padre.

De repente unos brazos me envolvieron la cintura. Yo eché la cabeza hacia atrás, apoyándome contra el pecho de Alex. Sus manos subieron hasta mis pechos, manoseándolos sin ningún tipo de pudor. Me gustaba el Alex juguetón, pero este no era el lugar más adecuado para jugar. Quise golpearle para que dejara de hacerlo, pero escuché su voz y me quedé paralizada.

—¿Te gusta? —gimió junto a mi oído.

Esa no era la voz de Alex.

Me aparté de inmediato. Jackson tenía esa estúpida sonrisa en el rostro mientras me miraba fijamente con una expresión maliciosa. En un acto impulsivo, mi mano impactó en su mejilla, y ni siquiera me importó el dolor que vino después. Tan solo quería hacerle pagar por lo que había hecho.

—No vuelvas a tocarme —insté con dureza.

La sonrisa de Jackson se ensanchó.

—No te pongas así, Chloe. Si parecías muy cómoda en mis brazos —dio un paso hacia mí. Lo empujé para poner distancia entre los dos. Tenerlo cerca me asustaba—. ¿Qué pasa? ¿Acaso Alex no te da lo tuyo?

Justo en ese momento Alex apareció y apartó a Jackson de un empujón. Lo hizo con tanta brusquedad que casi lo tiró al suelo. Eso llamó la atención de algunas personas que en ese momento pasaban por nuestro lado, que se detuvieron para no perderse qué sucedía a continuación.

—Aléjate de ella —gruñó Alex.

Jackson no se acobardó ante la dureza de Alex.

—No es mi culpa que se lo pase mejor conmigo —se colocó bien la camiseta y añadió—: Te felicito. Menudas tetas tiene. Las mejores que he tocado, sin duda.

Alex cerró los puños hasta el punto de que sus nudillos se pusieron blancos, dispuesto a borrarle esa estúpida sonrisa de la cara. Y no había nada que quisiera más que alguien le diera su merecido a Jackson, pero no iba a ser Alex quien lo hiciera, al menos si yo podía evitarlo. Abrí su mano y entrelacé nuestros dedos. Nuestro público se había multiplicado, móviles en mano por si la pelea llegaba a más. Cotillas. Intenté evitar las miradas asesinas que los dos hombres se lanzaban, aunque Alex no se movió, siguió mirando a Jackson con rabia. Tiré una vez más y finalmente cedió, acompañándome hasta la salida.

—¿Qué tal el examen? —pregunté para cambiar de tema cuando salimos del instituto. No quería que siguiera pensando en lo que había pasado con Jackson, no merecía la pena.

No respondió, miraba al horizonte con la mandíbula tensa.

—Pues mí no sé cómo me ha salido —añadí—. He logrado responder todas las preguntas, aunque no sé si estarán bien. Espero que sí. Cruzo los dedos —dije en un tono alegre, intentando llamar su atención.

Pero su mente seguía estando en el pasillo y en Jackson.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No tienes nada de lo que disculparte —dijo al fin.

—Pensaba que eras tú quien estaba detrás...

—No es culpa tuya, Chloe. No debería haberte abrazado, y mucho menos debería haberte tocado. Esto no va a quedar así. Pienso encargarme personalmente de hacérselo pagar...

—¿Y qué vas a hacer? ¿Que lo echen del equipo?

Se encogió de hombros.

—Es una opción.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —quise saber.

—He hablado con algunos compañeros y todos coinciden en que debería dejar el equipo. Tras tantas faltas injustificadas y su falta de compañerismo, nadie lo quiere dentro. Solo tendríamos que hablar con el entrenador y ya. Jackson estaría fuera. Solo espero que quitándole lo que más le gusta, se le quiten las ganas de tocar a nadie.

Mi móvil empezó a sonar en el interior de mi bolso cuando abrí la puerta del Rover. Me senté en el asiento del conductor y me puse a buscarlo. Cuando lo localicé, en la pantalla brillaba un número que no conocía.

—¿Quién es? —pregunté tras contestar.

—Chloe.

Los ojos se me abrieron en cuanto reconocí la voz.

—¡Oh, Dios mío! ¿Sarah?

No me lo podía creer.

¡Era Sarah!

¡Había despertado!

Alex me miró sorprendido y una amplia sonrisa.

—Sí, Chloe... Soy yo.

—¿Cómo estás? —pregunté, tratando que no me temblara la voz—. ¿Hace cuánto has despertado? No sabes lo mucho que me alegra volver a oír tu voz...

Cerré los ojos e intenté no derramar ni una sola lágrima, pero me fue imposible. Tantos meses pensando en que no volvería a escuchar su voz, meses creyendo que había perdido a mi mejor amiga para siempre...

—Desperté anoche —su voz sonaba débil, cansada—. Quise llamarte, pero mis padres querían asegurarse que estaba bien antes de decírselo a nadie. Este es mi nuevo número, por cierto.

—¿Puedo ir a verte?

Necesitaba verla, asegurarme que está bien...

—Me encantaría, de verdad que sí, pero siguen haciéndome muchas pruebas y los policías aún tienen que venir a tomarme declaración. No vamos a poder hablar con tranquilidad... En cuanto haya terminado todo, te aviso.

—Está bien —me conformé.

Enjuagué la lágrima que se deslizó por mi mejilla con la muñeca y sonreí. Porque después de tanto tiempo esperando un milagro, al fin había sucedido. Porque mi deseo de cumpleaños se había hecho realidad. Mi mejor amiga, mi hermana, había despertado.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Necesitaba saber qué pasó aquel día, qué es lo que hacía en esa furgoneta donde aquellos hombres la tiraron como si fuera un despojo. Esa imagen seguía atormentándome al día de hoy, con el hombre del dragón tatuado en el brazo apuntándome con su arma... Un escalofrío me sacudió al recordarlo.

Estuvo unos segundos en silencio antes de responder:

—Te lo contaré todo en persona, ¿vale? El doctor ha venido. Tengo que dejarte. En cuanto pueda volver a contactar contigo, te llamaré. Te quiero mucho, Chloe. Y siento mucho haberme

perdido tu fiesta de cumpleaños.

—No te preocupes por eso —sorbí por la nariz en un intento de no echarme a llorar—. Lo celebraremos juntas cuando estés fuera, ¿te parece? Compraremos una pizza y nos pasaremos la noche entera viendo películas románticas con un paquete de pañuelos al lado porque las dos sabemos cómo nos ponemos cuando vemos ese tipo de películas...

Sarah se echó a reír.

Yo sonreí por volver a escuchar ese sonido.

—Me encantaría —dijo antes de colgar.

—¿Está bien? —me preguntó Alex.

—Sí. Al menos, eso parece.

—Me alegro mucho. De verdad que sí.

Y así era. Se alegraba que Sarah hubiera despertado del coma, aunque pude ver en sus ojos que también estaba triste, dolido. No por ella, sino por su tío: Harry también estuvo en coma meses por un accidente, pero nunca llegó a despertar. Se aferró con uñas y dientes a la idea de que algún día despertaría y que todo volvería a ser como antes. Por desgracia para todos, no fue así. Harry falleció, dejando un dolor muy grande en el corazón de todos sus seres queridos.

Llegamos a mi casa. Alex bajó del coche primero. Me miré en el espejo retrovisor para comprobar el destrozo que las lágrimas habían hecho a mi maquillaje cuando me pareció ver a alguien observándome fijamente montado en una moto. Giré la cabeza para comprobar si lo que había visto era real o mi imaginación, y ya no había nada, aunque pude escuchar el sonido del motor alejándose. Qué raro.

—¿Está tu padre en casa? —me preguntó Alex cuando entramos.

—No —dejé el bolso sobre la barra y abrí el frigorífico para sacar una botella de agua—. Esta mañana antes de ir a trabajar me ha dicho que iba a pasar la noche con Lucy.

—Me alegra que haya encontrado a alguien. Ahora entiendo por qué estaba de tan buen humor últimamente.

Los dos nos echamos a reír.

—¿Crees que ahora que sale con Lucy, tendremos más tiempo para estar solos? —dijo en un tono burlón, acercándose a mí y envolviéndome la cintura con los brazos—. Tal vez hasta quite la estúpida norma de puertas abiertas...

—Eso estaría bien —sonreí mientras acariciaba con suavidad sus brazos—. Aunque dudo mucho que la quite. Adora esa regla más que a *The Rolling Stone*.

Alex resopló y hundió la cabeza en mi hombro.

—Sí que adora esa regla —afirmó con pesar.

—Mira el lado positivo: Ahora pasará más noches con Lucy, lo que significa que tendré la casa sola.

—¿Vas a hacer una fiesta de pijamas? —preguntó, sonriente.

—Si con fiesta de pijamas te refieres a pasar la noche con mi novio sin que mi padre pase por mi habitación cada quince minutos, sí, pienso hacer todas las que me sean posibles.

—Me encanta la idea.

Fuimos a casa de Alex para que pudiera coger algo de ropa y su portátil para poder estudiar. Estábamos en época de exámenes y teníamos uno prácticamente todos los días. No veía el momento de acabar con esta tortura de una vez por todas. Alex no tenía las mejores notas,

comprensible después de todo lo que había vivido al principio del curso, aunque había mejorado bastante desde entonces. Era muy inteligente. Me había ayudado en más de una ocasión, al igual que había hecho yo con él. Los dos nos ayudábamos mutuamente. Si seguíamos así, lo más seguro es que consigamos una beca para la universidad.

Habíamos estudiado en el salón y también terminamos los deberes y trabajos que teníamos que entregar esta semana, por lo que nos habíamos quitado un gran peso de encima. Después de eso decidimos darnos una ducha juntos. Todo entre nosotros eran risas y besos, caricias y mimos. Por primera vez desde que Sarah ingresó en el hospital, me sentía plenamente feliz. Porque mi mejor amiga había despertado del coma, mi relación estaba mejor que nunca y mi padre era feliz en su nueva relación. ¿Qué más podía pedir? Comida. Estaba hambrienta. Tras una corta deliberación, pedimos pizza para cenar. A los dos nos apetecía bastante una buena y grasienta pizza cargada de queso. Luego vimos una película. Terror, obviamente. Me acurruqué sobre su pecho. Su brazo me envolvía y protegía, sus dedos se deslizaban por mis piernas en suaves pasadas.

Con cada susto, y eran más de los que pienso admitir, me cubría la cara con su camiseta. Alex no dejaba de reírse porque decía que me comportaba igual que una niña pequeña, pero es que no podía evitarlo. Adoraba las historias de terror, la estructura, la tensión que provocaban, la música... todo. Pero me daban un miedo terrible.

—¿Quieres que veamos otra película? —sugirió al final, cuando estuve más de dos minutos con la cabeza tapada con su camiseta para no ver cómo una niña se metía en una atracción de feria donde un payaso la esperaba para matarla.

—No, si me está gustando...

—¿En serio? Pero si no la estás viendo.

—Sí que la estoy viendo —repuse.

Más o menos.

—¿Qué está pasando ahora?

Alcé la cabeza y abrí un ojo para ver qué sucedía en pantalla, y fue el momento exacto en el que el payaso abría la boca para devorar la cabeza de la niña. Solté un grito y volví a cubrirme.

—Voy a poner otra —sentenció, estirándose para coger el mando de la mesita de centro.

—No —tiré de su camiseta y lo retuve conmigo en el sofá—. Terminémosla.

—¿Vas a volver a taparte?

Negué con la cabeza.

—Está bien —exhaló.

Traté de no volver a cubrirme y ver la película. Mentiría si dijese que no me costó; cada vez que el payaso asesino aparecía en pantalla sentía la necesidad de hacerlo. Me contuve hasta que acabó la película, que es lo importante. Alex me apremió con una amplia sonrisa y un beso. Después, se levantó y cogió el helado de la nevera que habíamos comprado.

—¿Qué crees que estará haciendo mi padre? —le pregunté cuando se sentó de nuevo a mi lado. Me tendió una cuchara y me llevé un poco de helado a la boca.

—¿En serio quieres que te lo diga?

—No hace falta —dije al ver su expresión incrédula. Sacudí la cabeza para quitarme la imagen que se me había formado en la mente. No quería pensar en mi padre y Lucy manteniendo relaciones sexuales—. Voy a llamarlo.

Estiré la mano para coger el móvil que se encontraba en la mesa de centro.

—No creo que conteste, estará muy ocupado con Lucy.

Tardó unos cuantos tonos, pero al final respondió.

—Princesa, ¿ha pasado algo? ¿Estás bien? —preguntó con la voz agitada, como si lo hubiera pillado en un mal momento. Yo apreté los labios y traté de contener la risa que se me escapaba.

—Solo llamaba para saber cómo estás —me eché un mechón de pelo detrás de la oreja y subí los pies al sofá. Alex se acercó al teléfono para poder escuchar la conversación, el muy cotilla—. Es la primera vez que pasas la noche fuera en muchos años.

—Estoy bien —carraspeó—. Lucy me cuida muy bien.

—Ya... Se nota.

—¿Algo más? Estoy un poco... ocupado.

—Sí. Una última cosa. Solo quería recordarte que utilices condón, porque aunque a tu edad es más complicado, sigue existiendo una pequeña posibilidad de embarazo. Y ya sabes que también evitan enfermedades de transmisión sexual... Adiós, papi. Te quiero.

—No me creo que le hayas dicho eso a tu padre —dijo Alex cuando colgué.

—Me preocupo por él. Eso es todo.

Los dos nos echamos a reír.

Después del terminarnos el helado, subimos a mi habitación. Cerré la puerta, y no porque tuviera que cumplir la norma de mi padre, sino porque quería aislarme entre esas cuatro paredes, perderme entre los dedos de mi novio. Nos acostamos en la cama y nos abrazamos. Nos besamos. Nos sentimos. Disfrutamos de ese momento juntos sin preocupaciones.

4

Unos murmullos me despertaron en mitad de la fría noche. Con ojos somnolientos miré la hora en el teléfono móvil. Las dos y treinta y tres de la madrugada.

—No... No...

La única iluminación que había en la habitación era la luz de la luna que entraba por la ventana y que alumbraba el cuerpo agitado de Alex. Su piel estaba cubierta por una fina película de sudor brillante que se extendía por su torso, algunos mechones de pelo se le habían quedado pegados a la frente.

—Lo siento... Yo... ¡No quería! ¡No quería!

—Alex, despierta. Es solo una pesadilla.

—Lo siento mucho... Yo... ¡No!

Siguió removiéndose bajo las sábanas, murmurando una y otra vez un nombre. El mismo nombre que rondaba mi mente desde que Oliver me habló de ella. Lydia. No había sacado antes el tema porque sabía que no estaba preparado para hablar de ello, y llevábamos unos meses tan buenos que no quería echarlo todo a perder por un asunto que sucedió hacía varios años. Sin embargo, que hubiera soñado con ella significaba que seguía estando muy presente para él.

—¡No, Lydia! —gritó al tiempo que abría los ojos.

Miró hacia todos lados, desorientado. Pude vislumbrar en sus ojos un terror diferente al que estaba acostumbrada a ver en ellos. No era miedo, más bien culpabilidad. Decepción. ¿Pero de qué? ¿Tenía algo que ver con sus padres? ¿Con su tío? ¿Con esa tal Lydia?

Su pecho subía y bajaba con fuerza. Sacudió la cabeza y tragó saliva forzosamente antes de estrecharme entre sus brazos, como si al hacerlo estuviera a salvo, como si fuera el único modo de asegurarse que no estaba soñando.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con voz suave.

Volvió a tragar saliva antes de responder.

—No..., no quiero hablar de ello ahora.

Se separó y se volvió a acostar. Se pasó ambas manos por la cara y suspiró con fuerza, como si estuviera intentando expulsar los malos recuerdos por la boca, las sensaciones del momento trágico que vivió. Nunca llegó a contarme con qué soñaba para levantarse cada noche sobresaltado y empapado en sudor. Yo sabía que debía esperar a que diera el paso para hablar de ello, antes de abrirse a mí tenía que luchar contra sus propios demonios, aunque empezaba a dudar si esa conversación llegaría en algún momento.

—¿Hace cuánto que vuelves a tener pesadillas?

Ni siquiera me miró cuando me contestó.

—No hace mucho —confesó.

—Es la primera vez que te pasa estando conmigo...

No respondió. La verdad es que cada vez que dormíamos juntos, no tenía pesadillas. Hannah consultó a un médico y nos dijo que una de las razones por la que eso podía ser posible es que Alex conmigo se sentía tan relajado, tan en paz, que su mente olvidaba por un momento todo lo que había vivido en el pasado. Por eso mi padre dejaba que se quedara a dormir de vez en cuando, porque es la única forma donde realmente podía descansar. Con la puerta abierta, claramente.

—¿Quién es Lydia?

Me miró fijamente cuando solté la pregunta. Sus ojos no transmitían nada, a excepción de un vacío inmenso.

—No quiero hablar de ella —sentenció—. Ahora no.

—Entonces ¿cuándo? Ya han pasado muchos meses...

Giró y me dio la espalda.

Yo hice exactamente lo mismo.

Sonó el despertador a la misma hora de siempre. Lo primero que vi al abrir los ojos fue la puerta del cuarto de baño abierta y la manga de la camiseta de anoche colgando por el borde del cesto de ropa sucia. Esta tarde me pondré a lavar ropa. Me removí bajo las sábanas de algodón en busca de mi novio para despertarlo. Pero no estaba a mi lado. Seguramente se había despertado antes y habría bajado a preparar el desayuno, como solía hacer cada vez que dormíamos juntos.

Aparté las sábanas y fui a darme una ducha. Me puse unos shorts vaqueros y una camiseta de canalé blanca ajustada de media manga. El cuello redondo dejaba visible el collar que Alex me regaló por Navidad y que no me había quitado desde entonces. Era como mi amuleto, una forma de sentirlo siempre cerca. Me pinté ligeramente y dejé que mi pelo cayera en una bonita cascada por la espalda. Me puse las Converse y bajé a la cocina con una sonrisa que se esfumó en cuanto me di cuenta de que Alex tampoco estaba ahí.

Encontré una nota en el frigorífico:

Mi tía me ha llamado y he tenido que marcharme para tratar de solucionar algunos asuntos familiares. Ya te contaré.

Te quiero, X

Tiré la nota a la basura y procedí a hacerme el desayuno. No hice nada fuera de lo normal, una rebanada de pan tostado con queso crema, salmón y nueces. Luego conduje hasta el instituto. Llegué un poco antes de la hora, así que me dirigí al despacho del orientador, ubicado en la segunda planta.

El profesor Grant se encontraba sentado detrás de su enorme escritorio de madera mientras leía unos papeles que supuse que eran exámenes, aunque también podrían ser solicitudes de universidades. No había ninguna fotografía adornando la mesa como tenían el resto de profesores, solo un pisapapeles cutre y el portátil. Dos cuadros con los títulos que había obtenido colgaban de la pared a su espalda, uno era el de Psicología, el otro de Literatura Universal. Toqué a la puerta. David alzó la cabeza y me hizo un gesto con la mano para que pasara.

—Chloe —dijo, extrañado por verme—. ¿Todo bien?

—Sí, todo está muy bien.

Me senté frente a su mesa.

—Sarah ha despertado.

Su expresión fue... extraña. Yo creía que, cuando se lo dijera, iba a ponerse a saltar de la alegría, incluso tal vez se echaría a llorar al saber que el amor de su vida había vuelto a la vida después de estar varios meses en coma. En vez de eso, se quedó paralizado, observándome con esos enormes ojos castaños. Abrió la boca, pero no dijo nada, como si se hubiera quedado sin palabras.

—Ayer me llamó —añadí para sacarlo de su parálisis—. Me aseguró que está bien. Ahora mismo están haciéndole muchas pruebas. En cuanto pueda, iré a verla.

—Está despierta —dijo, como si necesitara pronunciarlo en voz alta para creérselo.

Se incorporó y me abrazó, sin importar que alguien pudiera vernos. A estas alturas a mí también me dio igual, solo quería celebrar que Sarah había despertado con la única persona que la quería tanto como yo. Sin contar a sus padres, claro.

—Sí, David —susurré—. Está despierta.

—Necesito hablar con ella.

Se separó de mí y cogió su teléfono de la mesa para llamarla cuando, de repente, el timbre resonó por todo el despacho para dar comienzo a las clases.

—Ha cambiado de número —le informé—. Luego te envío el nuevo para que hables con ella, ¿de acuerdo? Ahora tengo que ir a clase. Solo quería darte las buenas noticias.

—Está despierta —repitió.

Se limpió las lágrimas que surcaban su rostro con la muñeca y sonrió. Y ahí estaba de nuevo esa sonrisa, la misma sonrisa perfecta y reluciente que había conseguido enamorar a todas las chicas del instituto y que llevaba tiempo escondida, a la espera de tener noticias de Sarah.

No ver a Alex en clase a segunda hora me extrañó. Pensaba que el asunto familiar que tenía que resolver ya estaría arreglado para esa hora, pero si todavía no había podido solucionarlo quería decir que se trataba de algo grave. Cuando lo llamé en el intercambio de clase, no respondió. Ni tampoco en la hora de la comida. Eso agravó mi preocupación. Por eso decidí dejarle un mensaje.

CHLOE DAVIS

Sé que estás ocupado y que por eso no contestas a mis mensajes, pero por favor, llámame en cuanto leas esto.
Estoy preocupada.

Ya me había cambiado para el entrenamiento de animadoras de esta tarde, me había puesto unas mallas cortas negras y un top deportivo sin mangas rojo. Brittany estaba contándome las ideas que había tenido para mejorar la coreografía del último partido mientras me peinaba.

—¿Qué opinas?

Imaginé el baile con los nuevos pasos de Brittany, y la verdad es que tenían muy buena pinta. Solo habría que encontrar el modo de incluirlos sin hacer demasiados cambios a lo que ya teníamos.

—Me gustan —dijo. Ella sonrió orgullosa—. Ahora vemos cómo los incluimos, ¿de acuerdo?

Ella asintió, entusiasmada. Justo cuando acabé de recogerme el pelo, mi móvil empezó a sonar.

—Hola, nena —saludó.

Sentí un gran alivio en el pecho en cuanto escuché su voz. Ya había empezado a pensar que algo malo le había sucedido, de ahí que no me hubiera respondido a ninguna de mis llamadas ni a los mensajes. Sin embargo, había un sentimiento mucho más poderoso en ese momento, uno que se abrió paso entre la inquietud y la preocupación.

—¿Hola, nena? —repetí, furiosa—. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme después de haberte ido esta mañana bien temprano por unos asuntos familiares y que no respondas a ninguna de mis llamadas o mensajes? ¿Acaso tienes la menor idea de lo preocupada que estaba?

—Estoy llegando al entrenamiento —se limitó a decir con voz sosegada—. Ahora hablamos, ¿vale? Solo quería decirte que estoy bien y que está todo solucionado. Más o menos.

—Vale. Ahora nos vemos.

Guardé el teléfono en la taquilla y me reuní con mis chicos en el campo. Intenté centrarme en el entrenamiento, pensar únicamente en mis chicos, en el baile, en mejorar las acrobacias y en buscar el modo de añadir los pasos de Brittany a la coreografía. Pero no podía. Mis ojos desobedecían a mi cerebro y se iban tras el hombre que estaba en el campo contiguo. Hacía poco que se había incorporado al entrenamiento; habló con el entrenador y tras explicarle el motivo de su retraso, lo puso a entrenar con su equipo. Brett lo recibió con los brazos abiertos, al igual que los demás compañeros, a excepción de uno, que solo sabía clavarle agujas con los ojos.

Y en un momento dado, nuestros ojos se encontraron a pesar de la distancia que nos separaba. No pude identificar bien su expresión, pero sabía que estaba preocupado, como si a pesar de sus esfuerzos, no hubiera conseguido solucionar esos asuntos familiares. Yo quise ir con él, abrazarlo, decirle que soltara todo lo que llevaba dentro, que no se guardara ningún sentimiento o pensamiento negativo porque eso oscurecería su alma... Pero no lo hice. Los dos teníamos responsabilidades que debíamos cumplir, ya hablaríamos más tarde.

El entrenador nos llamó a todos con su silbato, reuniendo tanto a animadores como jugadores para hablar sobre el último partido de la temporada que se celebraba en el instituto Richmore, nuestro mayor rival. Alex se colocó a mi lado y con su brazo me envolvió los hombros para acercarme a él. Yo le sonreí. Jackson fingió una arcada.

—La semana que viene tenemos el partido más importante de nuestras vidas —dijo el entrenador—. Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí, y es hora de demostrar de lo que somos capaces, tanto en el baile —miró a las animadoras—, como en el campo.

—¡Sí! —dijimos todos en un coro desafinado.

—¡Competimos contra Richmore! —exclamó, elevando el puño con fuerza, consiguiendo que algunos jugadores hicieran el mismo gesto—. Esos malditos bastardos se han llevado todos estos años lo que nos pertenece por derecho. ¡Ya es hora de recuperar lo que es nuestro! —todos gritamos un «sí»—. ¡Ya es hora de que devolvamos el honor a Moon Hill!

Después de la charla motivadora acabó el entrenamiento. Yo estaba hablando con Brittany de camino a los vestuarios cuando vi a Alex hacerme un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Esperó a que llegara a su lado y después tomó mi mano. Fuimos a las gradas. Subimos hasta llegar a la cima, al mismo lugar donde me pidió perdón por haberme insultado en su coche tras la pelea con Brett. Ahora me parecía estar a mil años luz de aquel día, y eso que solo había pasado siete meses...

—Antes de nada, quería disculparme por haberme ido así esta mañana —murmuró,

mirándome a los ojos—. Tenía que intentar solucionar unos asuntos familiares, y lo he hecho más o menos, pero...

—¿Pero... qué?

—Ya sabes que los últimos meses he estado trabajando muy duro para pagar las facturas del hospital, el entierro... Mi tía habló con el banco y consiguió un acuerdo para que pudiéramos hacerlo a plazos —suspiró, apartando la mirada hacia el horizonte—. Llevamos varios meses pagando la mitad de lo acordado porque con lo que mi tía y yo ganamos apenas nos alcanza para vivir. Ahora el banco pretende que paguemos a final de mes todo lo que no pudimos pagar en estos meses o nos embargan la casa, el taller..., todo.

—¿De cuánto es la deuda?

—Unos cinco mil dólares.

Por muchos coches que Alex arreglara, por más pasteles y dulces que Hannah vendiera a sus amables vecinas del barrio además de su trabajo a tiempo parcial en la pastelería, jamás podrían alcanzar esa cifra en tan poco tiempo.

—Yo puedo ayudar —dije, acercándome a él—. Mi madre me dejó una buena cantidad de dinero como herencia. Puedo hablar con mi padre y...

—No —me interrumpió, tomando y mano y entrelazando nuestros dedos—. Bastante nos habéis ayudado ya como para que nos dejéis dinero también. Además, sé que mi tía jamás lo aceptaría. Y yo tampoco.

—¿Y qué me dices de Oliver?

—Oliver —pronunció el nombre de su hermano con desprecio—. Se ha ido fuera por trabajo y no creo que regrese. Y tampoco quiero su asqueroso dinero.

—¿Y cómo piensas hacerlo entonces, Alex?

Yo quería encontrar el modo de ayudarlo, pero ¿cómo? No quería mi dinero, ni tampoco el de su hermano. ¿Cómo pensaba ganar esa cantidad de dinero en tan poco tiempo?

—Trabajando —respondió como si fuera lo más obvio del mundo—. Buscaré otro trabajo a media jornada y trataré de compaginarlo con los estudios y el taller.

—Alex...

—Será muy duro, lo sé, pero lo haré. Tengo que hacerlo.

Volvió a mirarme a los ojos, y pude ver la preocupación que sentía, la impotencia por no poder ayudar a su familia. Tomé su rostro y me fundí con sus labios, fue un beso cargado de amor, un beso donde le decía que estábamos juntos hasta el final. Alex me había ayudado a mí de formas impensables, y se merecía que yo hiciera lo mismo por él. Encontraré el modo de hacerlo. Apoyó la cabeza sobre mi hombro en busca de cariño. Deslicé los dedos por su ancha espalda, sintiendo cómo sus músculos se relajaban. Y nos quedamos así un buen rato, abrazados, y sentía que podía estar así toda la noche.

—¿Nos vamos? —dijo Alex—. Se está haciendo tarde.

—Sí, vamos.

Alex se inclinó para darme un beso antes de que cada uno se marchara a los vestuarios para ducharse. Después, me reuní con Alex, que me estaba esperando apoyado en mi coche. Dejamos las bolsas en el maletero y abrí la puerta para sentarme en el asiento del conductor. Me estaba atando el cinturón cuando mi móvil empezó a sonar en el interior del bolso.

—¡Chloe! —el grito de Sarah hizo que alejara el teléfono de la oreja si quería seguir conservando el oído—. ¿Qué haces? ¿Estás ocupada?

—Acabo de terminar el entrenamiento y me iba a casa. ¿Por qué lo dices?

—¡Ya puedes venir a verme!

No me hizo falta nada más.

—Estoy allí en diez minutos.

—Aquí te espero.

Arranqué el motor y puse rumbo al hospital. Cuando llegué, Sarah estaba acostada en la cama, hablando con sus padres. Su aspecto era mucho mejor que la última vez que vine a visitarla. Su pelo rubio caía sobre sus hombros en una cascada dorada, enmarcando su cansado y pálido rostro. Ya no llevaba puesto el pijama del hospital que le pusieron cuando ingresó, sino uno propio, una camiseta de manga corta y unos pantalones cortos. Ella ladeó la cabeza hacia mí y, cuando me vio, dibujó una media sonrisa. Con el rostro surcado en lágrimas y el corazón en un puño, me abalancé sobre mi amiga para abrazarla. La apreté contra mí para confirmar que esto era real, que realmente había despertado.

—Con cuidado —se quejó ella, apartándose de mí—. Todavía estoy un poco dolorida.

—Lo siento —me enjugué la lágrima que se deslizó por mi mejilla y sonreí como disculpa—. Es que estoy tan emocionada por verte despierta...

—Ya que estáis aquí, nosotros nos vamos a casa a ducharnos y a comer algo —dijo su madre, acercándose a su hija para darle un beso en la frente—. No tardaremos mucho.

—Vale, mamá.

Sus padres se despidieron de Alex y de mí antes de salir.

—Toma —dejé una bolsa de papel sobre su regazo.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó ella, emocionada.

Asentí con una sonrisa. Sarah adoraba una hamburguesería llamada The Cousins, solíamos ir bastante a menudo, sobre todo en verano, que era cuando más tiempo libre teníamos. Nos pasábamos las noches enteras allí metidos, jugando a los juegos de mesa que el local ofrecía a cambio de una consumición. Y conocía muy bien a mi amiga para saber que tras pasarse cinco meses en coma, una buena hamburguesa con queso y patatas fritas sería lo primero que querría llevarse a la boca. Sacó una patata del interior y la saboreó con los ojos cerrados. Cuando los abrió, se desviaron por encima de mi hombro, concretamente en el hombre que había estado manteniendo las distancias desde que habíamos llegado. Alex, que hasta ese momento estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados, se acercó a nosotras cuando mi amiga se lo pidió.

Sarah extendió la mano. Alex la contempló con indecisión y, tras un momento de vacilación, se la cogió. Ella sonrió y tiró de él hasta envolverlo entre sus brazos. Noté los músculos de Alex tensos por la sorpresa, aunque eso solo fue al principio; después se relajó y la abrazó también.

La imagen de mi mejor amiga abrazando a mi novio era algo con lo que había estado soñando durante mucho tiempo. Sarah siempre se había mostrado reticente con Alex, tenía razones para estarlo después de cómo empezó nuestra relación, porque ella pensaba que no merecía la pena estar con el hombre que empezó el curso insultándome y humillándome. Y ese abrazo podría significar que los malos rollos habían quedado atrás.

—Muchas gracias —dijo Sarah—. A los dos. Si no llega a ser por vosotros, estaría muerta.

—No digas eso —repuse. Oírla mencionar que podría estar muerta me ponía el vello de todo el cuerpo de punta.

—Pero es verdad, Chloe. Si no me hubierais traído a tiempo, ahora mismo yo... no estaría aquí. Tuve mucha suerte de que me encontrarais.

—Sarah, ¿qué pasó? —preguntó Alex.

Ella nos miró a los dos con cierta inquietud.

—Tenéis que prometerme que no se lo vais a decir a nadie.

—Lo prometemos —dijimos Alex y yo al unísono.

Soltó un largo suspiro antes de soltar la bomba.

—Jackson.

—¿Jackson? —preguntamos Alex y yo al mismo tiempo.

—Cuando Woody y yo rompimos, lo pasé muy mal —tragó saliva y miró sus manos, que jugueteaban nerviosas con la bolsa de papel—. Sentí que el mundo se me venía encima, como si todo a mi alrededor hubiera perdido la luz. Estaba perdida.

»Un día quedé con Sean para decirle que dejara de llamarme, que no estaba en condiciones de tener ningún tipo de relación. Se presentó con Jackson. Al parecer, son buenos amigos. Sean se enfadó muchísimo, tanto que incluso quiso pegarme. Jackson se lo impidió. Fue tan amable y comprensivo... No se parecía en nada al Jackson que conocemos. No sé, me hizo sentir bien.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

A lo mejor, si me lo hubiera dicho, podría haberlo parado. Podría haberle hecho entender que Jackson no es el tipo de hombre comprensivo y bueno que cualquier mujer aspira tener algún día a su lado, sino uno que siempre tiene deseos ocultos y que es capaz de todo por cumplirlos.

—Me daba vergüenza, Chloe —dijo con la voz rota. Enjugó la lágrima que se deslizó por su mejilla—. Al principio todo iba bien; quedábamos, nos enrollábamos y después cada uno a su casa. Ninguno queríamos tener una relación seria así que era perfecto. Me dijo de vernos antes del baile.

Alex se sentó a mi lado, atento a lo que Sarah contaba.

—Para aquel entonces yo ya había arreglado las cosas con Woody. Así que quedé con Jackson para terminar lo que fuera que tuviéramos. Quedamos en su casa. Jackson se mostró muy comprensivo conmigo, tanto que quiso llevarme al baile como muestra de que podíamos ser amigos. Sin embargo, me llevó a una casa a las afueras de Moon Hill. Era una casa fría, sombría, en un barrio peligroso. Yo quise volver al instituto, le dije a Jackson que me llevara, pero uno de sus amigos me encerró en una habitación y... no sé. No recuerdo nada más.

Alzó la mirada hacia Alex.

—He intentado recordar algo más, pero está todo borroso...

—No te preocupes —dijo Alex, cogiendo su mano.

—Al menos has despertado —cogí su otra mano y me la llevé a los labios, dejando un dulce beso en la piel—. No sabes lo mucho que te he echado de menos estos meses...

—Yo... Lo siento.

Enjugué la lágrima que surcó su rostro.

—¿Y por qué no quieres que nadie sepa que ha sido Jackson quien te ha hecho esto? —quiso saber Alex—. Ese hijo de puta merece pagar por todo lo que te ha hecho...

—Porque quiero olvidar lo que ha pasado. Por favor, no se lo digáis a nadie. Ni siquiera a la policía. A ellos les he dicho que unos hombres me dieron una paliza para robarme el bolso. No les he dicho que fue Jackson.

—Pero Sarah...

—Chloe, por favor —me cortó ella—. Lo último que quiero es crear más problemas. Dejémoslo estar, ¿sí?

Justo en ese momento, recibí un mensaje al móvil:

WOODY
Estás con ella?

Sus ojos se abrieron al ver el mensaje en la pantalla antes de quitarme el teléfono de las manos y ponerse a intercambiar mensajes de amor con David. Después la puse al día de todo lo que había sucedido en su ausencia, como que Brittany había dado un cambio radical, que ya no era la misma chica que el semestre pasado y que ahora se había convertido en una buena amiga; todos los partidos que habíamos ganado; el baile que estábamos preparando para terminar a lo grande la temporada de lacrosse... Sarah nos escuchó sin decir nada y con una gran sonrisa, aunque su rostro no expresaba felicidad, más bien pena. Desde pequeñas habíamos fantaseado sobre cómo sería nuestro último año de instituto, pensando que sería el mejor de nuestras vidas, y ella se había perdido gran parte por culpa de Jackson.

Sus padres llegaron junto con su hermano pequeño y con la noticia de que Christian iba a pasarse para visitar a su prima, entonces Alex y yo decidimos que era hora de irse. Ninguno de los dos queríamos verlo. Me despedí de Sarah con un abrazo y salimos de la habitación. Justo antes de salir por la puerta del hospital, un hombre vestido con una sudadera negra me dio un golpe en el hombro al pasar, haciendo que se me cayera el bolso al suelo.

—¡Mira por donde pasas! —le increpó Alex.

Ni siquiera se molestó en detenerse y pedir disculpas. Siguió andando, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, hasta que desapareció al doblar la esquina.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —aseguré—. Estoy bien.

Tras recoger lo que se me había caído del bolso, salimos del hospital y nos montamos en mi coche, poniendo rumbo a mi casa.

Dejé el bolso sobre la mesa de centro del salón y me dejé caer en el sofá. Estaba exhausta. Entre la visita de Sarah y la deuda de Alex, sentía que no podía aguantar ni una sola emoción más. Demasiadas por hoy. Alex se acostó a mi lado, con la cabeza apoyada en mi regazo y las piernas cayendo por los brazos del sofá. Pasé la mano por los salvajes mechones de su pelo cobrizo, acariciándolo y despeinándolo. Luego deslicé el dedo por el puente de su nariz, dibujé la línea de sus carnosos labios que se curvaron hacia arriba en una sonrisa placentera.

—¿Te gusta?

Asintió con un gruñido. Seguí bajando hasta pasar por su barbilla, sintiendo la aspereza de la barba. Alex tenía los ojos cerrados mientras disfrutaba de mis caricias. Y quise ir un poco más allá, metiendo la mano bajo su camiseta.

—Puedes seguir bajando si quieres. No me importa.

Me eché a reír. Me incliné y posé mis labios sobre los suyos. Alex tomó mi rostro y me besó de nuevo, abriendo la boca y hundiendo la lengua en mi interior, haciendo el beso mucho más profundo e intenso. Moví la mano, que hasta ese momento seguía sobre su pecho, bajando por el abdomen hasta que noté la costura del vaquero. Intenté seguir cuando el sonido de la puerta al cerrarse nos sobresaltó. Alex se levantó de un salto, incorporándose de modo que acabó sentado en el sofá con la espalda recta y las manos apoyadas sobre los muslos, como si fuera un niño bueno, inocente y responsable. Yo giré la cabeza para ver quién había llegado, sorprendiéndome al ver a Lucy con una maleta.

—¿Y esa maleta? —pregunté.

Mi padre apareció en ese momento, colocándose a su lado. Tenía una sonrisa en el rostro que en cualquier otro momento me hubiera alegrado ver. Se veía feliz, radiante. Sin embargo, me dio un escalofrío. Porque sabía lo que eso significaba.

—Princesa, Lucy viene a vivir con nosotros.

5

Debía estar de broma, ¿no? Lucy no podía vivir con nosotros. ¿Cuánto tiempo llevaban saliendo? ¿Dos meses? ¡Es demasiado pronto!

Me acerqué a ellos mientras trataba de hacerme a la idea. ¿Esto es real? Porque parecía una auténtica pesadilla... Alex se colocó a mi lado, él estaba igual de confuso que yo. Mi padre miraba a Lucy con una gran sonrisa mientras ella se la devolvía con una sonrisa algo más tensa, como quien está tratando de ocultar un secreto. Abrí la boca cuando una chica de cabello rubio platino, ojos azules y labios carnosos entró por la puerta. Su cuerpo era pequeño y delgado, como el de una muñeca, y vestía un short vaquero, una camiseta de tirantes y una camisa con las mangas atadas a la cintura.

—Esta es Amber —la presentó Lucy—. Mi hija.

Espera, ¿había dicho hija? Lucy tenía una hija. Una la cual no sabía ni que existía. Y ahora iba a tener que convivir con ella. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Un gato? Sinceramente esperaba que no, porque soy alérgica...

Saludé a Amber con mi mejor sonrisa aunque por dentro seguía pensando que todo esto era una completa locura.

—Chloe —me presenté, tendiéndole la mano. Ella la miró con una expresión desdeñosa antes de volver a mirarme a los ojos con cara de pocos amigos. Ahí supe que a ella tampoco le hacía gracia vivir aquí. Me estrechó la mano con una sonrisa superficial. Yo miré a mi padre—. ¿Podemos hablar? —le dije.

—Claro.

Alex se presentó con esa sonrisa suya tan encantadora que la Mini Rubia quedó prendada de él. Ella deslizó la lengua por sus labios para humedecerlos y que parecieran más apetecibles. Yo puse los ojos en blanco ante ese gesto desesperado por llamar su atención. No me gustaba tener que dejarlos solos para hablar con mi padre, pero necesitaba saber por qué las había invitado a vivir con nosotros sin haberme consultado primero.

—Explícame eso de que van a vivir con nosotros —le pedí cuando entramos en la cocina, cruzándome los brazos a la altura del pecho.

—Van a quedarse con nosotros un tiempo. Tienen una plaga de cucarachas en casa y no pueden quedarse allí mientras fumigan. No entiendo por qué estás tan molesta... Tu querías que rehiciese mi vida y eso mismo estoy haciendo.

—Claro que quiero que rehagas tu vida —dije. Me dolía que pensara lo contrario—, pero no me refería a esto. Es un paso demasiado grande, papá. Antes de irse a vivir juntos, primero hay que conocerse bien.

—Y conozco a Lucy.

No. Apenas se conocían. Es imposible conocer a una persona en solo dos meses.

—Pero yo no —repuse—. Esta es la segunda vez que veo a Lucy desde que sé que estáis saliendo. Apenas he hablado con ella. Y ahora pretendes que vivamos todos bajo el mismo techo como una familia feliz cuando ni siquiera sabía que tenía una hija...

Mi padre se quedó callado unos segundos, sin quitarme los ojos de encima.

—Lo siento, ¿vale? Debí haberte avisado primero.

—Sí, debiste haberlo hecho.

Respiré hondo e intenté tranquilizarme. Traté de pensar en lo positivo de esto; es cierto que es un paso muy grande para una relación que estaba empezando a construirse, pero solo sería durante un tiempo, ¿no? Es decir, tampoco es que fueran a vivir aquí para siempre. Solo hasta que su casa estuviera libre de cucarachas.

—¿Cuánto tiempo se quedarán? —quise saber.

—Solo un mes. Dos a lo sumo.

—Está bien —suspiré, rendida—. Si solo va a ser un mes...

—Gracias.

Me estrecho entre sus brazos y me dio un beso en la cabeza. Después, se marchó para acompañar a Lucy al piso superior para dejar las maletas. Lucy no parecía estar desorientada, más bien parecía que conocía bastante bien la casa. ¿Había estado aquí mientras yo estaba en el instituto o entrenando con las animadoras? No quise pensar en ello.

Regresé con Alex y la Mini Rubia.

—¿Conoces al grupo The Saint Power? —preguntó Amber a Alex mientras jugueteaba con las puntas de su cabello—. Es un grupo de rock. Van a dar un concierto mañana por la noche. El cantante es amigo mío y había pensado que, si quieres, podríamos ir y...

—Me temo que va a ser imposible —respondí antes de que Alex pudiera hacerlo. Amber me miró molesta, Alex con una media sonrisa que trató de ocultar a toda costa—. Mañana es nuestro aniversario y vamos a ir a cenar —cogí su brazo y me envolví con él—. Lo siento, Amber, tendrás que buscar a otro acompañante.

—Vale —respondió ella en tono resentido.

Y sin decir nada más, se marchó a sacar más cosas del coche.

Alex me miró desde arriba con esa sonrisa que yo tanto adoraba y que en ese momento me pareció fuera de lugar.

—¿Te parece gracioso? —pregunté, indignada.

—Un poco —admitió con una débil carcajada.

—Me gustaría verte a ti si un chico me pide ir a un concierto.

—No te pongas celosa —dijo, abrazándome por la espalda. Yo traté de soltarme, no me apetecía que me tocara después de haber estado tonteando con la Mini Rubia—. Si ya sabes que yo solo tengo ojos para ti.

Me dio un beso en la mejilla y yo me rendí a sus labios.

Era débil cuando se ponía así.

—¿Y desde cuándo mañana es nuestro aniversario?

—Desde que la Mini Rubia te ha pedido una cita.

Su sonrisa se amplió.

Yo quise borrarle la sonrisa a golpes.

—Me encanta cuando te pones celosa —admitió.

—Pues a mí no me gusta nada.

Alex se echó a reír. Me dio la vuelta para buscar mi boca, y cuando la encontró, nos fundimos en un beso. Un beso que se vio interrumpido con la llegada de Amber, que sujetaba una caja mientras nos miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Alex con educación.

—Hay más cajas fuera —avisó.

Alex y yo asentimos y salimos para ayudar con la mudanza.

Llevaba en las manos la última caja y la llevé a la habitación de invitados con el resto de las cosas de Amber, dejándola sobre la pila de cajas que había nada mas entrar. Y allí estaba ella, había empezado a desempaquetar sus cosas y estaba colocando la ropa en el armario que había estado vacío desde que mi padre construyó la casa.

—Antes de guardar nada, te recomiendo que limpies un poco. La habitación lleva mucho tiempo cerrada y seguramente haya polvo por todas partes.

Hizo una mueca de asco y pasó por mi lado para ir a por un trapo.

—No toques nada —me avisó antes de desaparecer.

Ni que hubiera algo aquí que me importase.

Sobre el escritorio vi un portarretratos donde aparecía Lucy un poco más joven al lado de su hija y de un hombre guapo en la playa. Supuse que se trababa del padre por la forma en la que miraba a Lucy. También había un portátil y unos cuantos cd's de rock. Intenté leer los títulos cuando unos brazos me envolvieron por detrás, rodeándome la cintura. Alex apoyó la barbilla en mi hombro y me dio un beso en el cuello que provocó que mi piel se estremeciera. ¿Cuando dejaría de tener ese efecto sobre mí?

—¿Qué te parece todo esto?

—Una completa locura —admití, dándome la vuelta para poder mirarlo a los ojos—. Mi padre se está precipitando bastante. Pero solo será un mes, ¿no? Después volverán a sus casas y todo seguirá como antes. Aunque va a ser raro vivir bajo el mismo techo con dos desconocidas...

—Solo los primeros días —dijo—. Con el paso de los días te irás acostumbrando a vivir con ellas. Incluso puede que después las eches de menos cuando se marchen. Amber me ha dicho que estarán aquí dos meses como mucho.

—Pues sí que habéis hablado mientras subíais las cajas...

—Mucho. Hasta me ha dado su teléfono.

Me separé de él y lo miré con incredulidad.

—Es una broma —se apresuró a decir al ver mi expresión—. No ha tenido gracia.

—Ni una pizca.

Mi padre nos gritó desde la planta de abajo que bajásemos a cenar, y menos mal porque había evitado otro ataque de celos por mi parte. Yo sabía que Alex me quería, nunca me había dado motivos para pensar que podría engañarme. Sin embargo, también pensaba que Brett me amaba y terminó engañándome con una amiga... La verdad es que tenía miedo, me asustaba confiar en otra persona, entregarme a ella para que después me clave un puñal por la espalda. Por eso no me gustaba que Alex hiciera ese tipo de bromas, porque por experiencia sabía que las bromas esconden una cierta verdad, porque Brett también las hacía hasta que finalmente se hicieron realidad.

Habíamos pedido comida preparada ya que con la mudanza no nos había dado tiempo a hacer nada. Alex y yo nos sentamos en un lateral de la mesa del salón, Amber y Lucy estaban frente a

nosotros. Mi padre presidía.

—¿Qué has pedido? —pregunté a mi padre.

—Espaguetis a la carbonara, risotto de setas salteadas y macarrones con queso al estilo americano —respondió mientras sacaba la comida de las bolsas—. Lo mejor de la carta.

Alex y yo nos decantamos por los macarrones con queso, somos tradicionales. Amber y Lucy por el risotto. Mi padre por los espaguetis.

—¿En qué instituto estudias? —le pregunté a Amber con la intención de conocerla un poco mejor.

—En el mismo que el tuyo —musitó.

—Nunca te hemos visto por allí —dijo Alex.

—Ha entrado hace poco —explicó Lucy—. Antes estudiaba en casa. Su padre es profesor y como viajaba mucho por trabajo pensamos que lo mejor para ella sería dar clases en casa.

—¿Y qué edad tienes? —quise saber.

—Quince. En dos meses cumpliré los dieciséis.

—Chloe y Alex están en el último curso —dijo mi padre con una sonrisa llena de orgullo—. Si tienes alguna duda sobre cualquier cosa, podrías pedirle ayuda a ellos.

—Sí, Alex podría ayudarme —dijo ella con el labio inferior atrapado entre los dientes y los ojos fijos en mi novio—. Este curso es bastante complicado y creo que necesitaré un profesor particular.

¿En serio estaba coqueteando con mi novio delante de mí?

—Soy la primera de mi clase y mi nota media es de nueve y medio. Yo te ayudaré en todo lo que necesites. Solo tienes que llamar a mi puerta —forcé una sonrisa.

Podía entender perfectamente que Amber se fijara en Alex: Es guapísimo, alto, con un físico espectacular y una sonrisa que provoca infartos. Y cuando te mira con esos ojitos azules olvidas hasta tu nombre. Pero su actitud estaba siendo completamente ridícula y desagradable. ¿Quién en su sano juicio coquetearía con alguien con su novia delante? Si íbamos a tener que vivir bajo el mismo techo durante un tiempo, no es el mejor modo de empezar la convivencia.

Amber me lanzó una mirada ponzoñosa por haberle estropeado la oportunidad de estar a solas con mi novio. Yo mostré mi mejor sonrisa.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —se interesó Lucy.

—Mañana hacemos seis meses —respondió Alex con una sonrisa ladeada y los ojos puestos en los míos. El muy cabrón sabía que eso no era verdad, y estaba utilizando mis celos para burlarse de mí—. Nos conocimos al principio del último curso, pero al principio no nos llevábamos muy bien que digamos.

—Alex al principio era un capullo engreído —me burlé.

—No lo creo —musitó Amber con la boca pequeña.

—Un poco sí que lo era —reconoció Alex.

—¿Un poco? —me eché a reír—. El caso es que acabamos enamorándonos —dije, mirando a mi hombre. Alex me cogió la mano que tenía sobre la mesa y ejerció una leve presión que me resultó reconfortante. Recordar nuestra historia de amor era una sensación agri dulce, porque no empezamos de la mejor manera. De hecho, en aquel momento dudaba que pudiéramos tener lo que tenemos ahora. Pero al final, decidimos hacer un salto de fe y confiar el uno en el otro. Y nos había salido bien.

La Mini Rubia no quitaba los ojos de nuestras manos unidas.

—Hacéis muy buena pareja —concluyó Lucy. Parecía sincera.

—¿Y cómo está Sarah? —me preguntó mi padre, cambiando de tema.

—Muy bien —respondí—. Creo que pronto le darán el alta.

—Me alegro mucho por ella —dijo, llevándose su copa de vino a la boca—. A ver si en uno de mis descansos me escapo del trabajo y voy a hacerle una visita.

—Seguro que le encantará verte.

—Sarah es la chica que encontraron tirada en el parking del instituto, ¿verdad? —inquirió Amber sin compasión mientras jugueteaba con su comida.

—Amber —la reprendió su madre por su falta de respeto. Su hija le devolvió la mirada con inocencia, como si su comentario no estuviera fuera de lugar.

—Sí —respondí yo con sequedad—. Es mi mejor amiga y acaba de despertar de un coma.

—Entonces tú eres la famosa Chloe Davis, la chica más popular del instituto, la más deseada por los chicos y la más envidiada por las chicas... He oído muchas cosas de ti en el instituto.

Por el tono que empleó y por la forma en la que me miró, solo podía significar que conocía las mentiras que había contado en el instituto. Y eso me puso en tensión, porque nadie en la mesa lo sabía a excepción de Alex, que me devolvió la mirada con temor por si Amber hablaba más de la cuenta.

—Seguro que todo bueno —dijo mi padre.

En ese momento me sentí culpable por no haberle contado la verdad a mi padre. ¿Pero cómo explicarle al hombre que tantos sacrificios había hecho por mí que no era completamente feliz? ¿Cómo explicarle que me había inventado una vida porque de alguna manera no estaba satisfecha con la que tenía? Sabía que tarde o temprano mis mentiras saldrían a la luz. Era inevitable. No podría ocultarlas mucho más tiempo. Porque aunque en ese momento Amber no habló, no significaba que no lo hiciera más adelante. Tenía que encontrar el modo de decírselo a mi padre.

—Sí. Todo muy bueno —dijo ella, mirándome como si estuviera perdonándome la vida, como si supiera que tenía el poder de soltar la bomba y destruirme.

Alex me cogió de la mano que estaba sobre la mesa y me sonrió, demostrándome así que estaba de mi lado. Yo le devolví la sonrisa, aunque por dentro seguía sintiéndome la peor persona del mundo.

Cuando terminamos de cenar, Alex y yo recogimos la mesa ya que Amber y Lucy tenían que subir a sus habitaciones para deshacer sus maletas. Mi padre fue a ayudarlas.

—¿Te has dado cuenta de que la Mini Rubia no ha dejado de mirarte en toda la cena? —pregunté mientras llevaba los platos sucios al fregador para limpiarlos—. Ha tratado de llamar tu atención en todo momento...

—Me he dado cuenta —respondió Alex con indiferencia. La verdad es que cuando ella intentaba coquetear, él pasaba de ella y se centraba solamente en mí. Amber no se dio por rendida y siguió intentándolo a pesar de todo.

Se acercó a mí tras guardar las sobras en el frigorífico y cogió un trapo para secar los platos que yo dejaba en el escurrerplatos.

—Le gustas.

—Ella a mí no. Por desgracia para ella, estoy enamorado de otra chica. Una morena de ojos castaños que me tiene loco.

Me empujó con el hombro en un gesto cariñoso.

—¿Crees que Claudia Fier estará enamorada de mí también? Porque por más que trato de llamar su atención, a esa morena no hay quien la conquiste —dijo en tono de burla.

—Serás tonto...

Cuando terminamos de limpiar, me sequé las manos y me apoyé contra la encimera para mirar a Alex. Él se acercó a mí y tomó mi rostro para besarme.

—Podría pasarme la noche entera besándote —confesó junto a mis labios—, pero debería irme ya. Tengo que terminar un trabajo de clase.

—Te llevo.

Me tumbé en la cama después de una gratificante y reparadora ducha de agua fría. Había sido un día bastante duro, repleto de sorpresas, unas buenas y otras... no tanto. Al menos el día había llegado a su fin y podía desconectar un poco de todo.

Estuve con el teléfono, ojeando mis redes sociales. Había subido una nueva fotografía a mi perfil artístico. Hace un par de semanas, Alex me convenció para crearme una cuenta de arte en Instagram donde subir mis fotografías y así poder separar mi arte de mi vida privada. Así que me puse manos a la obra. De momento tenía pocos seguidores y solo tres publicaciones subidas, cuatro con la de hoy. Y ya tenía comentarios de otros artistas que decían que les gustaban mis fotos. Era un buen comienzo.

De repente, recibí una llamada de un número que no tenía guardado.

—¿Diga?

—Chloe...

Me incorporé al reconocer la voz.

—¿Christian?

—Necesito tu ayuda —dijo. Por cómo arrastraba las letras, estaba borracho—. Me he quedado sin gasolina y no puedo ir a la fraternidad. ¿Podrías llevarme? Llamaría a otra persona, pero no confío en nadie más...

Sabía que era mala idea, que no debería ayudarlo después de todo lo que dijo sobre mí... pero tampoco podía dejarlo tirado en ese estado.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En el bar de Joe's. Justo en la puerta.

—En cinco minutos estoy allí.

Y colgué. No perdí el tiempo en cambiarme de ropa. Llevaba una camiseta que le robé a Alex y que me quedaba enorme y unos pantalones cortos. Me calcé con rapidez las zapatillas y salí de la habitación cuando, para mi sorpresa, Amber estaba en el pasillo con una botella de agua.

—¿Dónde vas a estas horas? —me preguntó, extrañada.

—Voy a... ayudar a un amigo.

No pareció muy convencida por mi respuesta. Tampoco dijo nada, simplemente asintió y entró en su habitación. Me monté en el Rover. Durante un leve instante mis ojos se encontraron con mi reflejo en el espejo retrovisor. Tenía el cabello ondulado y aún humedecido por la reciente ducha, los ojos cansados y los labios un poco secos. Tampoco sabía qué estaba haciendo. Bueno, en realidad sí lo sabía; estaba ayudando al hombre que pretendía utilizar el sexo como seguro de que quería estar con él, el mismo que dijo mentiras sobre mí simplemente para hacer daño a Alex cuando no estaba pasando un buen momento. Debería dar media vuelta y regresar a casa, pero si hacía eso, la culpa me concomería si le llegase a pasar algo y no haber estado para evitarlo. Además, era el primo de Sarah. Solo por eso debía ayudarlo.

El letrero luminoso en color carmesí me cegó cuando llegué al bar. Tal y como Christian

había dicho, estaba delante de la puerta, sentado en el bordillo con los codos apoyados en sus rodillas mientras se sujetaba la cabeza como si le pesase. Yo noté una ira descontrolada recorriéndome las venas en cuanto alzó la mirada y me miró con una sonrisa. Creía que lo había superado, que sus mentiras ya estaban olvidadas, pero lo cierto es que no, que todavía seguía teniendo muy presente sus palabras.

—Has venido.

—Sí —respondí, escueta.

Se incorporó entre tambaleos y con mi ayuda conseguí meterlo en el asiento del copiloto. Le abroché el cinturón de seguridad porque con el pedo que llevaba ni siquiera alcanzaba a ver el anclaje, y él aprovechó esa cercanía para intentar tocarme el rostro. Yo me aparté para que no pudiera hacerlo.

—¿Que haces bebiendo un jueves, Christian? —pregunté cuando me senté al volante. Arranqué el motor y puse rumbo a la fraternidad. Necesitaba distraerme para no pensar en todo lo que dijo sobre mí en el parque.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti —susurró. Tenía la frente pegada a la ventanilla, mirando las luces del exterior—. Todas los días me acuesto y me despierto pensando en ti... Sé que tu no piensas en mí, pero yo sí lo hago. No puedo sacarte de mi mente. Y ya no puedo soportarlo más...

Beber para olvidarme. Eso es lo que había estado haciendo desde que rompimos. Una parte de mí sentía lástima por él, porque quería creer que en el fondo seguía siendo el mismo niño que logró sacarme una sonrisa cuando murió mi madre, pero la mayor parte aún recordaba sus afiladas palabras en el parque, su boca sobre mi cuello, sus manos sobre mi cuerpo...

Decidí pensar en otra cosa para no enfadarme.

—Las cosas no tenían por qué acabar así —dije.

—Los celos pudieron conmigo. Yo... No pensé lo que decía...

—Dijiste cosas muy feas sobre mí, Christian. Sé que yo también me porté mal contigo, pero jamás quise hacerte daño. Sin embargo, tú dijiste todas esas cosas para hacer daño a Alex y a mí. Eso jamás podré perdonártelo.

Me miró con ojos entrecerrados y una expresión dolida.

—Pero has venido a ayudarme...

—He venido porque eres el primo de mi mejor amiga. Por nada más.

—¿Te has olvidado de mí?

Había dolor en sus palabras.

—Completamente —admití.

—Haces bien —balbuceó, enjugando la lágrima que se deslizaba por su mejilla con frustración. Lanzó un largo suspiro y volvió a mirar tras el cristal—. Mereces a alguien mejor que yo. Espero que Alex te haga feliz como yo no pude hacerte...

—Me hace muy feliz.

Y era verdad. Los últimos meses juntos habían sido mágicos. Todo entre nosotros eran mimos, besos y abrazos. Habíamos construido una relación basada en la confianza y el respeto. Y eso que al principio pensaba que era una persona incapaz de amar. Pero cuando lo conocí de verdad, cuando me dejó ver tras ese muro que había construido alrededor de su corazón, me di cuenta de que era todo lo contrario; alguien bueno, agradable y con un corazón enorme. Si lo hubiera sabido desde el principio, le habría dado la oportunidad mucho antes. Nos habríamos ahorrado tantos disgustos...

Cuando llegamos, me apeé del coche para ayudar a Christian a llegar a la fraternidad; me pasé su brazo por los hombros y le sujeté la cintura con firmeza para poder guiarlo hacia la puerta de la casa sin que se cayera. Una tarea un tanto complicada por todo el alcohol que tenía en la sangre.

—Hueles super bien —dijo, hundiendo la nariz en mi pelo.

—Es una pena que yo no pueda decir lo mismo.

Olía a una mezcla de sudor, tabaco y alcohol. Asqueroso.

Toqué a la puerta y esperé a que alguien abriera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sean cuando vio a su amigo. Sus ojos se posaron sobre mí y se abrieron de par en par, sorprendido, como si yo fuera la última persona que esperaba ver. Luego endureció el gesto, mirándome con rabia.

—Se ha quedado sin gasolina y no tenía cómo volver —dije con educación, aunque en realidad lo que quería hacer era increparle unas cuantas cosas.

—¿Y te ha llamado a ti? —dijo con desprecio.

—Por desgracia, sí.

—Pues ya puedes volver con el niño.

Cogió a Christian que ya apenas podía mantener los ojos abiertos y trató de llevarlo consigo. Dio una patada a la puerta para cerrarla, pero yo la volví a abrir. No pensaba tolerar que me hablara así.

—¿Qué has dicho?

—Que ya puedes volver con el niño con el que sales ahora —dijo con rabia—. La verdad es que estáis hechos el uno para el otro. Ojalá seáis muy felices después de todo el daño que habéis hecho... Has destruido a Christian.

—Mira, Sean, yo no tengo por qué darte explicaciones de mi vida, ¿de acuerdo? —gruñí, cruzándome de brazos a la altura del pecho—. Christian era muy consciente de dónde se metía cuando salió conmigo. Yo no le obligué a nada, él sí que intentó obligarme a hacer cosas que yo no quería. Y no pienso permitir que nadie se meta en mi relación, y mucho menos vosotros dos. Borrada mi número y no volváis a llamarme.

Di media vuelta con la intención de volver al coche, pero me detuve. Tenía un nudo en la garganta, unas palabras que me ahogaban. No podía irme sin antes soltarlas.

—Sé lo que le habéis hecho a mi amiga Sarah —su rostro se transformó, apretó los labios y tensó la mandíbula—. Esto no va a quedar así. Jackson y tú pagaréis por lo que le habéis hecho. Eso te lo prometo.

6

Me desperté del susto y con el corazón a mil por hora cuando una canción se coló por la habitación, haciendo retumbar las paredes hasta el punto de parecer que iban a derrumbarse en cualquier momento. ¿De dónde cojones salía esa música? Era desagradable y ruidosa. ¿Y qué hora era? Mi teléfono marcaba las seis y treinta y tres de la mañana.

Me levanté de la cama y seguí el sonido enloquecedor que me llevó a la puerta blanca donde antes era solo una simple y silenciosa habitación de invitados. Ojalá poder volver a aquella época. Toqué a la puerta con fuerza. Varias veces. El volumen era tan alto que no me escuchaba, así que la abrí sin importarme lo que pudiera estar haciendo. Pillé a Amber en ropa interior mientras buscaba algo que ponerse en el armario. La habitación estaba cambiada, ahora estaba repleta de vida y color. De las paredes colgaban pósters de grupos de rock que no conocía, las estanterías tenían diversos libros y sobre el escritorio el portátil encendido donde pude ver un vídeo de Youtube reproduciéndose y los altavoces chillando.

—¡Eh! —exclamó ella, tapándose con la camiseta del pijama los pechos—. ¡Es mi habitación! ¡No puedes entrar así!

Hice caso omiso a su queja y fui al portátil para bajar la música a un tono considerablemente normal para estas horas de la mañana.

—Así mejor —forcé una sonrisa—. Gracias.

Regresé a mi habitación y cerré los ojos, disfrutando del hermoso y reconfortante silencio. Me di una ducha rápida, pues me parecía que todavía seguía oliendo a tabaco y alcohol por haber estado con Christian anoche. Me puse una mini falda de cintura alta con unas mallas negras y un jersey granate ancho. Me hice una coleta alta, dejando dos mechones del flequillo sueltos y me maquillé un poco.

Lucy había preparado huevos revueltos, rebanadas de pan tostado, beicon, tortitas y una buena jarra de café y otra de zumo de naranja recién exprimido, colocado todo perfectamente en la mesa de la cocina, adornada con el jarrón de arcilla que hizo mi madre con un ramo de flores recién cortadas.

—¿Y todo esto? —pregunté, sorprendida. Era la primera vez en mucho tiempo que veía la mesa tan decorada y con tanta comida.

—Quería que la primera mañana en esta casa fuera especial.

—Y lo está siendo —añadió mi padre a mi espalda.

Llevaba un conjunto de trabajo completamente diferente a su habitual mono; ahora llevaba camiseta y pantalón a juego, y unas botas de seguridad nuevas. También se había peinado y afeitado completamente. No podía recordar un día en el que mi padre no tuviera barba. Era raro. Parecía un hombre distinto.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi padre?

Por más que lo miraba, no lo encontraba por ningún lado.

—¿Te gusta? —dijo, refiriéndose a la barba.

—Estás genial, pero ¿y este cambio de imagen?

—Me apetecía probar algo nuevo —se encogió de hombros.

Se acercó a Lucy y vaciló sobre si darle un beso en los labios delante de mí. Al final acabó dándoselo en la mejilla. Ella sonrió complacida y se sentó a mi lado, junto a mi padre. Amber bajó poco después, vestida con unos vaqueros cortos y una camiseta de manga corta negra, el pelo dorado cayendo por sus hombros.

Desayuné una simple tortita y subí a mi habitación a por la mochila, no me apetecía seguir escuchando la conversación que mantenían sobre hacer un viaje romántico a Aspen, la verdad. Cuando volví a bajar, mi padre, antes de irse al trabajo, me pidió que llevara a Amber al instituto, pues Lucy no podía llevarla porque tenía que resolver un asunto urgente del trabajo.

Así que esperé a Amber en el coche. Unos diez minutos más tarde, ella apareció hablando con alguien por teléfono. Tenía una sonrisa en el rostro. Bajé el volumen de la radio por respeto y arranqué el motor, poniendo rumbo a casa de Alex.

—Hola, papá. Sí, estoy bien... Mamá también. ¿Cuándo vienes? Vale. Todo sigue en pie, ¿no? ¿Paris? ¡Me encanta! Sí. Estoy deseando que llegue el verano y poder ir a Paris contigo. Tengo que dejarte. Luego te llamo. Adiós. Te quiero.

Colgó y se puso a mirar por la ventanilla.

—Así que irás a Paris con tu padre —inicié la conversación porque tenía intención de llevarme bien con ella. Si íbamos a convivir en la misma casa durante dos meses y posiblemente también tendríamos que compartir a mi padre, debíamos empezar a conocernos de verdad para que la convivencia sea mucho más fácil para las dos.

—Sí —dijo en un tono alegre—. Este verano.

—Entonces os lleváis bien.

—Claro. Es mi padre. ¿Tú no te llevas bien con el tuyo o qué?

—Sí, es solo que...

—Mis padres se separaron no porque no se quisieran, sino porque mi padre pasó una mala época al no encontrar ningún trabajo estable y empezó a beber sin control —explicó—. Ahora ha dejado de beber y ha encontrado trabajo en el instituto Richmore. Ha cambiado.

—Me alegro.

Intuí cuando se puso con el móvil que no quería hablar más conmigo, así que el resto del camino no hablamos. Yo quería llevarme bien con ella, y tal vez algún día ser hermanas, pero no me lo estaba poniendo nada fácil. Y no quería rendirme, pero ¿que más podía hacer? Tendré que conformarme con soportar su presencia y su descaro durante el tiempo que íbamos a estar viviendo juntas. Tal vez el tiempo nos ayude a llevarnos mejor.

Cuando llegué a la casa de Alex, le escribí un mensaje para avisarle de que estaba fuera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Amber mientras miraba por la ventanilla—. Esto no es el instituto.

—Es la casa de Alex.

—Alex —repitió con un ligero rubor rosado en las mejillas, como si pronunciar su nombre le proporcionara algún tipo de placer. Se ahuecó el pelo y se lamió los labios para tenerlos húmedos y brillantes, como si eso fuera a hacer que Alex se rindiera a ellos.

—Amber, Alex es mi novio —me parecía absurdo tener que aclararlo, pero parecía que ella

no se iba a dar por vencida.

Me lanzó una mirada con aires de superioridad.

—No sería la primera vez que consigo a un tío con novia.

—¿Y te sientes orgullosa de eso?

Asintió con arrogancia.

—Pues no deberías sentirte orgullosa de algo así.

—Yo no soy la que está en una relación —se defendió—. Si me insinúo y ellos caen, no es mi culpa. Ellos deberían ser fieles a sus novias. Pero lo que te molesta realmente es que pueda quitarte a Alex.

Lancé una carcajada cargada de incredulidad.

—Puedes intentarlo, pero no lo vas a conseguir.

—¿Apostamos? —preguntó en un tono desafiante.

Y podía apostar cualquier cosa porque estaba segura de que ganaría. Lo que Alex y yo teníamos era muy especial, algo difícil de encontrar como para echarlo todo a perder por un revolcón sin importancia.

—No pienso apostar nada. Alex me quiere a mí, no a ti.

Ella apretó la mandíbula y apartó la mirada hacia el hombre que se acercaba al coche con la mochila colgando del hombro. Alex llevaba unos vaqueros con roturas en rodillas y muslos y una camiseta blanca remangada hasta los codos.

—Buenos días —saludó cuando se sentó detrás de Amber.

—Buenos días —dije yo.

Alex se inclinó entre los asientos para saludarme con un beso en los labios. Amber miró el beso con recelo, y se centró en su teléfono móvil para no tener que mirarnos.

Mis compañeros de clase se giraron para mirarme de una forma hostil cuando entré al aula de español acompañada de la mano de Alex. Yo no entendía qué estaba pasando. Desde que mis mentiras salieron a la luz, me había esforzado mucho por ser una persona mejor. Y durante un tiempo funcionó, todo el mundo me admiraba por cómo era y no por lo que aparentaba ser. Pero por la forma en la que me miraban ahora, parecía que todo eso había quedado atrás, como si volviera a ser la misma mentirosa del semestre pasado.

Brett, que en ese momento se encontraba al final de la clase hablando con algunos compañeros, cuando nos vio, se acercó corriendo a nosotros.

—Jackson —fue lo único que dijo.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Alex con dureza.

—Está diciendo por ahí que estás loca —explicó, refiriéndose a mí—. Dice que tuviste que visitar varios psicólogos porque estabas demasiado perturbada de pequeña. Ha llegado esta mañana y se lo ha contado a todo el mundo.

Alex cerró los puños con fuerza a los costados y tensó la mandíbula mientras buscaba por la clase a Jackson.

—Pienso matar a ese hijo de puta —gruñó.

Intentó dar media vuelta e ir a buscarlo.

—No vas a hacer nada —dije, reteniéndolo conmigo.

—Chloe, ese cabrón tiene que aprender a no meterse en la vida de los demás, y mucho menos a contar mentiras. Y si no es a las buenas, será a las malas. No podemos dejar que...

—No vas a hacer nada porque está diciendo la verdad.

Alex y Brett intercambiaron una mirada de desconcierto. Yo suspiré y me dirigí a mi asiento de penúltima fila, caminando entre los ojos curiosos de mis compañeros, convirtiéndome de nuevo en el centro de todas las burlas.

Alex se sentó a mi lado, Brett frente a nosotros con la espalda apoyada en la pared, mirándonos para no perderse ni un detalle de lo que estaba a punto de confesar. Esperaron a que yo me decidiera a hablar. La verdad es que no me gustaba recordar aquella dolorosa etapa de mi vida. Creía que después de tantos años al fin la había dejado atrás, que esa parte de mi infancia ya no podría hacerme daño. Estaba equivocada.

—Cuando mi madre falleció —empecé mientras me miraba las manos, pues no podía mirarlos a la cara—, lo pasé realmente mal. No podía dormir. No podía comer. No podía sacarme de la mente la imagen de ella muerta sobre la cama —suspiré en busca de las fuerzas que necesitaba para continuar—. Mi padre pensó que me vendría bien hablar con un psicólogo infantil. Y me ayudó mucho. Pero era demasiado caro. Siempre eran demasiado caros. Por eso fui a varios.

—¿Y cómo sabe Jackson eso? —quiso saber Brett.

—Porque uno de esos psicólogos fue su padre.

—Que sea verdad lo que está diciendo, no le da derecho a pregonarlo por ahí, Chloe —masculló Alex.

—Eso es verdad—coincidió Brett.

—No quiero que os metáis en problemas por mí...

—Ya sé cómo podríamos vengarnos de Jackson —dijo Alex, sin hacerme caso y con los ojos puestos en Brett—. Si teníamos alguna duda sobre si deberíamos echarlo del equipo, después de esto debemos hacerlo. Podríamos reunirnos después del entrenamiento de hoy y hablar con el entrenador.

—Me parece bien —le apoyó Brett—. Me encantará ver su cara cuando el entrenador le diga que está fuera —esbozó una sonrisa maliciosa.

—Eso será si lo echan —repuse yo. No quería arruinarles la satisfacción de ver a Jackson fuera del equipo, pero no estábamos seguros de que el entrenador accediera a echarlo.

—Ya te digo yo que sí —aseguró Brett—. Jackson no juega en equipo, y eso el entrenador lo valora mucho. Y eso sin contar la de entrenamientos que se ha perdido sin justificación.

Mientras Alex y Brett pensaban la manera en la que iban a decirle al entrenador que Jackson debía estar fuera del equipo, recibí un mensaje en el teléfono.

SARAH GREENE

¡Me acaban de dar el alta! El doctor ha dicho que estoy bien y que puedo seguir guardando reposo en casa.

SARAH GREENE

Joder, cuánto echaba de menos mi cama...

No pude evitarlo y solté un grito de la emoción, consiguiendo que Alex y Brett dejaran el tema de Jackson a un lado y centraran su atención en mí.

CHLOE DAVIS

¡ME ALEGRO MUCHO DE QUE ESTÉS FUERA!

—¿Qué pasa? —me preguntó Alex, preocupado.
—Es Sarah. Ya está en casa.

SARAH GREENE
Estoy deseando verte!

Justo en ese momento, el profesor Grant entró por la puerta mirando su teléfono móvil. Y supe que estaba leyendo el mismo mensaje que había recibido yo por la sonrisa que tenía dibujada en el rostro. Levantó la mirada hacia mí y me sonrió con los ojos llorosos, conformándome. Después dejó sus cosas sobre la mesa y empezó con la clase de español.

En la hora libre, Alex y yo decidimos ir a comer lejos de las miradas de nuestros compañeros y fuimos a refugiarnos bajo la sombra del árbol donde me trajo cuando me peleé con Brittany. Decidí eliminar el recuerdo de ellos dos besándose y centrarme únicamente en sus brazos que me envolvían la cintura y en sus labios sobre mi cuello.

—¡Alex, para! —exclamé, encogiéndome el cuello para quitarme su boca de encima—. ¡Me estás haciendo cosquillas!

Pero no paró. Continuó moviendo los labios por mi cuello, dejándome un rastro de besos que llegaban desde mi nuca hasta la oreja, pasando por la mejilla y la barbilla. Hizo ese recorrido varias veces, y además incluyó las manos, utilizando los dedos sobre mi vientre y sobre aquellas zonas donde sabía que eran más sensibles a las cosquillas.

—¡Para! —pedí entre risas—. ¡Alex! ¡Por favor!

Al final me dio una tregua y se detuvo, apoyando la espalda en el tronco del árbol con una sonrisa divertida.

—Debería ir a comprarme algo para comer o si no acabaré comiéndote a ti —dijo mientras se incorporaba—. Aunque la idea no me parece tan desagradable...

Me besó en los labios antes de irse a la cafetería. Mientras esperaba, me puse con el teléfono móvil. Tenía una llamada perdida de Simon. Lo llamé de vuelta.

—Hola, Simon —saludé cuando respondió—. ¿Querías hablar conmigo?

—Chloe, sé que no debería pedirte esto, pero te necesito en Sensation's. ¿Podrías venir esta noche? Tenemos un cumpleaños y John se ha puesto enfermo. No tengo a otra persona que pueda sustituirlo...

Yo tenía muchos trabajos que hacer y unos cuantos exámenes que estudiar para esta semana. Quería ayudar a Simón, pero no veía el modo de hacerlo sin sacrificar mis estudios. Entonces recordé la deuda de Alex y cuánto necesitaba ganar dinero para pagar al banco. Trabajar en Sensation's sería un modo de poder saldar su deuda.

—Yo no puedo, Simon, lo siento. Pero Alex podría ayudarte. Sé que no tiene experiencia, pero aprende rápido.

Soltó un largo y pesado suspiro, evaluando mi propuesta.

—¿Crees que podrá hacerlo? —quiso saber.

—Estoy segura.

Alex podía con eso y más.

—De acuerdo. ¿Podría pasarse a las cinco?

—Claro. Allí estará.

—Muchas gracias.

Poco después apareció Alex con una bolsa de papel entre las manos y se dejó caer a mi lado. Sacó un café con leche y dos magdalenas de chocolate. Me tendió una.

—Gracias —dije—. Tengo una buena noticia para ti.

—Dime.

Tomó un sorbo de su café y me miró.

—Te he encontrado trabajo.

Sus cejas se juntaron en una expresión confusa.

—Simon necesita ayuda en Sensation's —añadí tras dar un mordisco a mi magdalena—. Me ha dicho si podía ayudarlo con un cumpleaños, pero tú necesitas el trabajo mucho más que yo. Tienes que estar a las cinco allí.

—Eres increíble.

Tomó mi rostro y me besó.

—¿Qué haría yo sin ti? —preguntó junto a mis labios.

—Lo mismo que yo sin ti: Nada.

Volvimos a besarnos.

Tuve que llevar a Alex a Sensation's porque su camioneta se la había llevado su tía para hacer unos recados. A mí tampoco me importaba llevarlo, me gustaba pasar tiempo con él. Entramos por la puerta a la hora acordada, donde Simon nos recibió con una sonrisa tensa.

—Muchas gracias por venir, Alex —dijo Simon mientras se estrechaban la mano—. No sabes el favor que me estás haciendo. He estado a punto de tirarme de los pelos si no encontraba un sustituto para John...

Apreté los labios para contener la carcajada que estaba a punto de escapárseme. Me hacía gracia imaginarle tirándose de los pelos porque no tenía. Era calvo. Alex y yo nos miramos. Habíamos imaginado exactamente lo mismo.

—No hay de qué —contestó Alex—. Lo cierto es que necesito el dinero.

—Bueno, eso no será ningún problema siempre y cuando cumplas con tus funciones. Siempre suelo pedir experiencia de al menos un año, pero por Chloe, haré una excepción.

—Gracias —respondió Alex con amabilidad.

—En la parte de atrás está Callie. Dile que te dé el uniforme.

Alex asintió. Se giró hacia mí y me besó antes de ponerse manos a la obra con el trabajo.

—¿Quieres algo para tomar? —me preguntó Simon.

—Sí, por favor.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —confirmé.

Me guiñó el ojo y se marchó tras el mostrador. Yo me senté en una de las mesas de madera colocadas frente al escaparate de cristal que tenía unas preciosas vistas al centro de Moon Hill. Desde aquí podía ver la biblioteca pública, la floristería de Abby, un restaurante italiano que hacía competencia a otro francés, una tienda de antigüedades, el ayuntamiento y un parque donde los niños jugaban alegremente.

Sensation's era una cafetería bastante acogedora y familiar. Simon había trabajado mucho para que su local fuera cercano a los clientes, ofreciéndoles productos de calidad y un servicio impecable. Él y mi madre se conocían desde siempre. Fueron mejores amigos durante mucho

tiempo. Incluso fueron a la misma universidad, donde mi madre conoció a mi padre y Simon a su marido, que además es el mejor amigo de mi padre, Cole Larsson. Los dos renunciaron a sus vidas en Virginia Beach para mudarse aquí, el lugar donde Cole y mi padre se criaron. Mi madre abrió una floristería que tuvimos que vender tras su muerte porque no podíamos pagar los gastos que conllevaba. Simon abrió la cafetería y desde entonces le estaba yendo bien.

Alex salió vestido con un polo negro y un delantal del mismo color. Sus ojos brillaron cuando se posaron sobre mí. Me guiñó un ojo y se dirigió hacia Simon, que iba a enseñarle los procedimientos básicos.

Callie apareció con mi batido de oreo con nata montada.

—Ya era hora de que aparecieras por aquí —dijo, haciendo un mohín—. Desde que nos abandonaste apenas se te ve el pelo. Muy feo por tu parte, Chloe.

—Sabes que eso no es cierto —repuse—. Es solo que estoy muy ocupada con los exámenes y los entrenamientos. Apenas tengo tiempo para mí. Y con todo lo de mi padre...

—Ya me he enterado que Lucy va a vivir con vosotros...

—Y con su hija. Amber. Más conocida como la Mini Rubia que quiere quitarme a mi novio —solté un bufido. Callie se echó a reír por el apodo que le había puesto—. No deja de lanzarle miraditas. Incluso delante de mí.

—Alex te quiere. Jamás te haría una cosa así.

—Alex no es quien me preocupa, sé que jamás me engañaría. Pero no me gusta que intente coquetear con él... ¿Y tú cómo vas con Jamie?

Callie conoció a su novia, Jamie, en la cafetería. Todo sucedió como en una película romántica: Jamie entró despistada por la puerta mientras hablaba con unos amigos y se chocó con Callie, que llevaba unas cajas al almacén. Jamie la ayudó y cuando sus miradas se encontraron... saltó la chispa. Eso fue hace dos años.

—Nos hemos alquilado un apartamento —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegro mucho por vosotras, en serio.

—Gracias. Bueno, tengo que seguir trabajando. Nos vemos luego.

—Adiós.

Había poca gente en la cafetería por lo que Alex tenía tiempo para aprender antes de que comenzara el cumpleaños a las siete. Simón le explicó todo antes de irse, pues tenía que llevar a su hijo a karate porque Cole estaba trabajando. Se pasaría después para ayudarles con el cumpleaños. Callie estaba en la cocina, preparando los aperitivos. Alex se encontraba en el mostrador, limpiando la barra con un paño húmedo..

Sus ojos rodaron hacia los míos mientras me acercaba y sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa que provocó que tuviera ganas de subirme al mostrador y poseerlo ahí mismo. Pero no iba a ser yo la única con ganas.

—¿Cómo lo llevas?

—Por extraño que parezca, bastante bien —respondió—. Pensaba que me iba a costar más aprender cómo funciona la cafetera, pero lo cierto es que no se me da nada mal. He hecho un capuchino de prueba para Simon y le ha gustado.

—Pues que bien, porque Simon es muy quisquilloso con el café.

—Eso ha dicho.

Me incliné sobre la barra en un gesto despreocupado. Alex me miró detenidamente mientras negaba con desaprobación porque se había dado cuenta de mis verdaderas intenciones; todavía podía recordar este mismo momento pero a la inversa, cuando vino a comprar agua en mi último

día de trabajo y me dijo aquella frase tan provocativa que estuvo en mi mente días.

Me lamí los labios despacio, sabiendo que eso lo volvía loco.

Él mostró una sonrisa ladeada.

—Sé lo que pretendes hacer...

—¿Ah, sí? —me hice la tonta.

—No te va a funcionar.

¿Apostamos? Comprobé que no hubiera nadie observándonos antes de hacerle un gesto con el dedo para que se acercara. Él se apoyó en el mostrador y se inclinó, haciendo que nuestros labios estuvieran a punto de rozarse. La sonrisa permanecía en su rostro, creyendo fielmente que yo no iba a conseguir ponerlo nervioso, tal y como él hizo conmigo.

—Yo no quiero follarte hasta que no puedas moverte —le susurré en el oído—. Lo que quiero es llevarte al almacén que hay detrás de ti, empotrarte contra la pared y apoderarme de tu boca, besarte hasta que los dos nos quedemos sin aliento. Lo que quiero es desnudarte, lamer cada centímetro de tu cuerpo. Y después, hacerte mío. Lo que quiero es hacer que te corras, que gimas mi nombre mientras te abandonas a mí mientras yo juego con tu polla con mi lengua. Eso es lo que quiero hacer contigo.

Me miró a los ojos consternado y al mismo tiempo excitado, no se esperaba que fuera a decir todas esas cosas, y la verdad es que yo tampoco me veía capaz de hacerlo. Sin embargo, algo se había apoderado de mí. Y me gustaba la sensación, esa libertad y confianza conmigo misma. Sobre todo, me gustaba la reacción que había provocado en él. Tenía las mejillas sonrosadas y su respiración se había vuelto agitada, tanto que podía escuchar su corazón latiendo a mil por hora.

Tragó saliva forzosamente.

—Vale, lo has conseguido. Me has puesto nervioso —dijo, separándose un poco. Yo sonreí, orgullosa—. Lo bueno es que yo no tengo a nadie mejor haciendo cola.

Tomó mi rostro y me besó.

7

En cuanto los niños comenzaron a llegar al cumpleaños, me fui a casa de Sarah. Necesitaba verla. Habíamos pasado demasiado tiempo separadas y me apetecía pasar un rato con ella, cotillear un poco y ponernos al día. Cuando toqué al timbre, me abrió un minuto después, vestida con una camiseta negra ancha y las piernas desnudas, con el pelo enmarañado y una sonrisa tensa en el rostro.

—Chloe —parecía sorprendida al verme—. ¿Qué haces aquí?

—Te he dicho esta mañana que vendría a verte.

Intenté entrar a la casa, pero ella se interpuso.

—¿Puedo pasar o me vas a dejar aquí en la calle?

Ella se lo pensó antes de hacerse a un lado, y por la expresión de su rostro no parecía muy convencida con la decisión. El salón parecía una auténtica leonera, tenía las mantas tiradas por los sofás, la alfombra movida, ropa esparcida por el suelo... Me sorprendía ver la casa en ese estado, conocía muy bien a Helena como para saber que siempre la tenía ordenada y limpia. Ni una mota de polvo sobrevivía a su aspiradora. Y en ese momento parecía que una manada de leones se hubiera instalado en su salón.

—¿Estás sola?

—Sí —respondió inmediatamente, como si intentara eliminar cualquier vestigio de duda por mi parte, intentando no parecer nerviosa. No lo consiguió—. Estoy sola. Completamente sola. Mis padres han llevado a mi hermano a fútbol y yo estaba viendo una película...

La televisión estaba encendida y pausada a mitad de una película, así que eso era cierto. Sin embargo, me había mentido con lo de estar sola, porque sobre la mesa de centro había dos vasos de refresco a medio tomar, por lo que debía haber alguien más con ella. La sábana en el suelo y la ropa de hombre tirada por el suelo terminó por confirmármelo.

—¿Y esos vasos?

Ella los miró, después se volvió hacia mí con expresión tensa.

—Uno para ti y otro para mí.

Cogió los vasos y me entregó uno de ellos. Se bebió de un solo trago el suyo, intentando hacerme ver que no pasaba nada. Pero yo sabía que había un hombre en esta casa por más que tratara de convencerme de lo contrario.

—Sarah, ¿con quién estas? —insistí.

—Ya te lo he dicho —repuso—. Estoy sola.

Será mentirosa. Si ella no quería decirme con quién estaba, pensaba descubrirlo por mí misma. Esquivé a mi amiga y me puse a buscar por la primera planta. Sarah me persiguió para intentar detenerme, insistiendo en que no había nadie con ella, pero era una vil mentira. Todas las

estancias estaban vacías, así que subí al segundo piso. La primera puerta que abrí fue la del cuarto de su hermano.

Vacío.

—Chloe, ¿cuántas veces tengo que decirte que no hay nadie? —repitió por décima vez, intentando que dejara de buscar—. Estoy sola, ¿es que no lo ves?

—No te creo.

La segunda puerta que abrí fue la habitación de invitados. Vacía también. Sarah me adelantó para colocarse delante de la puerta de su habitación, ocultando el pomo con su cuerpo para que no pudiera entrar.

—No puedes pasar—me dijo, nerviosa.

—¿Por qué no?

—Es que tengo la habitación hecha un desastre...

—Sarah, ¿quién hay detrás de esa puerta? —insistí.

Ella se mordió el labio inferior, nerviosa.

—¡Más te vale salir ahora mismo y dejar en paz de una maldita vez a mi amiga! —grité—. ¿Me estás oyendo, Jackson? ¡No vuelvas a acercarte a Sarah!

—¿Jackson? —me preguntó ella, desconcertada—. ¿Crees que estoy con Jackson después de todo lo que me hizo? ¿De lo que nos hizo?

—¿Entonces a quién estás ocultándome?

No respondió.

—Sarah, por favor, apártate de la puerta.

Ella se apartó, dejándome vía libre.

Y Jackson no era quien estaba en la habitación sino...

—David.

El profesor Grant estaba de pie a un lado de la cama mientras trataba de ponerse los vaqueros. Al verme, se quedó paralizado, haciendo que cayeran nuevamente al suelo, dejando a la vista un bóxer blanco cuya fina tela transparentaba y dejaba poco a la imaginación. Inmediatamente se cubrió esa parte de su cuerpo con ambas manos y tragó saliva forzosamente.

—Chloe —mostró una sonrisa nerviosa.

Noté que las mejillas me ardían de la vergüenza.

—Yo... Lo siento —dije antes de cerrar la puerta.

Me giré hacia mi amiga.

—¿Por qué no me has dicho que estabas con David?

—No lo sé, ¿vale? —movió las manos por encima de su cabeza con exasperación—. Estábamos viendo una película y no sé cómo hemos llegado a mi cama. Luego has llamado a la puerta y nos hemos cagado de miedo por si eran mis padres y...

—Podrías haberme dicho que estabas con él y me habría ido sin problema. Pero has empezado a mentirme y..., no sé. Por un momento he pensado que estabas con Jackson.

Sarah nunca me había mentido, tampoco me había ocultado cosas hasta que empezó a verse con Jackson. Por eso, que me hubiera vuelto a mentir, me había hecho pensar que volvía a estar con él.

—Escúchame bien, Chloe —dijo, mirándome directamente a los ojos y hablándome con convicción—. Nunca volveré a estar con Jackson. Eso te lo prometo.

—Lo sé —sonreí—. Pasadlo bien.

Lo primero que hice al llegar a casa fue darme una buena ducha y cambiarme de ropa. Me puse algo cómodo, una camiseta blanca y unos pantalones cortos grises. Luego bajé a la cocina para prepararme algo de comer. Tenía mucha hambre. Calenté los macarrones con queso que sobraron el otro día y me senté en la barra americana para comérmelos tranquilamente cuando unos ruidos en el exterior me sobresaltaron. Segundos después, al otro lado de la ventana que daba al jardín trasero, vi a alguien caer del piso de arriba.

—¿Pero qué...?

El chico tenía el pelo oculto por una gorra de béisbol, llevaba puesta una cazadora de cuero y unos vaqueros negros ajustados a sus musculadas piernas. Ladeó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos, guiñándome uno antes de salir corriendo hacia la calle. Acto seguido, Amber entró en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja, el cabello alborotado y los labios algo hinchados, como si hubiera estado toda la tarde besuqueándose con el tipo de la ventana.

—Amber, un tío acaba...

—Era Ricky —dijo mientras abría el frigorífico para sacar la botella de agua—. Está bueno, ¿eh? Hace natación y tiene unos abdominales y un culito respingón que...

—No sabía que tenías novio.

Como tenía una rara fijación con Alex...

—Y no lo tengo —aclaró—. Acabo de conocerle.

—Joder, Amber...

Me daba igual si se acostaba con alguien, pero no me parecía bien que lo hiciera con alguien a quien no conocía de nada.

—No vengas a darme lecciones ahora, Chloe —me instó de malas maneras tras haber llenado el vaso de agua. Después guardó la botella otra vez en el frigorífico—. Todo el mundo sabe que te has follado a ese tal Jackson mientras salías con el buenorro de Brett. Incluso hay quienes dicen que te los follaste a los dos al mismo tiempo.

—Eso es mentira —repuse—. Nunca llegué a acostarme con Brett. Y mucho menos con Jackson.

—No te hagas la tonta conmigo. Todos saben que es verdad.

Puse los ojos en blanco. Estaba muy cansada de intentar que la gente me creyera, parecían estar más dispuestas a creerse las mentiras que decían los demás. ¿Y para qué? ¿Por diversión? ¿Tan gracioso es inventarse cosas sobre la vida de los demás? Ya dije públicamente que era virgen, y, al parecer, todavía seguían creando historias sobre mí...

—Yo no soy quién para juzgarte —añadió—. Yo también me he acostado con otros teniendo novio. Pero me preocupa Alex. Se nota que está localmente enamorado de ti y si descubre lo tuyo con Jackson...

—Entre Jackson y yo no hay nada, Amber.

¿Cuántas veces tendré que repetírselo?

—Pues eso no es lo que dice él. Supuestamente, el día que Alex y Jackson se pelearon, mientras él estaba en los vestuarios, fuiste a buscar a Jackson y te lo tiraste en su coche.

—Estuve con Alex en todo momento. Tras el entrenamiento, fuimos a su trabajo y luego vinimos aquí, que fue cuando conocí a tu madre. Es imposible que me lo haya tirado en su coche cuando estuve todo el tiempo con Alex, ¿no crees?

Es que es completamente ridículo que la gente pensara que Jackson y yo teníamos algo. Todo el instituto sabía lo que intentó hacerme en aquella fiesta, todos sabían que no podía verlo ni en pintura. ¿A qué venía esto? No tenía ningún sentido.

—Pues será mentira.

No parecía muy convencida de que así fuera.

—Lo es —le aseguré con firmeza.

Miré la hora en mi teléfono. Eran casi las ocho de la noche. Normalmente, sobre esta hora, mi padre ya habría llegado de trabajar y tras la ducha, se pondría en el salón para ver su programa de televisión favorito; un grupo de personas compran a través de una subasta objetos de un trastero abandonado. No se había perdido ningún episodio en todos los años que llevaba en emisión.

—¿Sabes dónde está mi padre? —le pregunté para cambiar de tema. No quería seguir hablando sobre Jackson.

—¿Recuerdas que querían hacer un viaje romántico?

—¿Se han ido? —pregunté con incredulidad.

¿Sin avisar? ¿Sin despedirse?

—Sí. Volverán el lunes.

Se preparó rápidamente un sándwich de crema de cacahuete y mermelada y se sentó a mi lado. Antes de dar un bocado, se giró y me miró con los ojos y la boca abierta, como si hubiera tenido la mejor idea de su vida.

—¡Hagamos una fiesta!

Estará de broma, ¿no?

—Con chicos, alcohol y música... ¡Será genial!

—¡No, ni hablar! —me negué.

Su entusiasmo desapareció y dejó en su lugar confusión.

—¿Y por qué no?

—No has ido a muchas fiestas, ¿verdad? En las fiestas se desmadra todo: La gente no tiene cuidado con la casa, lo rompen todo y aquí hay objetos muy valiosos para mí, como este jarrón —señalé el jarrón que había sobre la mesa de la cocina—. Además, los vecinos pueden llamar a la policía. Y encima nos tocará a nosotras limpiar todo después...

—Pero...

—Pero nada —sentencié—. No se va a hacer ninguna fiesta en esta casa.

—Aguafiestas.

Cogió su sandwich y se marchó a su habitación.

Me puse una película en Netflix cuando terminé los trabajos de clase. No tenía sueño, ni ganas de salir a correr, por lo que me acosté en la cama con el portátil para ver cómo Lara Jean besaba a Peter Kavinsky por primera vez en la pista de atletismo tras recibir su carta de amor.

Más o menos a la mitad de la película, apareció una ventana emergente en una esquina de la pantalla deteniendo así la reproducción. Alex me estaba llamando por FaceTime.

—Hola, nena —saludó cuando respondí. Estaba acostado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Tenía el torso desnudo y las gafas puestas, el pelo húmedo cayendo por su frente de una manera salvaje y sensual.

—Hola, nene —dije del mismo modo.

—¿Has salido a correr esta noche?

Negué con la cabeza.

—Me apetecía más quedarme en casa y ver una película.

—¿Y qué ves? Alguna de terror, seguro —dijo en tono burlón.

—Pues no —dije, sacándole la lengua—. *A todos los chicos de los que me enamoré.*

—Vaya —se sorprendió—. Eso sí que no me lo esperaba.

—No me gusta ver películas de terror sola, y más cuando no está mi padre.

—¿No está?

—Se ha ido de fin de semana romántico —dije con retintín—. Lo peor de todo es que ni siquiera se ha dignado a decirme que se iba. Ha sido Amber quien me lo ha dicho.

Tenía la horrible sensación de que, desde que Lucy entró en nuestras vidas, mi padre había dejado de tenerme en cuenta. Yo era la primera que quería que fuera feliz, quería que encontrase a alguien que despertarse a su lado cada mañana, que aceptase sus locuras y se riera de sus gracias. Y ahora que al fin la había encontrado, yo me sentía apartada de esa felicidad.

—Lo siento, no te lo he preguntado: ¿Qué tal el cumpleaños?

—Bien —aseguró—. He trabajado durante muchos años, y nunca he sentido un nivel de estrés como el de hoy. Simon es un buen jefe, ha sido muy comprensivo conmigo cada vez que me equivocaba. Pero todo ha ido bien. De momento me ha dicho que vaya los fines de semana, así entre semana puedo trabajar en el taller y estudiar. Lo que me he dado cuenta es que Simon echa mucho de menos trabajar contigo. No ha dejado de llamar a Callie por tu nombre.

—Yo también lo echo de menos —confesé—, pero tengo que admitir que me gusta tener algo de tiempo libre para mí. Pero ahora que vas a trabajar allí, podré ir a verlo más a menudo.

—Y espero que también para cumplir la promesa que me has hecho —dijo en un tono sugerente y una amplia sonrisa.

—Puede —me mordí el labio inferior.

Se escuchó la puerta de su habitación abrirse. Era Hannah, que había entrado para dejar ropa limpia.

—Déjala ahí —dijo Alex, señalando el escritorio.

—¿Estás hablando con Chloe? —preguntó ella.

—Sí.

—¡Hola, Chloe! —me saludó cuando se asomó en la pantalla. Una coleta alta mantenía su cabello rubio recogido y vestía una sudadera azul marino que resaltaba el color de sus ojos.

—¡Hola, Hannah!

—Me voy a seguir con la ronda —mostró la montaña de ropa que tenía en el cesto—. Para ser tan pequeños, no sabes cómo manchan —se echó a reír y miró a su sobrino—. Y ahora porque estás tú y me ayudas con la casa, pero el día en que te vayas a la universidad, no sé qué será de mí con esos tres demonios que tengo como hijos...

Dicho eso, se marchó.

—Te echará de menos cuando te vayas a la universidad.

—Lo sé —suspiró—. Por eso he pensado en ir a Moon Hill University para poder estar contigo y con mi familia. No quiero hacer como hizo Oliver y marcharme a la otra punta del mundo —bostezó—. Me voy a dormir ya. Nos vemos mañana.

—Buenas noches. Descansa.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Bloqué el iPad y lo dejé sobre la mesita de noche. Alex y yo nunca habíamos hablado de universidades, ni siquiera después de hablar con el orientador del instituto para empezar con las solicitudes de admisión hacía ya unos meses. Yo tenía intención de ir a Stanford, esa siempre había sido mi única opción, aunque también había echado solicitudes a otras universidades por si

acaso no conseguía entrar a la que yo quería.

Y ahora Alex daba por hecho que yo iba a ir a Moon Hill University. La idea de seguir juntos me hacía sentir bien, porque no tendría ese miedo de estar completamente sola en un lugar desconocido. Y estoy segura de que mi padre lo agradecería si me quedaba cerca de casa. Sin embargo, yo quería ir a Stanford porque es donde mis padres se conocieron y se enamoraron, porque fue una experiencia muy especial para mi madre, y si estudiaba en la misma universidad, podré sentirme más cerca de ella. Por eso tenía que encontrar el modo de contárselo a Alex.

Pude sentir la mirada de alguien clavada en mí a pesar de tener los ojos cerrados. Era una sensación extraña, como si pudiera notar una presencia cerca, un cuerpo grande y musculoso a mi lado en la cama. Y entonces sentí cómo una mano ruda y áspera me rozaba la mejilla. Abrí los ojos rápidamente y me encontré a un hombre con el rostro cubierto por un pasamontañas negro, a escasos centímetros de mi cara. Lo único que pude ver fueron sus ojos, azules con motas amarillas, bajo la oscuridad que había en mi habitación.

Y grité con todas mis fuerzas.

El hombre salió corriendo por la ventana.

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué la ventana estaba abierta cuando yo misma la había cerrado nada más terminar de ver la película? ¿Y por qué me estaba tocando? El corazón me latía despavorido. El impacto de ver a alguien sobre mí en mitad de la noche me dejó paralizada unos segundos, sin poder apartar la mirada de la ventana por donde había huido. Fuera llovía un montón, las gotas de agua llegaban hasta el interior, mojando el alféizar y las cortinas.

De repente la puerta de la habitación se abrió, sacándome de la parálisis y haciendo que volviera a gritar del susto. Pensaba que se trataba de otro hombre que había entrado junto al otro, pero era Amber, con el pelo recogido en una cola de caballo con algunos mechones sueltos, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Encendió la luz y me miró con ojos cansados.

—¿Por qué gritas? —preguntó, adormilada—. ¿Qué pasa?

Tragué saliva forzosamente.

—Ha-había alguien a-aquí —dije entre sollozos. Las lágrimas cayeron por mis mejillas sin control y me quemaban. Cerré los ojos y traté de olvidar el tacto de su mano sobre mi piel.

—¿De qué estás hablando?

—Ha-había un hombre... Me estaba tocando.

—Seguramente ha sido un sueño húmedo.

—No ha sido un sueño, Amber. Estaba aquí... Me estaba tocando. Ha huido por la ventana.

Ella caminó arrastrando los pies para acercarse a la ventana, todavía convencida de que lo que había pasado había sido un sueño. Pero en cuanto vio la cerradura forzada y las huellas de unos zapatos enormes sobre la alfombra, se giró hacia mí y me miró con el rostro pálido.

—Es cierto. Había alguien aquí —murmuró en voz baja.

Se lanzó sobre la cama colocándose a mi lado cuando la luz de la casa se desvaneció. La noche se cernió sobre la habitación, engulléndonos en una profunda oscuridad mientras nosotras nos abrazábamos muertas de miedo. Y en un acto de valentía, me estiré para coger el teléfono que se encontraba en la mesita de noche y llamar a Alex. Respondió al sexto tono.

—¿Chloe? —su voz sonaba ronca—. ¿Ha pasado algo?

Al instante de escuchar su voz mi corazón comenzó a tranquilizarse poco a poco, como si

pudiera transmitirme seguridad a través del móvil.

—Había un... Había un hombre...

—Tranquilízate, ¿vale? —me dijo. Su voz ahora era firme, como si hubiera terminado de despertarse—. Dime qué pasa.

Respiré hondo varias veces antes de contestar.

—Estaba durmiendo cuando he sentido la presencia de una persona. Y cuando he abierto los ojos, había un hombre a mi lado. Estaba... tocándome. Ha huido por la ventana.

—No te muevas de tu habitación hasta que yo llegue, ¿de acuerdo? Si es necesario atranca la puerta, pero no dejes que nadie entre. ¿Amber está bien?

—Está conmigo. No tardes, por favor. Tengo mucho miedo...

—Estaré allí en cinco minutos.

Dejé el móvil de nuevo en la mesita después de colgar. Con las piernas temblando, intenté hacer lo que Alex me había dicho que hiciera y me acerqué a la puerta para cerrarla y atrancarla con la silla del escritorio. Regresé a la cama y me cubrí con la sábana, sin poder apartar la mirada de la cortina de lluvia que sucedía al otro lado de la ventana.

La tormenta me recordó a una noche muy parecida a esta, cuando un rayo cayó sobre el árbol que había frente a la ventana de mi habitación, quebrando una de las ramas. El estruendo que provocó me despertó. Yo tenía ocho años por aquel entonces, y tenía tanto miedo que salí corriendo hacia el dormitorio de mi padre para refugiarme entre sus brazos. Ojalá estuviera aquí para volver a hacerlo...

Un trueno me sobresaltó. El sonido hizo que cerrara los ojos con fuerza, apretando los labios para contener el llanto que me atenazaba la garganta. Aunque no pude contener las lágrimas. Y no sabía si lloraba por la tormenta eléctrica o por el hombre que me estaba tocando. Tal vez por ambas.

—Estás temblando —me dijo Amber en un leve murmullo.

Me abracé a mí misma.

—Estoy bien.

Lo dije más bien para mí. Necesitaba oírlo en voz alta.

—Alex llegará pronto.

Ella asintió, acomodándose bajo las sábanas.

No sé exactamente el tiempo que pasó hasta que vino Alex, pero me pareció una eternidad. Unas luces blancas se colaron por la ventana e iluminaron la habitación, haciendo que las gotas de agua se proyectaran en la pared contraria de una forma aterradora. Alex sabía donde escondíamos la llave de repuesto, por lo que pudo entrar en la casa sin problema. Tocó a la puerta de la habitación. Yo me levanté y corrí para quitar la silla.

Alex estaba en mitad del pasillo, jadeante, con una camiseta grisácea empapada y unos vaqueros negros en el mismo estado. Me estrechó con fuerza entre sus brazos y yo dejé salir todo lo que sentía sobre su pecho en forma de llanto.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado, tomándome del rostro para mirarme a los ojos. Yo volví a abrazarlo. Lo único que necesitaba era estar entre sus brazos—. Ya ha pasado. Ya ha pasado. Estoy aquí... Estoy aquí.

Alex me acarició el pelo con suavidad, y con ese gesto borró cada recuerdo de ese hombre tocándome, la intensidad de su mirada, sus ojos azules con motas amarillas.

—Quedaos aquí —dijo al cabo de un rato, cuando conseguí que mi respiración volviera a su estado natural—. Voy a comprobar que no hay nadie en la casa.

—No tardes —pedí.

Me dio un beso antes de irse. Yo regresé a la cama.

—¿Adónde ha ido? —me preguntó Amber.

—Está comprobando que no hay nadie más...

Sus ojos se abrieron de par en par, asustada.

—¿Crees que habrá alguien más?

—Espero que no —suspiré.

Nos quedamos en silencio el resto del tiempo que estuvimos solas, mirando la puerta a la espera de que Alex volviera. Lo hizo a los quince minutos.

—No hay nadie —afirmó.

—¿Estás seguro? —preguntó Amber.

—Sí —asintió—. Muy seguro.

—Entonces me voy a mi habitación.

Amber salió de la cama abrazándose a sí misma, todavía temblando por el susto. Se despidió de Alex con un movimiento de muñeca y entró en su habitación, cerrándola con llave.

—He comprobado cada ventana y puerta de la casa y todas están bien cerradas, lo he revisado dos veces por si acaso —dijo mientras examinaba detenidamente la ventana. Cuando se giró hacia mí, tenía la mandíbula tensa—. Es lo que me temía. Ha entrado por aquí.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Pues que lo más seguro es que no haya entrado para robar, sino por ti —suspiró y se echó el pelo hacia atrás—. Ese hombre sabía quién eras y sabía cuál era tu habitación.

En ese momento un trueno resonó por toda la habitación, sobresaltándome. Me enjuagué las lágrimas que cayeron por mis mejillas y me cubrí hasta la barbilla con la manta. Cerré los ojos con fuerza, quería olvidar la última hora de mi vida.

—No llores, por favor —dijo, acercándose a mí—. Mañana mismo pienso arreglar la ventana y le pondré un pestillo para que nadie pueda entrar, ¿vale?

Asentí. Alex se acercó a la puerta de la habitación y la cerró. Luego se quitó la camiseta empapada por la cabeza y se bajó los vaqueros, quedándose solo con los bóxers azules que también estaban un poco mojados.

—Sigues teniendo ropa mía aquí, ¿verdad?

—Te la llevaste toda la última vez que te quedaste...

Entró al cuarto de baño y se secó el pelo con el secador, y luego apuntó el aire caliente a los calzoncillos.

—¿Quieres que te traiga los auriculares? —me preguntó cuando terminó.

Negué con la cabeza mientras me apartaba para que pudiera acostarse a mi lado. Me envolvió con su brazo y yo me acomodé sobre su pecho. Otro trueno y volví a sobresaltarme. Alex me estrechó con fuerza, pegándose a su cuerpo.

—Intenta dormir un poco, ¿vale? Mañana será otro día.

—No creo que pueda...

—Si quieres te canto para que te duermas.

Empezó a cantar una nana. Yo me reí y lo abracé con más fuerza. Con su voz aterciopelada y el latido de su corazón, me quedé dormida en cuestión de minutos.

8

Escuché un ruido en la parte de abajo, como de cristales rotos, que me despertó de un profundo sueño. Abrí los ojos y me vi sola tumbada en la cama. Aparté las sábanas de lino blanco y me incorporé para buscar a Alex y de paso ver de donde procedía ese ruido. La puerta se abrió sola, sin que nadie girara el pomo. No me extrañó, tampoco me pareció raro que todo estuviera completamente a oscuras, apenas alcanzaba a ver mis propios pies mientras bajaba las escaleras y ni me importaba. Porque sentía que ya había pasado otras veces, me pareció familiar.

—¿Alex? —mi voz salió y se propagó por toda la casa, regresando en forma de eco pero con una tonalidad más grave y oscura.

Entré al salón. Todo parecía normal, a excepción de la televisión que estaba encendida; la pantalla mostraba mi cama, como si hubiera una cámara secreta colocada en el techo. Y sentí una atracción muy fuerte hacia el televisor, como si estuviera llamándome. Me arrodillé para verme a mí misma acostada tras haberme quedado dormida después de ver la película cuando, de repente, se vio movimiento en el exterior. Tardé un poco en darme cuenta de que estaban forzando la ventana. Entonces un hombre con pasamontañas entró en la habitación y se quedó contemplándome durante un largo rato al lado de la cama. Un minuto. Dos. Tres. Seis. Diez. Después, se acercó e inclinó su cuerpo sobre el mío. Me olió. Me tocó. Y pude sentir sus manos ásperas en mi mejilla, sus dedos sobre mis labios, como si las sensaciones estuvieran atravesando la pantalla hasta mí. Y sentí repugnancia.

Inseguridad.

Odio.

Terror.

Esperaba verme a mí misma levantándome, sorprendiéndolo antes de que huyera por la ventana, porque eso es lo que realmente sucedió cuando lo sentí, pero lo cierto es que eso no sucedió; seguía durmiendo tranquilamente, como si no me hubiera dado cuenta de su presencia.

El hombre seguía sobre mí. Se incorporó y giró la cabeza, mirando directamente a la cámara, como si hubiera sabido que estaba ahí todo el tiempo. No pude ver su rostro, aunque algo dentro de mí me decía que estaba sonriendo. Entonces se quitó el pasamontañas, dándome cuenta de que Alex era el hombre que había entrado. Alex era el hombre que me estaba tocando mientras yo dormía. El mismo hombre que ahora mismo estaba aprovechándose de mí... Hundiéndose en mí.

En cuanto abrí los ojos, desvié la mirada hacia la ventana, que aún seguía abierta porque no había forma de cerrarla y donde pude ver que no había dejado de llover. Afortunadamente no

había rastro de ningún hombre enmascarado por la habitación, tampoco de ninguna cámara en el techo enfocándome.

Solo había sido un sueño.

Un maldito y espeluznante sueño.

Me llevé la mano al pecho y respiré hondo, tenía el corazón demasiado acelerado. Aparté los mechones de pelo que se me quedaron pegados a la frente por el sudor y miré la hora en mi teléfono. Las cuatro y veintidós de la madrugada. Suspiré y me tumbé de nuevo sobre la cama.

Alex dormía plácidamente a mi lado. Yo di media vuelta y me envolví con su brazo para sentirme segura mientras trataba de borrar la horrible pesadilla que acababa de tener. Cerré los ojos e intenté volver a dormirme, pero el sueño no acudía a mí porque mi mente seguía pensando en lo que había visto en esa televisión imaginaria. Y lo peor de todo es que sabía que Alex jamás me haría algo así, por eso no entendía por qué lo había soñado. No tenía ningún sentido.

Finalmente, tras veinte minutos de espera en los cuales no había conseguido dormirme, decidí ver la secuela de *A todos los chicos de los que me enamoré*. Me puse los cascos para no molestar a Alex mientras dormía, pero justo cuando Lara Jean se reencuentra con John Ambrose, se despertó.

—¿Tan interesante es la película que no puedes dormir?

—He tenido una pesadilla.

Asintió con los ojos puestos en mí. Él mejor que nadie sabía de lo que estaba hablando, a saber la de noches que se habrá quedado despierto por sus terrores nocturnos.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Intenta dormir un poco más —dijo, extendiendo los brazos hacia mí—. Ven aquí.

Dejé los cascos y el portátil sobre la mesita de noche antes de abrazarlo. Sus brazos me envolvieron, pegándome a su cuerpo mientras yo me acomodaba sobre su pecho y dejaba que sus dedos recorrieran mi espalda con cariño. Yo aspiré su aroma, olía a Alex con un toque a lluvia. Me gustó la combinación.

—Sé por experiencia lo horrible que pueden ser las pesadillas —me dijo en voz baja mientras me apretaba contra sí—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, para cualquier cosa que necesites.

La alarma sonó a la misma hora de siempre, aunque esta vez yo ya estaba despierta porque no había conseguido conciliar el sueño después de la pesadilla. Apagué la alarma y di media vuelta para despertar a Alex, que se durmió prácticamente a los cinco minutos de nuestra breve conversación. Tenía el rostro relajado y respiraba profundamente. Estaba tan mono que no quería despertarlo. Lo que en realidad quería hacer era quedarme en la cama y verlo dormir, pero no podíamos hacerlo por el instituto. El lado bueno es que era viernes, mañana podría quedarme en la cama con Alex todo el tiempo que quisiéramos.

—Ya es hora de despertarse —dije mientras estiraba la mano para acariciarle el rostro. Las comisuras de su boca se estiraron.

—Cinco minutos más —murmuró, adormilado, mientras me estrechaba contra su cuerpo. Sus labios impactaron contra mi cuello, dejando sobre mi piel un dulce beso que hizo que me replanteara seriamente el quedarme en la cama y no ir a clase.

—Está bien —cedí—. Pero solo cinco, eh.

—De acuerdo.

Estuvimos esos cinco minutos acostados en silencio mientras nos acariciábamos y nos besábamos. De ahí a que saliera de la cama con una sonrisa de oreja a oreja, siendo justamente lo que necesitaba para borrar el recuerdo y la sensación de tener las manos de ese desconocido sobre mi cuerpo.

Salí del cuarto del baño envuelta con una toalla tras la ducha. Alex había cogido la caja de herramientas de mi padre y estaba cambiando la cerradura de la ventana.

—¿De dónde has sacado el cerrojo nuevo? —pregunté. Él se dio la vuelta y me brindó su perfecta sonrisa. Luego continuó con su trabajo.

—Tu padre tiene de todo en el garaje —respondió.

Solo llevaba sus viejos vaqueros puestos que caían suavemente sobre su cadera hasta dejar a la vista la tela de los calzoncillos. Arriba no llevaba nada, solo sus músculos y los primeros rayos de sol que se reflejaban sobre su piel.

—Arreglado —dijo mientras se incorporaba con una sonrisa orgullosa. Se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—Gracias.

Recogió las herramientas y las guardó en la caja.

—Llevo esto al garaje y preparo el desayuno, ¿vale?

—Yo mientras me preparo para el instituto.

Salió de la habitación. Me di cuenta en ese momento de que también había limpiado las huellas de la alfombra, borrando así todo rastro que quedaba del hombre en la habitación. Me senté en el tocador y con la ayuda del secador eliminé el exceso de agua de mi pelo para después proceder a alisármelo con las planchas. Me puse unos vaqueros altos negros y un top granate de cuello redondo y mangas largas que dejaba mi vientre a la vista. Me maquillé para cubrir las consecuencias de no haber dormido y de paso dar algo de vida a mis mejillas.

Bajé con una sudadera de mi padre para dejársela a Alex, pues la camiseta que tenía puesta todavía no se había secado del todo. Él se movía por la cocina mientras preparaba tortitas. Cuando me oyó, giró la cabeza y me miró por encima de su hombro con una sonrisa.

—Podría acostumbrarme a que cocines para mí así —lo miré de arriba abajo con una sonrisa mientras me sentaba en uno de los taburetes—. Para la próxima vez intenta tener algo menos de ropa, ¿vale?

—¿Estás segura? —preguntó, dejando las tortitas sobre un plato. Después apoyó las manos sobre la encimera mientras me miraba a los ojos. Yo asentí—. ¿Y no te pondrías celosa si Amber me ve así?

No había caído en que ahora convivía con otra chica.

—Entonces es mejor que te pongas esto —saqué de debajo de mis piernas la sudadera y se la tiré. La cogió al vuelo—. No quiero que a Amber le dé un ataque.

Se la puso con una sonrisa divertida. Sus ojos se veían más claros gracias al azul oscuro de la sudadera.

Colocó uno de los platos de tortitas delante de mí.

—¿Zumo de naranja o café? —pregunté.

—Café.

Mientras Alex terminaba las tortitas, yo preparé el café con leche para los dos. Luego me senté a su lado, justo donde había preparado la isla para desayunar.

Una amiga de Amber iba a llevarla al instituto por lo que Alex y yo pudimos ir a su casa para que pudiera ducharse y cambiarse de ropa. Hannah había llevado los niños al colegio, por lo que estaba yo sola sentada en el salón de su casa esperando a que terminara. Estuve ojeando el teléfono cuando Oliver, vestido con pantalones negros y camisa blanca con corbata, entró a la casa. Me saludó con una sonrisa que acentuaba los hoyuelos de sus mejillas sonrosadas.

—¿Estás esperando a Alex?

Asentí.

Durante unos segundos que se me antojaron eternos, nos quedamos mirándonos a la cara sin saber qué decir. Tampoco es que tuviéramos mucha confianza como para ponernos a hablar. Apenas nos conocíamos. Lo único que sabía de Oliver es que abandonó a su hermano cuando más lo necesitaba para hacerse cargo de las empresas familiares. Poco más.

—Yo... Pensaba que estabas de viaje de negocios —comenté para romper el silencio incómodo.

—Y lo estaba —dijo—. He regresado esta mañana.

Dio un paso hacia mí, cosa que me puso nerviosa.

—Chloe, ¿puedo pedirte una cosa?

—¿El qué?

—No sé si mi hermano te habrá contado la deuda que tiene mi tía con el banco —asentí—. Yo me ofrecí a pagarlo todo, pero mi hermano se cerró en banda y no quiere aceptar mi dinero.

—Porque quiere pagar la deuda por sus propios medios.

—Alex es un necio si piensa que puede conseguir cuarenta y dos mil dólares trabajando en el taller de mi tío. Tal vez consiga los cinco mil dólares que pide el banco ahora mismo, pero ¿qué pasa con el resto? ¿Mi tía y él tienen que matarse a trabajar cuando no tendrían por qué hacerlo? Yo tengo dinero suficiente para pagarla —suspiró—. Te aseguro que para mí esa cantidad no es nada, Chloe. Una cantidad insignificante en comparación con lo que gano cada hora.

Y tenía razón, cuarenta y dos mil dólares era una cantidad muy elevada, y estaba muy por encima del presupuesto de Hannah y de Alex. Tardarían toda una vida en poder pagarla.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?

—Quiero que convenzas a Alex para que acepte mi dinero.

Por más que lo intentara, sabía que jamás aceptaría. Me había dejado claro bastantes veces que no quería saber nada de su hermano y mucho menos de su fortuna.

—No creo que pueda hacerlo... No quiere tu dinero.

—Lo sé —se tomó la confianza de cogerme ambas manos y ejercer una leve presión para intentar persuadirme—. Pero también sé que a ti te escucha. Creo que tú eres la única que puede hacer recapacitar al cabezota de mi hermano para que acepte mi ayuda.

En ese momento apareció Alex, con dos mochilas colgando de sus hombros y una sonrisa que se desvaneció cuando vio a su hermano. Su mirada descendió hasta nuestras manos unidas, endureciendo el gesto como consecuencia. Recuperé mis manos y me aparté rápidamente para acercarme a Alex, que no quitaba la mirada de su hermano.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Alex con desprecio.

—He venido a ayudar —la voz de Oliver sosegada.

—No necesitamos tu ayuda. Estábamos bien antes de que llegases y estaremos mejor cuando te largues de una puta vez. Por mí, como si te vas a Londres y no vuelves más.

—Alex...

Ni siquiera dejó a su hermano terminar; tomó mi mano para sacarme de la casa. Sus dedos

estaban enroscados alrededor de mi muñeca con tanta fuerza que incluso me hacía daño. Yo no me quejé porque sabía que en este momento solo pensaba en alejarse lo máximo posible. No me soltó hasta que estuvimos frente a mi coche.

—No quiero que vuelvas a hablar con él —me dijo cuando nos sentamos en el Rover—. La próxima vez que se te acerque, te vas. Lo dejas hablando solo si es necesario. Es lo mejor para todos, créeme.

—Solo estaba pidiéndome ayuda...

—¿Para qué? —me preguntó, ladeando la cabeza hacia mí.

—Me ha pedido que te convenza para que aceptes su dinero.

Negó con la cabeza.

—No quiero su dinero.

—No puedes estar enfadado toda la vida con tu hermano, Alex —musité con un tono conciliador—. Tarde o temprano tendrás que perdonarlo. Y seamos realistas, en el fondo sabes que no podrás pagar la totalidad de la deuda tú solo.

—Eso es asunto de mi familia, no tuyo.

Sus palabras me abofetearon sin piedad.

No me esperaba esas palabras de Alex.

No respondí. Arranqué el motor y me adentré en la carretera.

El resto del camino el ambiente estuvo bastante tenso; Alex me había hecho daño al decirme que sus problemas no eran asunto mío, porque creía que después de todo lo que habíamos pasado, sus problemas eran los míos y los míos, los suyos. Al fin y al cabo eso es lo que significa ser pareja, ¿no? Compartir los buenos momentos y acompañar en los malos. Al parecer Alex no pensaba igual. Y eso hizo que me diera cuenta de que aún había algo que nos separaba, algo que me hacía sentir que no confiaba del todo en mí.

Por eso todavía no me había hablado de Lydia.

Me bajé del coche sin siquiera esperarlo y entré al instituto. Abrí mi taquilla obviando los cientos de ojos curiosos que me habían seguido desde la puerta y cogí el libro correspondiente a primera hora. Español. Tuve que morderme la lengua cuando escuché algunas de las conversaciones de gente que aseguraban que me habían visto con Jackson en su coche teniendo sexo. El semestre pasado tuve que soportar el ser el centro de atención por mi imagen, pero tras mi revelación pensaba que este año sería diferente, que después de quitarme la máscara dejaría de estar en la boca de todos. Y tuve la intención de defenderme, decirles que ni loca tendría sexo con Jackson, pero sabía que no serviría de nada porque no me creerían.

—¿Y Alex? —me preguntó Brett cuando me senté en mi mesa de última fila. Él estaba sentado delante de mí.

—No lo sé ni me importa —insté de malas maneras, dejando los libros sobre el pupitre con fuerza.

—¿Estáis bien?

—Muy bien —refunfuñé—. Estamos fenomenal.

—Pues no lo parece...

—Brett, hazme un favor y siéntate conmigo.

Vaciló un momento antes de levantarse y sentarse a mi lado. Justo después apareció Alex. Sus ojos se posaron sobre mí y su mandíbula se tensó cuando me vio sentada al lado de Brett, que encogió los hombros como respuesta a la pregunta silenciosa de su amigo. Después, apartó la mirada y acabó sentándose frente a mí. ¿Es que no pensaba disculparse? Puse los ojos en blanco

y me centré en abrir el cuaderno y el libro para la clase de hoy cuando recibí un mensaje al móvil.

SARAH GREENE

Podrías pasarte después a traerme los apuntes de hoy?

CHLOE DAVIS

Por supuesto!

CHLOE DAVIS

Cuando acabe el entrenamiento voy

SARAH GREENE

De acuerdo

Alex y yo no hablamos durante el resto del día. Resultó bastante complicado mantener las distancias en clase, la verdad. Sobre todo en la hora libre. Estábamos sentados en la misma mesa, Brett y Brittany a nuestro lado junto con otros compañeros del equipo. Yo no dejaba de mirarlo mientras me comía mi ensalada esperando a que se disculpara y preguntándome por qué me había enamorado de una persona tan cabezota. Alex también me miraba de vez en cuando, y tenía la sensación de que quería acercarse para hablar e intentar solucionar las cosas, pero por culpa de su orgullo, se quedó sentado. No me dirigió la palabra en ningún momento de la hora libre. Eso sí, con sus compañeros no callaba, ya sea para comentar el partido de fútbol de anoche o sobre cosas de clase. A lo que a mí concierne, nada.

Y durante el entrenamiento de la tarde, más de lo mismo. Yo quise ir a buscarle para decirle lo idiota que es, pero cada vez que intentaba acercarme, Jackson me miraba y se interponía en mi trayectoria con la excusa de que nadie puede irrumpir en los entrenamientos. Así que a regañadientes tuve que volver con mis chicas.

—Desde arriba —dije, poniendo otra vez la música desde el principio. Me coloqué en mi posición y cuando los primeros acordes comenzaron a sonar, me puse a bailar, olvidándome por unos minutos de todo.

Cuando terminamos el entrenamiento, fui a mi taquilla y me quité la ropa sudada. Estaba en ropa interior cuando un brazo musculoso se apoyó en la taquilla de al lado, sobresaltándome. Seguí la línea de sus músculos hasta llegar al rostro del hombre cuyos ojos azules me miraban fijamente. Aún llevaba el equipo puesto y algunos mechones cobrizos pegados a la frente por el sudor. Odiaba de corazón que fuera tan guapo y tan irresistible. Es que me miraba con esos ojitos azules y ya no podía seguir enfadada. Tenía ese aspecto salvaje que a mí tanto me gustaba y que en ese momento no soportaba. Mis compañeras soltaron varias quejas sobre que Alex se hubiera colado en los vestuarios de las chicas, él ni siquiera se molestó en disculparse, solo tenía ojos para mí.

—No me gusta estar enfadados —admitió en voz baja.

—A mí tampoco —confesé del mismo modo.

Vaciló un segundo antes de abrazarme.

—Siento mucho haberme enfadado cuando te he visto con Oliver —murmuró junto a mi cuello. Sus brazos me envolvieron y pegaron a su cuerpo. Su respiración chocó contra mi cuello, estremeciéndome—. Y siento también lo que te he dicho en el coche... Mis problemas también son los tuyos, ya lo sabes.

Se inclinó y me besó en los labios con mimo.

—Te agradezco que hayas venido a disculparte, pero no deberías estar aquí, Alex. Si la entrenadora te ve te meterás en un buen lío...

—Me voy ya —dijo—. Solamente quería disculparme y decirte que Simon me acaba de llamar para decirme que hoy tengo que cerrar la cafetería. En cuanto termine, voy directo a tu casa, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Quieres que te lleve?

—No hace falta. Callie está esperándome fuera. Ah, también quería decirte que el entrenador no ha echado a Jackson del equipo, aunque lo ha sancionado. Una falta al reglamento más y estará fuera. Conociendo su historial, lo más seguro es que no llegue al último partido. Deberías haber visto la cara que ha puesto —sonrió con satisfacción.

—¿Cuándo ha sido eso? —quise saber.

—Ahora, nada más acabar con el entrenamiento. ¿Por?

—Por nada.

—Bueno, me voy ya. Te llamo cuando salga.

Se inclinó y me besó la mejilla antes de irse.

Una vez duchada y vestida, me monté en mi coche y conduje hasta llegar a la casa de mi amiga. Abrió la puerta con el pijama puesto; pantalones cortos negros y una camiseta ancha grisácea que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Tenía el pelo suelto y algo enmarañado cayendo por los hombros y el rostro algo más pálido de lo normal.

—¿Estás sola?

No me apetecía volver a encontrarme al profesor Grant en bolas, la verdad.

—Mi hermano está en su habitación jugando a la Playstation, así que es como si lo estuviera —se hizo a un lado para dejarme pasar—. ¿Te apetece algo? ¿Agua, café...?

—No, estoy bien.

Nos sentamos en el salón. Sarah estaba viendo una serie en Netflix que ahora estaba pausada. Durante el tiempo que estuvo en coma, yo me había dedicado a recopilar los apuntes, deberes y trabajos que hacíamos en clase para ella, pues sabía que tarde o temprano los iba a necesitar. Y ese momento había llegado; saqué de mi mochila los libros que tenía en la taquilla además de la carpeta y se lo entregué todo.

—Muchas gracias —dijo, dejando las cosas sobre la mesa de centro—. Mis padres han hablado con el director para ver si puedo volver al instituto. Todavía no hay nada asegurado, pero probablemente vuelva muy pronto.

—¿En serio? —pregunté, entusiasmada.

El instituto sin mi mejor amiga no era lo mismo. Es como un libro sin su marca páginas, una televisión sin su mando, un mago sin su varita... Todos los días en los que Sarah estaba en coma y yo tenía que seguir con mi vida, sentía que me faltaba algo, como si no estuviera completa. Y si volvía al instituto, tal vez todo volviera a ser igual que siempre. Las dos enfrentándonos al mundo de nuevo.

—Tendré que esforzarme mucho, pero lo prefiero a estar otro año más en el instituto —suspiró con pesadez—. Así también podré estar con Woody sin necesidad de escondernos.

—Hablando de Woody...

Sus mejillas tomaron un color rosado.

—¿Cómo pasó? —pregunté—. Quiero saberlo todo.

—Como ya te dije ayer, lo llamé para que viniera a casa mientras mis padres llevaban a mi

hermano al fútbol. No lo hice con intención de que ocurriera algo más, sino porque realmente necesitaba verlo. Necesitaba hablar con él, darle una explicación de lo que sucedió. Y le conté la verdad a medias; le hablé sobre que estaba viéndome con un chico y que cuando quise cortar se enfadó tanto que me dio una paliza. Él me contó que cuando supo lo que me había pasado, estuvo a punto de ir al hospital y que le daba igual si se sabía lo nuestro, pero tú lo detuviste...

—Pensé que si iba vuestro secreto saldría a la luz y...

—Lo sé —me interrumpió con una media sonrisa—. Y te lo agradezco, Chloe. No quiero ni pensar lo que habrían dicho mis padres...

—¿Y qué pasó después? —me interesé.

—Nos abrazamos —las comisuras de su boca se estiraron hasta formar una amplia sonrisa. Y cerró los ojos, como si se hubiera transportado a ese mismo momento—. El contacto de su piel me provocó una cálida satisfacción que no sabría describir con palabras; me desperté del coma hace poco tiempo, pero no fue hasta que me abrazó cuando realmente sentí que estaba despierta.

»Y entonces nos besamos. Y menudo beso, Chloe. Jamás nos habíamos besado así. Con tanta ansia, con tanta desesperación... Con ese beso recuperamos todo el tiempo perdido. Y empezamos a desnudarnos. Yo lo desnudé a él y él a mí, y subimos a mi habitación. Nos tiramos en la cama y nos miramos a los ojos. Y simplemente sucedió. Fue mágico. No existe otra palabra para describirlo.

—Me alegro mucho por ti. En serio. Merecéis ser felices.

Mi móvil sonó al recibir un mensaje.

—¿Alex? —me preguntó Sarah.

Miré extrañada la pantalla al ver el emisor del mensaje.

—Es Oliver, su hermano.

OLIVER WILSON

Hola, Chloe. Soy Oliver. Mi tía me ha dado tu número.

OLIVER WILSON

Te espero en media hora en el Sunset Palace. En el bar.

OLIVER WILSON

No te robaré mucho tiempo.

—¿Y qué dice? —se interesó Sarah.

—Quiere hablar conmigo.

Guardé el teléfono en el bolsillo del vaquero.

—Intuyo que para nada bueno...

—Seguramente no lo sea —dije—. Esta mañana he tenido una discusión con Alex por hablar con su hermano, y sé que si voy a verlo volveremos a discutir.

—¿Y por qué habéis discutido?

Sarah seguía siendo igual de cotilla que siempre.

La echaba de menos.

Encontré a Oliver sentado en la barra del bar del Sunset Palace con los hombros encorvados y la chaqueta del traje abierta. Una de sus manos sujetaba un vaso de whisky, la otra mantenía el móvil pegado a su oreja. Alzó la vista y me hizo una señal para que tomara asiento en el taburete de al lado mientras terminaba de hablar.

—Te llamo después —dijo a la persona que estaba en la otra línea antes de colgar. Sus ojos se posaron en mí y su mandíbula se tensó—. Gracias por venir, Chloe. Sé que probablemente este encuentro te traiga problemas con Alex, pero créeme cuando te digo que tengo una buena razón para ello.

Antes de que pudiera responder, Oliver sacó del bolsillo interior de la americana un papel.

—¿Qué es esto? —pregunté con el ceño fruncido.

—El recibo del banco. He pagado la deuda al completo.

Alcé la mirada hacia sus ojos, sorprendida.

—No me mires así —dijo, apenado—. Estoy seguro de que mi hermano te habrá contado muchas cosas horribles sobre mí, y puede que la mitad de las cosas sean verdad, pero me preocupo por mi familia. Yo tengo mucho dinero. Demasiado. Cuarenta y dos mil dólares es una cantidad insignificante para mí, pero para mi hermano y mi tía es mucho dinero.

—Entiendo que hayas pagado la deuda, pero a Alex no le va a gustar que lo hayas hecho a sus espaldas. Creía que tendría algo más de tiempo para hacerle entender que necesitaba tu ayuda...

—Pues ya está pagada.

Tomó un trago a su copa de whisky antes de continuar.

—No quiero ponerte en ningún compromiso, Chloe, pero sé que mi hermano te escuchará. Tú eres la única que puede llegar a él y hacer que acepte el dinero.

—Hablaré con él, aunque no puedo prometer nada.

Oliver torció la sonrisa.

—Muchas gracias —se bebió lo que quedaba en su copa—. Ahora tengo que irme. Si necesitas cualquier cosa, tienes mi número. Ha sido un placer hablar contigo, Chloe. Tómate lo que quieras y apúntalo en mi cuenta.

Se incorporó y se marchó. Yo me levanté dispuesta a irme cuando una voz me detuvo:

—Eres Chloe Davis, ¿verdad?

Uno de los camareros estaba frente a mí, detrás de la barra. Llevaba una camisa blanca que se ajustaba a su cuerpo y una corbata negra. Los focos de luz que caían sobre la barra resaltaban su piel caramelo y sus ojos oscuros. Era un chico alto y muy guapo. Debía tener más o menos mi edad.

—¿Te conozco?

En su dulce rostro apareció una sonrisa.

—Trabajé en Sensation's hace unos dos años. Seguramente recuerdes a aquel chico que te tiró café encima en su primer día —Yo asentí. Su sonrisa se amplió—. Era yo.

Lo miré con incredulidad.

—¿Owen?

Asintió.

—¡Vaya! —exclamé, sorprendida—. ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? Es normal que no te haya reconocido, ¡has cambiado muchísimo! ¿Conseguiste entrar al final en la carrera que querías?

La última vez que lo vi fue en su último día en Sensation's. Bueno, yo no sabía que era su último día, fue Simon quien me lo dijo al día siguiente. Recordaba que estuvo un año esperando para poder entrar en la universidad de Moon Hill después de graduarse en Richmore, y nunca llegué a saber si lo consiguió.

—Me costó, pero finalmente conseguí entrar a diseño gráfico. Tu debes estar ahora terminando el último curso de instituto, ¿verdad? ¿Cómo te va? Seguramente bien.

- Sí —sonreí—. Bastante bien, en realidad.
- No esperaba menos. ¿Quieres tomar algo?
- No, gracias. Tengo que irme ya.
- Deberíamos quedar algún día y ponernos al día.
- Claro, cuando quieras.

9

Tumbada en la bañera del cuarto de baño de mi padre, bajo la tenue luz de unas velas aromáticas, conseguí al fin relajarme después de un largo y estresante día. Me acomodé y cerré los ojos, dejándome llevar por la dulce melodía que reproducía mi teléfono. Necesitaba unos minutos de paz y tranquilidad para pensar en la forma en la que iba a decirle a Alex que su hermano había pagado la deuda al completo. Pensé un montón de discursos donde alegaba que tardaría una vida entera para poder pagar la deuda, que no podría hacer su vida con tranquilidad pues siempre estaría atado al banco, que la única forma de liberarse era aceptar el dinero de Oliver, aunque eso conllevara a tragarse su maldito orgullo. Ese era el mensaje, aunque las palabras no me parecieron las más adecuadas si quería llegar a buen puerto.

El móvil empezó a sonar con fuerza, interrumpiendo la canción que estaba escuchando. Me sequé las manos con la toalla y cogí el teléfono que había dejado en el suelo.

Alex.

—Hola —saludó—. ¿Estás ya en casa?

—Sí. Acabo de llegar. Estoy dándome un baño relajante...

—¿Un día agotador?

Si tenía en cuenta que un hombre entró en mi habitación en mitad de la noche forzando la ventana, que esta mañana había discutido con Alex por culpa de su hermano y que encima me esperaba otra discusión cuando le dijera que ya no existía la deuda, sí, había sido un día agotador.

—Sí —exhalé—. ¿Has salido ya de trabajar?

—Hace dos minutos. Voy a ir ahora con los compañeros a tomar algo. Callie ha insistido y ya sabes cómo es, no he podido decirle que no. Te diría que vinieses, pero supongo que no te apetecerá salir de la bañera ahora mismo.

—Supones bien —sonreí.

—Entonces no te molesto más. Disfruta del baño. Luego nos vemos.

Dejé el teléfono en su sitio tras poner de nuevo la música y cerré los ojos, disfrutando un poco más de la tranquilidad que se respiraba.

Una vez que mi piel se arrugó por estar cerca de una hora sumergida en el agua, supe que era hora de salir. Me sequé el cuerpo con una toalla y recogí las velas que había colocado por el baño antes de ir a mi habitación para ponerme el pijama. Después, me senté en el tocador y empecé a cepillarme el pelo cuando Amber llamó a la puerta.

—Chloe, ¿podrías dejarme ese increíble top de tirantes gris?

—¿Vas a salir esta noche? —pregunté mientras me acercaba al armario y buscaba la prenda entre toda la ropa.

—Voy a una fiesta en una fraternidad.

—¿Lucy lo sabe?

Ella asintió con seguridad.

—Por supuesto que lo sabe.

Le lancé el top cuando lo encontré y se lo puso. Se miró en el espejo del tocador para ver cómo le quedaba. Yo tenía algo más de pecho que ella, por lo que en esa zona quedaba un poco más holgada. Por lo demás, iba bastante bien. El top grisáceo hacía juego con la falda negra y los tacones de quince centímetros.

—No vuelvas muy tarde —me resultó raro decirlo, como si las palabras me sonaran ajenas. Siempre había estado sola, no tenía hermanas pequeñas a las que cuidar. Y decírselo ahora a Amber era extraño, en parte porque no nos llevábamos muy bien.

—Sí, mamá —refunfuñó poniendo los ojos en blanco antes de marcharse.

Bajé al salón después de terminar de cepillarme el pelo. Me hice un bol de palomitas saladas y me senté en el sofá para ver una película. Más o menos a la mitad, alguien tocó al timbre. Detuve la reproducción y fui a abrir la puerta. Alex estaba fuera.

—Hola.

Presionó sus labios contra los míos. Luego dejó sus cosas en el salón y caminó hasta dejarse caer en el sofá. Cuando me senté a su lado, apoyó la cabeza sobre mi regazo. Coloqué la mano en su pecho, haciendo círculos por encima de la camiseta.

—¿Qué tal con los compañeros?

—Muy bien —dijo con los ojos cerrados y una leve sonrisa—. Callie es muy simpática. Me ha contado un montón de anécdotas de cuándo estuvisteis trabajando juntas; cómo aquella vez que un cliente te exigió de malas maneras que le cambiases un café después de habérselo acabado porque en vez de echarle leche de avena le echaste leche normal.

Sonreí al recordarlo. Simon salió de su despacho al escuchar los gritos del hombre, yo le conté lo que había sucedido y obligó al cliente a pedirme disculpas para después echarlo. No volvió a aparecer por Sensation's.

—Me ha dicho Callie que te diga que te echa de menos.

—A ver si consigo algo de tiempo y quedo con ella...

Mis dedos subieron del pecho a la cabeza, jugando con los mechones de pelo rebeldes.

—¿Has cenado algo? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—No tengo mucha hambre.

—Te prepararé algo.

Tras una corta deliberación, decidí hacer hamburguesas. Lo primero que hice fue tostar el pan en la sartén untada con un poco de mantequilla. Preparé la lechuga y también corté el tomate. Mientras cortaba la cebolla, Alex se acercó y me envolvió entre sus brazos por la espalda. Apoyó la barbilla sobre mi hombro y me dio un suave beso en el hombro.

—Me encanta esto.

—¿La cebolla o tenerme entre tus brazos?

—Ambas cosas me gustan mucho, la verdad —noté su sonrisa pegada a mi cuello—. Me refería a que me encanta estar aquí contigo. Me encanta saber que esta noche dormiré a tu lado y que cuando despierte seguirás estando junto a mí.

—A mí también me gusta —sonreí.

Me estrechó con fuerza entre sus brazos y posó sus labios sobre mi mejilla. Después, se

colocó a mi lado para poner el pan ya tostado en los platos. Empezó a caramelizar la cebolla. Entre los dos preparamos unas hamburguesas con queso increíbles.

—¿Amber no cena con nosotros? —me preguntó cuando nos sentamos alrededor de la isla de la cocina.

—Se ha ido a una fiesta universitaria.

Su ceño se frunció.

—¿Y qué hace allí? ¿Su madre lo sabe?

—Según ella, sí.

—¿No has llamado para confirmarlo?

Sinceramente, ni siquiera me había planteado que Amber me hubiera mentido. Dejé la hamburguesa y fui al comedor para coger mi teléfono móvil y llamar a mi padre.

—Hola, princesa —contestó al cuarto tono—. Quería llamarte nada más llegar a Aspen, pero entre todo el lío del viaje se me pasó por completo. Lo siento.

—No pasa nada.

En realidad, sí que pasaba. Me dolía que no me hubiera avisado de que iba a pasar el fin de semana fuera con Lucy. Hacía que me sintiera lejos de mi padre, como si nuestros caminos, después de tanto tiempo siendo el mismo, se hubiera bifurcado en diferentes sentidos.

—Este lugar te encantaría, princesa —no podía verlo, pero por el tono de su voz supe que estaba sonriendo—. Nuestra habitación tiene unas preciosas vistas a la ciudad. Nada más llegar hemos ido a cenar a un restaurante japonés que tienen unos ramen buenísimos.

—¿Has comido Ramen? No te creo...

Alex me miró con los ojos abiertos y sorprendidos.

—Lucy me ha obligado a probarlo. No te voy a mentir, muy buena pinta no tenía, pero lo he probado y no estaba tan mal... No me importaría volver a comerlo.

—Me alegro.

—¿Y Amber cómo está? Lucy me ha dicho que quería ir a una fiesta en la universidad y que se ha enfadado mucho cuando le ha dicho que no podía ir...

Pensé lo que debía decir a continuación; si les decía la verdad lo más probable es que volvieran del viaje antes de tiempo y eso también estropearía mi fin de semana romántico con Alex. Solo me quedaba la opción de mentir. Y sinceramente esperaba que los kilómetros de distancia ayudaran a que el detector de mentiras de mi padre no funcionara.

—Se ha encerrado en su habitación —dije, sin entrar en demasiados detalles—. Eh..., lo siento, papá. Tengo que dejarte. Quiero acabar un trabajo para clase.

—De acuerdo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Dejé el móvil sobre la encimera.

—Tenías razón. Amber no tenía permiso para ir a la fiesta.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo primero que voy a hacer es comerme esta deliciosa e increíble hamburguesa —dije, cogiéndola y dándole un buen mordisco. No iba a desperdiciar tal manjar por una mentirosa. Cuando tragué, añadí—: Después, iré a la fiesta y la traeré a casa aunque tenga que cogerla de las orejas.

No iba a ir con un pantalón y una camiseta de tirantes de pijama a una fiesta universitaria, por lo

que tuve que cambiarme; me puse una falda vaquera y una blusa blanca de encaje. Alex había recogido y limpiado la cocina mientras yo me cambiaba.

—¿Sabes dónde es la fiesta? —me preguntó en el coche.

—No exactamente. Supongo que será fácil encontrarla.

Cuando llegué al campus universitario, aminoré la velocidad para buscar la casa donde se celebraba la fiesta. Tampoco fue muy difícil encontrarla porque había un especie de aviso a base de música que indicaba la ubicación. Aparqué en el primer hueco que encontré y caminamos siguiendo la multitud de personas que se dirigían al punto de reunión. Me sorprendió ver que se celebraba en la misma fraternidad donde vivía Christian y Sean. Traté de no pensar mucho en ello, ni en los recuerdos que se me venían a la mente.

Localicé a un chico en el porche cuyo cabello estaba oculto por una gorra roja con la visera hacia atrás. Tomó un corto sorbo a su cerveza y cuando sus ojos oscuros se posaron en mí, las comisuras de su boca se estiraron hacia arriba en una sonrisa.

—¿Chloe? —exclamó alegremente antes de envolverme entre sus brazos—. ¡Me alegro mucho de volver a verte! Vaya, estás increíble —su mirada me recorrió de arriba abajo—. Aunque no debería sorprenderme. Siempre estás increíble.

—Gracias —dije, algo incómoda. Me llevé un mechón de pelo detrás de la oreja y miré a Alex; él tenía la mirada puesta en Owen y la mandíbula apretada—. Estoy buscando a alguien. Es una chica rubia y lleva una falda negra y un top corto gris. ¿La has visto por aquí?

—No estoy muy seguro de que sea ella, pero antes he visto a una chica rubia subir con un chico a una habitación.

—Gracias.

Subimos las escaleras con cuidado de no chocar con nadie, cosa que resultó una tarea bastante difícil; había demasiadas personas para el poco espacio que había. Todas ellas bebiendo y bailando al ritmo de una canción que venía de alguna parte de la casa. Moverse fue complicado. Una vez en el piso de arriba, abrí toda puerta que encontramos, solo hallé a personas que no conocía haciendo cosas que me gustaría poder borrar de mi mente. En la primera planta no había rastro de ninguna chica rubia, por lo menos no la que yo andaba buscando.

Subí hasta el segundo piso. Me paré en seco en el pasillo, con los ojos puestos en la puerta que pertenecía a la habitación de Christian. Un horrible escalofrío me recorrió el cuerpo entero al pensar en sus manos en mi trasero, su boca sobre mis pechos... Y un pensamiento me invadió la mente: Tal vez Amber había conocido a Christian en la fiesta, la había engatusado con esa sonrisa suya y junto con su labia, ella habría aceptado a subir a la habitación para culminar la noche. No quería pensar en que él sería capaz de aprovecharse de una menor, pero luego pienso que también intentó hacérmelo a mí y...

—¿Estás bien? —me preguntó Alex.

Señalé la puerta con la cabeza.

—Esa es la habitación de Christian.

Su cuerpo se volvió rígido y su mirada se volvió sombría.

—¿Crees que...? —ni siquiera pudo terminar. Habíamos pensado exactamente lo mismo.

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta y miró su interior.

—Vacío.

Suspiré, aliviada.

No quería ver a Christian y a Amber juntos.

—¿Y de qué conocías al tipo de antes? —me preguntó Alex mientras íbamos a la siguiente

habitación. Su voz fue calmada y tranquila, no había rastro de celos en ella, aunque sí en su expresión tensa.

—¿Owen? Trabajamos juntos en Sensation's hace años.

—Ah.

—¿Celoso?

—¿Yo? Que va.

Pero sí, estaba celoso. Y yo pensaba aprovecharme de eso del mismo modo que él lo había hecho para reírse de mí, pero eso lo haría más tarde. Ahora mismo teníamos algo más importante entre manos.

Buscamos en el resto de habitaciones, en todas ellas había personas, ya sea para mantener relaciones o para tomar algún tipo de droga. Menos mal que en ninguna se encontraba Amber. Decidimos bajar de nuevo a la fiesta; la música se escuchaba con tanta fuerza que hasta me pitaban los oídos. Buscamos entre el bullicio de personas que bailaban en el salón con la esperanza de encontrar a la Mini Rubia mentirosa con sus amigas.

Y al final terminamos encontrándola.

Pero no estaba bailando con sus amigas precisamente.

Estaba sentada en el regazo de un hombre de cabello rapado, con la lengua pegada al cuello del chico, ascendiendo por la barbilla hasta acabar hundiéndola en su boca de una manera salvaje y pasional. Las manos de él descansaban en su trasero por debajo de la falda.

Caminé hacia ellos con los puños cerrados, tratando de contener la rabia que me consumía por dentro. Ya no solo porque estaba con alguien que parecía ser mucho mayor que ella, que también, porque la experiencia me había enseñado que los hombres en estas fiestas solo buscan una cosa de nosotras. Tenía que protegerla hasta que su madre regresara del viaje, y eso consistía en alejarla del tipo de personas que solo ven en ella un cuerpo bonito. Pero también me preocupaba que por culpa de su capricho de asistir a una fiesta universitaria pusiera en peligro mi fin de semana romántico.

Ni siquiera se separaron cuando me detuve frente a ellos. Siguieron comiéndose, tocándose por encima y por debajo de la ropa. Todo entre ellos era lametones y manos.

—Ejem, ejem.

Amber se dejó caer al lado del hombre en el sofá y clavó sus ojos azules en mí. Sus labios estaban hinchados del intenso beso, su cabello recogido en una cola de caballo tenía algunos mechones sueltos de los manoseos. Había poca luz en la casa, pero la suficiente como para ver sus mejillas sonrosadas y la creciente erección del chico bajo los vaqueros.

—Chloe —gruñó ella, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Me has mentido.

—¿Y?

—¿Y? —repetí, incrédula—. Si tu madre se llega a enterar que has venido a la fiesta, probablemente interrumpen su viaje y regresen a casa, y no estoy dispuesta a que me estropees mi fin de semana con Alex. Nos vamos a casa ahora mismo.

Amber me lanzó una mirada emponzoñada y desvió su atención al hombre que tenía al lado, cuya mano seguía en su trasero, los dedos clavados en la carne.

—No pienso irme a ningún lado contigo —gruñó Amber.

—Nos vamos a casa —insistí—. Ahora.

—¡Qué no!

—¡Nos vamos ahora mismo!

—¿Por qué no os quedáis? —nos preguntó el chico con una lasciva sonrisa y las mejillas sonrojadas por el alcohol. O por otro tipo de droga, no sé—. La fiesta está bastante animada esta noche...

—Será mejor que no te metas en esto —gruñó Alex.

El hombre levantó las manos en modo defensivo y sin decir nada más, se marchó a seguir con la fiesta en otra parte y con otra persona.

—Estarás contenta —musitó Amber con rabia—. Me has arruinado la noche.

—No haberme mentido —encogí los hombros.

Ella soltó un gruñido y se levantó.

—¿Nos vamos o qué?

Los tres salimos de la fiesta cuando una voz nos detuvo.

—Chloe.

Era Owen.

—Esta tarde no he podido decírtelo en el hotel, pero me gustaría que quedásemos algún día y así devolverte el libro que me dejaste hace dos años. Siempre me digo que tengo que hablarte para devolvértelo, pero nunca lo hago.

—Claro —dije—. Cuando quieras.

—Perdona, ¿has dicho que os habéis visto en un hotel? ¿Cuál hotel?

La pregunta de Alex provocó que se me acelerara el pulso.

—En el Sunset Palace. Trabajo allí.

Alex bajó la mirada hacia mí en busca de una explicación. Porque sabía que yo no estaba allí para verme con Owen, sino porque había ido a ver a su hermano. Pero este no era el lugar ni el momento adecuado para hablar de eso.

—Nos vemos pronto, Owen.

Justo cuando dimos media vuelta para ir hasta el coche, todo empezó a darme vueltas vertiginosas. Desde que puse un pie en la casa, rezaba para no encontrarme con Christian ni con Sean, y así había sido hasta ahora; Christian estaba frente a nosotros junto a sus amigos. Cuando alzó la mirada y nos vio, sus ojos se detuvieron en mí y su sonrisa se esfumó. Yo miré a Alex, sus ojos no transmitían otra cosa aparte de rechazo y odio desmesurado.

—¿Podemos hablar? —me preguntó con voz trémula.

—No, no puedes —respondió Alex de mala gana.

Me tomó de la mano y nos encaminamos calle abajo dirección al coche cuando Christian volvió a interponerse en nuestro camino. Alex sacudió la cabeza y respiró hondo, tratando de contener las ganas que tenía de hacerle pagar por todo lo que nos había hecho. Amber miró a los dos impresionada, sin entender lo que estaba pasando.

—Christian, déjanos pasar, por favor —dije yo.

—Chloe, necesito hablar sobre lo que pasó la otra noche...

—¿Qué otra noche? —quiso saber Alex.

—Ah, ya lo entiendo —intervino Amber con una sonrisa llena de arrogancia—. Este es el amigo al que fuiste a ayudar en mitad de la noche, ¿no?

Las palabras de Amber provocó que la mirada de Alex se encendiera a límites desconocidos.

—Me llamó borracho la otra noche y me pidió que lo llevara a casa —expliqué, escueta—. Y eso hice. También le dije que no volviera a llamarme nunca más, que no quería saber nada de él. Y eso significa que tampoco quiero hablar contigo —le dije a él.

—Yo solo quiero disculparme —dijo Christian, apenado—. Me gustaría disculparme por todo

lo que te he hecho, Chloe. Por favor, solo te pido unos minutos para...

—Vámonos —dijo Alex, interrumpiéndolo.

Y nos fuimos sin mirar atrás.

10

El rostro de Alex cuando nos montamos en el coche fue indescifrable. Tenía la mandíbula tensa, miraba por la ventanilla a ningún lugar en concreto y al mismo tiempo a todas partes, como si su mente estuviera viajando de un pensamiento a otro y siempre terminara en el mismo punto, con Christian y conmigo.

Pensé hablar sobre lo que ocurrió la noche en la que lo llevé a casa, tratar de despejar las dudas que tenía, demostrarle que no pasó nada y que fue un momento aislado que no iba a volver a repetirse. Luego pensé que tal vez lo que necesitaba era algo de tiempo para poder asimilarlo todo. Sin embargo, yo necesitaba saber en qué punto nos encontrábamos; coloqué la mano sobre su muslo y apreté un poco. Si seguía enfadado, me apartaría. Si la dejaba, significaba que estaba dispuesto a hablar las cosas y tratar de solucionarlas. Por suerte hizo lo segundo, aunque no respondió al acercamiento. Tampoco podía recriminárselo.

Metí el coche en el garaje y pulsé el botón en el mando para que la puerta se cerrase. Amber salió escopeteada hacia el piso de arriba. Alex y yo subimos a mi habitación en completo silencio. Se sentó en el borde de la cama y empezó a quitarse los zapatos con pesadez.

—He estado dándole muchas vueltas, y no consigo entender cómo después de todo lo que te hizo Christian todavía vayas corriendo a ayudarlo.

Su voz era sosegada pero afilada.

—Alex...

—Eso me cuesta entenderlo, sí, pero lo que realmente me quema es que no me lo hayas contado —dijo, elevando cada vez más la voz—. Pensaba que nos lo contábamos todo.

—Si no te lo conté es porque sabía exactamente cómo reaccionarías. Cuando se trata de Christian te cierras en banda y...

—¡Porque abusó de ti! —gritó mientras se quitaba la camiseta por la cabeza y la lanzaba con fuerza hacia la bolsa que contenía su ropa, colocada junto a mi armario.

—¿Crees que no lo sé? —insté con un nudo en el pecho—. ¿Crees que he olvidado cada vez que me besaba, cada vez que se propasaba conmigo y me tocaba el culo o las tetas a pesar de que le dijera que no me sentía preparada? Porque no he olvidado absolutamente nada, Alex. Nada.

Se quedó callado unos segundos, con los ojos puestos en mí.

—¿Quieres saber lo que pienso, Chloe? —preguntó. Apoyó los codos sobre sus rodillas e inclinó su cuerpo hacia adelante—. Pienso que está tratando de volver contigo. Por eso se está haciendo la víctima, para que lo perdones, porque el perdón es el primer paso para volver a entrar en tu vida. Una vez que lo consiga, hará todo lo que esté en su mano para que le des otra oportunidad. Te está manipulando y no te estás dando cuenta.

Sus palabras dolieron igual o más que si me hubiera dado una bofetada.

—¿Crees que soy tan tonta como para perdonarle? —le grité.

—Sinceramente, sí. Lo creo.

Asentí varias veces, sin poder creer lo que estaba diciendo.

—Vamos, Chloe. No es la primera vez que lo haces —continuó—. Ya perdonaste a Brett después de que te pusiera los cuernos, y también perdonaste a Brittany. ¿Por qué Christian iba a ser diferente?

—Bueno, en parte tienes razón —dije, cruzándome de brazos sobre el pecho—. He perdonado a mucha gente que me ha hecho daño: Brett, Brittany..., incluso a ti —su rostro palideció, su mandíbula se tensó aún más—. Aguanté durante mucho tiempo tus insultos, tus constantes humillaciones... No te diferencias tanto de Christian al fin y al cabo. Puede que tampoco debí haberte perdonado a ti...

Al instante en que solté la última palabra, me arrepentí de lo que había dicho. Alex no se parecía en nada a Christian, ni siquiera sabía por qué los había comparado.

—Entonces puede que tengas razón —dijo con voz sosegada y áspera—. No debiste haberme perdonado.

Se acercó a su mochila y cogió el pantalón del pijama.

—¿Adónde vas?

No respondió. Salió de la habitación, dejándome sola y con una sensación horrible en el pecho. Me senté en la cama y sentí que lo que no había podido decir me quemaba por dentro. Me coloqué la almohada en la cara y dejé que todo saliera en forma de grito. Necesitaba expulsar cada palabra reprimida, liberarme de la frustración que sentía. Grité porque estaba cabreada conmigo misma por lo que le había dicho a Alex, y también con él por decir que soy tan tonta como para perdonar a Christian después de todo.

Jamás lo haría.

No podía dormir. Mi mente iba a mil por hora y no conseguía relajarme después de la discusión. Nuestra conversación se repetía una y otra vez en mi mente, como un casete en bucle que no hacía más que atormentarme. Me pasé las manos por la cara y suspiré con frustración. Había contado ovejas, cerrado los ojos y mantenido una respiración tranquila y pausada, pero nada de eso fue suficiente. Solo me quedaba una cosa que siempre había conseguido relajarme. Si quería dormir, tenía que salir a correr.

Me puse ropa cómoda y me hice una cola de caballo. Conecté los auriculares inalámbricos al teléfono y bajé las escaleras. Alex estaba acostado en el sofá con los ojos cerrados. Tenía el torso desnudo y los pantalones del pijama puestos. Parecía tranquilo a pesar de lo que había pasado. Eso me molestó un poco. Yo no había iniciado la discusión y no podía dormir. Él, sin embargo, dormía sin ningún tipo de remordimiento.

Salí al exterior y tras estirar, me puse a correr. A estas horas de la noche no había ni un alma por la calle. Eso me gustó. También la suave brisa que corría, pues parecía que se llevaba consigo las malas vibraciones y los pensamientos intrusivos, dejando solo espacio para el deporte.

Una vez que mi cuerpo se cubrió por una fina capa de sudor y mis piernas no daban más de sí, me detuve para coger aire. Entonces fue cuando me di cuenta de que me encontraba en la entrada del bosque, muy cerca del lago. Allí fue donde Alex y yo conectamos por primera vez, donde nos enamoramos. Tal vez estar allí me ayude a estar en paz.

El bosque estaba demasiado oscuro, tan solo pequeñas zonas del camino estaban alumbradas por la luz azulada de la luna que atravesaba las copas de los árboles. Yo conocía tan bien el camino que podía llegar incluso con los ojos cerrados, aunque agradecí tener algo de visión para no tropezar con las piedras que había.

Me senté en el embarcadero que crujió cuando lo pisé, y cerré los ojos, tratando de borrar la discusión con Alex de mi cabeza: «Ya perdonaste a Brett después de que te pusiera los cuernos, y también perdonaste a Brittany. ¿Por qué Christian iba a ser diferente?». Si perdoné a Brett fue porque, a pesar de que me puso los cuernos, nunca se había portado mal conmigo. Me había protegido y ayudado durante años. Incluso después de que rompiéramos se había preocupado por mí. Y a Brittany, bueno, el proceso para perdonarla fue algo más largo, pero también me había demostrado que había cambiado y que podía confiar en ella. Sin embargo, lo que Christian me había hecho era intentar condicionarme para hacer algo que yo no quería, intentaba hacerme creer que debía acostarme con él para demostrarle que realmente quería olvidar a Alex. ¿Qué clase de persona hacía algo así? Y no soy tan tonta como para perdonarlo, por mucho que Alex pensara que sí lo era. Lo mejor es tener a ese tipo de personas lo más lejos posible. Y si lo ayudé fue porque a pesar de todo era el primo de mi mejor amiga.

Respiré hondo, dejando que la tranquilidad del lugar calara en lo más profundo de mi ser. Era agradable estar aquí, hacía que me sintiera en paz y en calma. Como si todo lo malo que me había pasado quedara en un segundo plano. La brisa se adentraba entre las ramas de los árboles, el agua estaba un poco agitada y provocaba un leve rumor al chocar contra el embarcadero. Incluso se podía escuchar el canto de un búho en la lejanía que resultaba de lo más hermoso.

No supe cuánto tiempo estuve sentada en el embarcadero, tal vez fue una hora o solo cinco minutos, no lo sé. Había perdido la noción del tiempo mirando las estrellas que centelleaban por todo el cielo. Hasta que un ruido detrás de mí, similar al crujido de una rama, me devolvió a la realidad. A mi alrededor tan solo veía una oscuridad espesa y vacía. Un escalofrío me sacudió el cuerpo entero, y supe que era el momento de regresar a casa.

Ya había corrido suficiente, por lo que volví dando un paseo. Escuchaba una canción de Rihanna por los auriculares, era la única artista que me motivaba para correr, ella y David Guetta. Me despegué el pelo de la frente que se me había pegado por el sudor cuando me di cuenta de que había un hombre de aspecto sospechoso detrás de mí. Eso me puso en tensión. Llevaba una sudadera negra, su rostro estaba oculto por la capucha y tenía las manos escondidas en los bolsillos.

Aceleré el paso para comprobar si me estaba siguiendo o si, por el contrario, solo era una persona que había salido a correr como yo. Ya había llegado al jardín, me encontraba a unos diez minutos de mi casa. Giré levemente la cabeza para ver cómo el hombre también aceleraba el paso, acortando la distancia que nos separaba, demostrándome así que mis sospechas eran ciertas.

Me estaba siguiendo.

En cuanto tuve la oportunidad, tras girar por una esquina, empecé a correr como si me fuera la vida en ello.

Porque temía que así fuera.

El hombre empezó a correr detrás de mí. Intenté perderlo entre las calles; me escondí detrás de un coche estacionado y me cubrí la boca para evitar que escuchara mi respiración jadeante. Por la ventanilla pude ver que estaba frente a la puerta de una casa, buscándome. Intenté no moverme, no llamar su atención para evitar que me viera. No podía dejar de pensar en lo que me

haría si me encontraba: ¿Me violaría? ¿Me golpearía hasta la muerte? ¿Me cortaría en pedazos y esparciría mis restos por todo Moon Hill? Sacudí la cabeza, tratando de ahuyentar esos pensamientos.

Lo oí maldecir por haberme perdido, y luego se marchó para seguir buscándome.

En cuanto desapareció de mi vista, corrí en dirección opuesta para no encontrármelo. Tuve que dar un gran rodeo para volver a casa. No quería toparme de nuevo con él y que supiera donde vivía.

Una vez en mi calle, tras cerciorarme que nadie me seguía, me permití disminuir el ritmo. Tenía el corazón acelerado y las piernas demasiado cansadas como para seguir corriendo. Aún así seguía estando en alerta, observando mi alrededor por si volvía a aparecer. No podía dejar de temblar, las lágrimas brotaban de mis ojos por el miedo que había pasado. Había tenido muchísima suerte al haber salido ilesa.

Sentí un gran alivio al ver mi casa. No pude evitar sonreír. Estaba a salvo.

Bajé la mirada para sacar las llaves y, cuando alcé la vista, tenía al hombre de antes delante. Ya no llevaba puesta la capucha, pero su rostro estaba oculto por un pasamontañas, tan solo podía ver sus perturbadores ojos negros.

Se abalanzó sobre mí antes de que pudiera reaccionar y me dio una bofetada, haciendo que cayera sobre el césped. Se sentó a horcadas sobre mí y, aprovechando mi aturdimiento, me cubrió la boca con cinta americana que había sacado del bolsillo de la sudadera.

Intuí una sonrisa en su rostro.

—Así que tú eres Chloe Davis —su voz era ronca. Sus dedos se deslizaron por mis piernas, tiró de la cintura de mis medias y siguió subiendo por mis pechos por encima del top hasta llegar a mis mejillas. Yo traté de apartarme, quitarme sus asquerosas manos de encima—. Eres muy bonita..., aunque seguro que eso ya lo sabes.

Se inclinó y pegó su rostro a mi cuello. Soltó un gemido, como si mi olor le proporcionara algún tipo de placer. Yo no podía dejar de llorar. Tan solo pensaba en coger las llaves que se habían caído cerca de mí, clavárselas en la pierna para que me soltara y correr hacia la puerta. Pero por más que lo intentaba, apenas conseguía moverme.

Me tenía amarrada de las manos y la cinta americana me impedía gritar para pedir ayudar. Me removí con vehemencia bajo su cuerpo. No pensaba rendirme sin luchar. Aunque lo único que conseguí fue que volviera a golpearme, y esta vez con más fuerza. La mejilla me ardía, las lágrimas seguían surcando mi rostro. Grité de rabia e impotencia, pero mi voz no se pronunció.

—No te muevas —me advirtió. Sacó una cuerda del otro bolsillo de la sudadera y me ató las muñecas y los tobillos. Después cogió su teléfono para escribir un mensaje rápido—. Mis amigos ya vienen de camino —avisó mientras guardaba nuevamente su teléfono—. Tengo entendido que eres virgen, creo que podré sacar unos cuantos millones por ti. Hoy es mi día de suerte.

Dibujó una sonrisa que me aterrorizó.

En ese momento la rabia se apoderó de mí, otorgándome un poder y una fuerza descomunal, igual que un chute de adrenalina, lo que me permitió mover las piernas que las tenía inmovilizadas por su peso, pudiendo así golpearlo en sus partes íntimas; el hombre cayó a mi lado con las manos en la entrepierna. Yo me incorporé y me quité la mordaza de la boca de un solo tirón.

—¡Alex! —grité—. ¡Alex! ¡Ayúdame!

Traté de correr hacia la puerta y ponerme a salvo, pero la cuerda de los tobillos se apretó en mi carne y caí al suelo, golpeándome la cabeza contra el camino de piedras que atravesaba la

entrada. Noté como la sangre emergía de la herida que me había hecho en la frente y corría por mi rostro. El hombre se recompuso y tiró de mí, alejándome de la puerta, hasta estar a su merced bajo sus piernas. Me golpeó de nuevo, una y otra vez. Sus ojos estaban nublados por un odio desmesurado hacia mí y no sabía por qué.

—¡Zorra! —me gritó mientras me pateaba el abdomen.

Por cada patada que me daba, el dolor fue extendiéndose por todo mi cuerpo, como una descarga eléctrica que ponía todos mis músculos en tensión. Y pensé que había llegado mi final. Pensé en todo lo que había vivido y en lo que me quedaba por vivir; terminar los estudios, tener mi propia galería, casarme, formar una familia... Y ahora todo eso había quedado atrás para siempre. El hombre conseguirá secuestrarme y llevarme donde quisiera para hacer con mi cuerpo lo que le plazca...

En ese momento una sombra borrosa apareció y se abalanzó sobre el hombre, quitándomelo de encima. Tosí para recuperar el aliento y me retorcí sobre el césped, tratando de ver lo que sucedía delante de mí. Estaba demasiado aturdida y dolorida, las lágrimas me impedían ver con claridad y no pude reconocer a la sombra, pero algo dentro de mí me decía que era Alex.

—¡Chloe! —escuché una voz femenina aproximándose.

Alcé la vista y vi a alguien saliendo de mi casa. No fue hasta que estuvo frente a mí que supe que se trataba de Amber. Primero me quitó la cuerda que sujetaba mis piernas, luego las de las muñecas. Ella no dejaba de hacer preguntas mientras me ayudaba a levantarme, pero yo solamente podía mirar la pelea; Alex estaba sobre el hombre, su puño impactaba contra el rostro del encapuchado sin parar, con todas sus fuerzas.

—Llama a la policía —le pedí a Amber con voz temblorosa.

Ella asintió y salió disparada hacia el interior de la casa.

—Alex —balbuceé. Me dolía tanto el cuerpo que apenas podía alzar la voz. Traté de avanzar hacia él, evitar que hiciera algo de lo que después pueda arrepentirse. Ni siquiera podía dar un paso sin sentir una punzada de dolor en el abdomen y en la cabeza.

Él dejó de golpearlo y alzó la vista hacia mí. Yo negué con la cabeza para que lo dejara, que no merecía la pena. Alex dejó caer el puño y se acercó a mí. Tomó mi rostro, su expresión se volvió dura al ver los hematomas que tenía y la herida abierta de la frente. Sus ojos estaban vidriosos, y la preocupación y la impotencia se adueñaron de su rostro. Me abrazó. Yo me sentí a salvo en sus brazos, como si el dolor que sentía desapareciera simplemente por sentirlo cerca.

—Ya viene la policía —avisó Amber.

Escuchamos un coche acercarse. Al principio pensamos que se trataba de la policía, después nos dimos cuenta de que quién había llegado eran los amigos del hombre que había intentado secuestrarme, montados en una furgoneta negra, la misma que vi cuando arrojaron a Sarah en el parking del instituto.

El hombre se incorporó entre tambaleos, sacó una navaja del bolsillo trasero del vaquero y nos apuntó con la afilada hoja. Alex se interpuso entre el hombre y yo para protegerme. Amber estaba tras de mí. Salieron dos hombres más de la furgoneta, enmascarados los dos, que se acercaron a su amigo, dispuestos a terminar lo que habían empezado.

—¡Entrad en la casa! —nos gritó Alex a Amber y a mí.

—¡No pienso dejarte solo!

No pensaba moverme de su lado.

—¡Chloe, entra en casa!

—¡No!

—Matadlo —dijo el primer hombre enmascarado, refiriéndose a Alex—. De las dos putas me encargo yo.

Entonces todo sucedió demasiado rápido. Alex se abalanzó sobre el primer hombre que trató de acercarse y de un solo golpe se quedó inconsciente sobre el césped. Uno de sus amigos también sacó una navaja, y junto a su amigo, trataron de matar a Alex. El dolor de cabeza que sentía se volvió más intenso, noté una presión que crecía bajo mi pecho al ver cómo uno de ellos rajó a Alex en el abdomen y el otro lo golpeó en la mandíbula.

—¡Alex! —grité—. ¡Cuidado!

El hombre de la navaja trató de clavársela por la espalda, pero Alex se movió en el último momento para esquivarlo y retorcerle la mano, sacándole un grito de dolor. La navaja cayó al suelo. Acto seguido, le dio un golpe seco en la garganta, haciendo que este empezara a toser; su amigo se abalanzó sobre Alex y consiguió propinarle varios puñetazos y agarrarlo del cuello, estrangulándolo. Yo reuní las pocas fuerzas que me quedaban para subirme sobre la espalda del último atacante que quedaba en pie y empecé a golpearle, a arañarle en los ojos, en el cuello, en los brazos, para que lo soltara. Y lo conseguí. Después me cogió del pelo y me tiró al suelo con saña.

Las luces de las casas vecinas empezaron a encenderse al escuchar la pelea y los gritos de Amber pidiendo ayuda. Algunos salieron para ver qué estaba pasando, y al ver la situación, se acercaron para ayudar. El dolor que sentía en la cabeza se volvió insoportable, tanto que empecé a ver borroso. Escuché la sirena de la policía aproximándose, vi a los hombres coger a su amigo inconsciente y montar en la furgoneta para salir huyendo. Alex se acercó a mí y tomó mi rostro, pero yo sentía tanto dolor... que no pude soportarlo más y cerré los ojos, adentrándome en una profunda oscuridad.

Escuché dos voces muy cerca de mí. Eran débiles, susurrantes, pero me proporcionaban una calma que apaciguó el torbellino de pensamientos que sucedían en mi mente. Traté de abrir los ojos. No pude. Intenté mover la mano y tampoco respondía. Era como si por los golpes de ese hombre mi cerebro se hubiera desconectado del resto de mi cuerpo.

—¿Estás intentando decirme que estaban intentando secuestrar a Chloe? —reconocí esa voz. Cole Larsson.

—No lo sé —ese era Alex. Sonaba angustiado, preocupado—. Yo... escuché sus gritos y cuando salí, vi a un hombre golpeándola. Ella estaba atada de pies y manos. Luego aparecieron dos hombres más montados en una furgoneta negra. Ya te he dicho la matrícula.

—La furgoneta ha sido encontrada a las afueras en llamas, por lo que si había algún tipo de prueba que nos dijera quiénes eran esos hombres, la hemos perdido.

—¡Joder! —exclamó Alex con rabia, aunque esa rabia ocultaba una gran tristeza—. ¡Esos hijos de puta no pueden salirse con la suya después de lo que le han hecho! ¡Han estado a punto de matarla!

—Lo sé, Alex. Lo sé —dijo Cole con frustración—. Yo también quiero que paguen por lo que han hecho. Conozco a Chloe desde que nació, la quiero como si fuera mi propia hija. Por eso estoy haciendo todo lo posible por atrapar a esos mal nacidos. ¿A ti te han visto ya las heridas?

—No son nada —dijo, restándoles importancia.

—Eso tendrá que dictarlo un médico...

—Ahora mismo solo me preocupa ella.

Noté cómo me cogía de la mano y apretaba ligeramente. Sentí una reacción a su piel, una descarga eléctrica que me sacudió por dentro. Yo traté de responderle, decirle de algún modo que estaba bien, pero por más que lo intenté, no pude mover ni un solo dedo.

—Deberías dejar que te vieran la herida del abdomen.

—¿Tom lo sabe ya? —cambió de tema.

—Sí —respondió Cole—. Está de camino.

—¿Y Amber?

—He hablado con su madre y esta noche la pasará en casa de una amiga. Es lo mejor para ella, así no estará sola. Tom y Lucy llegarán por la mañana.

—Yo me quedaré con Chloe.

—Deberías ir a casa y descansar. Ella estará bien aquí.

—No pienso dejarla sola...

Sentí sus labios húmedos en mi mejilla y el roce de sus dedos antes de volver a la oscuridad.

11[1]

Lo primero que vi al abrir los ojos fue a mi padre hablando con Alex a un lado de la cama del hospital.

—Estuvo increíble —dijo Alex con una leve sonrisa y los ojos vidriosos—. Peleó con uñas y dientes hasta el final. Tendrías que haberla visto... Estarías muy orgulloso de ella.

—Y lo estoy —respondió mi padre en un tono afable, aunque tenía una expresión triste y preocupada en el rostro—. ¿Tú estás bien, Alex? No tienes buen aspecto...

—He estado mejor —reconoció—, pero estoy bien.

—¿Y las marcas del cuello?

Unas imágenes del hombre estrangulando a Alex me vino a la mente. Intenté ahuyentarlas sacudiendo la cabeza, pero me dolía demasiado el cuerpo como para poder moverme...

—No son nada —aseguró Alex—. Estoy bien.

Intenté hablar y decir que estaba despierta, y al ver que no podía, estiré la mano para coger la de Alex, que se encontraba a escasos centímetros. En cuanto mis dedos lo tocaron, me miró sorprendido y con una gran sonrisa en el rostro. Mi padre se inclinó sobre mí para apartarme el pelo de la cara con mucho mimo y pegó sus labios a mi frente en un dulce beso.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mi padre con voz trémula. Lo conocía demasiado bien como para saber que estaba haciendo un enorme esfuerzo para no romper a llorar.

—Dolorida, pero bien.

Luego salió para llamar a la doctora. Una mujer de cabello corto y negro me examinó. No tardó mucho. Y su diagnóstico fue positivo, por lo que Alex y mi padre suspiraron aliviados. Solo tendría que quedarme un par de días más en observación y para casa.

—¿Por qué te fuiste a correr sola? —me recriminó Alex cuando nos quedamos los tres solos—. Podrías haberme avisado y habría ido a correr contigo. Tal vez así ese cabrón no te hubiera puesto las manos encima...

—¿Por qué saliste a correr tan tarde? —quiso saber mi padre.

—Alex y yo habíamos discutido y no podía dormir. Ya sabes que correr siempre me ha ayudado cuando no puedo conciliar el sueño —miré a Alex—. No te dije nada porque estaba enfada y tampoco quería despertarte...

—No estaba durmiendo —confesó él, tomándose de la mano—. Te escuché bajar y como no quería seguir con la discusión, me hice el dormido. No pude pegar ojo en toda la noche...

El móvil de mi padre empezó a sonar.

—Es Hannah —informó—. Lleva llamándome todo el día.

—Contesta —dije yo—. Debe estar preocupada.

—Ahora vengo. No tardo.

Salió de la habitación. Alex llevaba una camiseta de manga corta negra y los pantalones del pijama con salpicaduras de sangre. No sabía si de los matones, suya o mía. Tal vez fuera una mezcla de los tres. Tenía los ojos cansados y algún que otro hematoma en el rostro. Estiré la mano que me quedaba libre para apartar un mechón de pelo de su frente. Él cerró los ojos y se dejó llevar por mi caricia. Me besó en la mano y después se inclinó para besarme en los labios.

—Siento mucho lo que pasó ayer. En realidad no quería decir nada de lo que dije, ni siquiera pienso lo que dije. No te pareces en nada a Christian. Estaba cabreada y...

—Tenías razón —me cortó.

Fruncí el ceño, confusa.

—Tenías razón cuando decías que en cierto sentido me parezco a Christian, los dos te hicimos cosas horribles: Él trató de abusar de ti; yo te humillé varias veces, y aunque fue sin querer, también jugué contigo porque tenía miedo de quererte y que me hicieras daño —apartó la mirada y sorbió por la nariz. Cuando volvió a mirarme, sus ojos se habían llenado de lágrimas a punto de desbordarse—. Sé que te pedí perdón por aquello, y que me perdonaste, pero si soy sincero conmigo mismo, yo no me he perdonado por aquello.

»Fui un completo capullo. Te hice tanto daño... Ni siquiera puedo sacarme de la cabeza nuestro primer beso. Mi reacción fue una mierda, Chloe, cuando la realidad es que besarte fue como si bebiera agua después estar vagando durante días en el desierto...

—Sé que lo hiciste porque tenías miedo de enamorarte...

—Pero eso no me excusa de lo que hice. Yo dejé que el miedo me dominara, permití que el miedo que tenía de volver a enamorarme tomara las decisiones por mí, sin importarme el daño que hacía. Que te hacía. Lo siento mucho, Chloe. Siento todo lo que te hice...

—No tienes nada de lo que disculparte —estiré la mano para acariciarle el rostro. Él cerró los ojos, provocando que una lágrima se deslizara por su mejilla. La enjuagué con el dedo—. Está todo olvidado, ¿me oyes? Nada de eso importa ya.

Asintió y se inclinó para besarme. Y con ese beso sellamos la promesa de dejar el pasado atrás y centrarnos solo en nuestro futuro juntos.

—Hannah te manda muchos besos —me dijo mi padre cuando entró en la habitación—. Esta tarde se pasará a verte con los niños. Alex, me ha dicho que te diga que te vayas a casa para que puedas descansar un poco. Llevas aquí toda la noche sin pegar ojo.

Por la expresión que puso, supe que no estaba dispuesto a dejarme sola.

—Alex, ve y descansa —dije yo, tratando de persuadirlo—. Ya has escuchado a la doctora, estoy bien. Incluso tengo mejor aspecto que tú.

Mi comentario lo hizo sonreír.

Se inclinó y me dio un beso en los labios.

—Esta tarde vendré con mi tía, ¿de acuerdo?

—Vale.

Se despidió de mi padre antes de salir de la habitación. Cuando nos quedamos solos, se sentó en el sillón que había al lado de la cama y miró por la ventana con una expresión triste y atormentada.

—¿Recuerdas que pasó?

—Estaba regresando a casa cuando noté que alguien me seguía. Entonces empecé a correr para perderlo. Y por un momento pensé que lo había conseguido —los ojos se me llenaron de lágrimas al recordar lo que pasó, las imágenes sucedieron ante mis ojos y el miedo y la angustia volvieron a apoderarse de mi cuerpo—. Pero cuando llegué a casa, estaba allí, esperándome,

como si supiera donde vivía...

Mientras yo hablaba, mi padre endureció el gesto y su labio empezó a temblar. No me miró ni una sola vez. Ni siquiera cuando terminé. Era como si no pudiera hacerlo, como si fuera demasiado doloroso para él.

—Lo siento mucho, princesa —balbuceó con un hilo de voz mientras se limpiaba las lágrimas con la mano—. Debería haber estado aquí, debería haberte protegido...

—No es culpa tuya, papá...

Los únicos culpables eran los tres hombres que intentaron secuestrarme. Y algo dentro de mí me decía que eran las mismas personas que le dieron la paliza a Sarah...

—Claro que es mi culpa —dijo, mirándome por primera vez desde que nos habíamos quedado solos—. Estoy tan centrado en mi relación con Lucy que olvidé protegerte. Te prometo que no volverá a suceder. No pienso volver a alejarme de ti...

Por la tarde vino Cole y Simon a verme. Cole aprovechó la visita para ejercer también de inspector y atrapar a los hombres que intentaron secuestrarme. Traté de hacer memoria y contarle todo lo que recordaba, aunque no era mucho: Recuerdo que uno tenía los ojos oscuros, que uno era más corpulento que los otros dos y que los tres eran altos. Todo lo demás estaba borroso. Me dijeron que habían encontrado la furgoneta a las afueras de Moon Hill y que con el incendio habían borrado cualquier huella que pudiera haber. Me prometió que haría todo lo posible para atraparlos, y yo confiaba en él, pero dudaba que pudiera hacer mucho con tan pocos datos.

Hannah, los niños y Alex vinieron más tarde. Los niños me abrazaron como solían hacer cada vez que me veían. Alex tuvo que decirles que lo hicieran con cuidado para no lastimarme, y la verdad es que un poco de daño sí que me hicieron, pero no me importó. Me alegraba mucho verlos. Hannah me saludó después, me preguntó si estaba bien y que sentía mucho lo que había pasado. Luego se acercó Alex, que me besó en los labios. Ahora tenía bastante mejor aspecto que esta mañana, vestía unos vaqueros y una camiseta roja.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó Hannah a mi padre.

—Que ha tenido mucha suerte de no tener ninguna costilla rota. Solo tiene una pequeña conmoción y algunos hematomas por el cuerpo. Estará un par de días más en observación para asegurarnos de que está bien antes de volver a casa.

Alex se sentó en el borde de la cama, a mi lado, y empezó a acariciarme el brazo con los dedos suavemente mientras que su tía y mi padre pasaban de hablar de mí para hablar del viaje a Aspen. Y vi algo en el rostro de mi padre que me llamó la atención, como si allí hubiera pasado algo más importante que aún no había dicho. Tampoco les presté mucha atención porque estaba centrada en lo que los niños me estaban contando sobre algo que les había pasado en el colegio.

—¿Y dónde está Lucy? —preguntó Hannah con un cierto tono amargo. Nunca llegué a preguntarle qué le parecía Lucy, pero por cómo había pronunciado su nombre, no parecía ser de su agrado.

—Está con Amber —respondió mi padre, algo incómodo—. Me ha llamado antes para saber cómo estaba Chloe.

—¿Y no ha venido a verla?

—Por aquí no ha aparecido —respondí yo.

—Está preocupada por su hija —la defendió mi padre.

Quien ha sufrido una paliza y un intento de secuestro soy yo, no su hija, quise decir, pero me

quedé callada. No quería entrar en una batalla contra la nueva pareja de mi padre.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Era Sarah junto con sus padres y su hermano pequeño, Miles. Ella llevaba el pelo recogido en una trenza de espiga a un lado de la cabeza y un vestido blanco. Tan guapa como siempre. Parecía un ángel que había venido a bendecirme con su gracia. Sonrió al verme, aunque me pareció ver cierta tensión en su rostro. Y no era preocupación o tristeza por lo que me había pasado, más bien era otra cosa.

—¿Cómo estás? —me preguntó mi amiga.

—Bien. Gracias por venir.

—¿Todavía no se sabe nada de los agresores? —quiso saber Víctor, el padre de Sarah.

—No —contestó mi padre con rabia—. Cole está haciendo todo lo que está en su mano para atraparlos, pero esos cabrones destruyeron las pruebas... Cree que se trata de una banda organizada, no parecían ser simples novatos.

—Iban muy bien preparados —añadió Alex—. Tenían una furgoneta con los cristales tintados y los tres utilizaban pasamontañas y guantes de cuero para no dejar huellas.

—Me cuesta creer que en Moon Hill haya gente así —dijo Helena, la madre de Sarah—. Este siempre ha sido un pueblo muy tranquilo. Ahora hay agresiones, intentos de secuestros... ¿Qué será lo siguiente? ¿Asesinatos?

Sentí un escalofrío al escuchar esa palabra.

—No quiero ni pensar en eso —dijo mi padre.

Hannah y el resto de los adultos se fueron a la cafetería ya que los niños tenían hambre. Sarah se sentó en el sillón que mi padre había dejado libre mientras nos miraba a Alex y a mí como si quisiera decirnos algo pero que por algún motivo no podía.

—¿Sarah, qué pasa? —pregunté.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Parece que hay algo que te preocupa —añadí.

—¿Es por el profesor Grant? —quiso saber Alex.

Sarah y yo nos miramos confundidas.

—¿Qué tiene que ver el profesor Grant en todo esto?

—No sé, como están saliendo juntos, pensé...

Sarah me miró, acusándome de habérselo dicho.

—Yo no le he contado nada —me defendí.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—No ha sido muy complicado saber que ese tal Woody del que tanto hablabais era el profesor Grant —añadió Alex con un tono suspicaz y una media sonrisa—: Vuestras miradas en clase, la tensión que había entre los dos... Eso sin mencionar que cuando estabas en coma, hablaba con Chloe antes de empezar la clase y después tenía los ojos llorosos. Y luego el rumor que divulgó Britt de que el profesor estaba saliendo con una alumna. Solo había que atar cabos.

Nadie de clase se había dado cuenta de eso, la mayoría solía estar en su mundo y no se percataban de lo que sucedía a su alrededor. Podía caer un meteorito y solo se darían cuenta porque alguien lo habría subido a Twitter. Alex es diferente. Es observador, intuitivo y muy inteligente. Era cuestión de tiempo que lo averiguara.

—No puedes decírselo a nadie, Alex —le suplicó mi amiga.

—Tranquila. Es vuestra vida. No pienso decir nada.

Sarah miró a Alex como si estuviera comprobando que estuviera diciendo la verdad, que no iba a ir pregonando su relación con nuestro profesor. Y no tenía por qué confiar porque en

realidad no se conocían; ella estuvo en coma gran parte de mi relación. Sin embargo, sí que confiaba en mí. Y yo confiaba ciegamente en Alex. Por eso decidió darle una oportunidad.

Poco después aparecieron los padres de Sarah para decirle que tenían que irse, que tenían que llevar a Miles a fútbol. Sarah se me acercó para darme un abrazo y me dijo al oído.

—Tengo que contarte algo muy importante.

Yo me quedé mirándola con el ceño fruncido, sin entender qué estaba pasando. Tal vez esa cosa importante que tenía que decirme es lo que la tenía tan preocupada.

Cuando se marcharon, Alex se sentó en el sillón, tomó mi mano y se la llevó a los labios.

—¿Desde hace cuánto que sabes lo de Sarah?

Tenía curiosidad por saber desde cuando lo sabía.

—Desde el rumor.

—Siento no habértelo dicho. Yo...

—No tienes nada de lo que disculparte. Entiendo que no me contaras el secreto de tu amiga —entrelazó nuestros dedos—. Además, Sarah y yo tampoco es que seamos los mejores amigos como para que quiera que compartas conmigo algo tan privado.

—Están muy enamorados...

—Lo sé —sonrió—. Se nota.

Mi padre, Hannah y los niños regresaron poco después. Se quedaron un rato conmigo, y gracias a su compañía y a una agradable conversación, hicieron que olvidara todo lo malo que me había pasado. Esa es la magia de la familia, que tienen la capacidad de hacerte sentir bien cuando por dentro estás hecho un desastre.

Cuando se hizo tarde para los niños, Hannah decidió que era hora de marcharse. Yo convencí a mi padre para que también se fuera a casa a descansar a pesar de su insistencia de quedarse conmigo; desde la llamada de Cole mientras estaba en Aspen para contarle lo que me había pasado, no había dormido, y de eso hacía ya dos noches. Estaba agotado. Si incluso había estado a un punto de quedarse dormido de pie.

—Yo me quedo con ella —dijo Alex como último recurso para persuadir a mi padre.

—Podemos quedarnos los dos —sugirió él, sentándose en el sillón con los ojos cansados y una sonrisa forzada—. Será muy divertido. Podemos jugar a las cartas o ver una película de terror...

—Lo que tienes que hacer es ir a casa a descansar —le dije.

—Pero no quiero dejarte sola, princesa...

—Y no estaré sola; Alex estará conmigo.

Tras una pequeña reflexión, se incorporó y abrazó a Alex. Yo creo que fue más bien el bostezo que tuvo lo que provocó que al final se fuera a casa a descansar. Dos días sin dormir estaban empezando a pasarle factura...

—Mañana a primera hora estoy aquí.

Me dio un beso en la frente y se machó con Hannah.

—¿Y ahora que? —le pregunté a Alex cuándo nos quedamos solos.

—¿Qué te apetece hacer?

—Ven. Acuéstate conmigo.

Me moví para dejarle espacio. Alex se acomodó en la cama y yo me apoyé sobre su pecho mientras él me envolvía con su brazo. Sus dedos se deslizaron por mi brazo con suavidad, los míos encontraron el vendaje que cubría el corte de su abdomen. Estuvimos un rato en silencio, acariciándonos, sintiéndonos. Luego, cuando la enfermera apareció para traerme la cena, tuvo la

amabilidad de dejarnos una doble ración para Alex. Así que cenamos mientras veíamos un capítulo de *Modern Family* en su teléfono móvil.

12

Tres días más tarde regresé a casa. Pedí el alta voluntaria a pesar de la insistencia de mi padre de quedarme un par de días más. Él quería que me quedara hasta que la doctora dijera que estaba en perfectas condiciones como para volver a casa. Pero ya no sufría ninguna dolencia y los hematomas estaban casi extintos. Me sentía estupendamente. Así que dije que me iba a casa. Además, tampoco quería seguir perdiendo clase. Los finales estaban demasiado cerca y si quería la beca para Stanford, debía ponerme las pilas en el último empujón.

Al entrar por la puerta, la casa estaba ligeramente cambiada; ahora había una alfombra en el recibidor de pelo verde oscuro que combinaba con el enorme cuadro que colgaba de la pared. Justo debajo del cuadro, había un pequeño mueble blanco con un cesto de mimbre para colocar las llaves y una fotografía de mi padre y Lucy acaramelados en su viaje romántico, además de otros objetos de decoración como plantas y velas; en el salón, las cortinas también eran diferentes, seguían los mismos colores que en el recibidor, haciendo juego con los cojines nuevos que Lucy había colocado sobre los sofás.

¿Qué era todo esto?

Tanto cambio me abrumó y empezó a dolerme la cabeza. No tenía ánimo para discutir sobre por qué Lucy había cambiado la decoración de mi casa sin haber pedido permiso antes. Además, ella solo iba a quedarse con nosotros dos meses como mucho, ¿no? No tenía por qué para cambiar nada.

—Lucy ha hecho algunos cambios en la casa. ¿Te gustan?

—Mientras te gusten a ti...

Porque a mi no me gustaban nada.

—Yo creo que le dan un aire nuevo, ¿no te parece?

Cuando entré en la cocina para coger un vaso de agua sentí que el mundo se me venía encima; mi madre hizo un precioso jarrón de arcilla que teníamos sobre la mesa de la cocina. Cada día poníamos flores frescas porque, según mi padre, es lo que ella haría si siguiera con vida. Y ahora había un enorme vacío en el lugar donde estaba colocado el jarrón.

—¿Y el jarrón? —quise saber.

—¿Cuál?

—El que hizo mamá... ¿Dónde está?

—Ah, sí —dijo al darse cuenta de su ausencia, como si fuera un jarrón más, algo sin importancia—. Seguramente Lucy lo haya guardado.

Me mordí la lengua para no decir lo que pensaba de todo esto. Porque si hablaba, no soltaría nada agradable.

—He instalado una alarma de seguridad y cámaras de vigilancia por todo el exterior, por si

esos mal nacidos deciden volver a por ti. Esta vez estaremos preparados.

No entendí a qué se refirió con estar más preparados, pero tampoco pregunté. No tenía ganas ni fuerzas de aparentar conformidad cuando la realidad era que estaba cabreada por no reconocer mi propia casa. Subí a mi habitación con la esperanza de ver mi guarida intacta, pero lo que vi me dejó sin palabras.

Lucy también había metido mano en mi habitación, mancillando así el único lugar donde podría sentirme de nuevo en casa, convirtiendo mi guarida en un lugar desconocido y diferente. Ella estaba allí de pie, ordenando mi ropa por colores y por estaciones.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté de malas maneras.

Mi voz sobresaltó a Lucy.

—¡Qué alegría que ya estés de vuelta en casa! —exclamó, terminando de guardar una de mis faldas en el armario para acercarse a mí y envolverme entre sus delgados brazos de una manera que me pareció forzada—. Estaba tan preocupada...

Tan preocupada que ni siquiera has venido a verme al hospital...

—¿Qué haces en mi habitación? —insistí.

—He pasado por aquí y he visto que estaba un poco desordenada. He recogido y le he dado un tono más elegante. ¿Te gusta? Creo que ha quedado estupenda. Ahora hay más luz, ¿no te parece? Y el armario lo tenías hecho un desastre... ¿Cómo podías encontrar algo ahí adentro? Tienes un montón de ropa preciosa guardada de mala manera y...

—Lucy, te agradezco de corazón lo que estás haciendo por mi padre, sé que le haces feliz y eso es importante para mí. Pero por favor, no vuelvas a entrar en mi habitación sin mi permiso y mucho menos creas que tienes derecho a cambiarla...

Mi madre eligió la decoración de cada rincón de la casa. Yo era muy pequeña, pero podía recordar la de horas que estuvo para decidir qué colores iban a predominar en mi habitación, y con mi ayuda, nos decantamos por colores pastel: azules, rosas y grises. Lucy se había cargado de destruir esos recuerdos que guardaba con mucho cariño y había intercambiado los colores suaves a unos más fuertes y brillantes, cambiando el rosa por un violeta, el gris por blanco y azul por negro. Solo faltaba pintar las paredes y cambiar los muebles para que mi habitación fuera completamente diferente...

—Yo..., pensé que te gustaría —dijo con lástima.

—Pues no, no me gusta.

Mi padre apareció detrás de mí con una sonrisa que se amplió al ver la habitación.

—Ha quedado estupenda, Lucy —dijo con admiración—. Has hecho un trabajo fantástico.

—Gracias, Tom —respondió ella, afable.

Yo me di la vuelta y lo miré, confundida.

—¿Lo sabías?

—Me preguntó si podía limpiar y recogerte la habitación, luego tuvo unas brillantes ideas para mejorarla y no me pareció mal. ¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Respiré hondo y me tragué la rabia que me consumía por dentro. Podía permitir que hiciera cambios en el resto de la casa, incluso podía cambiar a mi padre, que desde que empezó su relación apenas lo reconocía. Sin embargo, no iba a permitir que lo hiciera con mi habitación y que borrara el recuerdo de mi madre...

—No, papá —dije en tono sosegado, por mucho que por dentro estaba que echaba humo. ¿Cómo podía parecerle bien todo esto?—. No me gusta nada. ¿Cómo me iba a gustar que os estéis cargando todo el trabajo que mi madre dedicó a esta casa? —su rostro se transformó,

palideció. Tampoco me importó. Seguí hablando—: Podéis hacer lo que queráis con el resto de la casa, me da igual, pero quiero mi habitación de vuelta...

—He dejado las cosas en el garaje —dijo Lucy en voz baja.

Cogí las sábanas y la cubierta de la cama e hice un matojo que tiré al suelo, sobre la alfombra que me regaló mi abuela y que seguía estando en el mismo sitio. Al menos eso no lo había cambiado. También quité los dos cuadros nuevos, tirándolos al suelo sin importarme si se rompían y deseando que lo hicieran.

—Lucy ha trabajado mucho para mejorar tu habitación, ¿y así se lo pagas? —me recriminó mi padre.

—Yo no le he pedido que hiciera nada.

Lucy se quedó callada, observándome conmocionada y con los ojos vidriosos, frente al armario. Y debía sentir pena porque se suponía que lo había hecho con su mejor intención, pero es que no podía lástima por una persona que ni siquiera se había dignado a visitarme en el hospital después de que intentaran secuestrarme. Ni una llamada. Ni un mensaje. Solo las palabras de mi padre diciéndome lo preocupada que estaba por mí. Pero, al parecer, lo único que le había preocupado en este tiempo es elegir los cuadros que iba a colgar en cada habitación.

Amber se había unido al espectáculo, estaba apoyada sobre el quicio de la puerta, sin quitarme la vista de encima y con un gesto arrogante en el rostro.

—Os dije que no le iba a gustar —apuntó ella.

Me subí a la silla y empecé a quitar las cortinas.

—No deberías hacer esfuerzos, princesa —dijo mi padre mientras me sostenía para que no perdiera el equilibrio.

—Eso deberías haberlo pensado antes de empezar a cambiarme la habitación...

—Chloe... —trató de persuadirme.

—Si no vas a ayudarme, será mejor que te apartes, papá.

Una vez que todo lo nuevo estaba en el suelo, en vez de lanzar las cosas por la ventana que era lo que realmente quería hacer, las saqué al pasillo. Luego bajé al garaje y recuperé todas mis cosas. Cuando regresé, estaba demasiado cabreada como para seguir aguantando la preocupada mirada de mi padre y la triste de Lucy, por lo que acabé echándolos. No me importó las advertencias de mi padre de que no debería hacer esfuerzos por la conmoción, pero en ese momento solo quería recuperar mi habitación, sentirme de nuevo en mi hogar.

El vapor del agua caliente había inundado el baño por completo hasta el punto de que apenas podía ver más allá de mis propios pies. Agarré la toalla y me envolví con ella a la altura del pecho. Limpié el vaho del espejo con otra toalla hasta que me devolvió mi propia imagen. Tenía mejor aspecto; mi rostro estaba libre de hematomas, aunque por el cuerpo aún tenía vestigios de algunos. La cicatriz de la frente ya apenas era visible, y con el pelo ni siquiera se veía.

Nada más terminar de ordenar mi habitación y dejarlo todo como a mí me gustaba, había recibido un mensaje de Sarah para vernos en el Sensation's, que tenía una cosa muy importante que decirme. Me puse unos vaqueros negros ajustados y una blusa blanca sin mangas. Después de ponerme las Converse, me senté en el tocador para maquillarme. Me quité cualquier rizo del pelo con las planchas, dejando que mi melena cayera suavemente por mis hombros.

En ese momento alguien tocó a la puerta.

Amber.

—¿Vas a salir?

—He quedado con Sarah —dije, terminando de peinarme.

Tras un breve silencio de lo más incómodo, dijo:

—No quiero justificar a mi madre por lo que ha hecho, pero créeme cuando te digo que no lo ha hecho con mala intención.

—Me da igual cuál era su intención, Amber. Han estado a punto de secuestrarme y mi único consuelo era regresar a mi casa, a mi hogar. Y cuando llego, me encuentro con una casa que no reconozco.

—Mi madre solo quería...

—No pienso discutir contigo, Amber.

Ella suspiró, frustrada.

—Solo he venido para darte esto.

Giré la cabeza y la miré, tenía el jarrón de mi madre entre las manos.

—¿Lo tenías tú?

Al verlo me entraron ganas de llorar. Los recuerdos de mi madre contándome el origen del jarrón me vino a la mente, mientras yo estaba acostada en su pecho y ella me acariciaba el pelo para que me durmiera. Ella tenía en la cabeza un pañuelo que ocultaba las consecuencias de la quimioterapia. Por aquel entonces yo no era muy consciente de aquello, pensaba que se iba a recuperar, que mi madre jamás me dejaría...

—Mi madre lo tiró a la basura sin que tu padre lo supiera porque decía que cómo alguien podía tener algo tan horrendo en su cocina, pero pensé que podría ser importante para ti y lo guardé en mi habitación hasta que llegaras.

—Muchas gracias, Amber. En serio.

Lo cogí y lo dejé sobre el tocador.

—Este jarrón lo hizo mi madre en la segunda cita que tuvo con mi padre. Desde que falleció, suelo desayunar en la cocina para poder ver el jarrón y así sentirme más cerca de ella, ¿sabes? Puede que no sea el jarrón más bonito del mundo, pero para mí es muy especial.

Mi madre, desde que vio con mi padre la película *Ghost* en el cine en su primera cita, quería hacer alfarería. Mi padre buscó incansablemente hasta encontrar un curso donde practicaban este oficio para impresionarla. Ella estaba muy emocionada, recuerdo que incluso mientras me contaba la historia tenía una sonrisa en el rostro. Allí, con las manos manchadas de arcilla, se conocieron un poco más, enamorándose sin darse cuenta. Mi madre consiguió hacer un jarrón no muy bonito pero especial en esencia, que luego pintó de blanco y dibujó flores de colores. Mi padre no consiguió hacer nada interesante porque estaba demasiado nervioso y estaba más preocupado en que ella se lo pasara bien que en lo que hacía con las manos.

Amber asintió y regresó a su habitación. Cuando terminé de arreglarme, bajé las escaleras. En la cocina, con una taza de café humeante, estaban Lucy y mi padre. Él estaba consolándola por lo que había pasado. Ella se desahogaba diciendo que se había esforzado mucho en que la habitación fuera bonita para darme una sorpresa cuando volviera del hospital, que lo había hecho con su mejor intención. Yo puse los ojos en blanco, cansada de esa apariencia puritana; si yo realmente le preocupara, hubiera venido a verme al hospital del mismo modo que había hecho Hannah, Cole, Simon, Callie, Brett...

En cuanto me oyeron llegar, ella bajó la mirada hacia sus manos y mi padre me miró con el ceño fruncido.

—¿Vas a salir? —me preguntó.

—He quedado con Sarah en Sensation's.
—¿Y por qué no viene aquí? Acabas de salir del hospital...
—He estado cuatro días encerrada en el hospital, papá. Necesito salir y sentirme como una chica normal. No quiero que lo que ha pasado me haga sentir diferente.
Él suspiró, rendido.
—De acuerdo. Llámame si pasa cualquier cosa.
—Está bien.
—¿No piensas decir nada a Lucy?
—Por supuesto. Adiós, Lucy —di media vuelta con la intención de salir de casa, pero me giré nuevamente hacia ellos—. Ah, y no vuelvas a entrar en mi habitación.

En Sensation's había bastante gente. Me senté en la primera mesa libre que encontré, al lado de la ventana donde se veía una calle donde un policía daba paso a los coches mientras arreglaban un semáforo. Alex estaba detrás del mostrador, atendiendo a la fila de clientes que tenía delante, cosa que me sorprendió, pues solo trabajaba los fines de semana y era miércoles. También alcancé a ver a Simon sentado en una de las mesas del fondo tomando su capuchino y hablando por teléfono, seguramente con los proveedores.

Alex ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, estaba centrado en atender a los clientes. Yo cogí mi teléfono para enviar un mensaje a mi amiga cuando la vi entrar por la puerta de cristal.

—¿Has pedido? —me preguntó, sentándose frente a mí.

—No. Estoy esperando a que se disipe un poco la cola.

Sarah vestía vaqueros cortos y una camiseta negra. Su pelo, recogido en una coleta alta hecha con rapidez. Tenía la tez más pálida de lo normal, y las facciones de su rostro estaban contraídas, como si todavía siguiera atormentada por algo.

—¿Qué te pasa? —pregunté con voz suave.

—¿Tanto se me nota? —se mordió el labio inferior.

—Desde que viniste al hospital, sé que algo te preocupa.

Ella miró a ambos lados, como si estuviera cerciorándose de que nadie nos estuviera vigilando. Verla tan asustada me hizo ponerme en lo peor. ¿Jackson había vuelto a contactar con ella? Esperaba que no. Soltó el aire con pesadez y sacó su teléfono para mostrarme un mensaje:

Desconocido

Deberías haber mantenido la boca cerrada.

—¿Qué es esto? —quise saber, horrorizada.

En sus ojos pude ver la angustia que sentía, como si sus mayores temores se hubieran hecho realidad. Yo conocía a mi amiga, y sabía que me estaba ocultando algo.

—¿Sarah, qué está pasando?

Ella jugaba con los mechones de su pelo, cosa que hacía cada vez que coqueteaba con alguien o cuando tenía miedo.

Por la expresión de su rostro, era lo segundo.

Alex había terminado de atender a los clientes de la cola y ahora atendía a los clientes que estaban en las mesas. Acababa de tomar nota a una mesa próxima a la nuestra, y cuando fue a la siguiente, sus ojos se encontraron con los míos.

Se inclinó y me besó en los labios.

—Hola —saludé—. No sabía que trabajabas hoy...

—Callie me ha pedido si podía sustituirla un par de horas mientras ella resolvía un asunto personal —explicó—. Tenía algo de tiempo libre y he decidido venir. Más trabajo significa más dinero para poder pagar la deuda de mi tía.

Sus ojos se desviaron hacia mi amiga.

—¿Todo bien? —preguntó al ver su inquietud.

—Todo bien —aseguró ella con una sonrisa forzada.

Alex asintió.

—¿Qué vais a tomar?

—Yo quiero un capuchino y un *croissant* relleno de chocolate. Sarah un café con leche y una ensaimada.

—De acuerdo. Ahora mismo os lo traigo.

Se marchó a preparar los pedidos.

Miré a mi amiga, a la espera de que se decidiera a hablar.

—Recuerdas que te conté que estuve viéndome con Jackson.

Asentí.

—En una de nuestras quedadas, me presentó a un amigo suyo, algo mayor que nosotros. Hugh. No me cayó muy bien, la verdad. Tenía algo, un aura oscura que no me transmitía nada bueno —suspiró—. Cuando corté con Jackson, me dijo que no pasaba nada, que lo entendía y que me iba a llevar al baile. Y no sé por qué, confié. Después de lo que te hizo debía saber la clase de persona que es, debía haberle dicho que cogería un Uber o algo, pero insistió tanto que... No pensé que fuera a hacerme daño, la verdad. Pero no me llevó al instituto, sino a la casa de Hugh. Allí vi algo que... —se detuvo. Negó con la cabeza, tratando de olvidar lo que sea que presencié.

Alex apareció en ese momento con nuestro pedido. Colocó los cafés sobre la mesa junto con la bollería. Después un cliente lo llamó y tuvo que volver a marcharse. Centré mi atención en mi amiga, que sujetaba su taza con manos temblorosas.

—¿Qué viste? —insistí.

—En una habitación tenían a varias chicas más o menos de nuestra edad, drogadas, y escuché a alguien decir que iban a enviarlas a Europa para prostituirlas —soltó un largo suspiro y trató de no llorar. No lo consiguió. Su labio inferior no podía dejar de temblar. Tomó aire antes de continuar—. Yo... yo creo que me iban a secuestrar a mí también. Me empujaron para meterme dentro de la habitación. Yo intenté escapar, pero eran demasiados y mucho más fuertes que yo... Luché con todas mis fuerzas. Lo único que conseguí fue que me golpearan.

—Sarah, eso es horrible... ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque tenía miedo —balbuceó—. Pensé que si todo el mundo pensaba que no me acordaba de nada, nos dejarían en paz a mi familia y a mí. Después he recibido ese mensaje y... No sé por qué finalmente no me quisieron, después de eso lo único que recuerdo es despertar en el hospital. Algo debió de pasar después de perder la consciencia para que decidieran abandonarme en el instituto. Y creo que fue Hugh quien te persiguió la otra noche...

—¿Y por qué iba a venir a por mí?

—No lo sé —dijo, frustrada—. Lo único que sé es que hay que tener mucho cuidado con Hugh. Es muy peligroso, Chloe. Por más que lo he intentando, no puedo sacarme de la cabeza la imagen de aquellas chicas. Y después de lo que te pasó, creo que quiso secuestrarte para hacerte a ti lo mismo.

—Acabo de recordar que hubo un momento que dijo que creía que yo era virgen y que podría ganar millones por mí... ¿Cómo he podido olvidarme de algo así?

Cuando Cole vino a verme el día que desperté, me preguntó por todo lo que recordaba. Yo creí que se lo había contado todo, desde la discusión con Alex hasta la pelea con aquel hombre enmascarado de ojos negros en el jardín. Sin embargo, al hablar con Sarah es como si hubiera accedido a esa parte de la noche que por algún motivo mi cerebro había suprimido.

—Supongo que por el miedo —trató de explicar ella.

Sarah sorbió por la nariz y negó con la cabeza.

—Todo es culpa mía —sollozó—. Yo te metí en esto. Si no hubiera quedado con Jackson desde un principio, nada de esto habría sucedido. Es mi culpa...

—Tenemos que hablar con Cole.

—Si se enteran de que hemos hablado con la policía...

—Si estás en lo cierto, han intentado secuestrarnos para mandarnos a Europa y prostituirnos, y no conformes con eso estuvieron a punto de matarnos, rajaron a Alex con una navaja y acaban de amenazarte por mensaje. Vienen a por nosotras, Sarah. Lo único que podemos hacer es acudir a Cole, es el único que puede ayudarnos.

Ella hundió el rostro entre sus manos mientras sollozaba sin parar, cargando con una culpabilidad que en realidad no le correspondía. Es cierto que no sabía qué iba a pasar si hablábamos con la policía, pero tampoco podíamos quedarnos quietas. Ya no solo por nosotras, sino por todas esas chicas secuestradas.

—Voy al cuarto de baño. No quiero ir con el rímel corrido todo el día —se forzó por sonreír y se incorporó.

Le di un sorbo a mi capuchino mientras pensaba en lo mucho que había cambiado Jackson. Ya no era aquel chico que rescataba animales abandonados y los cuidaba en su casa hasta que les encontraba un hogar. Ahora estaba involucrado con trata de blancas. Buscaba chicas y se las llevaba a ese tal Hugh para prostituir las. Creí que lo que sucedió el curso pasado en aquella fiesta fue un caso puntual. Un error causado por el alcohol y sus sentimientos hacia mí. Ahora dudo de eso.

Le di un mordisco a mi *croissant* cuando un chico de pelo rubio echado hacia atrás ocupó el lugar de mi amiga frente a mí. Era Jackson. Sus ojos azules radiaban un brillo que no me gustaba y me inquietaba. Llevaba puesta la cazadora del equipo de lacrosse del instituto con una camiseta blanca debajo. En su rostro, una sonrisa espeluznante.

—¿Qué haces aquí, Jackson?

Intenté parecer calmada, que no sabía nada acerca de lo que hacía al salir de clase, que no tenía ni idea de la existencia de Hugh, pero no lo conseguí. Mi voz fue demasiado dura. Estaba demasiado asustada y al mismo tiempo cabreada.

—Me he enterado de lo que te pasó —adoptó una expresión de disgusto, aunque no pareció completamente sincero—. Lo siento mucho. Si puedo hacer algo para hacerte sentir mejor...

—Eres un hipócrita.... ¡Lo que me pasó fue por tu culpa!

Alcé la voz más de lo que pretendía, llamando la atención de todos los clientes. Incluso la de Alex, que me observaba desde detrás del mostrador mientras trataba de atender a una anciana.

—No alces la voz —me advirtió Jackson en tono amenazante.

—¿Por qué nos estás haciendo esto? —bajé el tono de voz a uno más sosegado, aunque por dentro seguía hecha una furia. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no lanzarle el café caliente en la cara—. No te hemos hecho nada. ¿Por qué quieres hacernos daño?

—Sarah pensaba dejarme por otro tío. Me tenía escondido como si yo fuera lo peor de este mundo. Y no, Chloe. Yo valgo mucho más como para que os estéis riendo de mí...

—Ninguna nos hemos reído de ti. Lo que pasa es que...

—¿Qué no os habéis reído de mí? —su voz estaba cargada de incredulidad y desprecio—. Tu eres la peor de las dos. Estaba perdidamente enamorado de ti en segundo grado. Estuve meses pensando en la forma de declararme, en decirte todo lo que sentía por ti. Y cuando al fin tuve el valor de hacerlo, ¿qué hiciste? Se lo contaste a todos y me humillaste.

—¿Entonces todo esto es porque unas niñas se rieron de ti? Eso fue hace años, Jackson. ¿Por qué ahora?

—¿Y por qué no? —sus ojos estaban inyectados en sangre—. ¿Sabes lo mucho que yo sufría cada vez que Alex te humillaba? Una y otra y otra vez. Y a pesar de todo eso se ha ganado tu corazón.

Desvié la mirada hacia el camarero que atendía a los clientes lo más rápido que podía para venir a salvarme. Jackson tenía la mirada puesta en mí, sus manos demasiado cerca de las mías; las escondí bajo la mesa, sobre mis muslos.

—Yo no dejo de preguntarme qué hice mal, ¿sabes? —continuó—. Yo era bueno contigo, te llevaba flores a tu casa y hablaba maravillas de ti a todo el mundo. Y pese a todos mis esfuerzos, preferiste al chico malo. Por eso colgué aquel montaje sobre ti, para ver si así comprendías que Alex no te convenía...

—Espera, ¿fuiste tú?

—Pensé que después de todo lo que Alex te hizo, le echarías la culpa y eso podría ayudarme a acercarme a ti. Pero no fue así. Yo me esforcé muchísimo para ser el hombre que mereces, pero jamás me gané un solo gesto cariñoso por tu parte. ¡Todavía sigo enamorado hasta las trancas de ti y tú prefieres al capullo que dijo delante de todo el instituto que necesitas un rabo entre las piernas para ser feliz! ¡Joder! —masculló al mismo tiempo que golpeaba la mesa.

El sonido que provocó me sobresaltó. Otra vez todo el mundo estaba mirándonos. Alex terminó de atender el último cliente que quedaba en la fila y vino hacia nosotros.

—Tiene que marcharse —dijo en un tono sosegado pero afilado—. No permitimos ningún tipo de violencia en esta cafetería.

Estaba manteniendo una postura profesional cuando en realidad lo que quería hacer era cogerlo y echarlo de la cafetería a patadas. Podía notarlo en su rigidez, en los músculos tensos y en la vena del cuello hinchada. También en los puños apretados en los costados.

Jackson empezó a reírse y se acomodó en el asiento.

—¿Por qué no te ganas el sueldo y me traes un café, eh?

—Tiene que marcharse —repitió Alex.

Jackson cogió los restos de mi *croissant* y lo dejó caer al suelo.

—Ups —dijo—. Límpialo.

Alex respiró hondo, intentando no alterarse.

—Tiene que irse. No se lo volveré a repetir.

Se incorporó con una sonrisa ladeada en el rostro.

—¿Y si no qué? ¿Piensas echarme tú?

Me levanté y me coloqué al lado de Alex. Tomé su mano y entrelacé nuestros dedos en muestra de apoyo. Sus músculos se relajaron al instante de que nuestra piel entró en contacto, y la vena del cuello comenzó a disminuir hasta tener un tamaño normal. Ese era el efecto que yo producía en Alex, era una especie de bálsamo para él, una manera de mantener los pies en la

tierra y no sucumbir a sus impulsos.

Simon salió de su despacho y se unió a nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? —nos preguntó.

—Que su empleado no sabe hacer bien su trabajo —escupió Jackson.

—Lo que ha pasado es que esta persona estaba molestando a Chloe y al resto de clientes —dijo Alex, sin apartar la mirada de Jackson—. Le he pedido que se fuera y se ha negado a abandonar el local.

—Por favor, salga del local o llamaré a la policía —espetó Simon.

Jackson miró nuestras manos entrelazadas y apretó los puños con tanta fuerza que hasta sus nudillos se pusieron de color blanco. Todo parecía indicar que iba a golpear a Alex, pero por algún extraño motivo, no hizo nada. Se limitó a sonreír y me guiñó el ojo.

—Nos vemos, Chloe. Muy pronto.

¿Era eso una amenaza?

Me dio un escalofrío solo de pensarlo.

Simon me miró con una expresión preocupada.

—¿Estás bien?

—¿Te ha hecho algo? —me preguntó Alex, preocupado.

—Estoy bien —aseguré.

Simon, tras asegurarse que estaba bien, volvió a su despacho porque tenía que resolver un problema con los proveedores. Alex me abrazó y me besó antes de regresar al trabajo. Sarah estaba en el umbral de la puerta de baño, observando la escena con expresión temerosa.

Cuando se sentó frente a mí, decidimos cambiar de tema a algo más normal. Necesitábamos un descanso sobre la trata de blancas. Todavía seguía buscando el modo de decirle a Alex que su hermano había pagado la deuda de su tía, y busqué ayuda en Sarah. A lo mejor entre las dos podíamos encontrar una manera de hacerlo.

—Se va a enfadar mucho —me dijo Sarah.

—Lo sé —suspiré—. ¿Pero qué puedo hacer?

—¿Recuerdas a la señorita Fiona?

La miré ceñuda.

—¿La rana que te regalaron tus padres por tu quinto cumpleaños?

—Mis padres me dijeron que se había escapado con un señor rana y que se habían ido a vivir a un hermoso lago con sus cientos de hijos... Pero lo que en realidad había pasado es que había muerto.

Se limpió la boca con una servilleta y continuó:

—Yo me enfadé mucho con ellos porque me mintieron, pero ahora que he crecido entiendo por qué lo hicieron. Adonde quiero llegar con esto es que cuando Alex se entere de la verdad, se enfadará, eso está claro. Pero después entenderá que era lo mejor para él. No puede seguir con ese ritmo de vida tan estresante...

Alex iba a clase por la mañana, por las tardes estudiaba conmigo y se pasaba las noches trabajando en el taller. Antes al menos tenía los fines de semana para relajarse y dormir, ahora trabajaba en Sensation's y ese tiempo de descanso había disminuido considerablemente.

—Debo irme —dijo tras mirar su teléfono—. He quedado.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

Con la sonrisa que dibujó, no hizo falta decirlo.

—Voy a ir al cine con Woody.

—¿Al cine?

Me sorprendió gratamente que tuvieran una cita *normal*. Desde que iniciaron su relación no habían podido hacer planes de pareja ya que nadie podía verles juntos fuera del horario escolar. Ahora que habían vuelto después de una tragedia como la que habían vivido, me alegraba saber que se habían alejado un poco de esos prejuicios y podían disfrutar de tiempo juntos sin estar escondiéndose.

—Tranquila, ya sé que aquí no pueden vernos. Por eso nos vamos a Richmore. Allí nadie nos conoce y podemos estar un rato juntos sin pensar que alguien puede vernos.

—Tened mucho cuidado.

—Tú también.

Alex me preguntó si podía esperarlo a que saliera de trabajar para que lo llevase a casa porque no tenía su camioneta ya que su tía se la había llevado para hacer la compra. Lo había dejado en el Sensation's y con las mismas se había ido al supermercado. Yo no tenía otra cosa que hacer, así que acepté.

Recibí un mensaje de mi padre poco después, donde me preguntaba dónde estaba y tras responder, me dejó en leído. Mi padre. En leído. Nunca antes había hecho algo así. Siempre respondía a mis mensajes, hasta los que no necesitaban respuesta. Por eso me sorprendió tanto que lo hubiera hecho. No era algo propio de él.

Decidí leer un libro en mi teléfono mientras esperaba. Sarah me lo recomendó, y la verdad es que no soy una gran admiradora de los libros románticos, pero este realmente me estaba gustando. Cuenta la historia de amor entre dos chicos, cuyo amor traspasa los límites del universo. Acababa de empezar la segunda parte cuando me sobresalté al ver que alguien se sentaba frente a mí. Alex. Se había quitado el delantal que envolvía su cintura y traía consigo dos cafés y dos *croissants* rellenos de chocolate.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad antes de dar un sorbo a su café—. Es muy raro que no tengas hambre...

—Estoy hinchada —expliqué.

—¿Qué estás leyendo?

—Un libro que me recomendó Sarah. Trata sobre la historia de amor de dos hombres. Uno de ellos muere y se mete en el cuerpo de otro hombre con una vida completamente diferente a la suya. Pero aunque esté en otro cuerpo, sigue teniendo el mismo corazón, por lo que trata de volver a enamorar al que era su novio. El libro parece una especie de despedida, ¿sabes? Como si el protagonista te hablara directamente. En todo momento sabes que algo malo va a pasar, pero aún no sé el que...

—Tendrás que seguir leyéndolo para averiguarlo.

—Esta noche me lo acabo.

No era muy largo por lo que esta noche podría terminarlo sin ningún problema.

—¿Y de qué hablabas con Jackson?

Lo miré a los ojos. El libro me había ayudado a apartar durante unos minutos el asunto de la trata de blancas, y no me apetecía nada hablar sobre ello ahora mismo.

—Alex...

—¿Te ha amenazado por intentar que le echen del equipo?

Vi temor y rabia en sus ojos.

Negué con la cabeza.

—¿Entonces por qué se ha puesto así contigo? —quiso saber.

Respiré hondo antes de responder.

—Me ha dicho que sigue enamorado de mí.

Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—¿Jackson está enamorado de ti?

—Desde el colegio.

—Y yo que creía que solo quería acostarse contigo... Ahora entiendo muchas cosas...

Yo nunca había sentido por Jackson otra cosa que no fuera amistad, por eso cuando me pidió una cita, le dije amablemente que no. Y cometí el error de contárselo a Meredith Duncan, una compañera de clase, que se dedicó a propagarlo por todo el colegio y eso ocasionó miles de burlas hacia Jackson.

—También fue él quien colgó ese montaje sobre mí —dije—. Pensó que te echaría la culpa y que eso me alejaría de ti.

—Por eso la tiene tomada conmigo, porque no consiguió separarnos.

—Sí...

Luego nos pusimos a hablar sobre nuestro viaje a Nueva York, planificando dónde nos íbamos a hospedar y los sitios que íbamos a visitar; Alex quería hospedarse en un hotel barato, pues decía que para lo que íbamos a estar en el hotel, con tener una cama y un baño era más que suficiente. Yo optaba por hablar con mi prima Maddie y preguntarle si podíamos quedarnos en su apartamento. Alex se negó rotundamente porque decía que no conocía a mi prima y que se sentirá incómodo quedándose en su casa. Hablar sobre el viaje me hizo estar en paz durante un momento, y solo entonces pude tomarme lo que Alex había traído.

Mientras esperaba en el coche a que Alex se cambiara, llamé a Cole para decirle que necesitaba urgentemente hablar con él. No quise darle muchos detalles por teléfono, habíamos quedado mañana en comisaría para hablar tranquilamente.

La voz de Bruno Mars inundaba el coche y evitaba que pensara en todo lo que había descubierto hoy. «Tengo entendido que eres virgen, creo que podré sacar unos cuantos millones por ti». Ese recuerdo me estremeció y subí el volumen de la música. No quería pensar en ese momento, ni en su voz grave y rasposa, ni en sus manos mientras me ataba las muñecas. Me aferré al volante y cerré los ojos, cantando a pleno pulmón la canción que reproducían los altavoces.

La puerta se abrió y Alex se sentó a mi lado.

—Ahora entiendo la tormenta del otro día —se burló de mí.

—Serás capullo —dije, mordiéndome el labio inferior y golpeándolo en el brazo mientras él se ataba el cinturón—. No canto tan mal, ¿vale?

—Eres perfecta en muchos sentidos..., pero el canto no es tu fuerte.

Puse el volumen de la música a un nivel que no hiciera daño en los oídos y conduje hasta casa. Estuvimos en silencio todo el camino, había dejado de cantar porque no quería que Alex se volviera a burlar de mí, pero cuando empezó a sonar *Levitating* de Dua Lipa, los dos nos miramos y no pudimos evitarlo, cantamos como si la vida nos fuera en ello.

Antes de llevar a Alex a su casa, decidimos ir a la mía para recoger algunas prendas de ropa que se dejó. Cuando llegué, metí el coche en el garaje. Allí se encontraban las cosas que Lucy había comprado para mi habitación, metidas en cajas para su correspondiente devolución. Y una sensación de satisfacción me sacudió el pecho. Entramos en la casa y todo estaba vacío y oscuro,

como si no hubiera nadie.

En el frigorífico encontré una nota escrita por mi padre:

Hemos salido a cenar. Volveremos tarde. Te he dejado dinero en tu cuarto por si quieres pedir algo para cenar.

XOXO

—Así que se ha ido a cenar con su nueva familia —musité con rabia—. Desde que está saliendo con Lucy, no me tiene en cuenta para nada. Es como si yo ya no le importara. En el hospital me prometió que no volvería a dejarme sola, y lo ha vuelto a hacer...

—Sabes que sí le importas —dijo mientras abría el frigorífico para sacar una botella de agua.

—Ya no estoy tan segura de ello —exhalé—. Antes solía pedirme consejo hasta para saber qué tipo de calzoncillo comprarse. Aparte de ser padre e hija también éramos mejores amigos, ¿sabes? Pero desde Lucy apareció en su vida, siento que todo ha cambiado, como si nuestra relación ya no le importara. Ahora hace planes sin mí, viajes sin mí, incluso toma decisiones sobre la decoración de *nuestra* casa sin mí...

—Ya me he dado cuenta de que la casa está diferente.

—Y todo por Lucy —mascullé.

Alex tomó agua cuando un ruido en el exterior nos sobresaltó. Al instante nos pusimos en guardia. Alex me dijo que me quedara detrás de él mientras se acercaba al jardín trasero, de donde provenía el ruido. Abrimos la puerta corredera. El exterior seguía como siempre, el césped había creído bastante, había zonas de tierra allá donde mi padre quería poner una pequeña terraza con una mesa y sillas al lado de la barbacoa de obra que nunca llegó a terminar. Al fondo, en el jardín del vecino, se encontraba los hijos de la señora Halsey jugando al baloncesto, de ahí el ruido que habíamos escuchado.

Al instante nos relajamos.

—Tu camiseta —dije, señalando la mancha de agua que tenía en el pecho—. Está mojada.

—Joder...

—Creo que tengo una camiseta tuya en mi armario.

Subimos a mi habitación. Yo rebusqué entre mi ropa para encontrar su camiseta. No tardé mucho, pues sabía exactamente dónde estaba, en el lugar donde tenía la ropa que Alex se dejaba para cuando se quedaba a dormir.

Se quitó la camiseta mojada. Yo me quedé embelesada mirando su piel humedecida. Algo dentro de mí se prendió, un deseo descomunal que se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. Alex intentó ponerse la camiseta limpia, pero lo detuve.

—Espera.

Deslicé mis manos por su abdomen con suavidad. La cicatriz cubría una parte del abdomen, de unos cinco centímetros, situada por encima del ombligo. Sentí el impulso de besarla, así que me agaché y lo hice. Tenía la sensación de que mis labios podían deshacer todo lo que pasó aquella noche, borrar el recuerdo, eliminar el sufrimiento.

Alex gimió bajito. Ascendí con la lengua por su pecho, las manos por sus costados. Él estaba muy quieto, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, soltando el aire con dificultad. Mis manos pasaron por sus hombros hasta el cuello, rocé su mandíbula con los dientes y dejé un beso casto en las comisuras de su boca. Sonrió y me envolvió la cintura antes de fundirnos en un beso.

—Quiero probar una cosa —susurré junto a sus labios.

—Soy todo tuyo —sonrió.

Entrelacé nuestros dedos y caminamos hasta la cama, después lo empujé, haciendo que rebotara sobre el colchón. Me subí a horcajadas y me deshice del cinturón. Lo lancé por los aires. Desabroché el botón, bajé el vaquero y acabé lanzándolo también. Su erección no pasaba inadvertida, se marcaba bajo la fina tela del bóxer. Estaba para comérselo enterito. Y me encantaba tenerlo así, medio desnudo y a mi merced.

—La expectación me está matando...

Yo sonreí. Dejé un beso fugaz en sus labios y luego continué por el puente del cuello, la mandíbula, bajo la barbilla, la clavícula... Su pecho se movía con cada agitada exhalación. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa ladeada en el rostro, disfrutando de mis besos. Su piel se erizó y su erección se agitó bajo el calzoncillo. Lamí ese lunar que tanto me gustaba al lado del pezón derecho y bajé un poco más...

Separé sus piernas y me coloqué entre ellas. Me centré en esa parte de su cuerpo que estaba pidiendo a gritos atención. La toqué con los dedos por encima de la tela, despacio.

—¿Te gusta?

—Joder, sí... —gimió.

Su erección crecía por momentos, la tela ya no podía contenerla más y la punta se asomó por encima del elástico. Yo tragué saliva y decidí liberarla. Y ahí estaba. Para mí. No era la primera vez que lo veía desnudo, pero no pude evitar sonrojarme.

—¿Todo bien? —me preguntó, jadeante.

Asentí.

Toda va muy bien.

Alex me miraba ansioso, deseaba que lo tocara, que lo hiciera mío de inmediato, pero yo quería disfrutar del momento; las pocas veces que habíamos hecho el amor todo iba muy rápido. Debía ser así para que nadie nos pillara, para que mi padre no nos pillara. Sin embargo, ahora pensaba hacer las cosas con calma, sintiendo al máximo cada caricia, cada beso. Vivir la experiencia de las primeras veces como era debido. Sin prisas. Solo Alex y yo.

Tomé su polla con cuidado. Era suave y caliente. Grande. Alex no me quitaba la vista de encima. Tenía la boca entreabierta, su respiración se aceleró a medida que mi mano se movía de arriba abajo.

—Joder...

Un día Sarah y yo hablamos sobre cómo hacer sexo oral a un chico. Fue la misma noche en la que tuvimos una reunión de animadoras y Brittany estuvo hablando sobre ello. Sarah y yo no llegamos a comentar nada, pero cuando llegamos a mi casa, nos preguntamos cómo se haría. Y llegamos a la conclusión de que era igual que chupar un caramelo.

Este iba a ser el momento de comprobar esa teoría.

Estaba un poco nerviosa, la verdad. Nunca antes había hecho una mamada. ¿Y si lo hacía mal? ¿Y si Alex no disfrutaba? Decidí no pensar y me la metí a la boca, porque si seguía pensando, al final acabaría echándome para atrás; el gemido que profirió fue más profundo, mucho más gutural. Sonreí por dentro y chupé con fuerza. La sensación era diferente a la de un caramelo. Me gustó la diferencia.

—Espera, espera —dijo, incorporándose.

—¿Lo estoy haciendo mal?

—No, no lo estás haciendo mal —respondió, agitado. Me apartó el pelo de la cara y sonrió—. Solo intenta no utilizar los dientes, ¿vale?

Asentí.

Alex volvió a acostarse y yo retomé mi trabajo. Me la metí a la boca y succioné. Mi mano se movía a compás con mi boca, arriba y abajo, dentro y fuera. Deslicé los labios por el tronco y luego volví a subir, metiéndomela de nuevo en la boca. Hasta el fondo. Me atraganté y se me escaparon unas lágrimas. A Alex pareció gustarle, así que lo volví a hacer.

—¿Así?

—Sí, así sí —gimió—. Joder, cómo me gusta...

Se incorporó y me apartó el pelo de la cara para poder ver cómo su polla desaparecía por entre mis labios. Enredó los dedos en mi pelo y trató de tomar el control, pero yo me aparté y lo empujé, haciendo que cayera sobre la cama. Enrosqué los dedos alrededor de su cuello. Alex se mordió el labio inferior, sus ojos llameaban de placer.

Moví los dedos en un gesto de desaprobación.

—Esto es cosa mía.

Alex sonrió con malicia.

—Sí, mi ama.

Deslicé la lengua por el tronco, la piel estaba resbaladiza gracias a mi saliva. Descendí hasta sus pelotas. Las lamí, las chupé y las acaricié. Alex se aferró a las sábanas y tiró de ellas con fuerza. Volví a meterme su erección a la boca y continué succionando.

—Me encanta cómo lo haces...

Me esforcé al máximo para hacerlo bien. Al principio iba con temor, tenía miedo de no saber hacerlo y que Alex no disfrutara. Después, tras oírlo gemir de placer, de que su cuerpo se retorciera del gusto, me dio más seguridad y confianza; me la saqué de la boca y la agarré, di un par de lametazos en la punta y la deslicé sobre mis labios. Alex me observaba con la boca entreabierta.

Empecé a masturbarle con más energía, con los labios pegados a la cabeza, succionando y lamiendo.

—Voy a... voy a correrme —dijo entre jadeos—. Si no quieres que me corra en tu boca, para.

Pero no lo hice. Quería llegar hasta el final, vivir la experiencia completa; seguí chupando y bombardeando, con los ojos puestos en los suyos, asegurándome que disfrutaba. Alex se retorció cuando se dejó ir. Noté su placer estallando dentro de mi boca.

Me limpié la boca con una servilleta y me senté a horcajadas sobre él con una sonrisa de satisfacción. Alex me envolvió entre sus brazos, apretándome contra su cuerpo.

—Has hecho que me corra como nunca antes me he corrido —gimió junto a mi boca, su nariz acarició la mía—. Ahora yo voy a hacer que te corras tú.

De un solo movimiento se colocó sobre mí con su boca aún pegada a la mía. Yo me incliné para besarlo, pero se apartó unos centímetros y esbozó una sonrisa traviesa.

—Ahora es cosa mía —susurró junto a mis labios.

Yo me mordí el labio inferior y sonreí con picardía.

—Sí, mi amo.

Se incorporó. Parecía un Dios del sexo que había venido a poseerme. Su cuerpo estaba cubierto por una fina película de sudor, su miembro caía como un peso muerto entre sus piernas, balanceándose en cada movimiento.

Empezó a desnudarme. Tiró de mi blusa y me la sacó por encima de la cabeza. Luego siguió con los vaqueros. Solo unas bragas de encaje negro cubrían mi cuerpo. Alex se inclinó y se llevó mi pezón derecho a la boca mientras sus dedos jugueteaban con el otro, endureciéndolo.

—Me encantan tus pezones —murmuró sobre mi piel.

—Son todo tuyos.

—Míos.

Se acomodó entre mis piernas y estuvo así un rato, chupándome y lamiéndome, excitándose a un ritmo inconmensurable. Alzó los ojos para mirarme mientras bajaba lentamente por mi vientre, deslizando la lengua por mi piel hasta llegar a la cúspide de mis piernas.

Tragué saliva ante la expectación y el deseo. Se deslizó el interior de mis muslos en una tortuosa caricia que me volvió loca. Necesitaba que me tocara ya, que me hiciera gemir y correrme.

—¿Deseas que te toque? —su voz era ronca.

—Sí —gemí.

—¿Mucho?

—Sí, Alex. Mucho. Tócame ya.

Mi tono desesperado le hizo sonreír. Yo misma había jugado a la provocación minutos atrás, quería disfrutar del momento, sin ningún tipo de prisa. Pero cuando estás en la parte provocada y no provocante, la cosa cambia. La expectación era demasiado grande y yo tenía muchas ganas de correrme.

Alex metió los dedos entre la tela de mis bragas y despacio, muy despacio, se deshizo de ellas lanzándolas al aire. Me separó las piernas y se colocó entre ellas. Dejó un cálido beso sobre mi piel justo debajo del ombligo, y luego otro en el interior de los muslos.

—Alex, ¿vas a tardar mucho más?

—¿Tanta prisa tienes?

—No, pero tampoco es que tengamos toda la noche. Mi padre se ha ido a cenar, no sé exactamente cuando vendrá. Y sinceramente, que nos encuentre así es lo último que me apetece.

Alex asintió mientras me tomaba de los muslos.

—Es una pena, estaba disfrutando de tu desesperación.

—Serás cabr...

Antes de poder terminar la frase, hundió la cabeza entre mis piernas y su lengua se adentró en mi interior.

Sus movimientos eran lentos pero implacables. Cerré los ojos y me dejé llevar por el placer que me provocaba. Alex sabía muy bien lo que estaba haciendo, se notaba que tenía experiencia en este tipo de cosas. Yo apenas empezaba a experimentar, a conocer mi cuerpo. Todavía me quedaban muchas cosas por explorar.

—Sabes tan bien...

Su cálido aliento chocó contra mi piel y me estremeció.

—Alex...

—¿Te gusta así?

Lamió ese punto sensible que me hizo gemir con fuerza.

—Sí... Me gusta mucho.

Tenía calor por todo el cuerpo. Doble las piernas y mecí las caderas para adentrarme más en él, sentirlo todavía más hondo. Alex soltó un gruñido mientras seguía chupándome y lamiéndome. Alzó la vista, en sus ojos pude ver las llamas del deseo prendidas.

—No tardaré mucho más en correrme...

—Aguanta, nena —susurró—. Aguanta un poco más.

—No... no puedo...

Alex seguía frotando con la lengua la entrada de mi cuerpo, y con esos movimientos y sus manos sobre mis muslos para impedir que me moviera, estallé. Me dejé ir con un fuerte gemido que hasta los vecinos debieron escucharme. Alex se incorporó, tenía una sonrisa dibujaba y los labios húmedos de mí.

Se inclinó y me besó.

—¿Esto ha saciado tu curiosidad? —me preguntó con picardía.

Negué con la cabeza.

—Todavía tengo curiosidad por muchas otras cosas...

—¿Ah, sí? —se acomodó en la cama, a mi lado. Se sujetó la cabeza con el puño, su otra mano la tenía en mi vientre, haciendo pequeños círculos sobre mi piel—. ¿Qué más quieres probar?

—Quiero probarlo todo contigo.

Presioné mis labios sobre los suyos.

—¿Todo, todo? —preguntó entre besos.

Asentí. Los dos nos echamos a reír sin poder dejar de besarnos. Esa era una parte que me encantaba de nuestra relación, que nunca teníamos suficiente, que no podíamos permanecer mucho tiempo sin besar al otro. Cosas del primer amor, supongo. Me estrechó entre sus brazos y yo me acomodé en su pecho. Mis dedos se movían con suavidad por su abdomen, los suyos por mi espalda.

El móvil de Alex empezó a gritar desde el suelo. No se movió, se quedó a mi lado, abrazándome. Ni siquiera se molestó en mirar quién le estaba llamando; dejó que sonara hasta que se calló. No obstante, volvió a sonar una vez más.

—Cógelo —dije—. Quizás sea importante.

—Está bien —refunfuñó.

Se estiró y cogió el móvil del bolsillo del vaquero.

—Dime, tía... Sí, estoy con Chloe en su casa... ¿Esta noche? Está bien... Voy ahora mismo para allá... De acuerdo. Adiós.

Dejó el teléfono a un lado en la cama.

—¿Qué pasa?

—Mi tía ha quedado con unas amigas del instituto y me ha pedido que cuide de mis primos pequeños.

Se incorporó para empezar a vestirse.

—¿Has visto mis calzoncillos? —me preguntó al no encontrarlos.

—No. Los he lanzado nada más quitártelos.

—¿Y no sabes dónde han caído?

Negué con la cabeza.

Alex buscó por toda la habitación, pero por más que buscaba, no los encontraba. Miró en el cuarto de baño, bajo la cama, bajo el resto de la ropa esparcida por el suelo... Yo me puse a ayudarlo también, y fue cuando los encontré colgando del espejo del tocador.

—Pues sí que han ido lejos —dije, señalándolos.

Cogí la prenda y se la lancé. La cogió al vuelo. Una vez vestido, se inclinó sobre la cama para besarme. Yo tomé su rostro, acercándolo a mí para profundizar el beso. No quería que se marchara. Quería que se quedara conmigo a pasar la noche.

—No puedo, Chloe —dijo sobre mi boca—. Esta noche no.

—Está bien —acepté a regañadientes.

—Te prometo que la próxima vez que estemos solos, me quedará a pasar la noche contigo,

¿vale? Y te follaré, y no precisamente con la boca.

Me guiñó el ojo antes de marcharse.

Y con esa promesa, me quedé en mi habitación. Sola.

Después de haber llevado a Alex a su casa, me había duchado y me había preparado algo para cenar. Algo sencillo, una ensalada César con pollo a la plancha. Me senté en el salón y mientras comía, me puse una película.

Estaba acostumbrada a estar sola en casa. Es más, me gustaba. Sin embargo, desde que aquel hombre enmascarado me atacó en la puerta de mi casa, algo dentro de mí había cambiado; ya no me agradaba tanto estar sola en ningún sitio, tenía miedo por si ese hombre aparecía de nuevo y decidía acabar con lo que empezó... Traté de centrarme en la película y no pensar en ello, alejarme de los malos recuerdos y ver a Hilary Duff quedar con su príncipe azul en el baile del instituto, pero mientras la veía, no podía evitar mirar a la puerta, como si tuviera una especie de imán que me atraía sin poder remediarlo. Y entonces sentí una gran presión en el pecho cuando me pareció ver la silueta de una persona observándome por la ventana. Parpadeé varias veces, dándome cuenta de que lo que había visto era en realidad la sombra de un árbol.

Mi mente estaba jugando conmigo.

Me hacía ver cosas que no eran reales...

Eché la cortina y subí a mi habitación muerta de miedo. Puse el pestillo de la puerta y me aseguré de que la ventana estuviera cerrada. Después llamé a mi padre para ver cuánto le quedaba por llegar. No contestó. Lucy se había dejado el teléfono en la habitación de mi padre cargando, por lo que ni siquiera intenté llamarla. Amber ya estaba en llamada con alguien, seguramente con su padre, pues era la persona con la que más hablaba por teléfono. Y yo estaba sola y asustada.

No podía quedarme en casa más tiempo, si seguía encerrada en estas cuatro paredes iba a enloquecer; los recuerdos de aquella noche me estaban atormentando demasiado. Me preparé una bolsa con ropa, el macuto de las animadoras y el bolso. Escribí una nota rápida a mi padre y la colgué en el frigorífico, justo al lado de la que me había escrito él.

Me monté en mi coche y conduje. Las manos me temblaban tanto que tuve que aferrarme al volante para que dejaran de hacerlo. Elevé el volumen de la música hasta que se superpusiera a mis pensamientos, hasta que esa vocecita que me repetía una y otra vez lo que pasó fuera solamente un susurro insignificante. No quería pensar. No quería imaginar a ese hombre sobre mí, amordazándome y golpeándome con todas sus fuerzas.

¿Sería el mismo hombre al que Sarah tanto temía? ¿Hugh?

Llegué a casa de Alex con lágrimas en los ojos y el corazón latiendo a mil por hora. Cogí el bolso y salí del coche. El jardín estaba limpio de juguetes, cosa que me sorprendió pues siempre había algunos tirados por todos lados. La luz del interior me indicó que estaba despierto.

Toqué a la puerta con los nudillos y esperé. Alex apareció con el torso desnudo a los pocos

minutos, llevaba unos pantalones cortos grises y las gafas puestas. Abrió los ojos cuando me vio, no se esperaba verme a estas horas en su casa.

—Chloe, ¿qué estás haciendo aquí?

—Yo... ¿puedo quedarme a pasar la noche?

—Claro. Pasa.

Se hizo a un lado para dejarme pasar. Los juguetes del jardín se habían mudado al interior de la casa, sobre todo en la zona del salón. Alex estaba recogiendo los mientras los niños hacían los deberes en la cocina. El primero en verme fue el más pequeño de todos, Derek, que se lanzó a mis brazos para abrazarme. Yo lo envolví con fuerza. Megan y Charlie lo siguieron.

—¡Te he echado mucho de menos, Chloe! —exclamó Megan.

—Yo también a ti.

—¿Vas a quedarte a jugar con nosotros?

—Por supuesto —sonreí.

—Pero primero terminad los deberes.

Los niños pusieron los ojos en blanco y bufaron ante la orden de su primo mayor, antes de sentarse nuevamente en la mesa de la cocina a continuar con los deberes.

Alex me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Negué con la cabeza.

—Solo quería pasar la noche contigo.

Me lanzó una mirada incrédula. Alex me conocía demasiado bien como para saber que esa no era toda la verdad, que había una razón oculta por la que había venido. Yo suspiré y me aparté el pelo de la cara antes de responder.

—Mi padre todavía no ha vuelto a casa y no quiero estar sola...

No hizo falta más palabras para saber lo que me pasaba.

Me estrechó con fuerza y me besó en la cabeza.

—¿Has avisado a tu padre que vas a pasar la noche aquí?

—Le he dejado una nota.

—¿No le has llamado?

—Lo he hecho, pero no ha contestado. Ni mi padre, ni Lucy, ni Amber.

Asintió.

—¿Has cenado? Puedo prepararte cualquier cosa...

—Sí, he cenado. Gracias.

Alex se sentó al lado de sus primos y los ayudó con las dudas que tenían. Yo amaba esa faceta de Alex, el cariño que tenía a sus primos pequeños. A veces hasta fantaseaba con que Alex y yo teníamos un hijo. Sabía que era una completa locura, éramos muy jóvenes como para dar ese paso, antes tenía muchas cosas que hacer, como ir a la universidad y terminar mis estudios. Comprarme una casa. Viajar. Tener mi propia galería de arte... No obstante, me gustaba la idea de planear un futuro con Alex, estaba segura de que sería un buen padre.

—Ahora, guardad los deberes y a la cama.

—¡Nooooo! —se quejaron los niños.

—Queremos pasar tiempo con Chloe —dijo Megan.

—Sí, podríamos jugar a algo todos juntos —añadió Charlie.

—Es muy tarde, chicos.

—Por favooooor —suplicaron los tres a la vez, haciendo un puchero difícil de resistir.

—Bueno —se rindió Alex—. Pero solo a uno. Pensadlo bien.

Los tres hicieron un círculo y se pudieron a deliberar.

—¡*Just Dance*! —gritaron los tres a la vez.

—No. Ese no.

—¿Y por qué no? —quise saber yo.

—Porque ese no... me apetece —repuso, después se dirigió a los niños—. Hay cientos de juegos a los que podemos jugar, como al *Mario Party*. ¿No proferís jugar al *Mario Party*?

—¡No! —respondieron los tres.

—¡Queremos el *Just Dance*! —exclamó Derek.

—Sí —gritaron y empezaron a saltar, emocionados.

Los niños, pese a la reticencia de su primo mayor, pusieron el juego en la consola. Uno de ellos iniciaba la partida, el resto se dedicó a hacer espacio en el salón para que pudiéramos jugar los cinco.

Megan se acercó y le tendió su teléfono móvil a Alex.

—Tienes que descargar la aplicación. No hay mandos suficientes.

—He dicho que no voy a jugar.

—Vamos, Alex —dije yo—. Será divertido.

Alex me miró como si estuviera pidiéndole que se tirase por un acantilado. Yo no entendía por qué se negaba a bailar cuando se movía increíblemente bien.

Finalmente, puso los ojos en blanco y empezó a descargarse la aplicación. Yo hice lo mismo.

—Llevo muchos años negándome a jugar al *Just Dance*, y llegas tú y haces que juegue... No sé qué me haces pero no puedo decir que no a esa carita tuya.

Se inclinó y me besó.

—¿Y por qué te has negado tanto a jugar? —quise saber.

—Porque no sabe bailar —recalcó Megan en un tono burlón.

Yo miré a Alex con incredulidad.

—Sí sé bailar —repuso Alex—. Es solo que... me da pereza.

—¿No sabes bailar? —dije, tratando de contener la sonrisa.

Alex suspiró y se rascó la nuca, nervioso.

—No mucho —admitió en voz baja.

—Pero si has bailado conmigo...

—Sé moverme, pero bailar una coreografía... como que no.

—Yo te enseño —dijo Derek, colocándose frente a Alex.

—Está bien. Enséñame, maestro.

Para empezar pusieron *Bad Romance*. Alex puso los ojos en blanco y cuando el muñeco empezó a moverse, él también, con las indicaciones de Derek. Ver a Alex bailar una canción de Lady Gaga fue muy divertido. No pude parar de reír a carcajadas. Y traté con todas mis fuerzas seguir los pasos, pero es que apenas miraba la pantalla porque mis ojos estaban fijos en la persona que se sacudía a mi lado.

—No te rías —me dijo—. Lo hago lo mejor que puedo.

—Y lo estás haciendo muy bien.

Deseé tener el teléfono con la cámara puesta para grabarlo.

Tras dos bailes de lo más divertidos, Alex mandó a los niños a ducharse y después a acostarse. Les leyó un cuento y enseguida se quedaron dormidos. Yo estaba en el sofá mientras tanto, con el teléfono móvil en la mano, contestando un mensaje de mi padre.

AAPAPÁ

Por qué te has ido a casa de Alex sin avisar?

CHLOE DAVIS

He intentado llamarte, pero no respondías
Y no quería estar sola en casa

Tardó unos segundos en responder.

AAPAPÁ

Necesitas que te lleve algo?

CHLOE DAVIS

No, tengo todo lo que necesito

AAPAPÁ

Mañana quiero que estés en casa para cenar en familia

CHLOE DAVIS

Allí estaré

—¿Todo bien? —me preguntó Alex, dejándose caer a mi lado.

—Sí, estaba hablando con mi padre.

—¿Se ha molestado mucho por quedarte aquí a dormir?

—No.

Asintió.

—Voy a darme una ducha, ¿vale? Luego podemos ver alguna película antes de acostarnos, si quieres.

—Estoy cansada. Creo que iré a la cama ya.

—Como quieras.

Se inclinó y me besó en los labios antes de entrar al cuarto de baño. Yo entré en su habitación. Todo estaba limpio y ordenado, y eso me sorprendió, porque Alex siempre solía tener algún que otro enredo por en medio, como la cama deshecha o montañas de ropa limpia esperando ser guardada...

Me senté en la silla del escritorio para terminar de copiar los apuntes que me faltaban de los días que no pude ir al instituto. El profesor Grant, los días que estuve en el hospital, me enviaba por correo todos los apuntes y deberes para poder estar al día con las clases. Se había encargado personalmente de ayudarme para que cuando volviera, no pareciera que había faltado.

Poco después Alex entró en la habitación con solo una toalla blanca cubriendo su cuerpo. Se puso los calzoncillos, tendió la toalla fuera para que se secara y luego se acercó a mí, envolviéndome entre sus brazos. Me dio un beso en el hombro. Su piel olía a lavanda.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Terminando de copiar los apuntes de historia antes de acostarme.

—¿Necesitas que te ayude con algo?

—No hace falta. Ya me queda poco.

—Está bien.

Se acostó en la cama y puso la televisión.

Diez minutos más tarde, Alex me dijo.

—Se me ha olvidado decirte que Brittany me ha dicho que te diga que el número de baile ha quedado fenomenal y que está deseando que regreses para que lo compruebes por ti misma.

Dejé de escribir y me moví en la silla para poder mirarlo. Se había puesto las gafas para ver la televisión, el pelo mojado caía por su frente de una manera desenfrenada. Tuvo que echarlo hacia atrás para que no le molestara en la cara.

—¿Tú también lo crees?

—Sí —asintió—. He visto un poco y es realmente bueno.

—Una de las cosas que más miedo me daba de estar en el hospital era perderme el último partido. Llevo años soñando con este momento. Y pensar que podría habérmelo perdido...

No quería ni pensarlo.

—¿Tú no estás nervioso? —quise saber.

—No mucho —admitió.

—Pues no lo parece...

—Porque he jugado muchos campeonatos de lacrosse a largo de mi vida y sé disimular muy bien —sonrió—. Y a pesar de haber ganado la mayoría, todavía suelo ponerme nervioso antes de jugar.

—No sé mucho de tu vida antes de llegar aquí...

—Tampoco hay mucho que saber —dijo, con una seriedad que no me pareció normal.

—Seguro que algo hay que me puedas contar.

Alex suspiró y se quitó las gafas, dejándolas en la mesita de noche. Se pasó la mano por el rostro y me miró con una expresión inquieta.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó.

—No sé. Cualquier cosa. Pero que sea jugoso...

—A ver. Déjame que piense... Ya te dije que Mandy, mi ex novia, me anuló completamente como persona y que empezó a salir con mi mejor amigo, Robert. Bueno, pues en realidad empezaron a salir cuando ella aún estaba saliendo conmigo.

Yo abrí los ojos por la sorpresa.

—¡Qué cabrones! —exclamé, indignada.

—Lo sé —suspiró—. Tuve las señales delante de mí pero no quise verlas: Robert nunca se había interesado por Mandy, se odiaban, pero cuando yo empecé a salir con ella, se dio cuenta de lo que realmente sentía por ella. Entonces intentó separarnos. Incluso llegó a inventar rumores sobre mí. A mí me ponía buena cara, me hizo creer que era mi amigo, pero no lo era. Hablaba con Mandy a mis espaldas, pretendía enamorarla poco a poco, hacerle ver que yo no era suficiente, que solo era una billetera andante. Y ella cayó en su red. Creo que Mandy quiso abrir la relación para poder estar con él, ¿sabes? A pesar de la norma que ella misma estableció sobre que no podíamos salir con gente que conociésemos, se acostó con quien yo creía que era mi mejor amigo. Y creo que mi madre lo sabía.

—¿Qué quieres decir?

—Antes del accidente, me dijo que Mandy no me quería. Por aquel entonces yo estaba ciego por ella, creía que lo que sentía era amor verdadero —puso los ojos en blanco y suspiró—. Por eso me sorprendió tanto que mi propia madre dijera algo así. Le pregunté por qué había dicho eso, pero llegó mi padre y nos marchamos. Después tuvimos el accidente y bueno..., nunca pudo explicarse. Ahora, algo dentro de mí me dice que estaba intentando advertirme de que Mandy y Robert no eran de fiar, que estaban riéndose de mí...

—Probablemente —dije, incorporándome y colocándome a su lado en la cama—. Las madres

tienen un sexto sentido para proteger a sus hijos.

—Eso dicen —sonrió—. No me gusta mucho hablar de toda esta mierda porque me recuerda lo imbécil que fui por confiar en dos personas que solo me querían por mi dinero. En parte por eso, cuando entré a este instituto, no quería relacionarme con nadie. Tenía miedo de confiar en alguien y que volviera a aprovecharse de mí... A veces dudo de que Brett realmente sea mi amigo, ¿sabes? A veces pienso que solo es amable conmigo porque soy bueno en el lacrosse...

—Brett no es de ese tipo de persona, te lo puedo asegurar. Yo lo conozco muy bien y sé que jamás haría algo así.

—Me gustaría estar seguro pero... —encogió los hombros.

—Tuviste mala suerte con encontrarte a personas que no te merecían, que solamente veían en ti el dinero de tu familia, pero ahora tienes a tu lado gente que te ve de verdad, que te quiere y te apoya.

Tomé su rostro y presioné mis labios sobre los suyos.

—¿Te parece eso lo bastante jugoso?

Yo asentí con una sonrisa.

—¿Y qué hay de ti? —me preguntó, acomodándose en la cama y sujetándose la cabeza con el puño—. Cuéntame algo de tu vida antes de conocerme. Y qué sea jugoso, no lo olvides.

—Ya lo sabes, soy Chloe Davis, la chica más popular del instituto, la más envidiada por las chicas y la más deseada por los chicos —dije yo entre risas.

—Pero algo habrá que no me habrás dicho...

Se me ocurrían varias cosas que contar; pensé en contarle aquella fiesta en la que Jackson me drogó e intentó abusar de mí; que la deuda de su tía ya estaba pagada; que pensaba irme a la otra punta del país tras el verano... Pero no me encontraba con fuerzas para hablar de ninguno de esos temas ahora, así que le hablé de mi abuela, de mi tío Kevin y sus aventuras, le conté que mi sueño era abrir una galería y exponer cualquier tipo de arte visual. Él también me contó que su sueño sería formar parte de un equipo de lacrosse. Y entre esos hermosos sueños, nos quedamos dormidos.

15

Nada más terminar el entrenamiento de las animadoras y tras entregar a la entrenadora Alice las autorizaciones de mis chicas para el viaje que teníamos dentro de dos días para el último partido, fui a los vestuarios para darme una buena ducha. Me vestí rápidamente, me puse una falda corta vaquera y una blusa de tirantes blanca. Me colgué el bolso al hombro y salí hacia el aparcamiento mientras escribía un mensaje a Sarah.

CHLOE DAVIS
Estoy de camino a la comisaría

Me monté en el coche, arranqué el motor y mi móvil sonó.

SARAH GREENE
Necesitas que te acompañe?

CHLOE DAVIS
No hace falta. Yo me ocupo de todo

La comisaría no estaba tan lejos del instituto, por lo que llegué en diez minutos más o menos. Mientras esperaba a que el amable policía que me había atendido en recepción me diera paso para entrar a las oficinas donde había quedado con Cole, notaba como el corazón empezaba a latirme a una velocidad preocupante. Parecía que fuera a explotar en cualquier momento. Cerré los ojos y respiré hondo. Sabía que esto era lo correcto, Cole era el único que podía ayudarme, pero aun así sentía dentro de mí que estaba empeorando la situación, que las represalias podrían ser mucho peores ahora que habíamos hablado con la policía. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Iban por nosotras. Este era el único modo de defendernos.

El policía regresó y me dijo que podía pasar. Yo caminé segura por el extenso pasillo a pesar de que por dentro fuera un manojo de nervios, hasta que encontré a Cole sentado en su mesa mientras conversaba con su compañera Margot. Ella era una mujer alta, atlética y con unos ojos grandes y castaños. Era guapa. Tenía el cabello oscuro recogido en un moño perfectamente peinado que acentuaba su delgado rostro.

Cole se incorporó para recibir mi abrazo. Sabía que no era adecuado actuar así puesto que había venido a hablar con el inspector encargado de mi caso, no con el mejor amigo de mi padre. Sin embargo, no pude evitarlo. Fue verlo y sentir la necesidad de abrazarlo.

—Luego nos vemos —dijo Margot a Cole antes de irse.

—¿Estás bien, Chloe? —me preguntó él cuando me separé.

—Tengo..., tengo noticias.

Me indicó que me sentara.

—Cuéntame.

Suspiré antes de hablar.

—Hay una cosa que no te dije cuando viniste a verme al hospital. Supongo que tenía tanto miedo que mi cerebro de algún modo suprimió una frase que me dijo el hombre que intentó secuestrarme: «Tengo entendido que eres virgen, creo que podré sacar unos millones por ti»

—¿Estás segura de que dijo eso?

Asentí.

—Y eso no es todo. Ayer hablé con Sarah, recibió un mensaje de un desconocido que le amenazaba por no haber mantenido la boca cerrada. Entonces me contó lo que realmente sucedió la noche en la que le dieron la paliza.

—Sarah me dijo que unos hombres le dieron una paliza para robarle el bolso —dijo, cogiendo su cuaderno donde apuntaba todos los detalles de sus casos.

—Mintió. Estaba muy asustada por las represalias que podrían haber si hablaba. A mí me contó que estuvo viéndose con Jackson Williams, un compañero de clase, y que cuando quiso romper con él, la llevó a una casa donde sus amigos le dieron la paliza. Y no fue para robarle. En ese momento me dijo que ya no se acordaba de nada más, pero tenía miedo por si esos hombres volvían a aparecer para hacerle daño a ella o a su familia. Luego intentaron secuestrarme a mí y recibió el mensaje que te he comentado antes, entonces se ha dado cuenta de que tenía que hablar si quería proteger a sus seres queridos. Podrías darme un vaso de agua, por favor. Tengo la boca seca.

Cole se incorporó y fue a la cafetería.

Me bebí el vaso de un trago.

—Cuando Jackson llevó a Sarah a esa casa —seguí—, ella vio a un montón de chicas de nuestra edad y escuchó que querían llevarlas a Europa para prostituirlas.

Cole no pareció sorprendido, para decir verdad. No tenía el rostro de alguien que acababa de enterarse de que en un pueblo pequeño como era Moon Hill existía una banda que se dedicaba a la trata de blancas.

—¿Lo sabías?

—Los Cobras —dijo—. Así se hacen llamar. Llevo meses intentando encontrar el modo de dar con ellos. Pero son muy escurridizos, saben ocultarse muy bien. ¿Sarah te ha dicho algo más? Cualquier información, por insignificante que te parezca, puede resultarnos muy útil para dar con ellos.

—Jackson tiene un amigo. Hugh. No sé su apellido. Sarah cree que es él quien lo dirige todo. Luego hay otro chico, Sean, estudia en la universidad de Moon Hill con el primo de Sarah.

—¿El primo de Sarah? ¿También está metido en la banda?

No sabía qué pensar al respecto. Yo conocía a Christian, bueno, más bien creía conocerlo, pero una cosa es tratar de acostarse conmigo a toda costa y otra muy diferente secuestrar a chicas y prostituirlas, ¿no? Él no sería capaz de algo así... ¿O sí? No estoy muy segura.

—No lo sé —dije finalmente.

Cole anotó todo lo que le había dicho en su cuaderno. Luego, alzó la mirada hacia mí.

—Espero que con estos nuevos datos consigamos avanzar un poco más en el caso —se incorporó—. Escúchame bien, Chloe. No puedes hablar de esto con nadie. Ni siquiera con tu padre o con Alex, solo conmigo. Si han enviado ese mensaje a Sarah solo por contarte que se estuvo viendo con Jackson, a saber de lo que serán capaces si descubren que hay más gente que sabe la verdad. En la ignorancia estarán a salvo.

Asentí.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—No hace falta. Tengo mi coche fuera.

—Está bien. Si te enteras de algo más, o si necesitas hablar, ya sabes donde estoy. Por cierto, Simon no para de decirme que desde que te fuiste del Sensation's apenas te ve. A ver si un día tu padre y tú os paséis por casa y hacemos una cena como las de antes.

—Me parece estupendo —sonreí.

Aunque con lo ocupado que estaba mi padre últimamente con su nueva familia, dudaba que tuviera un momento para dedicárselo a alguien que no fuera Lucy o Amber.

Una vez en el coche, pensé a donde ir. No tenía ganas de llegar a casa porque no quería estar ni con Lucy ni con Amber, y mucho menos a sabiendas de que hoy teníamos cena familiar. Necesitaba un momento de descanso de tanta parafernalia sobre la familia feliz que mi padre tenía ahora la cual no me incluía, y más después de la conversación con Cole. Por eso conduje hasta el taller de Alex.

Cuando llegué, Alex estaba toqueteando el interior de su furgoneta en mitad del taller, rodeado de otros coches que también esperaban su turno para el arreglo. Vestía el mono grisáceo de trabajo, las mangas atadas a la cintura y una camiseta de tirantes blanca que ya era del cualquier color menos blanco.

—¿Otra vez no arranca?

—No puedo creer que me esté dando tantos problemas la maldita furgoneta —masculló con frustración, golpeando la carrocería—. Limpio a menudo el motor, hago revisiones cada quince días para comprobar que todo esté perfecto, y cuando menos me lo espero, toma, se estropea. Maldigo el momento en el que decidí comprármela...

Últimamente la furgoneta decidía tomarse vacaciones en los momentos menos oportunos, y por más que Alex la arreglara, siempre había algo que hacía que no arrancase, por eso era yo quien a veces llevaba a Alex al instituto o a trabajar.

—¿Crees que podrás arreglarla? —quise saber.

—No lo sé. Estoy viendo qué es lo que le pasa... Espero encontrar una solución pronto porque esta noche tengo turno en el Sensation's.

—Pero si solo trabajabas los fines de semana...

—Como este finde estaremos en Richmore, le dije a Simon si podía trabajar estos días aunque sea unas cuantas horas entre semana. Así que tengo que estar allí a las ocho —ladeó la cabeza y me miró con una sonrisa—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Me echabas de menos?

—Es que no puedo vivir sin ti —me mofé.

Se limpió las manos con el trapo que había en una especie de mueble móvil donde guardaba sus herramientas y se inclinó para darme un beso en los labios.

—Estás preciosa, por cierto.

—Qué pena que no pueda decir lo mismo —sonreí.

Alex estuvo un rato tratando de arreglar la furgoneta, pero tras unas cuantas frustraciones y gritos exasperados, se rindió y lo dejó para otro momento. Entró al despacho donde tenían un baño y se lavó para quitarse cualquier mancha de grasa. También se cambió de ropa, se puso los vaqueros y una camiseta negra.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me preguntó mientras me envolvía la cintura y me pegaba a su cuerpo.

—Tengo cena familiar —dije con pesar.

—Ah, sí. Es verdad. Tu padre llamó a mi tía para que fuéramos a tu casa esta noche. Al parecer, tiene una noticia muy importante que decirnos a todos...

—A los pasos de gigante que va su relación, lo mismo podría ser una boda —me reí de lo ridículo que sonaba. Dudaba que mi padre decidiera casarse cuando a penas llevaban tres meses de relación.

—¿Te imaginas? —preguntó Alex, riéndose.

—Sinceramente, no quiero imaginarlo.

—Yo igualmente no puedo ir porque trabajo.

—¿Y Hannah?

La verdad es que estar en la cena con ella me ayudaría mucho para no morir de aburrimiento; Amber suele estar con el teléfono en la mesa o tratando de ligarse a Alex, mi padre y Lucy hablan entre ellos hasta el punto de olvidarse de que yo también estoy en la cena. Esta noche no iba a ser diferente al resto de noches, por mucho que tuviera una noticia importante que decirnos.

—Creo que tampoco podía.

Joder...

Me tocará ir a la cena sola.

Nos montamos en el coche y conduje hasta llegar a mi casa. En el frigorífico encontré una nota de mi padre donde decía que habían ido todos a comprar y que volverían alrededor de las ocho, por lo que Alex y yo estábamos solos. Subí a mi habitación, me senté en el tocador para quitarme el maquillaje del rostro. Por el espejo advertí la llegada de Alex, que se sentó en el borde de la cama mientras sus ojos me contemplaban ardientes. Y entonces empezó a desnudarse.

Yo lo observé entre extrañada y excitada. Cuando se quitó la camiseta, pude admirar sus pectorales, los abdominales que se marcaron con el movimiento. Su culo redondo y perfecto cuando se quedó en calzoncillos.

—¿Qué estás haciendo?

En su rostro se dibujó una sonrisa lasciva y volvió a sentarse en la cama, con las piernas abiertas. Mis ojos se centraron en el bulto de su entrepierna que crecía por momentos. Y empezó a tocarse por encima de la tela. Muy despacio.

—Te prometí que iba a follarte y no con la boca —dijo con una voz ronca y provocativa que puso todo el vello de mi cuerpo de punta—. Pienso cumplir mi promesa.

Me di la vuelta y lo miré directamente.

—¿Y qué estás haciendo tan lejos de mí?

Dibujó una sonrisa y se incorporó. Yo hice lo mismo. Me quité la ropa que llevaba, quedándome solo con un conjunto lencero de color negro. Alex me miró los pechos y se lamió los labios, deseando poder hincarme el diente. Inconscientemente, yo hice lo mismo. Deseaba lamer cada centímetro de su piel...

—¿Mejor así? —me preguntó cuando estuvo frente a mí. Puso las manos sobre el tocador, acorralándome contra la mesa. Su boca estaba muy cerca de la mía, tanto que sentía su respiración chocar contra mis labios, el calor de su cuerpo envolviéndome.

—Mucho mejor —aseguré.

Me besó. Al principio fue un beso inofensivo, pero cuanto más nos acercábamos el uno al otro, la pasión fue en aumento y todo estalló conmigo sobre el tocador, con Alex entre mis piernas y su lengua en mi boca. Sus dedos se deslizaron suavemente por mi vientre, descendiendo hasta llegar a mi sexo y los hundió en mi interior. Los míos, en cambio, liberaron

su erección, que se irguió en cuanto se libró de su prisión y tuvo espacio suficiente. No pude bajarle los calzoncillos más allá de los muslos, tuvo que ser él quien terminara de bajárselos.

Si mi yo de hace un año me viera ahora mismo no me reconocería; estaba sentada en mi tocador donde tantos años había estado echándome fotos inocentes con Sarah mientras Alex me follaba con los dedos. Siempre había sentido vergüenza a la hora de desnudarme delante de otra persona, y más en un ambiente sexual. Pero con Alex todo era distinto.

Me hacía sentir diferente.

Mucho más valiente.

Me dejé caer en la cama tras tener el mejor sexo de mi vida. El corazón me latía desbocado y mi cuerpo se había cubierto por una fina película de sudor. Las piernas aún me temblaban por los dos orgasmos que acababa de tener. Alex me había cogido y no me había soltado hasta haberse saciado. Estaba a mi lado, soltaba el aire con fuerza por la boca. Por el pecho tenía alguna que otra marca rojiza causada por mis uñas, y una sonrisa que no cabía en su rostro.

—Nunca me cansaré de esto —confesó entre jadeos.

—Yo tampoco —me eché a reír.

Ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—No te haces ni idea lo mucho que te quiero.

Posó sus labios sobre los míos.

—Yo también te quiero —susurré junto a su boca.

Volvió a besarme antes de incorporarse.

—Voy a darme una ducha.

Mientras que Alex se duchaba, yo recogí la ropa que habíamos lanzado por los aires. La de Alex la guardé dentro de la bolsa que había traído consigo y saqué la limpia del interior, dejándola sobre la cama para que pudiera vestirse después. Yo metí la mía en el cesto de la ropa sucia del cuarto de baño.

Y allí estaba Alex, bajo la cascada de agua. Un deseo anidó en mi mente al verlo. Quería volver a tocarlo, sentir de nuevo sus labios sobre mi piel, sus manos recorriendo mi cuerpo. No podía remediarlo. Alex tenía un efecto sobre mí que me impedía pensar en otra cosa, como si él fuera el único que podía apagar el fuego de mi interior.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó cuándo entré a la ducha. En su rostro apareció una sonrisa, dibujándose así esos encantadores hoyuelos que me volvían loca.

—Me apetecía darme una ducha —dije—. Pero si tienes algún problema con que me duche contigo, puedo esperar y hacerlo después.

Hice el amago de salir. Alex me envolvió con sus brazos y tiró de mí hasta colocarme bajo el agua. El eco de nuestras carcajadas resonó por la habitación.

Me di la vuelta de modo que estaba frente a él. Clavé los dedos en su cintura y lo pegué a mí mientras me inclinaba para poder besarlo en los labios.

—El fin de semana que tu padre estuvo fuera no acabó como me gustaría que hubiera acabado —confesó sobre mi cuello—. Me hubiese gustado pasar esos días a tu lado, dormir contigo y despertar contigo. No veo el momento de vivir juntos cuando vayamos a la universidad y poder hacer eso todos los días de mi vida.

Las mentiras se habían acumulado hasta convertirse en una bola de demolición que amenazaba con destruirme en cualquier momento. Tenía demasiadas cosas que decir, muchos

secretos guardados que ansiaban salir a la luz. Cuando tuvimos la charla con el orientador para saber cómo enviar las solicitudes a las universidades, no le comenté que yo quería ir a Stanford. Dejé que pensara que los dos iríamos a la universidad de Moon Hill para poder estar con la familia.

Me prometí a mí misma que no iba a volver a mentir a nadie, que no volvería a ocultarme bajo una máscara, que sería yo misma a pesar de las dificultades. Y lo había cumplido con el resto del mundo. Sin embargo, con Alex... No quería mentirle y mucho menos ocultarle cosas, pero tampoco quería discutir. El comienzo de nuestra relación ya fue bastante difícil como para seguir peleando y discutiendo al día de hoy. Es que estábamos tan bien que no quería arruinarlo... Aunque sabía que tarde o temprano tendría que decírselo.

Tras la ducha, que se hizo más larga por estar jugando con el agua, salimos a la habitación. Me puse una camiseta de tirantes y unas bragas negras, Alex unos calzoncillos grises. Me senté en el tocador y ordené un poco los productos que se habían caído mientras manteníamos relaciones sexuales antes de empezar a secarme el pelo.

Alex estaba acostado en la cama. Se había puesto las gafas y estaba leyendo un libro. Cuando me fijé en la portada, me di cuenta de que no se trataba de un libro normal y corriente, sino que más bien era mi diario personal.

—¡No puedes leer eso!

Me incorporé y me acerqué para quitárselo. No pude.

Alex mostró una sonrisa divertida.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba debajo del colchón —dijo con inocencia mientras encogía los hombros—. Lo he encontrado por casualidad. Es una lectura muy entretenida.

—Es privado.

Se incorporó y se acercó a mí mientras leía:

—«He besado a Alex en el pasillo del instituto. He intentado no sentirme atraída por él después de que me tratara tan mal en su coche, pero no he podido evitarlo. Cualquier persona con ojos en la cara se derretiría al tener un hombre así delante; tiene una sonrisa de infarto...»

—¡Alex!

Intenté hacerme con el diario. Alex corrió por la habitación, esquivándome y moviendo el cuaderno de un lado a otro sin dejar de leer y con una sonrisa en la cara.

—«... de esas sonrisas que enternecen el alma. También tiene los ojos más azules que he visto en mi vida, preciosos, cautivadores, capaces de hacerme sentir diminuta en un mundo de gigantes. Cada vez que lo tengo cerca, siento que me falta el aire...».

—¡Alex, para! —exclamé.

Pero no paró.

Pasó de página y continuó leyendo.

—«Odio admitirlo, pero me gusta. Mucho. Demasiado. Y por mucho que se esfuerce en mantenerse oculto tras una máscara de arrogancia, yo sé que en realidad tiene un corazón enorme».

Finalmente, tras muchos intentos, conseguí hacerme con el diario. Bueno, más bien Alex sintió repentinamente un ataque de compasión y me lo tendió. Lo guardé en el cajón de la mesita de noche y me apoyé para que no pudiera abrirlo. Las mejillas me ardían por la vergüenza. Alex nunca debía haber leído mi diario.

—Vaya, Chloe. Sabía que te parecía atractivo, pero eso de ahí me describe como si fuera un

puto dios griego —soltó una carcajada—. Me siento muy halagado.

—Eres un cretino —repliqué.

—Y tú una perversa.

—Y tú...

Me calló con un beso. Tenía esa estúpida pero encantadora sonrisa pegada al rostro, y mi enfado se desvaneció. Era imposible estar enfadada si me sonreía de ese modo.

—¿Cuándo me echaste esas fotos?

—La primera vez que fuiste a Sensation's —musité.

—¿Y... qué más pone en ese diario sobre mí?

—Nada que debas saber.

—Hay algo sobre tu primera vez, ¿verdad?

Me quedé callada, mirándole a los ojos.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente? Estuviste allí. Sabes lo que pasó...

—Recuerdo muy bien lo que pasó —afirmó con una amplia sonrisa—, pero tengo curiosidad por saber cómo te sentiste realmente.

Solté un bufido antes de moverme para coger de nuevo el diario y dárselo. Luego me acosté en la cama y me apoyé sobre sus muslos mientras Alex buscaba la página.

—«El sexo es una de las formas en las que el ser humano puede unirse física y emocionalmente. Por eso al principio me daba miedo mantener relaciones sexuales con Brett, porque de algún modo me hacía sentir insegura. Es como si otra persona leyera este diario, estaría expuesta a que alguien pudiera usar mis palabras en mi contra. Brett fue un buen amigo todos estos años, pero solo era eso. Un amigo al que quería mucho y al que creía amar. Con Alex sentía una conexión muy diferente».

Me tapé la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—«Cuando hablamos por primera vez en el embarcadero, sentí una conexión muy íntima y especial. Tengo la sensación de que nuestras almas estaban destinadas a encontrarse; me sentía perdida en un mundo donde me esforzaba por encajar... hasta que llegó Alex y me encontró.».

Se detuvo. Depositó el libro encima de la mesita y me tomó del rostro para besarme. Fue un beso íntimo, un beso donde me demostraba lo mucho que significaba para él mis palabras, como si al leerlo se hubiera dado cuenta que lo que sentíamos era real.

—Te quiero —susurró junto a mi boca.

—Yo también te quiero.

Guardó el libro en el cajón de la mesita de noche.

—¿Con quién fue tu primera vez? —pregunté.

—Con mi mejor amiga.

Me incorporé y lo miré directamente a los ojos.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté, incrédula.

—En un viaje que hicimos a Nueva York con mi familia. No recuerdo cómo llegamos a hacerlo, solo que estábamos viendo una película en mi habitación y de repente estábamos sin ropa.

—¿Y... sigues manteniendo contacto con ella? —quise saber.

—No. Hace mucho que no la veo.

Alex se acercó y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Estás celosa?

—¿Por qué iba a estarlo? Además, solo fue una vez, ¿no?

Hizo una mueca, como queriendo decir que fue más de una.

Yo le pegué en el pecho.

—¡Sí, sí! —exclamó entre risas—. Solo fue una vez.

—Eres lo peor...

Cogí uno de los cojines y empecé a golpearle con fuerza por todas partes; Alex se reía a carcajadas mientras intentaba quitarme el cojín de las manos. Y antes de que consiguiera hacerse con él, lo lancé por los aires, me senté a horcajadas sobre él y empecé hacerle cosquillas en aquellas partes que sabía que tenía más sensibilidad, como en el cuello, axilas, costados o en los muslos.

—¡No, no, no! —exclamó—. ¡Para!

Y no paré. Hasta que consiguió sujetarme de las manos.

Después de llevar a Alex al Sensation's, regresé a casa. Lucy y Amber ya estaban sentadas en la mesa del salón, una al lado de la otra, vestidas las dos de una forma muy elegante. Yo llevaba una falda vaquera y una blusa de tirantes. Quise subir y cambiarme, pero en ese momento mi padre salió de la cocina con una botella de vino y varias copas y me dijo que no hacía falta, que así estaba perfecta.

No hablamos durante la cena. El tintineo de los tenedores y cuchillos era lo único que se podía escuchar. Nadie decía nada, como si estuvieran alargando la agonía a propósito. Yo estaba a punto de entrar en un ataque de nervios si no decían pronto qué es lo que estaba pasando. Porque mi padre no dejaba de mirar a Lucy, y ella se la pasaba mirando a su hija o al teléfono, pues decía que estaba intentando arreglar un asunto importante del trabajo. Sin embargo, yo necesitaba saber cuál era esa noticia tan importante como para reunirnos a todos de este modo.

Después del postre, una riquísima tarta de crema de avellanas y nata, no pude aguantar más y rompí el silencio.

—¿Podéis decirnos qué está pasando? ¿A qué se debe esta cena?

—Está bien —contestó mi padre, mirando a Lucy en busca de apoyo, aunque ella solo miraba a su hija. Tragó saliva y respiró hondo antes de seguir—. Ya hemos esperado lo suficiente... El viaje a Aspen no fue simplemente un viaje. Allí le pedí a Lucy que se casara conmigo.

¿Había oído bien?

¿Había dicho que le propuso matrimonio?

—¿En serio? —preguntó Amber, sorprendida. Ella tampoco parecía muy entusiasmada por la idea, aunque al menos sabía fingir más que yo.

No pude apartar la vista de mi padre, aún estaba conmocionada por la noticia. Me gustaría poder decirle que se estaba precipitando, que no debería dar un paso tan grande en tan poco tiempo. No podía. No tenía ningún control sobre mi cuerpo. Estaba paralizada.

—Sí —respondió Lucy con una radiante sonrisa.

Mostró el anillo de compromiso en su mano de manicura perfecta. ¿Llevaba el anillo durante toda la cena? Ni siquiera me había dado cuenta de que lo llevaba... Amber lo miró y dijo que era muy bonito, yo seguía mirando a mi padre. Él también me miró, a la espera de que lo felicitara. Pero no pensaba hacerlo. Necesitaba que me dijera que era una broma de mal gusto, que en realidad no se iban a casar.

La ira creció hasta eclipsar los nervios, apoderándose de mi cuerpo. Ahora que era consciente de la situación, estaba furiosa con mi padre porque iba a cometer el mayor error de su vida al

casarse con una mujer que no conocía. ¡Qué solo llevaban tres meses juntos! Pero lo que más me dolía en el alma es que no me hubiera consultado que tenía intención de pedirle matrimonio; esto confirma que mi padre me había apartado completamente de su vida.

Éramos un equipo...

Y ahora el equipo estaba roto.

—¿Habéis pensado en alguna fecha? —quiso saber Amber.

Mi padre intentó posar su mano sobre la mía para comprobar que tenía mi apoyo, que lo acompañaría en esta nueva aventura. Nada más lejos de la realidad; cuando su piel entró en contacto con la mía, me aparté inmediatamente, colocando mi mano bajo la mesa. Él me miró con los ojos bien abiertos, desilusionado, atento a cualquier expresión mía.

—Hemos pensado en enero del año que viene —respondió Lucy. Seis meses. En seis meses mi padre se habrá casado con una desconocida. Yo tendré que llamarla mamá y tendré una hermana cuyo única motivación es quitarme el novio—. Queremos casarnos tan pronto como podamos y no perder más tiempo. La vida es muy corta como para esperar. Nunca se sabe cuándo una enfermedad puede arrebatarle el amor de tu vida...

¿Estaba utilizando la enfermedad de mi madre como razón para casarse tan rápido? ¿Me estás tomando el pelo?!

Me levanté arrastrando la silla y miré a mi padre con dolor y rabia antes de subir a mi habitación. Ni siquiera me detuve cuando me instó que me quedara y hablara con él. Necesitaba salir de ahí. Alejarme de ellos. Cerré la puerta de un portazo y me senté en la cama con las manos en la cabeza. Quería llorar, quería gritar, quería romper algo... Por más que lo pensaba, más difícil era aceptar que se iban a casar.

Tantos años intentando que rehiciera su vida, que conociera a una mujer y que tratase de ser feliz, tantos rechazos por su parte porque se negaba a reemplazar al verdadero amor de su vida, mi madre... para que ahora vaya a casarse a la primera de cambio, con apenas tres meses de relación.

¡Joder, es que es demasiado pronto!

Llamaron a la puerta. No respondí. Mi padre vaciló antes de abrir y entrar a la habitación. Yo aparté la mirada, no quería verlo. Él tenía los ojos bien abiertos, los labios apretados en una expresión cautelosa.

—¿Podemos hablar?

—No.

Se sentó a mi lado e intentó agarrarme las manos para tratar llegar hasta mí. Las escondí bajo mis piernas. No quería que me tocara. Ahora mismo lo único que quería era estar sola.

—Chloe, tienes que entender que llevo sin tu madre desde hace más de diez años. Por primera vez en mi vida siento que puedo volver a ser feliz y...

—¿Con esa mujer? —pregunté, sin dar crédito a sus palabras—. ¡Pero si no os conocéis! ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Tres meses? ¿Qué sabes de ella, papá? Dime, ¿cuál es su color favorito? ¿Tiene alguna alergia? ¿Siempre ha querido ser asesora comercial o se quería dedicar a otra cosa? ¿Sabes todo eso? ¿No, verdad? ¡Porque es demasiado pronto!

No pude contener más las lágrimas y las dejé salir. Pagué la rabia y la frustración que sentía con la almohada, apretándola con todas mis fuerzas contra mi regazo.

—Por favor, no llores... —estiró la mano para tratar de enjugar la lágrima que recorría mi mejilla como tantas veces había hecho cuando era niña.

Me aparté antes de que pudiera tocarme.

—No, papá. No me toques.

—Yo creía que te parecería bien...

—Te equivocas —gruñí.

—Chloe, entiéndeme. Quiero ser feliz. Lucy me hace feliz.

—Necesito tiempo.

Él suspiró.

—De acuerdo —dijo.

Tardó un poco en incorporarse. Pude ver en su rostro lo afligido que estaba, la pena, pero no me importaba. Quería que se sintiera así, que sintiera lo mismo que yo sentía. La impotencia. La rabia. Si esperaba que aprobase su propuesta de matrimonio express, había pinchado.

Me acosté en la cama y cerré los ojos. Escuché la puerta cerrarse, quedándome nuevamente a solas. Y entonces las lágrimas brotaron de mis ojos sin cesar, las palabras de mi padre revoloteaban una y otra vez en mi cabeza.

«Allí le pedí a Lucy que se casara conmigo».

Es que es tan surrealista...

Abrí el cajón donde tenía guardada la carta de mi madre.

Sé que tu padre es un cabezota y el día que yo falte no querrá conocer a nadie. Te pido que intentes que lo intente. Quiero que vuelva a sonreír, que sea feliz. Es un buen hombre, me lo demostró cada día que pasamos juntos, y no se merece estar solo el resto de su vida.

Yo quería que mi padre fuera feliz, es lo que siempre había querido, pero creía que se tomaría su tiempo a la hora de conocer a alguien. Primero debería haber tenido un par de citas y luego hablarme de ella. Tras un tiempo quedando, me la presentaría. Meses después, si quisieran, podrían irse a vivir juntos, y entonces, solo entonces, pensar en boda. Pensar, no comprometerse. Se habían saltado demasiados pasos... ¿Mi padre aprobaría que Alex y yo nos prometiéramos? Lo más seguro es que no, y eso que llevamos saliendo más tiempo...

Me quité la ropa, me puse una camiseta de pijama y me acosté en la cama, iPad en mano para llamar a Alex. A esta hora ya estaría en casa. Apareció en la apantalla dejando el móvil apoyado contra la pared de modo que pude ver sus músculos mientras se secaba el pelo. Acababa de llegar de trabajar, por lo que se había dado otra ducha.

—Mi padre y Lucy se van a casar —dije de inmediato.

—¿Qué? —preguntó, mirando a cámara—. ¿Se van a casar?

—Sí.

—Pero si apenas se conocen...

—¡Lo sé! —bufé—. Antes solía tenerme en cuenta siempre, y desde que conoció a Lucy es como si mi opinión ya no importara. La mete en casa sin consultarme, se va a casar con ella sin preguntarme si me parece bien... Es como si quisiera rehacer su vida sin mí.

—No creo que quiera rehacer su vida sin ti, solo que está pensando ciegamente en su felicidad. Sí que es verdad que es demasiado pronto como para pensar en boda, pero puedo entender por qué lo ha hecho.

—A ver, ilústrame.

—Pues porque se ha enamorado hasta las trancas —dijo mientras salía del cuarto de baño e iba a su habitación— y quiere pasar el mayor tiempo posible con ella, y cree que el primer paso para hacerlo es casarse. Piénsalo. Dentro de poco nos iremos a la universidad y tu padre se

quedará solo de no ser por Lucy y Amber. Tal vez por eso se haya precipitado tanto, tal vez solo tenga miedo de quedarse solo.

—Nunca he pensado en dejar a mi padre solo. Pensaba venir todos los fines de semana de California para verlo a él y a ti...

—Espera, ¿has dicho California?

Mierda.

Su ceño se frunció y miró a la pantalla.

Ya no podía echarme atrás.

Tenía que decir la verdad.

Respiré hondo antes de hablar.

—Siempre he querido estudiar en Stanford —confesé—. Mi madre fue allí y esos años fueron los más importantes de su vida. Siempre he pensado que estudiar allí haría que me sintiera más cerca de ella. Siento mucho no habértelo contado antes, pero es que estabas tan ilusionado con estudiar juntos en la universidad que no encontré el modo de decírtelo...

Alex se sentó en la cama y suspiró.

—Tienen un buen programa académico —murmuró—. Con tus calificaciones y tu expediente, estoy seguro de que entrarás. Incluso podrán concederte una beca.

—Eso espero... ¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó, ofendido por mi acusación. Sus ojos brillaban—. Es tu futuro y entiendo que quieras estar cerca de tu madre, es solo que... bueno, déjalo.

—No, dime. ¿Qué pasa?

—Si vas a California... ¿Qué pasará con nosotros?

—Que no vayamos a la misma universidad no significa que no podamos estar juntos. California solo está a cinco horas de aquí, menos si vas en avión, y yo tengo pensado en venir todos los fin de semanas para verte a ti y a mi padre.

—No creo en las relaciones a distancia —admitió.

—Alex...

—Si quieres estudiar allí, adelante. No soy nadie para impedírtelo. Pero yo no puedo seguir con esto si te vas a ir. Lo siento, pero no podré. No podré soportarlo.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Podríamos continuar con nuestros planes de estudiar juntos en California.

—Eso estaría bien siempre y cuando me aceptasen. ¿Crees que con mis notas me aceptarían en Stanford? —preguntó con incredulidad—. Apenas puedo subir de siete por los entrenamientos y el taller... Por mucho que echara la solicitud, dudo que pudiera entrar...

—Todavía tienes tiempo para echarla y probar...

—No sé, Chloe. No sé...

—¿Podemos hablar de esto mañana en persona?

Suspiró y se rascó la nuca.

—Siento habértelo soltado así, sabía que te molestaría pero...

—No me molesta, Chloe. Entiendo perfectamente que quieras ir a Stanford, y me alegraría mucho por ti si consigues entrar, sé lo importante que es para ti sentirte cerca de tu madre, pero también sé por experiencia que las relaciones a distancia nunca acaban bien. Mira lo que pasó con Oliver. Se marchó a Londres y se olvidó completamente de mí...

—Yo nunca me olvidaría de ti, Alex.

—Ahora mismo me cuesta creer eso...

Antes de que pudiera rebatírsele, colgó.

16

La alarma sonó a la misma hora de siempre. Lo primero que hice fue comprobar la bandeja de entrada con la esperanza de encontrar un mensaje de Alex. Tampoco sabía qué esperar si tenía uno, tal vez me había escrito para decirme que no le importaba que me fuera a la otra punta del país, que me quería y que íbamos a estar juntos a pesar de la distancia. También podría haber escrito que no podía soportar la distancia y que lo mejor sería acabar con la relación...

Personalmente, prefería lo primero.

Por suerte o por desgracia, no había nada en el buzón. Anoche lo llamé varias veces para tratar de explicarle que, por mucho que me fuera a estudiar lejos, no iba a desaparecer de su vida. Mis esfuerzos se vieron truncados al no responder, por eso decidí dejarle un mensaje.

CHLOE DAVIS

Lo siento, debí habértelo dicho antes

CHLOE DAVIS

En el instituto te lo explicaré todo

Me puse una falda ajustada de color granate y una camiseta de tirantes blanca que dejaba a la vista el hermoso colgante que Alex me regaló y que no me quitaba nunca. Me senté en el tocador. Antes de empezar a maquillarme miré otra vez la bandeja de entrada, por si acaso.

Nada.

Mi padre y Lucy estaban desayunando tranquilamente en la cocina. En cuanto me oyeron, ella bajó la mirada y mi padre se incorporó y se acercó a mí. Parecía bastante incómodo. En la cara tenía vestigios de insomnio, como si no hubiera podido dormir. Y durante un segundo me sentí culpable, porque yo era la única responsable de esa falta de sueño, y pensé en hablar con él, disculparme por mi comportamiento de anoche, pero algo dentro de mí me lo impedía. Todavía me dolían sus desplantes, sus faltas de respeto, sus promesas rotas. Además, primero debía solucionar los problemas de mi relación antes de seguir pensando en la boda de mi padre.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó con voz trémula.

—Tengo prisa —dije sin más.

Y salí de casa sin mirar atrás.

Me subí al Rover y conduje hasta la casa de Alex. Una vez allí, me apeé y caminé hasta la puerta. El balancín del porche me trajo buenos recuerdos mientras esperaba a que abrieran, como cuando Alex me dijo que era capaz de enfrentarse a un tiburón para salvarme. Y lo había hecho. Se enfrentó a Hugh para protegerme, tenía una cicatriz en el abdomen que lo demostraba. Alex es capaz de dar la vida por mí, pero cuando se trata de un problema que no puede manejar, acaba huyendo.

Hannah fue quien abrió la puerta.

—Buenos días, Hannah. ¿Está listo Alex?

Ella frunció el ceño.

—Acaba de salir para ir al instituto.

—¿Se ha ido andando?

—Me ha dicho que no podías venir a recogerlo...

¿Alex había mentido a su tía?

Esto era más grave de lo que pensaba...

—¿Habéis discutido? —me preguntó ella, preocupada.

—Anoche —admití—. No le había contado que tengo pensado ir a Stanford y ayer se me escapó y no se lo tomó muy bien. Cree que la distancia va a hacer que me olvide de él, y no sé cómo hacerle entender que eso no va a pasar.

—Ten paciencia. Ya sabes que cuando Oliver se marchó a la universidad, Alex se sintió muy solo, y más con la muerte de sus padres. Supongo que tiene miedo de volver a sentirse así.

—Sí, puede que tengas razón. Siento haberte molestado.

Di media vuelta para regresar al coche. Su voz me detuvo.

—¿Tan enfadada estás con tu padre?

Me giré para mirarla a los ojos.

—¿Qué te ha dicho?

—No mucho; anoche me llamó y me dijo que estabas enfadada con él por haberse comprometido con Lucy —dijo con voz sosegada. No estaba acusándome de nada, ni reprochando mi actitud, solo intentaba entenderme.

—Sí, estoy enfadada. Estoy enfadada porque creo que está cometiendo el mayor error de su vida casándose con alguien que no conoce, y sobre todo por no haberme dicho que tenía pensamientos de hacerlo. Antes me lo contaba todo, Hannah. Todo. Y desde que Lucy entró en su vida me ha apartado. Mi opinión ya no le importa...

—No todas las relaciones siguen el mismo ritmo, Chloe. Por ejemplo, cuando yo conocí a Harry, ambos nos enamoramos perdidamente en la primera cita, y una semana después estaba conociendo a su familia. Para la mayoría de personas fuimos muy rápido, pero es que lo sentimos así. Y creo que tu padre lo siente igual. Puedes intentar hacerle entender que no estás de acuerdo con la boda, tal vez te escuche y decida tomarse su relación con algo más de tranquilidad....

Hannah tenía razón al decir que cada pareja tenía su propio ritmo, pero es que tengo la sensación de que mi padre está enamorado de Lucy pero que ella no lo está, que solo se está dejando llevar sin pensar si realmente qué es lo que quiere. En el tiempo que llevan viviendo en mi casa, había visto cómo mi padre la miraba, se notaba que sentía algo muy fuerte por ella. Lucy, sin embargo, apenas lo miraba, estaba más centrada en su hija o en su teléfono. Y cuándo lo hacía, no conseguía transmitir nada, como si no sintiera lo mismo... No sé, tal vez sean imaginaciones mías, pero no creo que ella esté igual de enamorada.

—Gracias por el consejo, pero dudo mucho que me escuche. Ya no lo hace.

—No pierdes nada por intentarlo...

Subí al coche y puse rumbo al instituto. Llamé por el manos libres a Alex con la esperanza de que apartara su enfado y contestara. Un tono. Dos tonos. Colgó. Lo intenté una vez más. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos. Y colgó otra vez. Fue entonces cuando lo vi caminando a un lado de la carretera, con los cascos puestos escuchando música.

Bajé la velocidad y me puse a su altura.

—Alex, sube. Te llevo.

No respondió. Siguió caminando.

—Venga, Alex —insistí—. Vas a llegar tarde si vas andando...

—No me importa —su voz era dura, tajante.

—No me hagas subirme a la fuerza.

Giró la cabeza hacia mí y me miró con incredulidad.

—No serás capaz.

—Soy capaz de muchas cosas, créeme.

Se quedó mirándome unos segundos, preguntándose si era capaz de cumplir mi promesa. Y al ver que así era, puso los ojos en blanco antes de abrir la puerta del coche y sentarse a mi lado.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente —instó sin apartar la mirada de la ventana.

—No lo parece...

—¿Qué quieres que te diga, Chloe? Estoy bien.

—¿Has dormido esta noche?

No hacía falta que respondiera, su rostro me contestó.

—No —admitió en voz baja.

—¿Por nuestra conversación o por una pesadilla?

Detuve el coche en el semáforo y volteé para mirarlo.

—Alex —insistí.

—Deja de fingir que te importo, Chloe.

Sus palabras afiladas se me clavaron en el corazón.

—Sí que me importas. No digas tonterías.

—Si realmente te importara, me habrías contado tus planes de estudiar en Stanford desde el primer momento. No habrías dejado que me hiciera ilusiones de algo que sabías que no iba a pasar... Yo no te importo, Chloe. Solo soy un pasatiempo para ti.

—¿Cómo puedes decir eso?

No daba crédito a sus palabras.

—¿La verdad?

El semáforo se volvió verde y puse el motor en marcha.

—Esa no es la verdad, Alex. Te quiero y quiero estar contigo, pero también quiero estudiar en Stanford. Con organización, se puede tener ambas cosas. ¿Por qué tienes que complicarlo todo?

—Porque no se puede tener todo —masculló, mirándome por primera vez desde que se había sentado en el coche—. Dices que me quieres pero pretendes irte a estudiar a California, a la otra punta del país, sola, donde conocerás a alguien mejor que yo y te olvidarás de mí. Dices que quieres estar conmigo y que vendrás a verme todos los fin de semanas, y estoy seguro de que al principio vendrás, pero con el paso del tiempo vendrás cada vez con menos frecuencia porque tienes que estudiar o porque has quedado para irte de mochilera con tus nuevos amigos o por cualquier otra razón. Poco a poco dejarás de llamarme, no me responderás a los mensajes, y te olvidarás de mí...

Su voz fue resquebrajándose a medida que hablaba. A mí se me rompió el corazón escucharle hablar así.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es lo que pasará —aseguró—. Ya pasó con Oliver. ¿Por qué ibas a ser tú diferente? Él era sangre de mi sangre y decidió tener millones en el bolsillo antes que estar conmigo...

En cuanto aparqué en el parking del instituto, Alex bajó sin darme la oportunidad de

responder. Cogí mi bolso, me apeé lo más rápido que pude y lo seguí. Tomé su brazo y tiré hacia mí para retenerlo.

—Por más que lo intento no puedo llegar a entender cómo puedes pensar que iré a Stanford y me olvidaré de ti después de todo lo que hemos vivido. Que te haya pasado con tu hermano no significa que conmigo vaya a pasar lo mismo. Parece que no valoras nuestra relación...

—¿Qué no valoro nuestra relación? —preguntó con un gesto incrédulo—. ¿Y por qué no me habías dicho lo de Stanford? Sé que quieres estudiar allí porque se te escapó. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Justo antes de subir al avión? ¿O cuándo estuvieras instalada en California?

—¿Por qué te estás comportando como un capullo? Si no te lo dije es porque no sabía cómo hacerlo. Esperaba a saber si he entrado o no en Stanford para ahorrarme todo esto.

—No quiero seguir hablando de Stanford...

Dio media vuelta e intentó ir hacia el instituto.

—Eso es. Márchate. Evade la discusión, como haces siempre.

—¿A qué viene eso? —gruñó, clavando sus ojos en los míos.

—A que cada vez que las cosas se ponen feas dices que no quieres hablar de ello y te vas. Te encierras en tu propia burbuja de tal manera que no eres capaz de escucharme. Y estoy muy cansada de tratar de hacerte entender que te quiero y que no voy a dejarte. Tanto como si te gusta como si no, pienso ir a Stanford. Ya sea en una relación contigo o sin ti.

Su expresión se endureció y sus puños se cerraron con fuerza a los costados, tratando de contener su rabia o su dolor, en este punto ya no podía distinguirlos. Cerró los ojos unos segundos y respiró hondo antes de decir:

—Si eso es lo que quieres, está bien. Te ahorraré que encuentres el mejor momento para dejarme. A partir de ahora, ya no hay nada entre nosotros. Hemos terminado. Puedes ir tranquilamente a California. Solo espero que no vuelvas por aquí...

Me dejó allí, en mitad del parking del instituto, boquiabierta y con unas ganas de llorar inmensas. No podía ni tampoco quería derramar una sola lágrima. No pensaba dejar que sus palabras me afectaran lo más mínimo, tenía que mostrarme fuerte, segura de mí misma, para sentirme de algún modo así. Apreté los labios hasta que las ganas de llorar desaparecieran y caminé con la cabeza bien alta hasta llegar a mi taquilla.

—Hola, Chloe —me saludó Brett en tono alegre, apoyándose con el hombro en la hilera de taquillas. Empezó a hablarme de algo sobre el instituto, pero no escuché lo que estaba diciendo.

Tampoco es que tuviera ganas de hablar porque sabía que, si lo hacía, probablemente me derrumbaría, y eso me dejaría en evidencia delante de todo el instituto. Ya no me importaba lo que pensaran los demás de mí, había aprendido a valorar más la imagen que tenía de mí misma respecto a la que tenían los demás, aunque tampoco pensaba darles de qué hablar.

Cogí el libro de español y me dirigí al aula.

—Oye, ¿te pasa algo? —me preguntó Brett.

—Pregúntale a tu amigo.

Brett me asió del brazo y me detuvo en mitad del pasillo.

—¿Habéis discutido?

Yo suspiré y me esforcé mucho por no derramar ni una sola lágrima. Fracasé. La enjuagué bruscamente y miré al techo con la esperanza de no romper a llorar.

—Me ha dejado.

—No, imposible. Alex no ha podido dejarte.

—Pues lo ha hecho —repuse, apretando los labios—. Me ha dejado porque piensa que me

olvidaré de él cuando vaya a Stanford...

—¡Menuda tontería!

—Eso díselo a él.

Todos los «te quiero» que nos habíamos dicho, los abrazos que nos habíamos dado, los momentos que habíamos vivido juntos... todo eso se había quedado en nada. Meses de relación tirados a la basura.

Hoy teníamos el último entrenamiento antes de acabar la temporada, y también el último de nuestra etapa como animadoras del instituto. Entré a los vestuarios y me puse ropa de deporte, concretamente unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes. Me reuní con mis compañeras y fuimos al patio para seguir practicando el baile hasta que nos saliera perfecto.

Que el instituto Richmore es nuestro mayor rival no es sorpresa para nadie. Incluso el año pasado hubo una pelea por una falta injusta que el árbitro pitó a nuestro equipo, y todo porque Brett golpeó al jugador estrella del Richmore, dándoles ventaja para marcar el desempate que les otorgó la victoria. El caso es que este año queríamos centrarnos en sorprender al público, darles algo que nunca antes habían visto, de ahí que tuviéramos música original y también acrobacias nunca antes vistas. Y una sorpresa que esperaba que sorprendiera a todo el público.

Mientras ensayaba con mis chicas, no pude quitarme de la mente a Alex, y que estuviera en el campo contiguo mirándome a cada rato no ayudaba a centrarme; en clase no nos habíamos dirigido la palabra, nos habíamos mantenidos lejos el uno del otro. Hubo un momento en el que tuvimos que sentarnos juntos para hacer la presentación de un trabajo. Decir que fue incómodo sería quedarse corto... Tenerlo cerca y sentirlo tan lejos hizo que me trabara al hablar, que perdiera la concentración. Alex tampoco estaba bien; parecía que estuviera enfadado en todo momento, su expresión alejaba a todo el mundo menos a Brett, pues era el único que sabía lo que había pasado y estaba intentando calmar la situación sin mucho éxito.

Según me había dicho Brett antes de entrar a los vestuarios, en el comedor habían hablado y estaba intentando convencer a Alex que una relación a distancia es posible siempre y cuando los dos pusiéramos de nuestra parte, pero Alex estaba tan empeñado en que tarde o temprano acabaría conociendo a otra persona y que lo acabaría dejando, que se negó a escucharlo. Yo estuve a punto de ir a buscarlo a los vestuarios, cogerlo de las orejas y decirle que dejase de decir tonterías, que por mucho que estuviera lejos, lo seguiría amando con todo mi corazón y que me besara para dejar la discusión atrás. Pero no lo hice. Fui fuerte. No iba a ir detrás de alguien que no quería luchar por nuestra relación.

A mitad de la coreografía, me percaté de que los jugadores de lacrosse se habían reunido todos en un punto. Un mal pensamiento me cruzó la mente y fui corriendo hacia ellos. Brett sujetaba a Alex con fuerza mientras una gota de sangre descendía de una pequeña brecha que se había hecho en la frente y que se deslizaba por su cuello.

—¿Qué ha pasado?

Alex se soltó del agarre de Brett de un empujón y salió disparado hacia Jackson, que estaba apartado con una sonrisa ladeada mientras recibía la reprimenda de sus compañeros de equipo; yo me interpose en su trayectoria y frené en seco.

—No te metas en esto —instó.

Trató de esquivarme e ir a por el hombre que tenía detrás.

Volví a interponerme en su camino.

—No, Alex. No pienso dejar que arruines tu futuro por una tontería.

—¿Qué futuro? —gritó Jackson a mis espaldas—. ¡Ese mierda no tiene ningún futuro en el lacrosse! ¡Y cómo vuelvas a intentar que me echen del equipo, te mato!

Jackson se marchó y desapareció entre la gente. Cuando vino el entrenador James para pedir explicaciones sobre lo que había pasado tras ser avisado por un compañero del equipo, Brett dijo que Jackson había golpeado a Alex en la cabeza con el stick por haber intentado que lo echasen. El resto lo corroboraron.

—Este chico está trayéndome demasiados calentamientos de cabeza —murmuró el entrenador James, rascándose la barba con inquietud—. Si no estuviera el último partido tan cerca, ya habría tomado medidas. Aguantemos unos días y lo habremos perdido de vista.

El entrenador dijo más cosas que no escuché porque estaba demasiado pendiente en Alex y en la sangre que emanaba de su cabeza. ¿Qué podía hacer? Por mucho que estuviera enfadada con él, a pesar de haber roto, seguía preocupándome por él.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

Asintió lentamente, sin apartar la mirada de mis ojos.

—Deberías... vamos a curarte eso.

Tomé su brazo y lo arrastré conmigo a los vestuarios. No se resistió ni tampoco dijo nada en el camino. Entramos en el vestuario. Alex se sentó en la banqueta mientras yo iba a por el botiquín del despacho del entrenador James. Tenía los puños cerrados sobre sus rodillas cuando volví, en su rostro seguía esa expresión de rabia hacia Jackson. Me senté a su lado y examiné la herida. No era grave, tan solo había que lavarla y cubrirla con un apósito limpio y ya.

Mientras aplicaba presión para cortar la hemorragia, recordé que hace un mes pasó algo similar a esto; Alex herido por culpa de Jackson y yo curándole. Sonreí al recordarlo. Ahora todo era tan diferente...

—¿Por qué haces esto? —me preguntó de repente.

—¿El qué?

—Preocuparte por mí.

Su respiración se agitó.

—Ya sabes por qué —me limité a decir.

—No. No lo sé.

—Porque a pesar de todo te quiero, idiota.

Una vez cortada la hemorragia, procedí a lavar la superficie de la herida con agua y jabón. Me coloqué entre las piernas de Alex para facilitarme el trabajo. Sus dedos se deslizaron por mis piernas, despacio, tan lento que mi piel se estremeció. En otro momento dejaría que lo hiciera, adoraba cuando me tocaba y cómo me hacía sentir, pero ahora...

Me quité sus manos de encima.

—No estamos juntos, ¿recuerdas?

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

¿Estaba hablando en serio?

—¿Estás insinuando que la culpa es mía?

—No soy yo quien se va a la otra punta del país...

—Pero sí que has sido tú quien ha dado por perdida nuestra relación.

—Paso de estar sufriendo esperando a que me dejes...

Terminé de limpiar la herida y procedí a colocar el apósito.

—Nunca he querido dejarte, Alex, siempre has formado parte de mis planes. Yo pensaba

venir cada fin de semana a verte, y tú podrías venir a verme cuando quisieras.

Alzó la cabeza cuando acabé y sus ojos estaban brillantes.

—¿Y durante cuánto tiempo duraría eso? ¿Cuatro semanas? ¿Cinco? No, Chloe. No puedo volver a pasar por eso. No quiero sentir que todo el mundo me abandona...

—Si realmente piensas que sería capaz de hacer algo así, has hecho bien en dejarme.

Alex tomó mi mano cuando quise salir del vestuario y tiró de mí hasta que acabé sentada sobre su regazo. Me envolvió con sus brazos mientras su boca buscaba ansiosa la mía. Yo intenté apartarlo, intenté levantarme y volver al entrenamiento... pero no pude. En parte porque me gustaba sentirlo tan cerca. Su olor. Su calor.

—Bésame —dijo, mirándome los labios.

Negué con la cabeza.

Quiero, pero no puedo...

—Bésame —repitió, suplicante.

Se inclinó ligeramente y yo abrí la boca por instinto, deseando poder perderme entre sus suaves labios. Su nariz tocó la mía, su boca estaba a milímetros de rozarme, sus manos clavadas en mis muslos. Alex cerró los ojos y me buscó. Yo también los cerré y me acerqué, pero entonces recordé todo lo que pensaba de nuestra relación y puse los dedos en sus labios, echándole hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—No pienso besarte hasta que te disculpes por todo lo que has dicho sobre nuestra relación —dije, acallando esa parte de mí que me gritaba que me lanzara a sus labios.

Se quedó callado, mirándome a los ojos.

Y eso me dolió.

Porque en el fondo sabía que no se disculparía.

—Adiós, Alex.

Me levanté y salí de los vestuarios.

Regresé con las animadoras para terminar el ensayo. Mi cuerpo estaba entregado a la coreografía, hacía los movimientos gracias a la memoria de mis músculos, porque mi mente aún seguía en los vestuarios; todavía podía sentir el calor de sus manos sobre mi piel, su respiración chocando contra mi boca, la electricidad que nos unía. Habíamos roto, sí, aunque algo dentro de mí me decía que no iba a ser para siempre. Lo que había pasado en el vestuario me lo confirmaba. Por mucho que intentara mantenerse alejado, por mucho miedo que tuviera a quedarse solo, sabía que tarde o temprano se daría cuenta de que no pensaba abandonarlo y acabaríamos volviendo a estar juntos.

No podíamos echarlo todo a perder por una tontería, ¿no?

Alex tardó un poco más en salir de los vestuarios, se dirigió a Brett y estuvieron hablando un rato, y durante ese tiempo no me quitó los ojos de encima. Luego volvieron al entrenamiento. Yo me centré en mis chicos, aún había mucho que perfeccionar como para seguir perdiendo el tiempo con miradas furtivas.

Como siempre, fui la última en salir de la ducha. Esta vez fue porque tenía que recoger las solicitudes que faltaban para que las animadoras pudiéramos ir a Richmore. Luego tuve que entregarlas a la secretaria del director, y tras hablar un rato con ella sobre el partido y sobre las solicitudes de la universidad, fui a los vestuarios y me metí a la ducha. Para ese entonces las chicas ya se habían vestido mientras que yo aún no había empezado ni a enjabonarme.

Me envolví el cuerpo con la toalla cuando terminé. Mientras trataba de quitarme el exceso de agua del pelo, advertí a un hombre apoyado contra la puerta de mi taquilla. Al principio pensé que se trataba de Alex, que había venido a disculparse, pero la sonrisa que vi cuando se dio la vuelta no era la suya, sino la de Jackson. El corazón empezó a latirme con fuerza bajo el pecho, como si quisiera salir corriendo en la dirección opuesta para esconderse de él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de una forma poco amistosa.

—Baja los humos —instó—. Solo quiero hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? —pregunté, incrédula—. ¿También querías hablar conmigo cuando entraste en mi habitación y me tocaste? ¿O cuándo mandaste a Hugh para que me secuestrara? ¡Yo no quiero hablar contigo, Jackson! ¡Déjame en paz!

Avanzó hasta que estuvo a apenas unos centímetros de distancia. Yo me mantuve firme a pesar de que las piernas no dejaban de temblarme. Bajó la mirada hasta mis labios y los miró con deseo, como quien se había pasado días enteros sin comer y encuentra un plato de comida caliente.

—Yo jamás te haría algo así. El que entró fue..., otra persona.

Sorprendentemente, parecía sincero.

—¿Qué nunca me harías algo así? Ya has olvidado lo que intentaste hacerme en aquella fiesta, ¿no? Porque yo no lo he olvidado, Jackson. Jamás podré olvidarlo.

Me armé de valor y lo empujé para alejarlo de mí. Él dio un traspié.

—Lo de aquella fiesta fue porque las ganas pudieron conmigo. No volverá a ocurrir... al no ser que tú quieras que ocurra —dio un paso hacia mí de nuevo con esa sonrisa repulsiva.

Presentí qué era lo que iba a pasar a continuación, y mi cuerpo entero me pidió que huyera, pero antes de que pudiera hacer nada, Jackson me empujó contra la hilera de taquillas. Me sujetó ambas muñecas con una sola mano y las colocó por encima de nuestras cabezas mientras que con la que tenía libre me elevó el mentón, dejando mi cuello libre para sus labios. Sentía cómo la toalla que envolvía mi cuerpo empezaba a soltarse poco a poco con cada movimiento que hacía para apartarlo de mí, no tardaría mucho más en caerse.

—Te deseo tanto... —gimió contra mi piel—. Tengo muchas ganas de hacerte mía. Pero si estoy aquí es porque necesito contarte una cosa, y es que...

Yo no quería escuchar nada de lo que tuviera que contarme, por lo que lancé la rodilla hacia sus partes para poder liberarme. Jackson se separó y se retorció.

—¡Serás...! —maldijo.

En ese momento salí corriendo sin importarme que solo una toalla cubriera mi cuerpo. Miré hacia atrás para asegurarme de que no me seguía, cuando me choqué con un torso duro. Alex.

—He oído gritos —dijo, preocupado—. ¿Qué ha pasado?

Sus ojos se incendiaron cuando vio a Jackson.

—¿Qué haces tú aquí? —le increpó.

—Estábamos besándonos y cuándo ha notado mi enorme rabo se ha asustado y ha salido corriendo —se irguió y dibujó una sonrisa llena de arrogancia y malicia—. No está acostumbrada a algo tan grande.

—Me das asco —insté.

—No vuelvas a acercarte a ella o... —Alex trató de ir hacia él con los puños cerrados, pero yo lo cogí del brazo y lo retuve conmigo. No quería que se peleara con Jackson, y más sabiendo lo que sus amigos podrían hacerle si se llega a entrometer demasiado.

—¿O... qué? —tentó Jackson.

—O mi puño será lo último que veas antes de que te reviente la cara.

Su amenaza lo único que consiguió fue ampliar su sonrisa.

—Me gustaría verte intentándolo, la verdad. Pero no tengo tiempo. Tengo... cosas más importantes que hacer.

Como secuestrar a chicas y llevarlas a Europa, pensé.

La mirada que Jackson me echó antes de salir por la puerta me heló la sangre.

—¿Estás bien? —me preguntó Alex.

—Sí, sí —aseguré—. Estoy bien.

—No te ha hecho nada, ¿no?

—No. No le he dejado que lo hiciera.

Alex mostró una pequeña sonrisa orgullosa.

—¿Qué hacías todavía aquí? —quise saber.

—Sé que siempre eres la última en salir y te estaba esperando para...

Un destello de esperanza anidó en mi corazón.

¿Acaso iba a pedirme perdón?

—¿Para... qué?

Solo unas disculpas. Solo necesito eso, Alex.

—Para... pedirte un favor. ¿Me llevarías a casa? Ya sabes que no tengo la furgoneta y mi tía no puede venir a recogerme...

Oh...

—Emm, claro... Dame un minuto que me cambie y te llevo.

—Te espero fuera.

El camino hasta la casa de Alex fue muy extraño e incómodo. No hablamos, y no porque no tuviéramos tema de conversación, porque California seguía estando entre nosotros, sino porque ninguno de los dos sabía cómo hacerlo sin discutir. Así que yo me limité a conducir y Alex a mirar por la ventana. Hasta que decidió romper el silencio.

—He pensado en echar la solicitud en Stanford.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿En serio? —la ilusión era notable en mi voz.

—Sí, pero como no creo que me admitan en Stanford, he pensado que podría ir a otra universidad que esté cerca. Pero lo que no quiero es dejar a mi tía sola con mis primos...

—Hannah estará bien. Tiene a mi padre que la ayudará en todo lo que necesite. Y también está Oliver —fue escuchar su nombre y poner los ojos en blanco.

—Solo es una posibilidad, no es seguro que vayan a cogerme.

—¿Por qué eres tan negativo?

—Porque cada cosa buena que me pasa, siempre viene seguida de una desgracia.

—Eso no es verdad...

—A los dieciséis años pensaba que tenía una vida perfecta. Tenía un mejor amigo, sacaba buenas notas, estaba muy unido a mi hermano... Y de pronto todo se fue a la mierda: Mis padres murieron por mi culpa. Me di cuenta de que mi mejor amigo estaba más interesado en el dinero de mi familia que en ser mi amigo. Y encima me robó a la novia. Mi hermano prefirió el legado familiar antes que a mí. Me mudé a casa de mis tíos y te conocí. Y cuando al fin siento que puedo volver a ser feliz, mi tío muere y tú quieres marcharte a la otra punta del país.

—Siento mucho todo lo que has vivido, Alex, pero yo quiero estar contigo —confesé—. No por el hecho de que me vaya a la otra punta del país voy a dejarte.

—No lo entiendes... Sé que si vas te olvidarás de mí...

Negué con la cabeza.

—No. No lo haré.

—Sí —repuso—. Sí lo harás. ¿Quieres saber por qué? Porque todo el mundo acaba olvidándose tarde o temprano. Estoy condenado a estar solo para el resto de mi vida. Cuando antes lo asuma, mejor. Y después de lo que le hice a Lydia... lo merezco.

Escuchar el nombre de Lydia en su boca me sorprendió.

Detuve el coche cuando llegamos a su casa.

—¿Qué pasó con ella? —quise saber.

Se quedó callado y miró por la ventana. Sus primos estaban jugando en el jardín y Hannah sentada en el porche mientras leía un libro y los vigilaba. Nos saludaron cuando nos vieron y nosotros respondimos del mismo modo.

—Gracias por traerme.

—Alex, dime qué pasó con Lydia —insistí.

—La maté.

Sus ojos no me quitaron la vista de encima mientras lo dijo, como si quisiera ver mi reacción. Yo no supe qué decir, tan solo podía mirarlo, esperando a que dijera algo más, necesitaba una explicación sobre lo que había dicho.

No lo hizo.

Abrió la puerta del coche y se reunió con su familia.

No podía sacarme de la cabeza lo que había dicho Alex sobre Lydia. Traté de buscar una explicación para lo que había dicho. ¿Ella iba en el coche con sus padres? ¿Era la chica a la que iba a ver aquel día? Me encerré en la habitación mientras intentaba desentrañar la información.

—¿Todavía estás tan cabreada conmigo como para no responderme? —inquirió mi padre de malas maneras, abriendo la puerta abruptamente, sobresaltándome—. Te estoy hablando desde que has entrado por la puerta de casa.

—No te he oído, ¿vale? —me excusé. Estaba tan centrada en el tema de Alex y Lydia que no me había dado cuenta de que mi padre había estado hablándome.

Mi respuesta parece que no le convenció.

—Tenemos que hablar sobre la boda.

—Yo no quiero hablar —dije mientras sacaba del armario la maleta que había preparado para el viaje a Richmore y la dejaba sobre la cama—. Si quieres casarte, allá tú, pero no cuentes conmigo.

Colocó los brazos en jarras y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no pienso ver cómo cometes el mayor error de tu vida...

—¿Estás diciendo que no vendrás a la boda?

—¿Para qué voy a ir? Si no me tienes en cuenta para tomar decisiones importantes en tu vida, tampoco te importará si no voy a la boda. Total, dudo que te dieses cuenta si no estoy...

—¡Claro que me daré cuenta! —espetó—. ¡Eres mi hija!

—Pues no lo parece —repuse. Me giré y lo miré a los ojos—. Has metido a dos completas desconocidas en casa. Te fuiste de fin de semana romántico sin siquiera decirme que te ibas, no me dejaste ni un mísero mensaje, papá.

—Surgió de repente... yo...

—¿Pero sabes qué es lo peor de todo? —lo interrumpí—. Que después de que me dieran una paliza que casi me matan, me dejaste sola en casa para irte a cenar con ellas. ¡Ni siquiera me preguntaste si yo quería ir! ¡Me dijiste que no ibas a volver a dejarme sola y a la primera de cambio lo hiciste! ¡Estás tan centrado en tu felicidad con Lucy que me has apartado de tu vida! Podré ser tu hija, pero tú no te comportas como un padre.

En ese momento todo sucedió muy rápido; la mano de mi padre impactó contra mi mejilla con fuerza. La piel me ardía y las lágrimas caían de mis ojos.

—¿Me has pegado?

Lo miré incrédula. Mi padre nunca me había levantado la mano, ni cuando estrellé su coche mientras trataba de sacarme el carnet de conducir, ni cuando traté de ayudarlo a arreglar el jardín y por poco me quedo sin mano por usar la sierra mecánica a pesar de decirme que no la cogiera. Y tal vez mis palabras habían estado fuera de lugar, pero lo había sentido así. Desde que Lucy entró en su vida... había cambiado. No era el mismo hombre que no conseguía dormir si yo no

estaba en casa. Ya no era el mismo hombre que yo tanto admiraba.

—No me has dejado alternativa —respondió con dureza—. Estoy cansado de que pongas malas caras cada vez que intento compartir mi felicidad contigo. Es muy hipócrita decir que no vendrás a mi boda cuando eras tú quien me insistía que rehiciese mi vida.

—Y has rehecho tu vida, papá, pero no esperaba que me sacaras de ella. Pero tranquilo, si tan cansado estás de mí y de mis malas caras, me voy. Dormiré en casa de Sarah hasta que sepa si me han admitido en Stanford. Y espero que sí, porque no tengo intenciones de volver a esta casa. Ya puede tu futura mujer hacer lo que quiera con la decoración. Total, ya no me importa.

Lo empujé hasta que conseguí que saliera de la habitación. Cerré con pestillo y cogí otra maleta más grande y metí en ella toda mi ropa sin importarme que no cupiera o que se arrugara. Tan solo pensaba en salir de esta casa lo antes posible.

—¡Abre ahora mismo la maldita puerta! —exclamó desde el otro lado mientras aporreaba la puerta con todas sus fuerzas.

No contesté. Me limpié las lágrimas y seguí metiendo mis cosas en las maletas. Cogí el bolso más grande que tenía y metí dentro el iPad, el portátil y sus respectivos cargadores, mi diario, una foto mía con mi madre y mi neceser con mis productos indispensables, como maquillaje, cremas y demás.

Abrí la puerta cuando terminé. Mi padre estaba parado en mitad del pasillo, su rostro enrojecido por la ira y con la respiración acelerada. Lucy y Amber estaban a sus espaldas, contemplando la escena en un segundo plano. Yo puse los ojos en blanco y me dispuse a bajar por las escaleras, pero mi padre se interpuso e intentó arrebatarme la maleta. Yo fui más rápida y antes de que pudiera hacerlo, lo esquivé.

—¡No vas a salir de esta casa! —gritó a mis espaldas.

—¿No? Pues mírame.

Cogí en peso las maletas y bajé las escaleras lo más rápido que pude. Odiaba tener que dejar la casa donde crecí y donde había vivido tantos buenos momentos, pero es que ya no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que la bonita familia feliz de la cual formaba parte.

Cuando quise abrir la puerta del garaje, mi padre la cerró.

—¿Adónde crees que vas? —su voz tembló, aunque trató que no se notara. Su rostro había pasado de ser rojo a blanco, como si toda la ira se hubiera esfumado y ahora solo quedara el miedo a que me marchara para siempre—. No tienes dinero. No tienes trabajo... ¿Cómo vas a mantenerte?

Su expresión de temor me conmovió un poco. Joder, era mi padre y seguía queriéndolo a pesar de todo. Aunque no podía quedarme mientras Lucy y Amber siguieran estando entre nosotros. Me dolía demasiado mirarlo a la cara y no reconocer al hombre que me dio la vida. Así que, con el corazón encogido, tenía que marcharme.

—Estás muy equivocado —insté—. Tengo la herencia que me dejó mi madre y también mis ahorros para la universidad. Y si necesito más dinero, trabajaré. No sería la primera vez que lo hago. Nunca te he necesitado, y mucho menos ahora. Sé feliz con tu nueva familia.

Pestañeó un par de veces, sin dar crédito a mis palabras. Se quedó paralizado, sin saber qué decir. Incluso me pareció ver una lágrima justo cuando pasé por su lado para abrir la puerta del garaje y montarme en el coche. Me dolía profundamente en el corazón haberle dicho eso, pero no podía seguir estando en esta casa más tiempo y él no iba a dejar que me marchara así como así.

—No hace falta que hagas esto —me dijo Lucy, colocándose al lado de mi padre.

Reprimí el impulso de hacerle una peineta con el dedo por ser la responsable de que mi

relación con mi padre se hubiera ido a la mierda. Arranqué el motor. Intenté no mirar por el espejo retrovisor cómo dejaba al hombre que se pasaba las noches conmigo hasta que yo me durmiera cada vez que había alguna tormenta eléctrica, la persona que se disfrazó de árbol para una representación escolar para estar conmigo porque a mi me daba miedo salir al escenario con toda esa gente mirándome... Solo cuando se convirtió en un punto apenas visible, solo entonces, me permití llorar. Dejé que las lágrimas fluyeran y que todo lo que sentía saliera al exterior.

Y ya no lloraba solamente por la pelea con mi padre, sino también por Alex, porque se suponía que este último año iba a ser el mejor de mi vida y la realidad es que estaba siendo un completo desastre: Mi padre había rehecho su vida sin mí, mi novio me había dejado por miedo de lo que podría suceder cuando fuera a la universidad, mi mejor amiga y yo estábamos involucradas en una investigación sobre trata de blancas...

Me detuve en un semáforo en rojo y cogí de la guantera un paquete de pañuelos que utilicé para secarme las lágrimas. Puse la música a todo volumen y dejé que la voz de Selena Gómez inundara el coche y mis pensamientos.

Cuando llegué a la casa de Sarah, ya no lloraba, aunque tenía los ojos vidriosos y unas manchas oscuras alrededor. Meforcé por sonreír, tratar de ponerme la máscara con la que todo el mundo pensaba que mi vida era perfecta. No funcionó. Ya no me sentía cómoda bajo esa imagen.

Bajé las maletas y me colgué el bolso en el hombro. Toqué al timbre y pocos segundos después, Sarah apareció en el umbral.

—Chloe...

Su mirada descendió hacia las maletas.

—He discutido con mi padre... ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—Esta noche y las que quieras. Esta también es tu casa. Pasa.

Se hizo a un lado para que pudiera pasar. Saludé a sus padres y a su hermano pequeño que estaban cenando en la cocina. Sarah les contó que iba a quedarme unos días en su casa y a ellos les pareció bien. No hicieron preguntas al respecto, el plato de más que había sobre la mesa me hizo pensar que ya sabían que iba a venir.

¿Habían hablado con mi padre?

Seguramente.

—¿Quieres hablar del tema? —me preguntó Sarah cuando llegamos a su habitación.

—¿Recuerdas que te comenté que mi padre había dado un paso enorme al pedirle a Lucy y a su hija que viviera con nosotros, aunque solo fuera para dos meses? —ella asintió—. Pues ahora ha dado un paso todavía más grande: Se van a casar.

Sus ojos se abrieron por completo.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio —resoplé—. Le he dicho que no cuente conmigo para cometer el mayor error de su vida y hemos empezado a discutir. Ya no aguantaba más estar bajo el mismo techo que esa señora que desde que llegó ha intentado cambiar por completo la vida de mi padre, y lo ha conseguido. Ya no lo reconozco.

—Antes de que llegaras ha llamado para preguntarnos si podías quedarte unos días, que habíais discutido, aunque no nos había dicho el motivo...

Porque se avergonzaba de lo que había pasado.

Porque no quería admitir su error.

—Y por si fuera poco, Alex ha roto conmigo.

Los ojos de mi amiga se abrieron más aun.

—¿Por qué?

—Porque se ha enterado de que quiero ir a estudiar a Stanford y piensa que allí conoceré a otra persona mejor que él. Me ha dejado para evitar que yo rompa con él en un futuro.

—Joder... Lo siento mucho, tía.

—Yo también. Hoy ha sido un día de mierda.

—Ya... El mío tampoco ha sido muy agradable.

—¿Por qué lo dices?

Me senté a su lado en la cama.

—Mi hermano lleva unos días malo del estómago, y pensábamos que estaba mejor, pero esta mañana ha vomitado en las escaleras. ¿Y a quién le ha tocado limpiarlo? Exacto. A mí.

Las dos nos echamos a reír a carcajadas.

Me sentó bien reír despreocupadamente.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunté.

—Mi madre te ha preparado la habitación de invitados.

—Estoy muy cansada. Voy a acostarme ya, ¿vale?

—Vale —me abrazó—. Si necesitas hablar, llama a mi puerta.

Cogí mi maleta y entré a la habitación de invitados.

El sonido de mi móvil me sobresaltó en mitad de la noche. Abrí los ojos despacio, dejando que mis pupilas se adaptaran a la luz que desprendía la pantalla del teléfono. Lo primero que hice fue mirar el reloj. Las tres y cincuenta y tres de la madrugada. ¿Quién llamaba a estas horas? En un principio pensé que era mi padre, que no podía dormir sin saber que estaba bien, pero fue el rostro de Alex quien iluminaba la pantalla.

—Alex —dije, somnolienta. Me volví a acostar en la cama y traté de mantener los ojos abiertos. Fue complicado, temía que el sueño ganara la batalla—. ¿Ha pasado algo?

—No. Solo... necesitaba escuchar tu voz.

Me recompuse sobre la cama al escuchar su voz agitada.

Eso solo significaba una cosa.

—¿Has tenido una pesadilla?

Silencio. Solo podía escuchar su respiración entrecortada y cómo tragaba saliva forzosamente. Podía imaginarlo en la cama, tumbado y con el cuerpo bañado en sudor. Lo pasaba realmente mal después de una pesadilla; cada vez que dormíamos juntos, me abrazaba para poder tranquilizarse. Era el único modo que tenía para volver a dormir.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Puedo ir a casa de Sarah?

—¿Cómo sabes que estoy en su casa?

Yo no se lo había dicho, y sabía que Sarah tampoco.

—Tu padre me llamó y me contó que os habíais peleado y que te habías ido a casa de Sarah unos días. ¿Puedo ir?

¿Mi padre había llamado a todo el mundo o qué?

—Me encantaría, Alex, pero los padres de Sarah están durmiendo y no me parece buena idea que la primera noche venga un chico en mitad de la noche...

—Por favor... —suplicó—. Necesito verte.

Y esas palabras se me quedaron clavadas en lo más profundo de mi corazón. ¿Cómo iba negarme cuando en su voz se notaba la desesperación que sentía por verme?

—Vale —cedí—. Te espero en el porche.

—En diez minutos estoy ahí.

—Hasta ahora.

Me puse las zapatillas y abrí la puerta con mucho cuidado de no despertar a nadie. Encendí la linterna del móvil para caminar entre la oscuridad que se extendía por toda la casa y no caerme mientras bajaba por las escaleras. Entré en la cocina y llené un vaso con agua. Cuando despertaba tras una pesadilla, solía estar sediento, y conociéndolo como lo conozco, habrá cogido el coche para venir aquí nada más colgar, sin detenerse a beber agua o a cambiarse de ropa.

Salí al porche y me senté en el primer escalón a esperarlo.

Unas luces iluminaron la carretera unos diez minutos más tarde, deteniéndose justo frente a mí. Alex bajó del coche de su tía y se acercó a mí prácticamente corriendo. Como imaginaba, llevaba puesto el pantalón del pijama y una camiseta blanca de tirantes y las deportivas.

Tiró de mi mano hasta incorporarme y me envolvió entre sus brazos, estrechándome con fuerza contra su pecho. Yo recibí el abrazo con gusto, en parte porque sabía que lo necesitaba, pero también porque lo había echado de menos. Después de la pelea con mi padre mi primer pensamiento fue llamar a Alex, pero como habíamos roto, no me pareció buena idea. Y ahora que estaba en sus brazos, el dolor y la presión que sentía en el pecho desde entonces había disminuido un poco.

Alex hundió la nariz en mi pelo. Yo puse mis manos bajo su camiseta, sobre su ardiente y sudada piel.

—Gracias por dejar que viniera —susurró.

Tenía el pelo humedecido y algún que otro mechón se le había pegado a la frente. Bajo la luz de la luna, sus ojos se seguían viendo de un azul muy intenso.

Cogí el vaso y se lo ofrecí.

—Bebe.

Torció la sonrisa y posó sus manos sobre las mías, llevándose el vaso a los labios. Después, lo dejé en el porche nuevamente y me senté en el escalón.

Alex se sentó a mi lado.

—¿Quieres hablar de la pesadilla?

Negó con la cabeza.

—Solo necesitaba verte.

—Deberías empezar a contarme tus pesadillas —dije, echándole el pelo hacia atrás con dulzura—. Tal vez hablar sobre ello te ayude a despojarte del dolor y la culpabilidad que sientes. Y no te voy a mentir, también me ayudaría a entenderte mejor.

Suspiró con fuerza y asintió.

—Todas las noches sueño con el accidente de mis padres... y no puedo evitar pensar en Lydia.

—Lo del accidente de tus padres no fue culpa tuya, ya te lo he dicho un montón de veces. Y sé que también te sientes culpable por la muerte de tu exnovia, pero es que tampoco puedes hacerte responsable de algo que no puedes controlar. La muerte llega cuando llega. Es inevitable.

—Lydia no era mi ex —dijo con ojos vidriosos.

Eso me desconcertó.

—Entonces, ¿quién es? —pregunté con tranquilidad. Quería que se abriera a mí, pero tampoco podía obligarle a que me contara todo lo que no me había contado en estos meses en una sola noche. Necesitaba su tiempo para abrirse.

—Ella era... —balbuceó.

Negó con la cabeza y trató de contener las lágrimas como pudo. No lo consiguió. A mí se me resquebrajó el corazón verlo así. Habíamos roto, eso es cierto, pero lo que sentía por él no había desaparecido. Seguía queriéndolo igual o más que el primer día.

—Si no quieres decírmelo, no hace falta que lo hagas.

—No, quiero hacerlo. Necesito decírtelo.

Mi cuerpo reaccionó a sus lágrimas y me moví de modo que Alex quedaba sentado entre mis piernas. Lo abracé, pegando su cuerpo al mío. Ojalá pudiera borrar el sufrimiento que cargaba sobre los hombros del mismo modo que hacía con sus lágrimas.

—Mis padres querían tener una hija —explicó—. Estuvieron intentándolo durante años, pero nunca nos lo dijeron. No querían que nos hiciéramos ilusiones. Un día, nos reunieron en el salón de casa a Oliver y a mí y nos dieron la gran noticia. Dijeron que íbamos a tener una hermanita —sus labios se estiraron y formaron una amplia y triste sonrisa.

Apoyé la barbilla sobre su cabeza mientras seguía hablando.

—Entre todos buscamos un nombre —continuó—. Mi madre quería llamarla Claudia, mi padre Rose; como su madre. Mi hermano quería que le pusieran Leia; por aquel entonces estaba obsesionado con Star Wars —no pude evitar reír al imaginar a Oliver utilizando la fuerza. Alex también se echó a reír—. Yo estaba viendo en aquel momento una serie y había un personaje que me encantaba. Su nombre era...

—Lydia —dije por él.

Asintió, despacio.

—¿Y qué pasó?

—Cuando mis padres me llevaron al concierto de David Guetta, Lydia... también estaba en el coche. En la barriga de mi madre. Y al morir ella... Mi hermana...

No pudo contener más el llanto y se derrumbó; se giró y me abrazó, dejando salir todo lo que llevaba dentro desde aquel fatídico día.

—Alex, no fue tu culpa...

—¿Si yo no soy el culpable, entonces por qué me siento así? ¿Por qué parece que me ahogo cuando pienso en ellos? ¿Por qué me resulta tan difícil seguir con mi vida?

—Porque cargas con una culpa que no te corresponde.

Alzó la mirada, haciendo que las lágrimas cayeran de sus ojos.

—No quiero seguir sintiéndome así...

—Alex...

Sin pensarlo demasiado, tomé su rostro y presioné mi boca contra la suya. Era consciente de que no debería besarlo ya que no estábamos juntos, pero es que no podía verlo sufrir de esa manera. Lo quería tanto que me daba igual si habíamos roto por anteponer sus miedos a lo que sentíamos, que dijera esas cosas tan feas con la intención de que me alejara de él... Yo haría cualquier cosa por hacerle sentir mejor, sobre todo ahora que estaba contándome su secreto más oscuro.

Alex me correspondió al beso después de que se pasara la fase de sorpresa, y nos besamos hasta que ambos nos quedamos sin respiración, hasta que las lágrimas fueron sustituidas por caricias, el llanto por leves gemidos que huían de nuestras gargantas. Apoyé la frente sobre la suya mientras trataba de recuperar el aliento.

—Sé que te gustaría que dijera algo que te hiciera cambiar la opinión que tienes sobre ti mismo, pero es que yo no puedo hacer nada para cambiar eso, Alex —dije, deslizando los dedos por sus mejillas con suavidad, sintiendo la aspereza de su barba—. El único que puede hacer que dejes de sentirte así eres tú mismo.

Sus ojos brillaban por las lagrimas. Se inclinó y volvió a besarme. Mis dedos se perdieron entre su pelo mientras su lengua acariciaba la mía de esa forma que hacía que me estremeciera. Alex besaba de una manera muy especial, como si con el roce de sus labios me mostrara que estábamos hechos el uno para el otro. El corazón me latía despavorido, y podía notar bajo mis manos que el suyo también latía con fuerza bajo el pecho.

—Gracias por todo —murmuró sobre mis labios mientras sus manos caían a mi cadera—. Gracias por estar aquí, conmigo, escuchando mis problemas a pesar de todo lo que ha pasado

entre nosotros.

—Si estoy aquí es porque te quiero.

Volvió a besarme.

—¿Y..., puedo pasar la noche contigo? —preguntó sobre mi cuello, provocando que todo el vello de mi cuerpo se pusiera de punta. Metió las manos bajo la tela de mi camiseta, clavando los dedos en mi carne para tomarme y quedar sentada sobre su regazo.

—Me encantaría —sonreí—, pero no es mi casa

—¿Quieres que hablemos sobre lo de tu padre?

—No hay mucho que contar: Hemos discutido y me he ido de casa.

Sus ojos me miraron atentos, como si esperara que dijese algo más.

—Me ha dicho que te ha pegado...

Asentí.

—Se odia así mismo por eso —dijo, rozándome la mandíbula con los dientes, besándome en la barbilla, provocándome. Tentándome—. Me ha dicho que lamenta no haberte contado su intención de proponerle matrimonio a Lucy. Dice que estaba tan ilusionado que no se ha parado a pensar en otra cosa...

—Eso no es excusa, Alex —repuse—. Entiendo que esté ilusionado con su nueva relación, es lo más normal del mundo, pero lo que no está bien es que haya apartado a su única hija de su felicidad. Las invitó a vivir con nosotros sin antes presentármelas. Descubrí que Lucy tenía una hija el mismo día que se mudaron. Incluso se marchó a cenar con ellas la noche que volví a casa después de estar en el hospital...

—Ha cometido muchos errores, sí, al igual que el resto del mundo. Los humanos estamos programados para cagarla, pero lo importante es lo que hacemos después. Tu padre está muy arrepentido por todo lo que ha pasado, no mucha gente son capaces de admitir sus errores, créeme. A mí a veces también me cuesta reconocer cuando estoy equivocado...

—¿Lo dices por...?

—¿Tienes noticias de Stanford? —me preguntó, incómodo.

—No, todavía no.

—¿Y has pensado en la posibilidad de que no te admitan? No digo que no lo vayan a hacer, seguramente sí que entres, solo quiero saber qué pasaría en el caso hipotético en el que no.

Me dejé caer a su lado, en el escalón.

—Stanford siempre ha sido mi única opción. Mi madre solía hablarme de sus días en la universidad cuando era niña, y desde entonces había soñado con estudiar en la misma universidad que mis padres. Y si no consigo entrar... —me coloqué el pelo detrás de la oreja y suspiré—. No había pensado en esa posibilidad, la verdad. Supongo que iré a cualquier otra.

—Bueno..., esperemos que puedas cumplir tu sueño.

Se forzó por sonreír y me acarició la nariz con la suya.

—¿Y tú? ¿Has echado la solicitud?

—Sí. Voy a intentar entrar en Stanford y estar contigo, pero como no creo que lo consiga, la he echado también en Berkeley. Es lo más cerca de ti que he encontrado. Exactamente a 78 kilómetros de distancia.

Presionó su boca contra la mía.

—Eso me encantaría.

Su sonrisa se ensanchó.

—Entonces ¿qué? ¿Puedo quedarme a dormir? —preguntó de nuevo, acercándose a mí para

darle pequeños besos por la barbilla, subiendo hasta llegar detrás de mi oreja—. Te prometo que me portaré bien.

—Ya te he dicho que no puedes. No es mi casa...

—¿Y si vamos a la mía? —probó.

—No puedo marcharme, Alex.

—Bueno —se rindió, aunque seguía con esa sonrisa reluciente en el rostro que me hizo sonreír a mí también—. Entonces me voy. Mañana nos espera un largo viaje en autobús hasta Richmond y todavía no he preparado la maleta...

—No sé por qué no me sorprende —me reí.

Yo tenía la maleta preparada desde la semana pasada.

—Hasta mañana —dije, incorporándome.

—Hasta mañana —se inclinó y me besó otra vez.

Esperé hasta que se montara en el coche y se perdiera en la noche antes de coger el vaso de agua y entrar en la casa. Cerré la puerta con mucho cuidado y, cuando me di la vuelta, encontré a mi amiga parada a los pies de la escalera, vestida con un pijama de seda rosa y blanco y con los brazos cruzados a la altura del pecho, mirándome con una sonrisa pícara.

—¿Cuánto has oído? —quise saber.

—No mucho. Solo que Alex quería quedarse a dormir —terminó de bajar las escaleras y se acercó a mí—. Lo que no logro entender es qué hacía aquí cuando se supone que habíais roto...

Me miré los pies, avergonzada. ¿Por qué me sentía así? En el fondo sabía que la ruptura con Alex no iba en serio, ¿entonces por qué me sentía como si estuviera haciendo algo malo por verme con él?

—¿Se ha disculpado por dejarte?

Negué con la cabeza.

—Chloe...

—Ya sé lo que me vas a decir, Sarah, pero créeme cuando te digo que realmente necesitaba verme, y creo que esta noche nos ha venido bien a los dos —al ver su expresión, añadí—: Solo ha sido una excepción. Hasta que no se disculpe, no pienso volver con él.

Ella asintió y enhebró su brazo al mío.

—Vamos a la cama, mañana te espera un largo viaje.

—Ojalá pudieras venir...

—A mí también me gustaría —dijo, apenada—. Al menos podré graduarme este año...

—¿En serio?

—Mis padres han vuelto a hablar con el director. Tras una evaluación de mi expediente académico y por haber estado en coma, el consejo ha decidido que podré graduarme este año si asisto a clases de verano.

—Eso es genial —dije, abrazándola.

—Sí, lo es. Además, el consejo también ha dicho que el profesor David Grant me dé clases para ayudarme con los exámenes —su sonrisa se tornó a lascivia—. Mañana por la tarde tengo la primera clase en el instituto.

—Ten cuidado con eso, las dos sabemos que si estás con él no vais a estudiar.

—Tranquila, no estaremos solos. Habrá más alumnos.

Me entusiasmaba que Sarah pudiera graduarse este año, no merecía estar un año más en el instituto por culpa de Jackson y sus amigos los secuestradores.

—¿Y qué piensas hacer después de la graduación?

—Me tomaré un año sabático —respondió cuando llegamos a la puerta de la habitación de invitados—. Viajaré o me pondré a trabajar. Aún no lo tengo decidido. Pero lo que sí sé es que diré a todo el mundo que Woody y yo estamos saliendo. No pienso ocultarme más.

—Me alegro mucho por ti, Sarah. De verdad.

Ella sonrió.

—Deberías dormir un poco. Todavía tienes dos horas más antes de que suene la alarma.

—Hasta mañana.

Nos abrazamos y cada una entró en su habitación.

19

Cuando la alarma del teléfono sonó a las seis y media de la mañana, durante un momento quise lanzarlo por la ventana y dar media vuelta en la cama para seguir durmiendo. Estaba teniendo un sueño buenísimo: estaba en el caribe, en una de esas playas de arena blanca y agua azul turquesa, tomando el sol en una de esas hamacas de tela que colgaba de dos enormes árboles, con un cóctel en la mano, en el hotel más lujoso del mundo... Sin embargo, en vez de quedarme en la cama, apagué la alarma y con los ojos todavía pegados y el pelo enmarañado, fui al cuarto de baño a lavarme la cara. Haberme despertado en mitad de la noche para estar con Alex me había pasado factura. Estaba muerta de sueño.

Cuando desconecté el teléfono de la corriente, vi que tenía un mensaje en la bandeja de entrada.

ALEX ♥

Gracias por lo de anoche

Dejé el teléfono sobre la mesita y seguí preparándome. Sarah tenía razón, no podía volver con Alex hasta que admitiera su error. Ojalá pudiera hacer borrón y cuenta nueva, hacer como si no hubiera pasado nada y volver a estar juntos... Pero no podía. No podía simplemente suprimir esa vocecita de mi cabeza que me decía que no podía consentir que alguien me tratara así, por mucho que mi corazón suplicase estar de nuevo en sus brazos.

—Buenos días —saludé a la familia Greene cuando bajé a la cocina a desayunar.

—Buenos días —me saludaron todos.

Me senté al lado de mi amiga.

—¿Has encontrado la habitación a tu gusto? —me preguntó Helena, echándome un vaso de zumo de naranja recién exprimido. Yo sonreí en agradecimiento.

—Sí, todo está genial. Gracias.

—¿Nerviosa por el partido? —me preguntó Víctor.

—Mucho —admití.

En realidad estaba frenética. Era la primera vez que Moon Hill High School llegábamos a la final del campeonato, normalmente nos quedábamos a las puertas, solíamos caer en la semifinal. Pero gracias a Alex y Brett, esa mala racha que nos había acompañado durante años se había quedado atrás. Podía hasta saborear la victoria.

—Seguro que lo haréis genial —añadió Sarah con una media sonrisa. Sabía que lo decía de corazón, aunque en el fondo le sabía mal no poder estar con nosotras en el último partido.

—Recuerdo cómo era —comentó su madre con una sonrisa melancólica—. Yo también fui animadora en el instituto y cada vez que tenía que salir a bailar lo pasaba realmente mal...

—Pero eso es solo al principio —dije—. Después es un subidón de adrenalina.

—Eso es cierto —rió—. ¿Has pensado en cómo ir al instituto?

—En mi coche.

—Si quieres, puedo llevarte yo —me propuso Víctor tras dar un sorbo a su café—. Así no tienes que dejar el coche durante el fin de semana en el instituto. Aquí estará más seguro.

—Vale. Muchas gracias.

Después de coger la maleta y que Víctor la guardase en el maletero, me monté en los asientos traseros del todoterreno. Sarah iba sentada delante, se había empeñado en acompañarnos para despedirse. El trayecto no duró mucho, Víctor me contó que mi padre había llamado esta mañana bien temprano para preguntar cómo estaba y que deseaba haber podido venir a despedirse, pero que no lo había hecho porque creía que yo no quería verlo. Que pensase eso me molestó mucho, porque por mucho que estuviéramos peleados, era mi padre y echaba en falta su apoyo. Eso sí, por mucho que lo echara de menos, tampoco pensaba dar el primer paso. Como él había sido quien me había apartado de su vida, si quería volver a tenerme en ella, debía acercarse él primero. Es lo más justo, ¿no?

Frente a la puerta del instituto estaba aparcado el autobús que nos llevaría a Richmore. En la puerta había una pequeña fila donde los entrenadores pasaban la lista de las asistencias. Vi a Brett dejar su maleta al conductor que era el encargado de guardarlas antes de subir al autobús.

Me despedí de Sarah con un fuerte abrazo.

—Quiero que me llames justo después del partido y que me cuentes todo lo que haya pasado —me dijo con los ojos vidriosos—. Y ni se te ocurra omitir ningún detalle. Quiero sentir que yo también estoy allí con vosotras...

—Lo haré. Te lo prometo.

Víctor se acercó con mi maleta.

—Mucha suerte —me dijo con una sonrisa.

—Gracias.

Me acerqué al conductor y le entregué la maleta. Saludé a los dos entrenadores que estaban concentrados en que ningún alumno faltara y subí las pequeñas escaleras.

Brett me saludó desde los últimos asientos.

—Aquí tienes sitio —me dijo.

Saludé a mis compañeras y a los jugadores mientras llegaba al otro extremo del autobús. No fue hasta que estuve más cerca cuándo vi que Alex dormía plácidamente al lado de Brett; tenía la cabeza apoyada contra el cristal con los auriculares puestos, evadiéndose de cualquier sonido del exterior. Sus labios estaban apretados y tenía el ceño fruncido. Supuse que no pudo volver a dormir después de despedirnos anoche.

Poco a poco los asientos se llenaron. Brittany, cuando llegó, se sentó a mi lado. Llevaba puesto un vestido, el pelo rubio lo tenía recogido en un moño desarreglado y unas gafas de sol ocultaban sus ojos. No tenía buen aspecto, decía que era por no haber dormido bien, pero parecía que había algo más.

Jackson fue el último en llegar al autobús. Llegó justo antes de que el conductor cerrara las puertas. Sus ojos rodaron hacia mí mientras el entrenador le echaba la bronca. Aparté la mirada. No me gustaba la sensación que me provocaba cuando me miraba directamente.

A mitad de camino paramos a repostar en una estación de servicio. Brett se había pasado el camino entero intentando jugar con Brittany y conmigo para aprovechar el tiempo del viaje y que fuera más ameno, pero es que yo no tenía ganas de jugar a nada. Había estado mirando por la

ventana y pensando en mis cosas.

Alex se despertó cuando notó que el autobús se detuvo. Sus ojos azules se posaron directamente sobre mí mientras yo me levantaba y colgaba el bolso al hombro.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola.

—Me alegra verte.

No respondí a eso. Bajamos del autobús a estirar un poco las piernas. Brett, Brittany y Alex fueron a comprar algo de comer en la tienda mientras yo fui al servicio.

Me lavé las manos cuando terminé. Alcé la vista, encontrándome con unos ojos azules. No me asustaría si fueran los de Alex, pero quien estaba detrás de mí era Jackson, mirándome de una forma que me puso los pelos como escarpas.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has forzado la cerradura?

—He venido a verte.

Su cuerpo estaba rígido, como si estuviera nervioso.

—Yo no quiero verte ni en pintura.

Traté de pasar por su lado y salir del servicio, Jackson me agarró de la muñeca y me detuvo.

—¡Suéltame!

—Chloe, yo solo... quiero hablar, ¿vale?

—¡No quiero hablar contigo!

Me solté de su agarre y salí escopeteada por la puerta. Jackson me siguió. Trató de detenerme diciéndome que tenía que contarme algo muy importante. Ni siquiera sé por qué me detuvo, pero cuando empezó a decir que todo lo que había hecho había sido porque estaba enamorado de mí y más cosas parecidas, supe que había sido una pérdida de tiempo. Puse los ojos en blanco y seguí mi camino. Estaba justificando el secuestro y la trata de blancas por creer estar enamorado de mí.

Pero eso no era amor.

Jackson tiró de mi muñeca para detenerme, entonces tropecé con mis propios pies y me caí al suelo, raspándome ligeramente las palmas de las manos con el asfalto.

—Mierda —mascullé.

—Joder, lo siento mucho, Chloe. Yo...

Brett, Brittany y Alex aparecieron de repente desde el interior de la tienda y alejaron a Jackson de mí a empujones. Brittany fue quien me ayudó a incorporarme.

—No vuelvas a acercarte a ella —las palabras de Brett fueron tan frías que hasta a mí me estremecieron—. Esta es la última vez que te lo repito, Jackson. No quiero verte cerca de Chloe nunca más, ¿entiendes?

Jackson perdió todo el nerviosismo de antes y volvió a ser el mismo capullo engreído de siempre. Cerró los puños, irguió la cabeza y estiró sus labios en esa arrogante sonrisa.

—Lo que no comprendes es que es Chloe quien me busca...

—¡Eso es mentira! —grité.

—Eso no dijiste ayer cuando me gritabas que te follara.

Y sucedió lo inevitable. El puño de Alex impactó contra la mandíbula de Jackson; este se llevó la mano a la boca, su piel se tiñó de sangre. Al sonreír, sus dientes tenían un tono carmesí, y todo mi cuerpo se volvió gelatina. No sabía de lo que Jackson era capaz de hacer después de esto.

—Te arrepentirás de esto.

Sus ojos se posaron en mí antes de subir de nuevo al autobús.

Alex se acercó a mí.

—¿Cómo estás? —me examinó las manos—. ¿Te duele?

—Un poco. No pasa nada. Es solo un rasguño.

—Deberías curarte las heridas —dijo Brittany.

—Vamos —dijo Alex, tirando de mí para ir de nuevo al baño.

Una vez allí, abrió el grifo del lavabo y colocó mis manos bajo el chorro del agua. La presión hizo que me escociera un poco. Sus ojos examinaban mis manos mientras yo me dedicaba a mirarlo. Estaba tan guapo; llevaba una camisa de cuadros en diferentes tonalidades de rojo abierta, remangada hasta los codos sobre una camiseta de tirantes blanca y esos vaqueros que le hacían un culo perfecto. El pelo estaba perfectamente peinado hacia atrás. Sus labios perfectos. Todo en él me parecía perfecto. Hasta su voz. Poseía ese tipo de voz masculina capaz de provocar que cualquier mujer hiciera lo que él quisiera...

¿Pero qué estaba haciendo? No podía seguir comiéndome con los ojos a Alex. Decidí mirar el cuarto de baño. Las paredes estaban limpias, o eso parecía a simple vista. Tampoco es que la luz fuera demasiado potente como para poder comprobarlo. Los aseos... dejaban mucho que desear. Tampoco podía pedir demasiado, eran los servicios de una gasolinera en mitad de la nada. Al menos no había cucarachas.

—No es grave —dijo Alex con una sonrisa—. Sobrevivirás.

—Ya te lo he habido dicho. Estoy bien.

—Es mejor asegurarse.

Nos quedamos en silencio unos segundos que me parecieron eternos, mirándonos, perdiéndome en el azul de sus ojos.

—No deberías haberle pegado —dije, incorporándome.

—Debería haberlo hecho mucho antes, en realidad.

—Alex, esto puede traer muchos problemas...

—No le tengo miedo.

—Pues deberías —repuse—. Jackson es..., peligroso.

—¿Peligroso? —frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

Me quedé callada.

Había dicho demasiado.

Alex dio un paso hacia mí.

—¿Hay algo sobre Jackson que yo no sepa?

Que se dedica a secuestrar y a prostituir chicas.

Que intentó abusar de mí en una fiesta el curso pasado.

Que está obsesionado conmigo.

La intensidad de su mirada me hizo apartar la vista.

Las palabras de Cole me vinieron a la mente.

No podía contárselo...

—Chloe, ¿ha pasado algo con Jackson? —insistió.

La voz del entrenador James avisando de que íbamos a seguir con el trayecto se coló por el servicio y me salvó de responder. Al menos por ahora. Alex y yo nos miramos, y algo dentro de mí me dijo que no iba a dejarlo pasar, que en otro momento querría una respuesta. Salimos y nos reunimos con Brett y Brittany en la puerta del autobús.

Dos horas más tarde, llegamos al hotel Saint Mary. El recibidor era grande y muy espacioso, donde una gran alfombra roja contrastaba con los muebles de madera y los suelos blancos recién

pulidos. Por lo que había leído en internet, era un sitio muy agradable. Los clientes solían salir satisfechos. Y por lo que alcanzaban a ver mis ojos, parecían estar en lo cierto.

La última vez que jugamos en Richmore, nos llevaron a un hotel cuyos huéspedes habituales eran una familia de ratas. Una se metió en la cama de Susana, una compañera de equipo, mientras se duchaba y cuando la vio moverse bajo las sábanas pegó tal grito que se escuchó en todo el edificio. Por no mencionar que en los baños había suciedad incrustada en las juntas de los azulejos, espejos con las esquinas rotas, muebles sin puertas, la alcachofa de la ducha no funcionaba y encima no había agua caliente, y estábamos en invierno. Nada más llegar a Moon Hill, nos quejamos al director por habernos enviado a un sitio así, y este año había tomado medidas y había buscado uno en mejores condiciones.

Mientras los entrenadores hacían el *check-in* en recepción, me entretuve mirando al hombre que tenía al lado y que hablaba con Brett; ellos comentaban las ganas que tenían de darse un baño en la piscina, que hacía mucho calor en esta parte del condado. Brett también dijo que se había fijado en una huésped que viajaba con sus padres.

—¿Es aquella chica de allá? —le preguntó Alex.

Disimuladamente, yo también miré. Había una chica de piel canela junto a dos personas que parecían sus padres que no dejaba de mirar hacia aquí. Llevaba un bikini verde que acentuaba sus bonitos pechos.

—Sí, es esa —dijo Brett.

—Te deseo mucha suerte, amigo. No está a tu alcance.

—¿Cómo que no?

—Porque si te fijas, no es a ti a quién está mirando sino a Britt.

Apreté los labios en un intento de reprimir la sonrisa que estaba a punto de escapárseme. Alex sí que sonrió, Brett, en cambio, se había quedado con una expresión incrédula.

—Bueno, no pasa nada. Seguro que habrá más chicas.

—¿Y qué pasa con la chica que estabas conociendo?

—No funcionó —encogió los hombros—. Luego te cuento.

Alex asintió.

El entrenador James fue el primero en acercarse.

—Chicos, venid conmigo —dijo, haciendo un gesto con la mano para que lo siguieran. Alex en ese momento se agachó para robarme un beso, me guiñó el ojo y se marchó con Brett.

Yo me quedé paralizada, no esperaba que me fuera a besar. Ya sé que anoche estuvimos juntos y nos besamos varias veces, pero nuestra situación no había cambiado. Tenía que dejárselo claro cuanto antes. Jackson miró el beso con repugnancia e hizo un gesto como si estuviera a punto de vomitar.

—Nosotras estaremos en la sexta planta —nos dijo la entrenadora cuando se acercó a nosotras—. Las habitaciones serán de dos personas, y habrá dos que tienen que ser de tres. Haced los grupos y seguidme.

Enhebré el brazo al de Brittany y caminamos hacia los ascensores.

—¿Los chicos están en la misma planta? —quiso saber una compañera.

—No —contestó de inmediato—. Ellos estarán en la quinta planta. Y ya sabéis que está totalmente prohibido pasar la noche con algún chico, ya sea de nuestro equipo o cualquier huésped del hotel. Estaré haciendo guardia toda la noche. Y habrá consecuencias para quien decida saltarse las reglas, que lo sepáis.

La entrenadora nos entregó una tarjeta blanca con el número 624 grabado en color dorado y

otra que servía para dar luz a la estancia cuando llegamos a la sexta planta.

La habitación era bastante sencilla. Las paredes estaban cubiertas por un papel de líneas blancas y verdes muy bonito, y que hacían juego con los muebles y con las sábanas de las dos camas. El cuarto de baño no era nada del otro mundo, con su ducha lo suficientemente grande, un lavabo y un retrete. Todo ordenado y muy limpio, cabe añadir. Al fondo, una puerta de cristal que daba a un pequeño balcón, donde se podía ver los rascacielos de Richmore a lo lejos, los jardines del hotel y la piscina privada, que resultaba muy apetecible con el calor que estaba haciendo.

—Pues no está tan mal —dije, abriendo las puertas del balcón para que entrase algo de aire fresco—. Mucho mejor que el último motel al que fuimos.

—Calla. No me lo recuerdes. Todavía tengo pesadillas con aquel motel —Brittany tuvo un escalofrío y se sentó en una de las camas. Se quitó las gafas de sol y las colocó sobre la mesita de noche—. No sé cómo Susana se atrevió a dormir en la cama después de encontrarse la rata. Yo al menos hubiera cambiado las sábanas...

—Yo hasta hubiera dormido en el suelo antes que en esa cama.

—¿En el suelo? —exclamó entre risas—. Si encontró una rata en la cama, imagina lo que habría por el suelo en mitad de la noche. ¡Ni loca dormiría en el suelo!

Las dos nos echamos a reír. En ese momento, Brittany recibió un mensaje al teléfono. Ella lo leyó y bufó con frustración, dejándolo después sobre la cama para llevarse las manos a la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí —mintió—. Es... mi familia. No quiero hablar de ello.

—Pues cuando quieras hablar, aquí me tienes.

Ella me miró con una sonrisa genuina.

—Oye, ¿te apetece ir a la piscina? —me preguntó.

—Sí, claro. Vamos.

La zona exterior era bastante amplia. En el centro se encontraban las dos piscinas, una para los más pequeños y otra para los adultos, donde la gente disfrutaba del sol y del agua. Al fondo se encontraba el bar, donde los clientes podían ir a pedir algo para beber. Nos dimos cuenta de que Susana, Amanda y Rebecca estaban sentadas en el borde de la piscina, coqueteando con un grupo de chicos que estaban en el agua y que parecían ser mayores que nosotras. ¿Universitarios? Probablemente.

—Hola, chicas —las saludó Britt.

En el momento en el que Brittany entró en escena, los ojos de los cuatro chicos rodaron hacia ella, olvidándose por completo del resto. Tampoco me sorprendió. Estaba despampanante. El conjunto negro de una pieza que se había puesto se ajustaba a sus curvas y lucía un trasero que a más de una nos gustaría tener. Sus ojos estaban ocultos por unas gafas de sol, pero cuando se las colocó en la cabeza, el azul de su mirada los cautivó. Quedaron prendidos.

—Hola —respondieron las chicas de mala gana.

Uno de ellos salió de la piscina. Era alto, tenía un cuerpo atlético, como a ella le gustaba y la piel aceitunada. Miles de gotas de agua se deslizaban por su cuerpo, centelleando por los rayos de sol que incidían sobre ellas.

—Hola, me llamo Julien. ¿Tú eres...?

—Brittany —respondió ella, coqueta.

Julien tomó su mano y le besó el dorso, todo un caballero.

—Encantado de conocerte.

Sus ojos castaños se fijaron en mí. Y también en mis pechos.

—¿Y tu eres?

—Me llamo...

—Tiene novio —me interrumpió Rebecca, celosa.

El chico me miró desilusionado.

—¿Es cierto?

En realidad, no. No tenía novio. Alex me dejó. Y era libre de hacer con mi soltería lo que quisiera... pero no. Por muy guapo que fuera el chico, mi corazón y mi mente seguían con el capullo arrogante.

—Sí.

Entonces desvió su atención a Brittany.

—¿Y tú?

—Yo estoy soltera.

Esbozó una sonrisa y tomó su mano. Britt me tendió su bolso y me dijo que se lo guardara

mientras ella se bañaba con Julien. Yo aproveché que una persona había dejado libre una de las seis tumbonas que había colocadas frente a la piscina para tumbarme y tomar el sol. Dejé todas las cosas a un lado. Me puse las gafas de sol y cubrí mi piel de protección solar. Luego me acomodé, dejando que los rayos de sol penetraran en mi cuerpo.

Brittany se había vuelto el centro de atención del grupo de chicos, todos nadaban a su alrededor, como si fueran tiburones rondando a su presa, a la espera de poder comer. Susana, Amanda y Rebecca estaban que echaban humo por las orejas ya que ellas se habían quedado en un segundo plano. No pude evitar sonreír ante la situación.

Cerré los ojos. Dejé que la tensión y las preocupaciones que tenía acumuladas se desvanecieran por mis poros; la discusión con mi padre, la ruptura con Alex, la invasión en mi casa... Me puse los cascos y me perdí en la voz de Miley Cyrus. Al menos hasta que recibí una llamada.

—Hola, abuela —saludé.

—Hola, cariño —dijo con su habitual alegría—. Sé que ahora estás de viaje en Richmore, pero necesitaba hablar contigo con urgencia. Tu padre me está calentando la cabeza con que os habéis peleado...

¿También la había llamado a ella?

—Parece que está llamando a todo el mundo...

—¿Quieres contarme qué es lo que ha pasado?

—Se va a casar, abuela. Va a casarse con Lucy.

—Eso ha dicho —dijo en tono seco. Tampoco parecía entusiasmada por la noticia.

—Esa ha sido la gota que ha colmado el vaso, pero la verdad es que mi padre y yo llevábamos mucho tiempo sin conectar. Ya te dije cuando estuve en el hospital que me estaba apartando de su vida. Que se haya comprometido sin decirme nada me confirma que yo ya no le importo...

—Oh, no cariño. Eso no es cierto. Tu padre te adora.

—Di mejor «adoraba» —repuse.

—Cariño, créeme cuando te digo que tu padre te adora. Siempre has sido su razón de vivir. Y aunque se haya precipitado con la boda, sé que eso no ha cambiado, por mucho que esa tal Lucy haya aparecido...

—Me gustaría creerte —suspiré.

Britt y Julien se habían apartado del grupo, a un lado de la piscina donde no había mucha gente. Hablaban muy juntos, él sonreía y ella se mordía el labio inferior con picardía.

—¿Y cómo es? —me preguntó mi abuela.

—Guapa, elegante, estirada... Al principio me pareció simpática, ahora que he podido conocerla un poco más, no sé. No creo que esté realmente enamorada de mi padre, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—Cuando mira a mi padre, su mirada es... distante, fría.

—¿Y si no está enamorada de Tom, para qué casarse con él?

—No tengo ni idea —suspiré.

—¿Y tú cómo estás?

—Ahora mismo me encuentro en una playa paradisíaca viendo a tíos cachas bañándose en la piscina con unos bañadores que hacen que se le marquen toda la...

—¡Abuela! —me eché a reír.

—Tú has preguntado.

—Ese tipo de información podrías habértela ahorrado...

—Cariño, tengo que dejarte, acaba de surgirme un morenazo de ojos verdes y con los brazos más grandes que mi cabeza...

—De acuerdo. Adiós. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Dejé el móvil en el interior del bolso y volví a acomodarme en la tumbona. Por los auriculares ahora sonaba una canción de Sam Smith. Cerré los ojos y me dejé llevar por la canción. Hasta que alguien me tomó en volandas y me lanzó al agua. Cuando emergí a la superficie, pude ver a través de las gafas de sol a Alex y Brett a mi lado, riéndose a carcajadas.

—No tiene ninguna gracia —repuse haciendo un mohín.

Me impulsé en el bordillo y salí de la piscina. Mientras me quitaba el exceso de agua del pelo, vi a Alex saliendo también. Brett seguía riéndose en la piscina.

—Solo era una broma. No te pongas así —dijo con suavidad y dibujando esa sonrisa capaz de provocar infartos. Llevaba un bañador negro que le llegaba a la mitad del muslo. Cientos de gotas centelleantes adornaban sus músculos, resbalando por su tersa piel.

Apreté los labios en un intento de contener las ganas de lamer cada una de las gotas y aparté la mirada. Me sentía débil cuando me miraba de esa forma, es como si no pudiera resistir a su magnetismo.

—No era mi intención molestarte. Yo solo...

—Me da igual.

Traté de coger mi bolso, pero me asió del brazo y me detuvo.

—Espera.

Sus dedos se deslizaron por mi brazo hasta cogerme de la mano. Yo me giré lentamente y lo miré a los ojos, esos preciosos ojos que se veían de un azul muy intenso. Parecía realmente arrepentido por su broma de mal gusto. Y eso me hizo sonreír por dentro. A mí también me apetecía reírme un poco.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

Medité la respuesta.

—Bésame.

Alex sonrió y se inclinó hacia mí con los ojos cerrados. Justo antes de que nuestros labios pudieran rozarse, aprovechando que estábamos cerca del borde de la piscina, lo empujé. El agua me salpicó los pies y parte de los muslos.

—Perdonado —dije con una sonrisa de suficiencia.

Negó con la cabeza, divertido, antes de venir nuevamente a por mí. Intenté huir, pero fue más rápido y me atrapó, envolviéndome entre sus brazos. Los dos caímos de nuevo al agua. Y cuando emergimos, clavó los dedos en mis muslos, obligándome a enroscar las piernas alrededor de su cintura. Buscó mis labios, pero yo me eché hacia atrás.

—¿Qué pasa ahora? —me preguntó.

—Me dejaste, ¿recuerdas?

Su rostro perdió el sentido del humor.

—Me gustaría saber qué somos ahora —añadí—. No estamos en una relación porque me dejaste. Luego me llamas en mitad de la noche porque necesitas verme...

Venga, Alex. Solo dos palabras.

Dímelo y volveremos a estar juntos.

—¿Y si hacemos como si nada hubiera pasado?

Volvió a intentar besarme, yo volví a retroceder.

—¿Cómo si nada hubiera pasado? ¿Estarás de broma?

—No.

Me bajé de sus brazos y puse espacio entre los dos.

—¿Acaso eso cambiaría algo? Por mucho que hagamos como si no hubiera pasado nada, tú seguirás pensando que cuando me vaya a Stanford, voy a dejarte.

—¿Y qué quieres que haga?

—Quiero que te disculpes por haberte comportado como un imbécil.

El tono de mi voz fue más brusco de lo que pretendía.

—¿Imbécil? —preguntó con incredulidad.

—Sí, te comportaste como un imbécil.

—Vaya...

—¿Vas a disculparte o no?

—No voy a disculparme por tratar de protegerme...

—Entonces no tenemos nada más de que hablar.

Salí de la piscina, recogí mis cosas y puse rumbo hacia el hotel. No podía creer que Alex no quisiera admitir que se equivocó. Puede que creyera que tuviera razones para hacer lo que hizo, pero eso no le da derecho a jugar con nuestra relación como si fuera una peonza a la que solo juega cuando le apetece.

Entré en el ascensor y pulsé el botón de la sexta planta. Justo antes de que las puertas se cerrasen, una mano las abrió. Pensé que se trataba de Alex, que había venido arrepentido y dispuesto a disculparse. Sin embargo, el dueño de la mano era Jackson. Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos. Sus ojos me recorrieron entera, tenía en el rostro esa arrogante sonrisa.

—Vaya... ¡qué buena estás!

Solté un bufido.

—No tengo fuerzas para soportar tus comentarios de mierda. Así que por favor, déjame en paz. Solo quiero ir a mi habitación.

Entró y presionó el botón de la quinta planta.

—¿Estás bien? —me preguntó.

No respondí.

—¿Es por Alex?

Dio un paso hacia mí, yo retrocedí.

—He oído que habéis roto.

No era una ruptura, era más bien un paréntesis... ¿no?

—Alex no te merece —añadió.

—¿Y quién me merece? —pregunté con rabia—. ¿Tú? ¿La persona que se dedica a secuestras chicas para prostituirlas? ¿La persona que me drogó e intentó violarme? ¿Esa es la persona que me merece?

Tensó la mandíbula y apartó la mirada.

—Antes era una buena persona, Jackson, ¿por qué te has convertido en alguien capaz de hacer esas cosas?

—Las mujeres y el dinero pueden cambiar hasta al mejor hombre —se limitó a decir.

—No, los hombres cambian por sí mismos.

—No entiendes nada...

Las puertas de su planta se abrieron y salió del ascensor. Mientras el ascensor seguía

subiendo, yo me quedé pensando en sus palabras. «No entiendes nada». ¿Acaso había un motivo de peso por el cual se había metido en eso? ¿Alguien lo estaría amenazando?

Una vez en mi planta, atravesé el largo pasillo tratando de dejar a un lado la conversión con Jackson y entré en la habitación. Dejé las cosas sobre la cama y fui al balcón, donde pude ver que Alex y Brett estaban acostados en las tumbonas, Brett hablaba sin parar y por la forma en la que movía las manos, intuía que estaba echándole la bronca. A ver si con la charla conseguía entrar en razón.

En ese momento, llamaron a la puerta. Brittany.

—Qué rápido has vuelto —comenté.

—Julien es guapo y eso, pero es muy aburrido.

Ella cogió su teléfono del bolso.

—Pues eso no es lo que parecía cuando os he visto juntos...

—Las apariencias engañan, parece mentira que no lo sepas.

Fruncí el ceño, molesta.

—¿Eso lo dices por mí?

—¿Qué? ¡Claro que no! Es solo que... Nada, déjalo.

Cogió su bolso y con las mismas, salió de la habitación. No sabía qué problemas familiares tenía, pero últimamente parecía estar enfadada, como si no pudiera confiar en nadie, como si todo el mundo el mundo la hubiera fallado. Por más que había intentando que se abriera a mí, Brittany no estaba dispuesta a hablar; ella podía hablar de los chicos con los que se había acostado, comentar tamaño, forma y grosor de cada uno de sus miembros, además de sus posturas favoritas. Pero cuando se trataba de cosas relacionadas a su familia, se cerraba. Cambiaba de tema o se iba con alguna excusa. La única vez que se abrió a mí fue cuando la eché del equipo y me contó que su madre se había fugado con otro y que su padre se había metido en una secta religiosa. Pero debía haber algo más. Algo que no le había contado a nadie.

Yo aproveché que estaba sola en la habitación para darme una ducha rápida. Después de ponerme un vestido veraniego cómodo, escuché unos pasos detrás de la puerta. Un nota se deslizó hacia el interior de la habitación por debajo de la puerta:

Siento todo lo que te he hecho.

Estoy intentando cambiar, ser el hombre que mereces.

Solo dame tiempo para serlo.

Mientras leía la nota no podía creerlo. Alex había reconocido que se equivocó y se había disculpado. No era la forma que esperaba que lo hiciera, pero al menos lo había hecho. Eso significaba que me quería y que iba a luchar por nuestro amor.

Bajé por el ascensor con una sonrisa que no me cabía en el rostro. Lo único en lo que podía pensar era en ver a Alex, lanzarme a sus brazos y besarlo hasta quedarme sin aliento. Eso pensaba hacer.

Los rayos del sol me cegaron unos segundos cuando salí al exterior. Caminé con paso firme entre los clientes que había en el hotel, pasando por Brittany y los dos entrenadores, hasta llegar al hombre que estaba acostado en la misma tumbona donde había estado yo media hora atrás, al

lado de Brett.

Al verme, se quitó las gafas de sol y se incorporó.

—Chloe, ¿estás bi...?

Sus palabras se vieron interrumpidas por mis labios. Tomé su rostro y hundí la lengua en su boca, profundizando nuestro beso. Tras unos segundos de desconcierto, rodeó mis caderas con los brazos y me pegó a su cuerpo, pudiendo sentir así su ardiente piel por todas partes, su corazón acelerado.

—¿Y esto? —me preguntó con la voz entrecortada.

—La respuesta a tu disculpa —me mordí el labio inferior.

—¿Mi disculpa? —frunció el ceño.

—No te hagas el tonto, sé que has sido tú quien ha dejado esta nota en mi habitación.

Alex tomó el papel y lo leyó.

—Yo no te he enviado esto...

—¿No has sido tú? —pregunté, confusa.

—Alex no se ha movido de aquí —aseguró Brett.

Entonces... ¿quién había sido?

—Jackson —pensé en voz alta.

—¿Jackson? —repitió Alex, incrédulo.

—Puede ser. No lo sé. Me lo he encontrado en el ascensor y...

—¿En el ascensor? —me cortó, alzando tanto la voz que provocó que las personas que disfrutaban del sol en la piscina se giraran curiosos y se centraran en nosotros—. ¡Joder, Chloe! ¡Pareces nueva! ¿Es que no sabes que ese tío no es de fiar?

—Primero, cálmate. Tú no eres nadie para gritarme así...

—¡Soy tu novio!

Negué con la cabeza.

—No lo eres —escupí—. Me dejaste, ¿recuerdas? Y si no has escrito esta nota, nada entre nosotros ha cambiado, Alex. Si no eres capaz de aceptar que cometiste un error, lo mejor será que acabemos con esto pero de verdad.

—¡Está bien! —exclamó, exasperado—. ¡Lo siento! ¿Ya estás contenta?

—Eso no me vale —repuse—. No quiero que lo digas simplemente porque crees que es lo que quiero oír, lo que quiero es que entiendas que no debiste dejarme por tu miedo al abandono. Puedo entender que pudieras pensar así al principio, ¿pero ahora? ¿Es que no te he dado motivos suficientes para convencerte de que te quiero? Que me dejaras a pesar de todo significa que no confías realmente en lo nuestro, que esto para ti solo es un pasatiempo divertido por lo que no merece la pena luchar...

—Pero...

—No puedo seguir con esto, Alex. Lo siento, pero no puedo.

Rompí la nota y regresé a mi habitación.

Mi relación con Alex había sido una montaña rusa desde que nos conocimos. Al principio ninguno estaba preparado para tener algo más que una simple amistad después de todo el daño que nos hicieron; Alex no quería conocer a nadie porque no quería que lo volvieran a utilizar como sucedió en el pasado con Mandy y Robert; yo no quería seguir siendo aquella niña que perdió a su madre y cuyo novio le puso los cuernos con una amiga, por lo que me convertí en mi peor versión... hasta que conocí a Alex e hizo replantearme todo mi mundo.

Antes de conocerlo, lo tenía todo bajo control. El instituto entero me idolatraba, me seguían y hacían todo lo que yo quisiera con tal de que les hiciera caso. Tampoco es que me aprovechara de ellos, aunque con saber que harían cualquier cosa por mí me hacía sentir importante... Y cuando Alex llegó, provocó que esa base que yo creía invencible, empezara a resquebrajarse poco a poco. Provocó que me replanteara seriamente la imagen que los demás tenían sobre mí, porque la chica que veía en el espejo no se parecía en nada a la mujer que realmente quería ser, por mucho que en ese momento necesitara ser ella. Y aquel día en el comedor del instituto, cuando revelé a todos que mi vida no era tan... perfecta, no me di cuenta de que en realidad me había hecho el mejor regalo de mi vida, porque ahora podía ser yo de verdad, sin máscaras.

La verdadera Chloe Davis.

Alex también había cambiado mucho desde entonces. Había dejado de ser aquel chico arrogante y engreído cuya presentación en español en la clase del profesor Grant dejó mucho que desear. Tan misterioso y tan enigmático. Tenía algo que me atraía a pesar de haber sido tan capullo conmigo. Y cuando conseguí hacer un agujero a esa pared de hielo que creó alrededor de su corazón, pude conocer realmente el increíble y amoroso hombre que era.

Los dos nos habíamos hecho cambiar en todos los sentidos. Somos las personas que somos ahora gracias al otro. Por eso me costaba tanto entender que Alex hubiera actuado de esa forma tan irracional al saber que yo tenía pensado ir a Stanford. Siempre había pensado que nuestra relación era especial, única, que habíamos conseguido formar una relación sana pese a todo lo que habíamos vivido. Y que Alex no fuera capaz de admitir que se equivocó, me hace pensar que, en el fondo, no sentimos lo mismo.

A lo mejor yo estaba más enamorada de él que Alex de mí.

El sonido de mi móvil me despertó de un profundo sueño. No recuerdo qué era lo que estaba soñando, pero sí que puedo decir que no era algo agradable. Tanteé la mesilla en la oscuridad que inundaba la habitación hasta que di con el teléfono. Lo desconecté de la corriente y me lo llevé a la oreja.

—¿Sí? —pregunté adormilada.

Pensé que se trataba de mi padre, que no podía dormir sin hablar antes conmigo. Y me sorprendí cuando me decepcioné al escuchar la voz de la persona que me había llamado.

—Chloe —era Brett. De fondo pude escuchar unos gemidos y unos gritos que reconocía bastante bien y que terminaron por despertarme—. ¿Puedes venir a mi habitación? Es Alex. Está teniendo una pesadilla...

—Dime la habitación —dije mientras me ponía las zapatillas.

—523.

Colgué. Brittany dormía en la cama de al lado. Llevaba un antifaz de noche que se quitó cuando me escuchó abrir la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas?

—Alex me necesita.

Ella asintió sin necesidad de saber más.

Bajé a la quinta planta lo más rápido que pude. Una pareja de dos hombres caminaban de la mano por el pasillo, me saludaron con un leve movimiento de cabeza antes de entrar en una de las habitaciones. Era consciente de que lo que estaba a punto de hacer estaba mal, ya no solo por las consecuencias que habría si el entrenador James me pillaba en la habitación de los chicos, sino porque había tratado de mantener las distancias con Alex durante todo el día para ver si al fin se daba cuenta del error que cometió, y al mínimo problema que tenía, iba corriendo a ayudarlo. Tampoco podía culparme por ello, no podía simplemente apartarme sabiendo que está sufriendo. Sus pesadillas eran horribles. Y ahora que sabía la verdad sobre Lydia, mi corazón no me lo permitía.

Busqué el letrero con el número 523, aunque tampoco hizo mucha falta, pues los gritos de Alex fueron guía suficiente como para encontrar la habitación sin necesidad de mirar números.

Toqué a la puerta y Brett apareció al segundo, con una camiseta de tirantes y en calzoncillos.

—He intentado despertarle, pero no he podido.

—Yo me ocupo.

La habitación estaba iluminada únicamente por la lámpara que Brett tenía en su mesilla. La luz llegaba hasta el cuerpo de Alex que estaba acostado en el otro extremo, mostrando su torso desnudo cubierto por una película de sudor. No dejaba de moverse, agitado, sobre las sábanas blancas.

—¡No! —gritó—. ¡Chloe, por favor, no me dejes!

Tomé su rostro.

—Estoy aquí —dije con voz calmada—. Estoy aquí.

Sus ojos se abrieron, desorientados, y se fijaron en los míos.

—Chloe —pronunció mi nombre con un hilo de voz.

Las comisuras de sus labios se estiraron levemente antes de abrazarse a mi cadera. Yo enjuagué la lágrima que se deslizó por mi mejilla y deslicé la mano por su espalda con suavidad, acariciándolo hasta que su corazón se relajara. Brett estaba al lado de su cama, observándonos con una mezcla de preocupación y cansancio.

—Quédate conmigo —su voz sonó amortiguada, pues su boca estaba pegada sobre mi vientre. Sus dedos se aferraron a mí con miedo, como si pensara que me iba a ir. Para siempre.

—No puedo, Alex.

—Por favor...

—Si la entrenadora se entera de que estoy aquí...

—No me dejes, por favor —me suplicó—. Te necesito.

¿Cómo iba a marcharme si me decía que me necesitaba?

—Está bien...

Alex me hizo un hueco en la cama, yo me acomodé a su lado. Me envolvió la cintura y apoyó la cabeza sobre mi pecho. Cerró los ojos y con mis caricias, se volvió a quedar dormido en cuestión de minutos. Intuí que Brett también se había quedado dormido por sus ronquidos. Yo, por el contrario, no pude dormir. Mi cabeza estaba teniendo una lucha con mi corazón, pues ella decía que debía volver a mi habitación, que si Alex no era capaz de admitir su error, es porque no valoraba lo que teníamos, y no merecía la pena seguir luchando por una relación destinada al fracaso. Sin embargo, mi corazón lo seguía amando a pesar de todo.

Unos golpes me sobresaltaron. Observé mi alrededor, desorientada. A mi lado se encontraba Alex, dormido y con su brazo sobre mi cintura. Brett estaba durmiendo en la cama contigua. Estaba en la habitación de los chicos, y el recuerdo de lo que sucedió anoche volvió a mí en una rápida sucesión de imágenes.

Los golpes se volvieron a escuchar.

Alguien llamaba a la puerta.

Brett se irguió y su mirada se dirigió a la puerta.

—Brett, ¿estás despierto? —preguntó el entrenador James desde el otro lado de la puerta—. Necesito comentarte una cosa muy importante del partido.

—Eh, sí, sí... Un momento.

Justo entonces, Alex se despertó.

—¿Qué pasa? —preguntó, adormilado.

Los dos lo mandamos a callar.

—Escóndete en el baño —me dijo Brett en voz baja.

Aparté la sábana, recogí mis zapatillas y salí pitando al cuarto de baño. Era igual de pequeño que el nuestro, por lo que tampoco había muchos sitios donde poder esconderse. Al final terminé acostándome en la bañera con la cortina corrida para que no me viera. Me tapé la boca y recé para que no decidiera entrar.

Los escuché abrir la puerta y saludar al entrenador.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Por qué tardabais tanto en abrir?

—Es que Alex duerme desnudo —oí que respondía Brett.

Segundos de silencio incómodo.

—Eh, sí —respondió Alex con voz tensa—. Es que sudo mucho por la noche y...

—No me importa —interrumpió el entrenador—. Necesito hablar contigo para comentarte unas jugadas que se me han ocurrido mientras desayunaba. Creo que nos ayudarán a ganar al Richmore de una vez por todas.

—¿Por qué no hablamos de eso en la cafetería? —preguntó Brett—. Estoy hambriento.

—Eh, claro. ¿Nos acompañas, Alex?

—Sí, ahora me reúno con vosotros.

—Vale. Ahora nos vemos entonces.

Escuché la puerta cerrarse.

Segundos después, Alex corrió la cortina.

—Vía libre —dijo con una media sonrisa nerviosa.

Solté el aire con fuerza por la boca, aliviada.

—Ha faltado poco —dije, incorporándome.

—Gracias por arriesgarte por mí.

—De nada. Para eso estamos las amigas.

Percibí en su rostro un deje de tristeza al escucharme decir que era su amiga. Pero había dicho la verdad.

Solo éramos amigos.

Salí del cuarto de baño y subí a mi habitación.

Antes del partido, la entrenadora Alice nos sacó de las habitaciones para hacer ejercicio y practicar por última vez el baile final. Corrimos unos cuantos kilómetros y practicamos unas cinco veces el baile en una sala privada que había contratado para evitar mirones. No fue hasta que el baile quedó perfecto que pudimos regresar a nuestras habitaciones.

Brittany y yo acabábamos de entrar por la puerta.

—Joder, estoy muerta —dijo ella, limpiándose el sudor de la frente con la toalla que llevaba alrededor del cuello—. Menos mal que este es el último partido.

—Pensaba que te gustaba ser animadora...

—Y me gusta ser animadora, pero hacer ejercicio no.

—Aguanta un poco más. Esta noche acabará todo, a partir de mañana dejaremos de ser animadoras.

Me resultaba raro decirlo. Es decir, llevaba poco más de tres años formando parte de las animadoras, dos siendo la capitana, y después de esta noche, esa parte de mi vida habrá acabado. Ya no habrán más ensayos, ni quedadas para cenar, ni siquiera volveré a ponerme el uniforme de animadora que tantos buenos momentos me había dado. Todo eso habrá quedado atrás para siempre.

—Lo echaré de menos —confesé.

—Yo también —dijo con una sonrisa.

—¿Quién se ducha primero?

Ella, sin responder, tomó la decisión y entró al cuarto de baño. Yo salí al balcón y llamé a Sarah.

—¡Chloe! —exclamó cuando respondió—. Estaba esperando a que me llamaras. ¡Has tardado un montón en llamarme, eh! Pero bueno, cuéntamelo todo. ¿El hotel es mejor que el del año pasado? Espero de corazón que sí... ¿Y estás nerviosa por el partido de esta noche? ¿Quién es tu compañera de habitación? ¿Sigue vigente esa estúpida norma de no pasar la noche con ningún chico y que todo el mundo se salta? ¿Y qué...?

—Frena un poco, Sarah —la corté—. No puedo responderte a nada si no dejas de hacerme preguntas.

—Tienes razón. Lo siento. Es que me gustaría tanto poder estar allí y vivir esta experiencia por última vez...

—Lo imagino. Intentaré responderte a todo, ¿vale? A ver... El hotel es mucho mejor que el del año pasado, al menos este no tiene ratas. Y tiene piscina, cosa que es un punto a favor. Sí, estoy muy nerviosa por el partido. Es el último y quiero que todo salga a la perfección, ya me conoces. Ahora mismo acabamos de llegar de practicar con la entrenadora y la verdad es que, si los nervios no nos traicionan, todos se quedarán boquiabiertos. ¿Qué más me habías preguntado? Ah, sí. Mi compañera es Brittany. Y sí, aún sigue vigente.

—¿Y con Alex qué tal? ¿Ha cambiado algo?

—No. Todo sigue igual. No quiere admitir que cometió un error al dejarme. El problema es que, cada vez que me necesita, lo dejo todo y voy para estar con él.

—Es normal, Chloe. Lo amas.

—Debería ser más fuerte —repliqué—. Debería alejarme para que vea que puede perderme para siempre. Puede parecer una tontería, a lo mejor estoy dando más importancia a lo que ha pasado... Pero es que no puedo simplemente olvidarlo, ¿sabes?

—Yo mejor que nadie sabe por qué necesitas su disculpa.

Porque Brett me hizo más daño de lo que me gustaría admitir cuando me puso los cuernos. Me repitió mil veces que estaba enamorado de mí, que esperaría por mí. ¿Y qué hizo? Acostarse con Brittany. Y que Alex me hubiera dejado, de algún modo me hizo sentir cómo aquel entonces, que yo solo era un pasatiempo para él, un amor de instituto cualquiera, nada importante. Sabía las razones por las que Alex pensaba así, sin embargo, eso no me hacía sentir mejor.

—Pero Alex no es Brett, Chloe —añadió mi amiga—. Alex te quiere de verdad. Está loco por ti. Si te dejó fue por miedo a perderte.

—¿Y por qué no es capaz de admitirlo?

—Puede que se avergüence de su reacción y simplemente quiera olvidarlo.

—¿Debería dejarlo pasar? —pregunté.

Ella se tomó un tiempo para pensarlo.

—Creo que si realmente necesitas su disculpa, no deberías dejarlo pasar.

Yo pensaba exactamente igual.

—¿Y si no lo hace?

—Sé que quieres que te diga qué es lo que debes hacer, pero yo no puedo hacer eso, Chloe. Es una decisión que solo tú puedes tomar. Me gustaría poder ayudarte más...

Brittany acababa de salir del cuarto de baño envuelta en una toalla y con el pelo recogido en un moño deshecho. Me hizo un gesto como que ya podía entrar.

—Tengo que dejarte. Voy a ducharme y prepararme para el partido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Te llamo después del partido, ¿vale?

—De acuerdo. Por cierto, tu padre no deja de llamarme para saber de ti. Doy por hecho que él no te habrá llamado. Creo que tiene miedo por si no le contestas al teléfono.

—Dile cuando vuelva a llamar que puede llamarme.

—Se lo diré.

Entré al cuarto de baño. El agua me sentó bien, se llevó el sudor de mi cuerpo y relajó mis músculos. El entreno de hoy había sido bastante duro, no recordaba haber hecho tanto ejercicio en mi vida. Jamás había sudado tanto como hoy. Y esta noche iba a ser peor, porque tendré que hacer exactamente lo mismo pero delante de una multitud de personas. Solo esperaba que todo saliera perfecto.

Salí de la ducha y me envolví con la toalla. Limpié con otra el vaho del espejo hasta que pude ver mi rostro. Procedí a secarme el pelo. Bajo el ruido del motor del secador, me pareció escuchar gritos. Lo apagué para saber si estaba en lo cierto; Britt estaba hablando demasiado fuerte en la llamada. Eso pensé al principio, luego escuché el nombre de Jackson.

—¿Es qué estás sordo o qué? —bramó Brittany a Jackson cuando salí del cuarto de baño—. ¡Qué te largues de aquí de una maldita vez!

Los ojos de Jackson estaban inyectados en sangre, miraban con tanta furia a Britt que tuve

miedo por si ella se propasaba y él perdía la cabeza y le hacía algo malo. Ella se había puesto una camiseta ancha y unos pantalones cortos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Ahora yo era el centro de su furia. Su mandíbula se tensó, sus puños se cerraron con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Yo me crucé de brazos a la altura del pecho y le mantuve la mirada. No pensaba dejarme intimidar.

—Tengo que hablar contigo —dijo con dureza.

—Yo no quiero hablar contigo, Jackson. No sé cuántas veces tengo que decírtelo...

—¡Quiero que me expliques qué hacías saliendo de la habitación de Alex esta mañana cuando ya no estáis juntos! —me gritó enloquecido.

Yo me mostré calmada, aunque por dentro estaba súper nerviosa. Cuando estaba en este estado, Jackson me daba un miedo horrible. Ya no solo por lo que había descubierto de él, sino por lo que pasó el curso pasado.

Él dio un paso hacia mí. Yo retrocedí.

—No tengo que darte ninguna explicación —me acerqué a Brittany en busca de apoyo—. Pero si tengo que decírtelo para que te vayas y me dejes en paz, sí, he pasado la noche con Alex. Hemos vuelto. Ahora, vete.

Su pecho subía y bajaba con cada brusca exhalación.

—¿Sabes?, estoy cansado de esta mierda —bufó—. ¡Te escribí aquella carta para que vieras que estoy intentando cambiar! Quería ser bueno por ti. Pero después de esto, no merece la pena... ¡Estoy harto de ir detrás de alguien que no me valora!

—Perfecto. Puedes irte.

Salió de la habitación hecho una furia, cerró la puerta con tal portazo que Brittany y yo nos sobresaltamos.

—Cada día que pasa está más loco —comentó ella, sentándose en su cama—. ¿Cómo ha sabido que has pasado la noche con Alex? ¿Es que tiene espías o algo? Porque yo no he dicho nada a nadie, y supongo que Brett tampoco.

—Seguramente me vio salir. No sé. Tampoco me importa, la verdad. Mientras no lo sepan los entrenadores...

Entré de nuevo al cuarto de baño para seguir arreglándome.

Esta noche es el último partido de la temporada. Esta noche se decidirá si nuestro último día como equipo saldremos derrotados o victoriosos. Yo esperaba ser de los segundos, me hacía ilusión formar parte del equipo que ganara a Richmore en más de una década. Estuve demasiado nerviosa durante el trayecto del hotel al instituto Richmore, y se incrementó aún más cuando llegamos al campo y vi en las gradas un centenar de personas animando a los equipos. Gritaban y vitoreaban sin parar, provocando que mi corazón latiera cada vez más rápido. Las luces incidían en el campo mientras la orquesta del instituto tocaba una pieza animada para entretener al público antes del partido.

—¡Esto es emocionante! —exclamó Brittany a mi lado.

El resto de las animadoras coincidieron con ella, y es cierto que era emocionante, aunque una parte de mí estaba aterrada. Tenía miedo de cometer algún error y que marcara mi vida para siempre. No quería ser recordada como la capitana que vomitó en pleno partido...

A las animadoras nos llevaron a una habitación para que pudiéramos prepararnos. Antes de empezar con la preparación, llamé a Sarah por videollamada para que estuviera con nosotras en este momento tan especial; las chicas se emocionaron al verla, tanto que tuve que cortar la llamada para que empezaran a vestirse, ya que solo teníamos veinte minutos antes de que el partido comenzara. Nos vestimos y maquillamos acordes con los colores de nuestro equipo; granate y blanco.

Las animadoras del equipo contrario se sentaron en la banqueta en su lado del campo, al lado de sus jugadores, que acababan de salir de los vestuarios y estaban calentando. Nuestro equipo también estaban en el campo, hablando con el entrenador mientras estiraban para planificar las jugadas.

Judy me lanzó una mirada desdeñosa desde su asiento, tal y como hacía cada vez que nos encontrábamos en los partidos. Ella es la capitana del equipo de animadoras del Richmore y también mi mayor rival en el campo. Desde mi primer partido como capitana, habíamos competido por ser la mejor. Nuestra rivalidad era de tal magnitud que competir solo por el lacrosse no era insuficiente, llegamos hasta a discutir sobre quien es la mejor estudiante y quién tenía el mejor novio... En fin, motivaciones de la antigua Chloe Davis.

Tenía el pelo negro recogido en una cola de caballo rizada y que caía con suavidad por su espalda. El uniforme se ajustaba a sus delicadas curvas, acentuando su voluminoso pecho. Los colores verde y negro contrastaban con su piel de porcelana. Ella seguía con la mirada puesta en mí, escudriñándome, tratando de encontrar la más mínima imperfección en mi peinado, uniforme o maquillaje. Por la mueca de su rostro, supe que no encontró nada. Yo sonreí con satisfacción.

La hora que me había pasado arreglándome antes de subir al autobús más los veinte minutos de cortesía que nos habían dado, habían merecido la pena.

Alex estaba entrenando en una parte del campo con sus compañeros. No llevaba el casco puesto, por lo que el pelo caía suavemente por su frente de una manera que me pareció muy sexi. Al verlo, se me removieron cosas por dentro. Otra vez la lucha entre mi corazón y mi mente.

Necesitaba hablar con Alex cuanto antes.

Judy desvió su atención para mirar a la persona que yo estaba comiéndome con los ojos. Y, de repente, soltó un grito agudo que me sobresaltó antes de salir escopeteada para abrazar al portador del número 11. Alex al principio estaba desconcertado, no entendía por qué una chica del Richmore lo abrazaba de esa forma, hasta que vio su rostro y la estrechó entre sus brazos con una alegría que me pareció inusual.

¿Qué estaba pasando?

—¿Qué hace Judy abrazando a Alex? —me preguntó Brittany.

—No lo sé —dije, sin poder apartar la mirada de ellos.

Hablaban de un modo muy íntimo, como si se conocieran de hace mucho tiempo. ¿Acaso eran amigos? Aunque dudaba que una amiga reaccionase así al ver a un amigo... Debieron ser algo más.

Desde mi posición no pude escuchar su conversación, los gritos a mis espaldas tampoco ayudaron. Lo único que podía ver era sus gestos, el lenguaje no verbal que había entre ellos. Alex tenía una sonrisa en el rostro, la misma sonrisa que solía dibujarme a mí. Ella jugueteaba con las puntas de su pelo, clara señal de que ella también se sentía atraída por Alex. Tampoco me sorprendía; Alex era un hombre muy atractivo, su cuerpo parecía moldeado por los dioses y su rostro se asemejaba a la belleza de un ángel.

Alex me señaló con la cabeza y la mirada de Judy se centró en mí. Yo intenté disimular mirando para otro lado, fijándome en Jackson, que estaba entrenando apartado del resto del equipo con la cabeza cabizbaja.

El árbitro hizo sonar su silbato, avisando de que el partido iba a comenzar en breves. Judy se despidió de Alex con un beso cariñoso en la mejilla y regresó con sus compañeras, que la recibieron con un montón de preguntas sobre quién era ese chico. Ella no respondió, se limitó a mirarme con sus grandes ojos verdes de una forma que no supe interpretar.

El partido comenzó.

Richmore inició el juego.

Durante el transcurso de la primera parte, las gradas se llenaron de pancartas, tanto del Richmore como del nuestro. Los jugadores del equipo contrario eran muy buenos, habían conseguido marcarnos seis puntos, a diferencia de nosotros que solo habíamos conseguido cinco. Alex había sido el autor de cuatro de esos cinco puntos, el último había sido de Brett. Jackson no parecía estar demasiado contento por eso, su odio hacia Alex llegaba hasta tal punto que incluso intentó frustrar las jugadas. No lo consiguió gracias al entrenador James, ya que se percató de sus intenciones y decidió cambiarlo por otro jugador. A Jackson no le sentó muy bien su decisión. Tuvo que aceptarlo a regañadientes y acabó sentándose con el resto de sus compañeros suplentes.

Ahora era el turno de las animadoras. Empezamos nosotras.

Nos pusimos frente al público. Todos empezaron a gritar y corear, sobre todo los hinchas que habían venido a ver a nuestro equipo ganar. Miré a la multitud, y eché en falta una persona. Mi padre. Me había acompañado en todos los partidos, daba igual donde fueran, él siempre venía a

verme y a apoyarme. Lo echaba de menos...

Tomé aire y me centré en lo que tenía que hacer. En cuanto la música empezó a sonar, los nervios desaparecieron de mi cuerpo, dejando a su vez un fuego que ardió al ver que Alex se había acercado para hablar con Judy.

Empleé el baile para liberarme de todo sentimiento nocivo que se había apoderado de mí, hasta que solamente quedase la diversión. Al final la música había quedado increíble, y el ensayo antes de actuar nos había ayudado para que los movimientos estuvieran al mismo tempo. Me moví al ritmo de la música, me contoneé consiguiendo los vítores de los espectadores, me lancé a mis compañeros para hacer las piruetas correspondientes, y me sentí liberada.

Llegó el momento de la sorpresa.

La música cambió a un ritmo más lento y sensual, mis compañeros se apartaron haciendo un círculo, dejándome a mí en el centro. Respiré hondo, tratando de recuperar el aliento mientras esperaba. Brett salió de los vestuarios y se acercó lentamente a mí, colocándose a mis espaldas. Mis ojos se encontraron con los de Alex, y también con los de la chica que estaba a su lado. Brett me hizo girar hasta quedar de frente a él, era más alto que yo, por lo que para poder mirarlo a los ojos tuve que alzar la cabeza. Y entonces empezamos a bailar. Era una mezcla de un tango y salsa. Un baile en parejas de lo más sensual.

Algunos jugadores del equipo de lacrosse también se acercaron para bailar con mis compañeras. Y entre todos hicimos una coreografía digna para el último partido de la temporada. En un principio, Alex iba a ser mi pareja, pero como él no quería bailar delante de todo el mundo, acordamos que el capitán bailara con la capitana.

El público se volvió loco. Hasta Judy se sorprendió. Yo sonreí por dentro y me moví al ritmo de la música junto con mi pareja de baile. La actuación terminó con Brett haciendo un doble salto con giro, acabando justo en el centro del círculo que entre todos habíamos formado. Alex empezó a silbar y a aplaudir mientras mi equipo y yo nos volvíamos a poner en posición para terminar el baile.

Unos pasos más, otros saltos perfectamente coordinados y terminó la actuación. Todo se llenó de aplausos y gritos, alabándonos. El equipo contrario se llenó de envidia. Nos sentamos en la banqueta. Bebí un poco de agua de mi botella y me acerqué a la entrenadora para coger mi teléfono que se había usado para grabar nuestra actuación y enviárselo a Sarah.

—Lo habéis hecho genial, ha salido perfecto —me dijo la entrenadora con una amplia sonrisa

Las animadoras del equipo contrario se levantaron y se colocaron en el centro del campo con los gritos de los espectadores. La música sonó y empezaron a moverse.

Quise mirar al equipo en su conjunto, pero mis ojos solo se centraban en Judy, en su forma de moverse, en la forma en la que miraba al público mientras agitaba su largo cabello que se había soltado para dar más juego. Se movía con una seguridad que hechizaba a cualquiera que la contemplara... Incluso Alex sucumbió a su embrujo, pues tenía una sonrisa en el rostro mientras la miraba ensimismado.

A mí no me había mirado así...

Tras su actuación, que estaba bien, aunque el nuestro era mucho mejor, volvieron a sentarse en su lado del campo. Judy saludó con la mano a Alex en una especie de coqueteo inocente. Yo puse los ojos en blanco y me giré hacia Brittany.

—Ahora vengo. Voy al baño a refrescarme.

—No tardes. El partido está a punto de comenzar.

Los baños del Richmore se encontraban entrando por una puerta del instituto, al final del

pasillo de la primera planta. Mientras caminaba, envié el video a Sarah.

Encontré mi reflejo en el espejo del baño, tenía el pelo algo despeinado y una fina película de sudor en la frente. Lo primero que hice fue deshacer la coleta, me peiné rápidamente con los dedos y me la volví a hacer. Después me eché un poco de agua en la cara para refrescarme. Cuando alcé la vista, mis ojos se encontraron con los de Judy.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, apoyada en el quicio de la puerta. Ella también tenía la coleta algo deshecha y su piel estaba cubierta por unas perlas brillantes de sudor.

—Vuestro patético baile me han dado ganas de vomitar —respondí, cruzándome los brazos a la altura del pecho—. ¿Habéis tenido un mes y medio para hacer un baile en condiciones y solo habéis conseguido eso?

Una pizca de irritación cruzó su mirada.

—Al menos nuestras acrobacias son innovadoras, las vuestras han sido... ¿Cómo decirlo sin que suene demasiado brusco? Predecibles. Sencillas. Aburridas.

—Puedes decir lo que quieras, pero en el fondo sabes que nuestro baile ha sido infinitamente mejor que el vuestro. Otros años nos habéis ganado, pero este no nos habéis superado. *Sorry not sorry*.

Me di la vuelta para terminar de refrescarme. Coloqué las manos bajo el chorro del agua en forma de cuchara y luego me las llevé a la nuca, las gotas frías descendieron por mi cuello.

—Así que eres la novia de Alex —cambió de tema cuando se colocó a mi lado. Se quitó la goma del pelo y empezó a hacerse de nuevo la cola de caballo, esta vez sin pelos sueltos.

—¿Eso te ha dicho?

—¿Me ha mentado?

—¿De qué os conocéis? —quise saber.

—Desde hace mucho tiempo...

Millones de preguntas cruzaron por mi mente en ese momento, sin embargo, ninguna salía por mi boca. Tan solo podía pensar en ellos dos abrazados, en ella coqueteando con él, la sonrisa de Alex mientras ella bailaba...

—Alex no es un juego para mí —fue lo único que pude decir.

Ella se giró hacia mí y me escrutó con la mirada.

—¿Quién dice que para mí lo sea? —elevó una ceja incrédula.

—Sé que hemos competido por todo, por insignificante que fuera siempre hemos querido ganar a la otra. El último año he aprendido algo, y es que no se puede ganar siempre. Alex y yo ya no estamos juntos, pero eso no significa que haya dejado de importarme. Si quieres tener algo con él, adelante. Yo no pienso entrometerme. Eso sí, Alex no es ningún juguete. No le hagas lo mismo que le hiciste a tu ex, porque estarás cometiendo el mayor error de tu vida.

Dicho eso, regresé con mis compañeras de equipo. Estaba cansada de luchar por mantener mi relación con Alex a flote cuando ni él mismo creía que podía funcionar. Es que ya ni una disculpa me era suficiente. ¿De qué servía lamentar su error si me dejó porque en el fondo no creía en nosotros? Podía entender su miedo, yo también lo tenía porque las relaciones a distancia son complicadas, pero no pensaba rendirme sin intentarlo. Con esfuerzo y sacrificio, podíamos seguir juntos. Pero Alex no pensaba igual. Y yo tampoco estoy dispuesta a renunciar a mi sueño.

Recibí un mensaje de Sarah.

SARAH GREENE

AHHHHH!!! ME MUEROOOO!!!

SARAH GREENE
HA QUEDADO INCREÍBLEEEEE!!!!

SARAH GREENE
ME MUEROOOO

CHLOE DAVIS
Sabía que te iba a gustar

No pude evitar sonreír.

CHLOE DAVIS
Alex y Judy se conocen

Me senté al lado de Brittany.
—¿Qué me he perdido? —le pregunté.

Ella me señaló con la cabeza a Jackson, que estaba hablando con el entrenador para intentar regresar al campo. Al no conseguirlo, lanzó con todas sus fuerzas el casco al suelo y se marchó. La entrenadora Alice lo siguió para tratar que se quedara en el banquillo, aunque no parecía estar muy por la labor. Brett estaba hablando con sus compañeros de equipo, pero no veía a Alex por ningún lado. ¿Estaría con Judy en los baños? No quería ni pensarlo.

SARAH GREENE
En serio? De qué?

CHLOE DAVIS
No lo sé. Por la forma en la que se miran y se tocan, yo diría que estuvieron saliendo juntos...

Unos brazos me abrazaron por la espalda y me apretaron contra un cuerpo musculoso y duro. Lo reconocí al momento de que su piel entró en contacto con la mía.

—¿Estás bien? —me susurró Alex en el oído.

—Genial —forcé una sonrisa—. ¿No se me nota?

—No. No estás bien. Cuéntame qué te pasa —intentó sentarse a mi lado a pesar de que Brett lo estaba llamando para que se reuniera con el resto del equipo. El partido estaba a punto de reanudarse, pero eso a él le daba igual.

—Deberías volver al campo. Te están esperando.

Alex quiso quedarse conmigo, tratar de averiguar qué me pasaba, pero sabía que este no era el momento y que tenía que regresar con sus compañeros.

SARAH GREENE
Joder... lo siento mucho, Chloe

El arbitro pitó, dando comienzo a la segunda parte.

CHLOE DAVIS
Luego te llamo, va a comenzar la segunda parte

SARAH GREENE
De acuerdo

En la segunda parte remontamos, consiguiendo igualar el marcador, aunque eso no nos

otorgaba la victoria, era un paso muy importante para lograrla. Tan solo debíamos conseguir un punto más para ganar al Richmore de una vez por todas.

Faltaban treinta segundos para que finalizase el partido. Brett llevaba la pelota en su stick y corría a gran velocidad para entrar en el campo enemigo. Un jugador se interpuso en su trayectoria y lo derribó, pero antes de que pudiera hacerlo, pudo pasársela a Alex que había estado pisándole los talones. Alex siguió corriendo, esquivó a los contrincantes hasta que estuvo cerca de la portería. Lanzó y...

Todos empezamos a gritar. La euforia que sentí en ese momento no podía explicarla. Después de tantos años perdiendo contra el Richmore, al fin habíamos conseguido derrotarles. Las animadoras empezamos a saltar y a chillar de la alegría. Abracé a Brittany y a mis compañeras, incluso a Jackson que había permanecido con los suplentes. Mi abrazo lo pilló por sorpresa, no se lo esperaba. Yo tampoco. Me separé cuando me di cuenta de a quién estaba abrazando y me marché para continuar celebrando la victoria con el resto de jugadores.

Brett se abalanzó sobre mí y me elevó, haciéndome girar mientras yo gritaba. Cuando mis pies volvieron a estar en tierra firme, me besó la mejilla y se fue a abrazar a Brittany. Alex se quitó el casco y me miró con la sonrisa torcida y los brazos abiertos esperando a que lo abrazara. Quería hacerlo, cada célula de mi cuerpo me lo pedía a gritos... Y por eso no lo hice. No podía seguir con Alex sabiendo que lo nuestro no tenía futuro. Reuní todas mis fuerzas para esquivarlo y adentrarme entre la multitud para evitar su mirada.

Me metí en el círculo que las animadoras y los jugadores habían creado junto con algunos espectadores amigos para celebrar la victoria con la copa que habíamos ganado cuando me giré y, entre los cuerpos de los jugadores, alcancé a ver a Alex abrazando a Judy, que en ese momento estaba triste porque le habíamos arrebatado la corona de ganadora que portaba desde hacía unos cuantos años. Y eso me cabreó aún más, porque prefería estar con ella antes de intentar arreglar lo nuestro.

La celebración acabó y cada uno se marchó a los vestuarios para ducharse y cambiarse de ropa para volver al hotel. Tuvimos que esperar a que Richmore terminara para poder entrar nosotros. Mientras tanto, yo me escribía con Sarah, poniéndole al día con el partido y también de lo que sentía y sobre la decisión que había tomado. Ella me apoyaba, aunque sentía pena no poder estar aquí para abrazarme. Yo también la añoraba en este instante, me hacía mucha falta.

Me encontraba de camino a los vestuarios de las animadoras cuando Alex me asió del brazo y tiró de mí hasta que mis ojos se posaron sobre los suyos.

—Chloe —susurró—. Dime qué te pasa conmigo, por favor.

—Alex, yo..., yo no puedo ser tu amiga.

Su ceño se frunció. Yo continué hablando.

—Rompiste conmigo porque tenías miedo de que te abandonara cuando fuera a Stanford, y lo entiendo. Tienes que hacer lo que crees que es mejor para ti. Pero yo no puedo ser amiga del hombre del que estoy enamorada. Tenía la esperanza de que cuando te dieras cuenta del error que cometiste, vendrías y me pedirías perdón, que intentaríamos estar juntos a pesar de tu miedo y de la distancia. Pensaba que con eso sería suficiente. Hoy me he dado cuenta de que no, Alex.

—¿Qué quieres decir?

—Que me dejaste porque en el fondo piensas que lo que tenemos es solo un amor de instituto y que tarde o temprano acabará. Y ahora yo también estoy empezando a creerlo... Somos muy ilusos por pensar que estaremos juntos para siempre. Fue bonito mientras duró, Alex, pero ahora lo mejor es que tú vayas por tu camino y yo por el mío.

—Yo no pienso eso, Chloe. Yo...

Negó con la cabeza y cerró la boca, sin saber qué decir.

—Por favor, no lo hagas más difícil.

Di media vuelta para entrar a los vestuarios. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que Alex me detuviera, que me dijera que estaba equivocada y que quería estar conmigo. Incluso disminuí el ritmo para darle tiempo...

Pero no hizo nada.

Los jugadores de lacrosse y las animadoras habíamos organizado una pequeña fiesta en el hotel para celebrar la victoria después de que los entrenadores hicieran la última ronda y se fueran a dormir. Yo no tenía muchas ganas de ir, pero Brittany me había convencido diciendo que no podía estar encerrada tras una ruptura porque eso podía hundirme aún más en el pozo en el que me encontraba, que debía salir para distraerme y dejar de pensar en Alex. Y tenía razón, si me quedaba en la habitación no podría dejar de pensar en él.

Entré en el cuarto de baño para cambiarme. Me miré en el espejo. La imagen que me devolvió fue la de una chica vestida con un precioso biquini rojo que se ceñía a sus curvas y resaltaba su bonito pecho. Me había hecho una trenza para no mojarme el pelo en la piscina. Por fuera me veía genial, pero por dentro... Lo único en lo que pensaba era en llegar a casa, tirarme en la cama y echarme a llorar por el fracaso de mi relación.

Brittany estaba sentada en la cama mientras terminaba de hacerse el moño. También se había cambiado, llevaba el conjunto de baño negro debajo de un vestido muy bonito del mismo color.

—¿Estás lista? —me preguntó cuando acabó.

—Eh..., sí.

La zona de la piscina estaba levemente iluminada por unas luces que rodeaban los troncos de las palmeras y algún que otro foco que colgaba de las paredes. Ni siquiera me percaté de las bombillas cuando estuve aquí ayer. En el agua estaba gran parte del equipo de lacrosse y también los animadores hombres. Las chicas estaban sentadas en el borde, con las piernas sumergidas. Todos ellos tomaban una lata de cerveza.

—¿Hay alguna para mí? —preguntó Brittany.

—Por supuesto —respondió Amanda—. Ven.

Las dos desaparecieron entre la oscuridad.

—¿De dónde habéis sacado la cerveza? —pregunté.

—Tengo buenos contactos —dijo Brett con una sonrisa, tras tomar un trago de su lata de cerveza.

—Ha sido Alex —dijo Lucas, uno de sus compañeros—. Conoce a alguien de aquí que tiene un carnet falso y han comprado alcohol. Han ido a por más. No tardarán en venir.

Brittany llegó y me tendió una de las dos latas de cerveza que había traído. Al parecer, habían escondido la bebida en una nevera con hielo detrás de uno de los arbustos por si algún entrenador decidía pasarse de sorpresa. Yo me senté en el borde y tomé un trago. Nunca había sido muy fan del sabor de la cerveza, esa vez no fue diferente. Me pareció que estaba horrible.

Y pensé que la cerveza sería lo peor de la noche, hasta que vi a Alex llegar acompañado de Judy. Mi cuerpo entero se tensó cuando los vio. Brett se percató de mi incomodidad. Tras dejar

la cerveza en el escondite, se acercaron a la piscina. Los ojos de Alex se fijaron en mí y su expresión cambió, la sonrisa desapareció y su ceño se frunció. Judy seguía con la misma sonrisa que cuando había venido. Alex llevaba el bañador y una camiseta de tirantes que se quitó antes de lanzarse a la piscina. Las gotas de agua me salpicaron en las piernas y en el pecho. Cuando emergió, se echó el pelo hacia atrás y se acercó a Brett.

—Ya está la nevera con suficientes suministros —avisó.

Judy se quitó el vestido, mostrando un biquini granate muy parecido al mío. Yo puse los ojos en blanco y tomé otro trago. Ella se lanzó a la piscina, después se sentó en las escaleras.

—¿No bebes nada? —le preguntó Brett.

—No, luego tengo que conducir hasta casa.

—¿Y por qué estás aquí? —preguntó Brittany en tono seco, a ella tampoco le caía bien—. ¿Es que no tienes otros amigos con los que pasar la noche?

—Alex me ha invitado —dijo con una sonrisa de suficiencia.

Brittany miró a Alex con incredulidad. Estaba a punto de echarle la bronca cuando alguien la interrumpió.

—Hoy os hemos machacado en todos los sentidos —dijo Amanda, cambiando de tema—. Tanto en el juego como en el baile. Chloe tuvo una buena idea al combinar ambos equipos y hacer un baile juntos.

—Me costó enseñar a los jugadores moverse porque, aunque ellos alardeaban de saber hacerlo, la realidad es que no sabían. Y gracias al baile y a el esfuerzo de los chicos en el campo, hemos conseguido hacer a Moon Hill High School ganador.

—Sí, bueno, no se puede ganar siempre —dijo Judy, echándose la melena a la espalda—. Richmore lleva acumulando victorias durante diez años consecutivos, ya era hora de que alguien nos arrebatara el trono.

Mientras hablábamos del partido, Alex no dejaba de mirarme, sus ojos estaban clavados profundamente en los míos. Yo intentaba no mirarlo, centrarme en la conversación y en la cerveza cuyo sabor me parecía menos desagradable a cada sorbo, pero había algo que me incitaba a mirar, una fuerza invisible que me unía a él.

—Me parece curioso que vosotras dos seáis ahora tan amigas cuando el año pasado no os podíais ni ver después de lo que pasó —dijo Judy, refiriéndose a los cuernos de Brett con Brittany. Al parecer, lo que pasó había llegado a los oídos de Richmore.

Tomé un sorbo antes de contestar.

—Es cierto que al principio no nos llevábamos muy bien. Teníamos nuestras diferencias. Luego hablamos las cosas y solucionamos nuestros problemas. Ahora somos buenas amigas.

—Yo no perdonaría unos cuernos...

—Ya, bueno, eso es una cosa que nos diferencia. Yo creo que si una persona realmente está arrepentida, merece una segunda oportunidad. Los dos hablaron conmigo y se disculparon. ¿Por qué iba a seguir odiándoos por una cosa que a mí ya ni me dolía? Prefiero dedicar mi tiempo a hacer otras cosas.

—Como ir a Stanford —dijo Alex con voz tensa.

—Sí, como ir a Stanford —repuse.

—¿Has recibido noticias? —me preguntó Brett.

—Todavía no —suspiré—, no creo que tarde mucho más.

—Yo creo que entrarás. Estoy completamente seguro.

—Yo también —coincidió Brittany.

Alex salió de la piscina y fue a por una cerveza, que se bebió de un solo trago. Después cogió otra. Se sentó en el borde, a mi lado. Estaba intentando acercarse a mí disimuladamente, sin llamar demasiado la atención. Brittany y Brett me miraron, tratando de avisarme de sus intenciones.

—¿Vosotros habéis recibido noticias de las universidades?

—Yo sí. He entrado en Columbia —dijo Brittany orgullosa.

—¿Sí? —dije, emocionada—. Me alegro mucho por ti.

—Gracias.

—Yo sigo esperando —dijo Brett—. No he recibido nada de Brown ni de la Universidad de California.

—¿Y sabes ya a cuál vas a ir? —quise saber.

—Me gustaría ir a UCLA. Pero si no me aceptan, a Brown.

—¿También vas ir a Los Ángeles con Chloe y Brett? —preguntó Brittany a Alex. Ella sabía todo lo que había pasado entre nosotros, se lo había contado en el autobús mientras volvíamos del partido. Y coincidía sobre que Alex debía aceptar su error y tratar de recuperarme.

—Yo... he echado la solicitud en Berkeley y en Stanford, pero dudo mucho que logre entrar en ninguna. Mis notas no son tan buenas como las de ellos... He buscado también otras opciones más cerca de casa, como la Moon Hill University para no dejar a mi tía y a mis primos solos. Estoy esperando noticias.

Judy tomó la mano de Alex. Los dos se miraron a los ojos con una sonrisa que no supe cómo interpretar. Al principio pensé que estaba siendo considerada, que se estaba compadeciendo de un chico que no quería dejar a su familia sola cuando lo necesitaban. Después, por la forma en la que se miraban, en la forma en la que sus ojos brillaban cuando lo miraba, sabía que había algo mucho más fuerte que eso, un sentimiento desconocido que los unía a ambos.

—¿Y qué relación tienes tú con Alex?

Brittany también se había dado cuenta.

—Somos viejos amigos —respondió ella.

—¿Solo amigos? —preguntó Brett por la curiosidad de todos.

Alex me miró mientras decía:

—Conozco a Judy desde siempre. Tuvimos algo hace mucho tiempo, pero nos dimos cuenta de que nos llevábamos mejor siendo amigos que pareja.

Entonces recordé que Alex me habló de que su primera vez fue con su mejor amiga en un viaje a Nueva York. Y algo dentro de mí me decía que esa amiga era Judy. La chica con la que perdió la virginidad. Eso explicaría muchas cosas: Las miradas, la complicidad, la intimidad que había entre los dos...

—La del viaje a Nueva York, ¿verdad? —traté de confirmar.

Ella asintió.

Alex apartó la mirada.

Yo sentí que el corazón se me aceleraba.

—Eso fue hace mucho —dijo Judy—. Ya está olvidado.

—La primera vez no se olvida fácilmente —repuse.

—Yo todavía recuerdo mi primera vez —dijo Lucas con una sonrisa melancólica—. Fue muy especial, un completo desastre, pero especial —tomó un sorbo a su cerveza—. Creo recordar que también empezó con una cerveza como esta...

—La primera vez está muy sobrevalorada —dijo Brittany.

—¿Por qué lo dices?

—Porque las películas nos han enseñado que la primera vez debe ser especial, con el amor de tu vida y eso, pero la verdad es que la primera vez es solo el principio de una práctica que vas a hacer durante el resto de tu vida. Puede ser con quien crees en ese momento que es el amor de tu vida o con el vecino, que en ambos casos será igual de desastroso. Uno aprende a follar con el paso del tiempo y practicando. Esperar para perder la virginidad es entrenamiento que has perdido para que la primera vez con esa persona realmente sea especial y placentera.

—Brittany tiene razón —coincidió Brett.

—Por supuesto que la tengo —dijo ella, muy digna—. En realidad lo importante es la confianza que tengas con la otra persona. Si además de eso, os atraéis físicamente, ¿por qué esperar al momento adecuado? Nunca habrá un momento adecuado, simplemente sucede y ya.

—Tenéis razón en todo lo que decís —dije—, pero a mí me gusta pensar que mi primera vez fue con una persona que realmente amaba. En un futuro, echaré la vista atrás y no me arrepentiré de nada de lo que hice. Porque hice lo que sentí en ese momento. Puede que si lo hubiera hecho antes y con otra persona, el recuerdo no fuera tan agradable. No sé, puede que la primera vez sea desastrosa, pero es un poco menos si es con la persona correcta.

—Eso lo dices porque estás enamorada —dijo Britt, golpeándome el hombro con suavidad—. Ojalá todas hubiéramos perdido la virginidad con nuestro primer amor y en buenas circunstancias.

Sus ojos se desviaron hacia Brett sutilmente. Yo fui la única que se percató de ese detalle, los demás siguieron conversando.

—Eso no siempre sale bien —murmuró Amanda, metiéndose por completo al agua—. ¿Cómo podemos estar seguros que estamos con la persona correcta si no sabemos si conectamos sexualmente? Mirad lo que les pasó a Clayton y Emma.

Clayton fue mi compañero de matemáticas hace dos años y conoció a Emma en gimnasia. Estuvieron saliendo juntos durante un año antes de dar ese paso. Parecían super enamorados, y cuando al fin tuvieron relaciones sexuales, fue tan desastroso que decidieron romper por la incompatibilidad sexual.

—Ellos rompieron porque no quisieron intentarlo —dije.

—¿De qué sirve intentar algo que sabes que no va a funcionar?

La pregunta de Alex me pilló por sorpresa.

—¿Y cómo sabes que no va a funcionar? Nadie puede ver el futuro. Una relación no es simplemente quererse, el amor es poderoso, pero con eso no es suficiente. Ambas partes tienen que esforzarse para que la relación avance.

Todos se quedaron callados, observándonos.

—¿Me estás diciendo que yo no he puesto de mi parte?

—Yo no lo he dicho, lo acabas de decir tú.

—¿Qué os pasa? —preguntó Lucas, desconcertado—. ¿Habéis discutido o qué?

—¿Es que no se nota? —preguntó Amanda.

—Yo sí que he intentado que nuestra relación funcionara, fuiste tú quien me ocultó que tenías pensado irte a la otra punta del país dentro de unos meses. Y no conforme con eso, dejaste que me hiciera ilusiones con estudiar juntos el curso que viene cuando sabías que eso no iba a pasar. Yo he dado lo mejor de mí en esta relación, tú solo has sabido mentirme y ocultarme cosas.

Sabía que quién estaba hablando era el dolor y no Alex, pero eso no hacía que fuera menos doloroso. Respiré hondo y traté de no romper a llorar delante de todos mis compañeros.

—¿Cómo puedes decir eso?

No dijo nada más. Se quedó callado, sin dejar de mirarme.

No te lo dije porque tenía otras cosas mucho más importantes en la cabeza, como que mi padre había metido a dos desconocidas en casa y se había comprometido, que los amigos de Jackson intentaron secuestrar a mi amiga y también a mí, que tu hermano el cual odias había pagado la deuda de tu familia a tus espaldas y me dijo que fuera yo quien te lo dijera, cargándome con una responsabilidad que no me correspondía... Quise decir todo eso y más, pero no lo hice. Porque no serviría de nada discutir. No se puede recuperar lo que ya se había perdido.

—Mira, paso. No pienso seguir perdiendo el tiempo.

Me incorporé y caminé con paso firme hacia la habitación, aunque por dentro estuviera a punto de romperme. Alex había insinuado delante de todos que yo era una mentirosa, cuando la verdad es que no se lo dije porque quería esperar a recibir noticias de Stanford. Podría haberle dicho que pensaba estudiar en California, sí, pero llevábamos unos meses tan buenos que no quería estropearlo.

Entré en la habitación y me puse el pijama rápidamente. Me puse los auriculares para no escuchar nada del exterior y con la voz de Sia me quedé dormida en cuestión de minutos.

Por la mañana temprano teníamos que dejar la habitación, por lo que en cuanto sonó la alarma a las ocho, me incorporé, me puse una camiseta de manga corta granate y unos pantalones cortos grises. Entré al cuarto de baño para peinarme, lavarme la cara y los dientes antes de empezar a recoger.

No había mucho que hacer, la verdad. La mayoría de cosas que había traído seguían estando en la maleta, solo tuve que guardar algunas prendas de ropa que había colgado en el armario, la bolsa de aseo y el cargador del móvil. Cuando terminé, Brittany, medio dormida, seguía metiendo la ropa en su maleta. Anoche llegó a la habitación bastante tarde y apenas había dormido por estar hablando por teléfono.

—Cuando te fuiste, Brett y Judy se llevaron a Alex para hablar en privado —me informó mientras trataba de cerrar la maleta—. Intenté esconderme entre los matorrales para saber de qué estaban hablando, pero no oí nada. Solo vi a Alex bastante afectado mientras Brett y Judy trataban de consolarlo...

—No me importa —mentí.

—Las dos sabemos que sí te importa...

—No me apetece hablar de ello, Brittany.

Y era cierto. No tenía ganas de hablar sobre Alex. Porque si hablaba, pensaba, y si pensaba, terminaría llorando. En un par de semanas todo habrá acabado, el verano habrá llegado para llevarse las penas, y cuando quiera darme cuenta estaré viviendo en Stanford. Eso si lograba entrar, claro está.

—Yo solo digo que vuestra historia de amor todavía no ha acabado.

Yo no estaba tan segura...

Todos mis compañeros estaban sentados en el suelo de recepción, a la espera de que los entrenadores hicieran el *check-out*. A excepción de Alex, que estaba apartado del grupo para poder hablar por teléfono. Y como si supiera que había llegado, me miró, y no apartó la mirada en ningún momento mientras continuaba con la conversación. Fui yo quien tuvo que apartar la mirada. Me senté al lado de mis amigas y traté de centrarme en lo que estaban hablando, aunque no me interesaba lo más mínimo.

—¿Te lo follaste? —preguntó Amanda a Brittany.

—Por supuesto que no...

—Ya, ya... —empezó Susana, sin creerla—. ¿Y qué estuvisteis haciendo cuando os marchasteis esos veinticinco minutos a, supuestamente, buscar el móvil de Julien cuando vimos que se lo había dado a su amigo?

—Estuvimos..., charlando.

—La cara y los pelos que tenías cuando regresaste no era de haber tenido una simple charla, sino de que había pasado algo más...

Brittany se hizo la interesante, pero no habló sobre lo que pasó. Yo sí que lo sabía porque me lo contó esa misma noche antes de quedarnos dormidas; se fueron a la habitación de Julien y se enrollaron. Él se las dio como que sabía hacer que las mujeres se corriesen con la lengua, que era todo un experto en el sexo oral, y resultó que no era cierto; estuvo quince minutos intentándolo, y Brittany por más que le decía cómo le gustaba, no sentía nada. Así que al final, fingió que se había corrido para no herir su ego, se subió las bragas y se marchó.

La conversación cambió a temas menos sexuales y más de estudios. Al parecer, a más de una les había quedado alguna asignatura pendiente y ahora tendrán que aprobar las recuperaciones o tendrán que repetir curso. Yo intenté centrarme en ellas, decirles que si necesitaban ayuda, yo estaba disponible ya que había aprobado todo, pero mi corazón se volvió frenético cuando vi que Alex se acercaba.

—Me gustaría hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —insté.

—Chloe, por favor...

—El autobús ya está aquí —anunció el entrenador James.

Ni siquiera lo miré cuando salí al exterior. El autobús estaba fuera, esperándonos frente a la puerta del hotel. Después de darle la maleta al conductor para que la guardase, me senté en los últimos asientos y envié un mensaje a Sarah para decirle que ya estaba de camino. Ella me respondió que estaba deseando que llegase para que pudiera contárselo todo. Brittany se sentó a mi lado. Brett frente a mí. Alex, a su lado.

Durante el primer tramo del trayecto, nadie habló. La mayoría se habían quedado dormidos, la fiesta de anoche se alargó hasta las cinco de la mañana y a las nueve había que dejar el hotel para coger el autobús a las nueve y media. Brittany se había quedado dormida. Intuí lo mismo de Brett, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su acompañante. Alex, por el contrario, parecía estar muy atento al móvil. No dejaba de escribirse con alguien.

Seguro que está hablando con Judy, pensé.

Negué con la cabeza. No quería pensar en ellos.

Alex era un hombre soltero y podía hacer lo que quisiera.

Aunque los celos me quemaban por dentro.

A mitad de camino, paramos a descansar. Yo cogí mi bolso y salí a comprar algo para comer, desde hacía un rato no dejaban de sonarme las tripas pidiendo alimento. Me compré un sándwich de pavo y queso y un refresco. Me senté en un banco y mientras comía, decidí ojear mis redes sociales.

Había hecho unas cuantas fotos el día del partido, una en particular, la que más *likes* y comentarios había generado en *Instagram* era del momento que celebramos la victoria, en mitad del campo de lacrosse. Todo el equipo abrazado, unidos en un mismo sentimiento, mirando a cámara mientras Judy, a petición de Alex, tomaba la foto. Esa fotografía significaba el final y el comienzo de una nueva etapa.

De repente me llegó una notificación al teléfono.

Tenía un correo de Stanford en mi bandeja de entrada.

El corazón se me aceleró a un ritmo frenético.

La respuesta que tanto había ansiado, la tenía en mi mano.

Tragué saliva y empecé a leer.

«Es un placer comunicarle que...»

—¡AAAAAHHH! —grité con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa? —me preguntó Brett, que acababa de salir de la tienda con un bocadillo —. ¿Por qué gritas?

—¡HE ENTRADO! —exclamé, abalanzándome a su cuello para abrazarlo—. ¡He entrado en Stanford! ¡No me lo puedo creer...! ¡He entrado!

—Sabía que entrarías —dijo Brett, abrazándome con fuerza.

De la emoción que sentía, se me escaparon unas cuantas lágrimas. No pude evitarlo. Tantos años esforzándome al máximo para llegar a Stanford, y ya estaba a las puertas de alcanzar mi sueño. Tantos años imaginándome este día, que estudiaría en la misma universidad donde mis padres se conocieron, vivir las mismas experiencias que vivió mi madre...

Brittany también me abrazó en cuanto se lo dije, al igual que el resto de mis compañeros. Incluso los entrenadores me felicitaron. Quien no se acercó fue Alex, se había mantenido a distancia a pesar de querer acercarse y felicitarme. Podía notarlo en su expresión, en la tensión de sus hombros y en sus ojos. Deseaba estar conmigo y compartir este momento, él sabía lo mucho que significaba para mí entrar en Stanford, pero desgraciadamente, las cosas entre nosotros habían cambiado.

También quise llamar a mi padre para contarle la noticia. Llegué a buscar su número en la agenda y estar a punto de pulsar para llamar. Después recordé que estábamos enfadados y que tal vez sería mejor esperar a solucionar nuestros problemas antes de decirle que me iba a ir a la otra punta del país nada más acabar el verano.

Brett intentó contagiarse de mi buena suerte y buscó desde su móvil algún correo de la Universidad de California o de Brown en su bandeja de entrada.

—¿Has mirado en *spam*? —preguntó Brittany—. Lo mismo está ahí.

Negó con la cabeza.

—Lo he mirado. No..., no he recibido nada.

—Dales tiempo —dije—. Seguro que no tardarán en darte una respuesta.

Brett era un buen estudiante, no era de sacar todo sobresaliente, pero sacaba buenas notas. Él estaba más centrado en el deporte, vivía por y para el lacrosse, ya que era su vía para entrar a la universidad. También le gustaba mucho el baloncesto, aunque esto solo lo hacía en sus ratos libres. Yo sabía que iba a conseguir la beca deportiva por la que tanto había luchado, solo le faltaba tener un poco de paciencia, aunque tampoco era su punto fuerte.

—Seguro que no he entrado —masculló.

—¿Por qué dices eso? —quise saber.

Se quedó callado. En el fondo no tenía ninguna razón para pensar eso. Brett podía ser una persona muy risueña y bromista, lo miras y te transmite paz, ve el mundo de luz y de color y eso es una cualidad que muy poca gente posee. Aunque cuando se trata de su propia vida, su perspectiva se vuelve oscura. Cree más en los demás que en sí mismo.

Los entrenadores nos dijeron que teníamos que volver al autobús. Nos sentamos en nuestros asientos y continuamos con la conversación.

—¿Y siempre has querido ir a esa universidad? —preguntó Brittany a Brett, curiosa.

—No siempre. Estuve barajando muchas opciones con mis madres, y al final nos decantamos por UCLA. Mis madres no lo saben, pero una de las razones por las que quería estudiar allí era para poder estar más cerca de Chloe —las palabras de Brett pusieron en tensión a Alex, que lo miró de reojo—. Ahora quiero estudiar allí porque es de las mejores universidades para estudiar

psicología.

—No te veo cómo psicólogo, sinceramente —reconoció Brittany entre risas.

—Yo tampoco —admitió Brett con una sonrisa—. Espero entrar en un equipo profesional de lacrosse y no tener que ejercer nunca, pero nunca se sabe...

Es mentira, en realidad sí que esperaba ejercer algún día. Me contó que quería estudiar psicología por su abuelo, porque no podía entender cómo pudo quitarse la vida cuando tenía una vida plena: Tenía una casa increíble, una mujer que lo amaba y una hija que lo adoraba... Y pese a tener todo eso, no era feliz. Llevaba tiempo sumido en una depresión que lo consumía día tras día, sin piedad. Hasta que al final no pudo soportarlo más y se atiborró a pastillas y alcohol. Esta historia poca gente la conoce, solo sus más allegados. Su sueño siempre había sido formar parte de un equipo profesional de lacrosse, y también estudiar psicología para ayudar a los demás.

El resto del camino hablamos del miedo de estar lejos de casa. Brett y yo estábamos cagados. A los dos nos gustaba mucho estar con la familia, y de repente tener que mudarnos a la otra punta del país donde estaremos completamente solos..., iba a ser muy duro. Brittany estaba más bien ansiosa, deseaba alejarse de su casa. No dio muchos detalles, los suficientes como para saber que no se sentía a gusto con su propia familia. Alex no dijo nada, solo escuchó y respondió a preguntas concretas que Brittany o Brett le hacían. Poco después llegamos al instituto. La primera persona que vi nada más bajar del autobús fue a Sarah. Se abalanzó sobre mí y me abrazó tan fuerte que hasta me hizo daño.

—¡Te he echado mucho de menos!

—Yo también a ti.

—Tienes que contármelo todo.

—En otro momento —dije, señalando con la cabeza a sus espaldas.

Sarah se dio la vuelta, encontrándose a todo el equipo que se habían acercado para saludarla. Excepto Jackson, que se había montado en un coche que había venido a recogerlo y se había marchado sin decir nada a nadie. Todos fueron muy amables, y a pesar de que ninguno le preguntó sobre lo que le había pasado, la mayoría se quedaron con las ganas de hacerlo. Así que Sarah se anticipó y contó lo mismo que les dijo a la policía, que intentaron robarle y que le dieron una paliza. Todos se lo creyeron, y ahí quedó el tema.

—Tenemos que volver a hacer una cena de animadoras.

—Sí, una última cena de animadoras —añadió Claudia a la propuesta de Claudia.

—Podríamos dejarla para después de la graduación —dijo Brett, apuntándose a pesar de no haber sido invitado—. Y así podemos ir todos, tanto animadoras como jugadores. Al fin y al cabo, es una cena de despedida para todos...

—Entonces quedamos en eso —concluyó Sarah, enhebrando su brazo al mío—. Nosotras tenemos que irnos ya, mi padre está esperándonos para llevarnos a casa. Nos vemos pronto.

Nos despedimos del grupo y dimos media vuelta hacia donde Víctor nos esperaba con su coche. Lo saludé con un pequeño abrazo antes de guardar la maleta. Una vez sentada, por la ventanilla pude ver a Alex montándose en los asientos traseros del coche de las madres de Brett.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó el padre de Sarah tras arrancar el motor y adentrarse en la carretera—. Sarah me ha contado que sois los ganadores de la temporada.

—Sí. Ha sido un viaje..., muy completo, la verdad. ¿Y qué tal las cosas por aquí? ¿Mi padre os ha molestado mucho?

—Un poco —reconoció su padre con una media sonrisa—. Pero es completamente normal, está preocupado por ti. Cada vez que Sarah sale de casa, a su madre y a mí nos da un vuelco al

corazón solo con pensar que alguien pueda volver a hacerle daño... No me quiero ni imaginar cómo debe sentirse tu padre sabiendo que te ibas un fin de semana fuera después de lo que te pasó y encima estando peleados... ¿Has pensado en hablar con él e intentar solucionar las cosas?

—Es lo que quiero, hablar y solucionar las cosas, pero no he cambiado de opinión. Sigo pensando que la boda es un error.

—Porque lo es —me apoyó Sarah.

—Ya, pero al fin y al cabo, es tu padre —dijo Víctor—. Es normal que haya diferencias de opiniones entre vosotros, pero al final lo que importa es que los dos seáis capaces de superarlas.

—No sé cómo...

—Empezad con hablar.

Nos detuvimos una vez que llegamos a la casa de Sarah. Nada más bajar del coche, una camioneta aparcada detrás de mi Rover me llamó la atención. Mi padre. Respiré hondo y entré por la puerta. Sabía que mi padre estaba en la cocina con Helena, por eso subí directamente a mi habitación para dejar la maleta y esperar a que subiera. Lo conocía lo suficiente como para saber que subiría para hablar conmigo, y quería hacerlo en un lugar donde pudiéramos hacerlo a solas.

Un minuto después llamó a la puerta mientras yo dejaba la maleta sobre la cama. Mi padre entró en la habitación con paso inseguro y la expresión tensa, colocándose a mi lado. Vestía un jersey grisáceo de punto fino y unos vaqueros que no había visto nunca. Lucy se lo habría comprado.

—Hola —saludó con un hilo de voz.

—Hola —respondí del mismo modo.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó, señalando la maleta.

—No hace falta —dije—. Puedo hacerlo yo.

—Vale.

Silencio incómodo.

Se rascó la nuca y suspiró con pesadez. Sus ojos se habían vuelto vidriosos, y no sabía donde mirar. Porque si me miraba a mí, acabaría echándose a llorar. Y lo agradecí, porque si él lloraba, yo también lo haría.

—Siento mucho no haberte contado que pensaba pedirle matrimonio a Lucy —dijo, rascándose la barba de dos días con nerviosismo sin quitarme la vista de encima—. Soy consciente de que he descuidado mucho nuestra relación, y no sabes cuánto lo siento, Chloe. He estado tan concentrado en mí que durante un tiempo me olvidé de ti.

Dio un paso hacia mí.

—El día que naciste, me prometí que iba a protegerte de cualquier cosa que pudiera hacerte daño. Y durante muchos años lo he hecho. Pero jamás pensé que tendría que protegerte de mí...

—me miró a los ojos y su voz se resquebrajó, como si estuviera a punto de romper a llorar—. No sabes lo avergonzado que estoy por haberte levantado la mano, por no haber contado contigo en decisiones importantes...

—Papá...

—Por favor, Chloe. Déjame terminar. Últimamente no he sido el mejor padre, lo sé, pero te pido por favor que me perdones, y te prometo que a partir de ahora todo será mejor.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro sin control, y eso provocó que las mías también emergieran. Fue inevitable. Había visto a mi padre llorar otras veces, pocas en realidad, pero escucharle hablar así, con la voz rota y mirándome a los ojos... me partió el corazón.

Abracé a mi padre con todas mis fuerzas.

—Por supuesto que te perdono —murmuré sobre su pecho, podía notar su corazón latiendo con fuerza—. Solo espero que tú también puedas perdonarme a mí por todas las cosas que te dije. No hablaba en serio...

Me estrechó entre sus brazos con fuerza y me besó la cabeza como solía hacer cuando era pequeña, como cuando me caía y me hacía algún rasguño en las rodillas y me besaba para que dejara de doler.

—Sigo pensando que casarte es un error. Es muy pronto...

—Esperaremos el tiempo que necesites, ¿de acuerdo? —me dijo, enjugando la lágrima que se deslizaba por mi mejilla—. No tengo por qué casarme ahora. Hablaré con Lucy, ¿vale?

Asentí.

—He entrado a Stanford —anuncié con una sonrisa.

Sus ojos se abrieron por la alegría y volvió a abrazarme.

—Me alegro mucho por ti, princesa. Sabía que lo lograrías.

—Gracias, papá.

—Me encantaría celebrarlo contigo, princesa, de verdad que sí, pero tengo que irme a Virginia Beach. Tu abuela me ha pedido que vaya a hacer una pequeña reforma en la casa. Quería arreglar las cosas contigo antes de irme.

—¿Te vas ya?

Miró el reloj de su muñeca.

—Si quiero llegar esta noche, me temo que sí...

—Está bien.

—¿Volverás a casa? —preguntó, esperanzado.

Asentí con una sonrisa.

—Bien, porque la casa se siente muy vacía sin ti.

Me abrazó de nuevo.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —me dijo, separándose y mirándome a los ojos—. No quería irme porque no quería dejarte sola, pero sé que Alex estará contigo y te protegerá. Puede quedarse a dormir las noches que haga falta mientras yo no esté. Prefiero que esté en casa por lo que pueda pasar. Bueno, Lucy y Amber también estarán, pero me sentiré más seguro si Alex está con vosotras.

Mi padre no tenía ni idea de que Alex y yo habíamos roto. Tampoco me pareció un buen momento para decírselo, pues si sabía que ya no estábamos juntos, se iría preocupado o no se movería de casa.

—Vale —mostré mi sonrisa más superficial.

—Te quiero, princesa —me dijo.

—Yo también te quiero, papá.

Sarah apareció poco después, ocupando el lugar que había dejado mi padre. Por la sonrisa que traía consigo, supuse que había puesto la oreja detrás de la puerta para escuchar nuestra conversación.

—¡Has entrado en Stanford! —exclamó entusiasmada.

Se abalanzó sobre mí para abrazarme.

—Me alegro mucho por ti, Chloe. Sabía que lo lograrías...

—Gracias.

—Entonces, ¿vuelves a tu casa?

—Mañana —respondí—. Hoy estoy muy cansada. Prefiero descansar.

—Genial. Así esta noche puedes contarme todo lo que ha pasado en Richmore con pelos y señales.

Al día siguiente, después de clase, entré en mi casa y me sorprendió un montón que la decoración volviera a ser como era antes de que Lucy metiera sus zarpas. Sonreí por dentro y arrastré mis maletas hasta mi habitación. Aspiré el aroma de mi hogar, devolviéndome a un momento de mi vida en el que era feliz. Dejé la maleta sobre la cama y empecé a deshacerla.

—Has vuelto —dijo Amber, apoyada en el quicio de la puerta, no muy emocionada con verme de vuelta. Mi felicidad también se había visto interrumpida con su llegada.

—He vuelto.

—¿Ya te has disculpado con mi madre?

—¿Y por qué tendría que disculparme?

—No sé, tal vez por cómo le hablaste...

—Yo no recuerdo haberle hablado mal a tu madre.

Es más, ni recuerdo haber intercambiado alguna palabra con ella cuando discutí con mi padre. Saqué el portátil de la bolsa y lo conecté a la corriente para cargarlo. La pantalla se encendió mientras yo seguía sacando cosas de la maleta, mostrando la famosa manzana de Apple para después iluminar la habitación con una fotografía de Alex y mía abrazados. No pensé mucho en ella y puse la contraseña para reproducir mi lista de canciones favoritas en Spotify.

—¿Por qué eres tan egoísta?

Me di la vuelta para mirarla directamente.

—¿Egoísta? —pregunté, incrédula.

—Sí, es muy egoísta por tu parte no dejar que tu padre sea feliz con mi madre. Ella lo quiere, y sé que él también la quiere a ella, y gracias a ti han pospuesto indefinidamente la boda... Debes estar orgullosa por haber conseguido lo que querías.

—No tengo por qué darte ninguna explicación, Amber, pero si tanto la quieres, allá va —dije mientras me cruzaba de brazos a la altura del pecho—. Yo quiero que mi padre sea feliz, es solo que me parece muy precipitado que hayan decidido comprometerse cuando solo llevan saliendo juntos ¿qué? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Solo estoy tratando de proteger a mi padre de un posible desengaño amoroso.

—Mi madre sería incapaz de engañar a nadie —gruñó.

—Esa es la cosa, Amber, que no sé de lo que es capaz tu madre porque no la conozco. Os metisteis en mi casa cuando yo a penas sabía que nuestros padres estaban saliendo, y luego habéis intentado eliminar por completo el recuerdo de mi madre de esta casa. ¿Cómo crees que eso me hizo sentir? Mi madre trabajó mucho para decorar esta casa, dejó huella en cada esquina, y tu madre ha intentado borrar eso...

Ella se quedó callada, sin saber qué responder.

—Siento si os he tratado mal en algún momento —continué—, no era mi intención. Pero tampoco creas que voy a cerrar la boca cuando algo me parece que está mal.

Se marchó y se encerró en su habitación dando un portazo.

Yo seguí ordenando mis cosas.

Esa noche vi a Amber salir de su habitación. Llevaba una falda holgada que dejaba a la vista sus largas piernas y un top donde su escote iba a ser el centro de todas las miradas. Un top que era mío y que todavía no me había devuelto. Sus tacones resonaron al impactar contra el suelo de madera. Cuando pasó por mi puerta y me vio, forzó una sonrisa y trató de bajar las escaleras.

—Ese es mi top —dije.

Retrocedió unos pasos y miró al interior de mi habitación. Sus ojos azules se fijaron en los míos con los labios fruncidos en una expresión recelosa.

—No te preocupes. Mañana te lo devuelvo —repuso. Por el tono de su voz, supe que no tenía intención de devolvérmelo. Al menos hasta sacarle el máximo partido—. Adiós.

—¿Vas a salir?

—¿Y a ti qué te importa? —inquirió de malas maneras.

—Es tarde.

—¿Y? —alzó ambas cejas, desafiante.

—¿Dónde está tu madre?

No es que me importara donde estuviera, pero quería saber cuando iba a llegar a casa.

—Tenía una cena de empresa o algo así... ¿Algo más?

—No.

Bajó las escaleras. Segundos después, escuché la puerta de casa cerrarse. Puse los ojos en blanco y me centré en la pantalla de mi ordenador.

—Eso ha sido un poco incómodo —murmuró Sarah. Ella se estaba preparando para salir con Woody. Se había puesto un vestido negro, ceñido y muy muy sexi. Se había maquillado y dejado su melena rubia suelta cayendo por sus pechos en unas bonitas ondas abiertas.

—Un poco —reconocí—. Antes hemos discutido.

—Me lo imaginaba. Se palpaba la tensión desde aquí.

—¿Y qué vais a hacer esta noche al final? —cambié de tema. No me apetecía seguir hablando de la mini rubia—. ¿Vais a ir al cine?

—Hemos cambiado de planes —dijo con una gran sonrisa—. Woody ha hecho una reserva en un restaurante y luego vamos a pasar la noche en un hotel de Richmore. Les he dicho a mis padres que voy a una fiesta de pijamas en casa de Britt y que tú no ibas porque no te encontrabas muy bien, por si te preguntan.

—Casa de Brittany y estoy mala, de acuerdo —dije, enumerando las excusas que tendría que decirle a sus padres, aunque esperaba no tener que mentirles.

—Bueno..., ¿cómo estoy?

Se colocó frente a la cámara y posó para mí. Sarah era una chica guapísima y con un cuerpo

de escándalo. Los chicos se giraban para mirarla cuando pasaban por su lado, y algunas chicas también. Pero es que es normal, joder, tenía una amiga que era un bombón. El vestido que había elegido se adaptaba a sus curvas y el color negro le otorgaba un aire misterioso y peligroso. Me gustaba mucho. Y estaba segura que a David también le gustará.

—Impresionante —dije con una sonrisa.

—¿En serio?

—Sí —aseguré—. Se le caerá la baba cuando te vea.

—Lo que quiero cuando me vea es que se le ponga dura.

Las dos nos echamos a reír.

—Seguro que sí.

Se sentó en el escritorio y me miró a través de la pantalla.

—¿Y con Alex...?

—Se ha acabado.

Me dolía decirlo, pero era la verdad.

—¿En serio que no podéis intentar solucionar las cosas?

—Ojalá —exhalé—. Alex no quiere luchar por nosotros.

—¿Y ya está, te rindes?

—¿Qué más quieres que haga? He intentado hacerle comprender que cometió un error, y él se niega a aceptarlo. Estoy cansada de tirar del carro, Sarah. Si él no quiere luchar por lo nuestro, yo tampoco voy a hacerlo...

Recibió un mensaje en el teléfono.

—Tengo que irme ya... ¿Estás bien?

—Sí, tranquila —sonreí—. Disfruta de tu cita.

—Lo haré. Adiós. Te quiero.

Unos golpecitos me despertaron en mitad de la noche. Mi habitación estaba sumergida en la oscuridad, tan solo la luz de la pantalla del teléfono cuando miré la hora iluminó el lugar. Eran las once y cuarenta y dos de la noche. Se escuchó otro golpecito, parecía que alguien estuviera lanzando piedrecitas a la ventana.

Cogí el bate de béisbol que Brett me regaló hacía años y que había rescatado del desván y guardado debajo de la cama por si el hombre que intentó secuestrarme volvía a aparecer. El corazón me latía despavorido a medida que me acercaba a la ventana. Y entonces escuché una voz que me sonó familiar.

—¡Chloe! —balbuceó—. ¡Chloe!

Era Alex. Estaba plantado bajo la ventana, tambaleándose y con la mirada perdida. Tenía un aspecto algo descuidado, con la camiseta manchada y los vaqueros más rotos de lo normal, como si se hubiera arrastrado por el suelo.

—¿Qué haces aquí, Alex? —pregunté, asomándome por la ventana—. Es muy tarde.

—Necesito hablar contigo —las palabras se deslizaron por su lengua con torpeza. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba borracho. No sabía que Alex bebiera, nunca antes lo había visto así, era algo completamente nuevo para mí. Y me atrevería a decir que también era nuevo para él.

—¿Cuánto has bebido?

Hizo una señal con los dedos para decirme que poco.

Pero por su aspecto yo diría que mucho.

—Tenemos que hablar —repitió.

—Espera.

Cerré la ventana, bajé las escaleras y abrí la puerta. Sentado en el porche estaba Alex, con la cabeza apoyada en el pilar. Tenía algunas magulladuras en los nudillos, salpicaduras de sangre en el rostro, cuello y camiseta. Un hematoma se extendía por su mejilla derecha, como si hubiera recibido un puñetazo.

—¿Qué te ha pasado?

Alex se miró las manos y sacudió la cabeza.

—Deja de moverte, por favor —me pidió—. Tengo..., tengo que decirte una cosa y quiero que me escuches muy atentamente... Yo..., quiero decirte que yo... —chasqueó la lengua e intentó incorporarse, pero estaba tan borracho que se cayó, quedándose nuevamente sentado. Yo me acerqué para ayudarlo; me pasé su brazo por los hombros y lo sujeté de la cadera. Desprendía un fuerte olor a alcohol que echaba para atrás.

Lo subí a mi habitación. No tenía ni idea de si Amber o Lucy habían llegado, tampoco es que me importara. Ahora mismo lo único en lo que podía pensar era en Alex.

—Te has pasado un poco con la bebida, ¿no crees?

Lo solté un momento para cerrar la puerta.

—Estoy bien —respondió, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia. Intentó dar un paso hacia mí, y volvió a tropezar. Si no fuera porque yo lo sujeté, se hubiera caído al suelo.

—Sí, estás fenomenal... Vamos a limpiarte un poco.

Entramos al cuarto de baño de mi habitación e hice que se sentara en el retrete.

—Dime, ¿qué ha pasado? ¿Con quién te has peleado?

—He ido a un bar —respondió en voz baja—. Necesitaba... pensar. He empezado a tomar chupitos, y después de beberme el último, salta un tipo y me dice que era suyo —bufó, poniendo los ojos en blanco—. Me ha gritado y le he dado un puñetazo en la cara —hipó.

—Y os habéis peleado.

Asintió.

—Después he llamado a un Uber y me ha dejado aquí.

Mientras Alex hablaba, yo había preparado una toalla con agua y jabón para tratar de limpiar las heridas que tenía en las manos y en el labio inferior, además de la sangre seca. Empecé a frotar por el cuello con fuerza, después continué por el rostro.

—Duele —se quejó.

—Te aguantas.

Seguí limpiando hasta que eliminé el rastro de sangre.

—Hueles super bien —me dijo.

—Qué pena que yo no pueda decir lo mismo...

—¿Ya no te importo? —noté temor en sus palabras.

Decidí no responder a esa pregunta.

—Debería llamar a Hannah para que venga a buscarte.

—No, por favor. Necesito..., hablar contigo.

—Lo que necesitas es ducharte y dormir la mona. Mañana hablamos todo lo que quieras. Voy a por el móvil.

Se arrodilló ante mí y se aferró a mis piernas para que no saliera del cuarto de baño. Alzó la

mirada, sus ojos se habían vuelto vidriosos, su labio inferior empezó a temblar.

—Por favor, no me dejes —suplicó entre sollozos—. Sé que me he comportado como un gilipollas los últimos días, pero es porque tenía mucho miedo de que te olvidaras de mí, que conocieras a alguien mejor que yo y me abandonaras. Ahora me doy cuenta del error que cometí al dejarte. Estos días sin ti han sido un infierno. Lo siento. Lo siento tanto, Chloe —apoyó la cabeza en mis piernas y cerró los ojos, derramando un par de lágrimas.

—Alex, déjame que llame a Hannah.

—¡No! —gritó con desesperación—. No me dejes, por favor, Chloe. No me dejes. No sabes cuánto te necesito. Echo mucho de menos despertarme cada mañana y saber que puedo llamarte sin miedo a que no cojas el teléfono, quiero poder abrazarte y besarte cada vez que me apetezca. Incluso echo de menos tus preguntas inquisitivas sobre mi pasado, o que te metas en mis problemas familiares para intentar ayudarme.

»He cometido muchos errores en mi vida, Chloe, demasiados. Y no te puedo prometer que no vaya a cometer más en el futuro, pero sí que puedo prometerte que intentaré ser mejor para ti. Ser el hombre que en realidad te mereces.

Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos.

—Te quiero más de lo que he querido a nadie —continuó—. Si no estás conmigo siento que me falta el aire... Sé que no me crees, que después de lo que te he hecho pienses que no valoro nuestra relación, pero tenía tanto miedo...

—Alex...

—Te amo, Chloe —me dijo—. Nunca me cansaré de decirte lo mucho que te amo y lo importante que eres para mí. Yo tampoco puedo ser amigo de la persona de la que estoy enamorado. No puedo... Es que no puedo... Me quema por dentro estar a tu lado y saber que no estamos juntos... Por favor, dame otra oportunidad. Solo una más. Déjame demostrarte lo mucho que me importas, por favor...

Se abrazó a mis piernas y empezó a llorar desconsoladamente. Yo enjuagué la lágrima que se deslizó por mi mejilla, escucharle decir todas esas cosas me había conmovido demasiado; sabía que Alex me quería, eso era algo que nunca había dudado, aunque sí que había llegado a pensar que no me quería lo suficiente como para luchar por nuestra relación. Y que dijera todas estas cosas lo cambiaba todo.

Respiré hondo antes de decir:

—Vas a quedarte aquí esta noche, ¿vale?

Alex asintió, despacio, sin apartar la mirada de mis ojos.

—Voy a llamar a Hannah para que no se preocupe. Mientras tanto, desnúdate y métete a la ducha. No voy a meterte así de sucio y oliendo tan mal en mi cama.

Cogí mi teléfono móvil que descansaba en la mesilla de noche y salí al pasillo para llamar a Hannah. Busqué su número en la agenda y pulsé para llamar.

—Hola, Hannah —dije cuando respondió—. Siento mucho molestarte a estas horas, solo quería decirte que Alex pasará la noche en mi casa.

—¿Está bien? Esta tarde ha salido de casa un poco alterado...

—Sí, está bien. Yo me encargo de él.

—De acuerdo... Muchas gracias por avisarme.

—Buenas noches, Hannah.

—Buenas noches.

Alex estaba sentado en el inodoro cuando regresé, mirando los rasguños de sus manos con

mucho detenimiento. Alzó la mirada cuando me oyó llegar y una lágrima surcó su rostro. Esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Te he dicho que te desnudaras —repuse.

Alex no dijo nada, solo me miró.

—Levanta los brazos.

Lo hizo. Tiré de su camiseta hacia arriba, descubriendo un par de hematomas más y manchas de suciedad por el torso. Parecía que se había revolcado por el suelo... Me agaché para quitarle los zapatos.

—Incorpórate.

Desabroché el cinturón y con un solo tirón, bajé los vaqueros y los calzoncillos. Después, lo guié hasta el interior de la ducha e hice que se sentara en el suelo. Era demasiado alto para poder lavarlo de pie. Abrí el grifo del agua fría y dejé que la cascada cayera sobre su cuerpo.

—Está muy fría —se quejó.

—Mejor, así se te baja el pelotazo antes.

Me hice una coleta para no mojarme el pelo y cerré el grifo. Cogí el champú y me eché un poco en las manos, frotándolas hasta crear una espuma blanca. Hice pequeños círculos en el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Alex cerró los ojos y disfrutó de mis caricias.

—¿Me vas a dar otra oportunidad? —me preguntó mientras cogía la alcachofa y dirigía el agua hacia su cabeza para que se llevara el champú.

No respondí. Una vez que el pelo estaba limpio, eché un poco de gel en la esponja y empecé a frotar. Restregué con más fuerza por su pecho para eliminar la suciedad que se había impregnado en su piel. Su corazón latía a mil por hora, y no sabía si era por la falta de respuesta o por la cantidad de alcohol en su organismo.

—Judy es solo una amiga —murmuró, como si pensara que necesitaba oírlo—. Nos conocemos desde pequeños, y después, cuando me mudé, perdimos el contacto. Verla de nuevo fue como sentirme de nuevo aquel niño feliz que tenía una familia...

—Me alegra que os hayáis vuelto a encontrar.

Y lo decía en serio. Bueno..., más o menos.

—Sé que no os lleváis bien. Me ha contado vuestra rivalidad.

—Eso fue el curso pasado —pasé la esponja por su espalda. Alex se movió para facilitarme el trabajo, cosa que agradecí—. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Yo he cambiado. Madre mía, menudo hematoma tienes en el costado —comenté en voz baja.

—Si yo tengo mala pinta, imagina cómo ha quedado el otro...

Cuando llegué a sus partes íntimas, lo hice con cuidado. Alex no sentía ningún tipo de pudor, estaba más centrado en mirarme que en donde tenía las manos.

—No me has respondido —me dijo.

—Alex... Estás borracho. Mañana seguramente no recuerdes nada de lo que has dicho ahora. Prefiero esperar a que se te haya pasado el pelotazo para poder hablar tranquilamente.

—Tal vez esté un poco borracho —dijo con una sonrisa ladeada—, pero sé lo que estoy diciendo. Te amo, Chloe. Me pediste que admitiera mi error y eso es lo que estoy haciendo. No debí haber roto contigo por mis putos miedos. Soy un completo gilipollas...

—Un poco gilipollas sí que eres —sonreí.

—¿Me perdonas?

Hice como si estuviera pensándomelo.

Pero no había nada que pensar.

—Sí, te perdono.

Me aparté para abrir de nuevo el grifo y que el agua cayera desde el techo para llevarse todo el jabón, dejando su cuerpo limpio, brillante y con un rico olor a miel. Alex alzó la vista hacia mí, mirándome a través de la cortina de pelo que se había formado sobre sus ojos.

—¿Y... quieres volver a ser mi novia?

Alex esbozó una sonrisa que hacía una eternidad que no veía cuando asentí, y me tomó del rostro para fundirse en mi boca. Sus labios estaban húmedos y suaves, tenía un sabor a alcohol que no me agradaba mucho, pero echaba tanto de menos sus besos que no me importó; su lengua entró en contacto con la mía y se devoraron. Me envolvió entre sus brazos y me sentó en su regazo, el agua impactó contra mí haciendo que el pijama se me adhiriera al cuerpo como una segunda piel.

Se deshizo de mi camiseta quitándomela por la cabeza, la lanzó por los aires y aterrizó en el suelo del baño con un golpe húmedo. Enterró la cabeza entre mis tetas desnudas, sus manos se deslizaron por mi espalda hasta llegar al trasero, clavando los dedos en mi carne, restregándose contra su erección.

—Te deseo tanto —murmuró sobre mi piel. Succionó y lamió mi pezón derecho, después el izquierdo—. Eres perfecta, Chloe. En todos los sentidos.

Su boca se entretuvo con mis pezones, los lamió y los succionó, mientras sus dedos descendían por mi vientre. Apartó el pantalón del pijama y las bragas, encontrando lo que andaba buscando. Esbozó una sonrisa cuando me tocó. Gemí bajito cuando frotó ese punto sensible, tuve que sujetarme a sus hombros para no perder el equilibrio.

—¿Te gusta? —me preguntó.

Asentí con el labio inferior atrapado entre los dientes.

—Me gusta mucho, pero no sé si deberíamos seguir con esto...

—¿Por qué?

—No quiero aprovecharme de ti...

—Aprovechate todo lo que quieras de mí —dijo con una preciosa sonrisa ladeada y la voz ardiente en deseo—. Soy todo tuyo. Aunque te mudes a la otra punta del país, aunque por algún motivo ya no estemos juntos, seguiré siendo tuyo. Ahora y siempre.

Presionó su boca contra la mía y nos fundimos. Metí la mano entre nuestros cuerpos mojados y toqué su erección. Estaba dura y caliente. Alex soltó un gemido sobre mi boca cuando la envolví con los dedos y empecé a sacudirla con suavidad. Arriba y abajo.

Alex introdujo otro dedo en mi interior, provocando que los dedos de los pies se me encogieran. Comprimi un poco más la mano y aceleré las sacudidas. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, apoyándose contra la pared de azulejo blanco. Moví la lengua por la anchura de su cuello, besando, lamiendo y soplando cada rincón de su piel, haciendo que se estremeciera.

—No sé si voy a poder aguantar más —masculló con voz queda—. Si sigues tocándome así, terminaré corriéndome en tu mano...

—¿Y a qué estás esperando para hacerme tuya?

—A que me lo dijeras.

Sacó la mano de mi interior y me quitó lo que me quedaba de ropa con torpeza. Después me pegó a su cuerpo por completo, y atrapó mis labios entre los suyos. Clavó los dedos en mi culo, su erección estaba aprisionada entre nuestros cuerpos.

—Dime qué quieres que te haga...

Su boca bajó hasta mi cuello y clavícula, lamiendo cada gota que se deslizaba sobre mi piel.

—Quiero sentirte dentro.

Alex me separó un poco para poder cogerse el miembro y lo dirigió hacia mi abertura. Bajé despacio, sintiendo cómo me llenaba, cómo mi cuerpo se abría para dejarlo entrar, amoldándose a su polla. Sus manos recorrieron mis curvas como si fuera la primera vez que lo hacía, como si estuviera tratando de guardar la forma en su mente.

—Joder...

Solté un gemido desde lo más profundo del pecho cuando estuvo completamente dentro. Eché la cabeza hacia atrás, dejando que la cascada de agua cayera sobre nuestros cuerpos. Las gotas se deslizaban por el torso de Alex, dibujando las líneas de sus músculos, hasta perderse en el punto de unión de nuestros cuerpos.

Estiré la mano para cortar el agua y empecé a moverme despacio. La sensación era maravillosa. Conseguimos volver a conectar, nuestros cuerpos y nuestras almas se habían añorado tanto que ahora que volvían a estar unidos parecía demasiado irreal, como si estuviéramos viviendo un sueño. Y es que tenía razón, Alex siempre iba a ser mío, y yo iba a ser suya. Por mucho que pasara el tiempo, aunque hubiera un océano entre nosotros, aunque ya no estuviéramos juntos, siempre nos íbamos a pertenecer el uno al otro.

Alex cerró los ojos y abrió la boca, tomando grandes bocanadas de aire. Yo seguí moviéndome de arriba abajo, apoyada en sus muslos. Él tenía las piernas estiradas, ocupaba la ducha por completo. Estaba apoyado contra la pared, con los ojos clavados en mí.

—Me encanta verte así —se lamió los labios y se inclinó para cogerme de la nuca y atraerme a su boca. No me besó, sus labios estaban a escasos milímetros de rozar los míos—. Me encanta verte desnuda sobre mí, conmigo dentro de ti...

—A mí me encanta sentirte. Me encanta tocarte, besarte...

Deslicé la lengua por sus labios. Alex sonrió.

Se apoderó de mi boca, me devoró. Sus labios eran el depredador y los míos su presa. El sonido húmedo que hacían nuestras caderas al chocar llenó el espacio, superando incluso el de nuestras respiraciones aceleradas.

—Se siente tan bien...

Aceleré el ritmo de las penetraciones, moviendo la cadera hacia delante y atrás cada vez más rápido. Alex no me quitaba los ojos de encima, tenían ese brillo lujurioso que tanto me ponía. Deslizó la mano por mi cuerpo, dibujando una línea imaginaria que se extendía desde la clavícula hasta mi sexo. Frotó ese punto sensible; gemí su nombre, extasiada por el placer.

Tomó mi rostro y nuestras bocas se fundieron. Me envolvió con sus brazos, mis pezones endurecidos se apretaron contra su torso. Después bajó las manos hasta mi trasero, clavando los dedos, tomando el control. Su cuerpo estaba húmedo y brillaba, algunas gotas de agua cayeron de los mechones de pelo, resbalando por su cuello. Yo las lamí, deslicé la lengua por su piel, saboreándolo.

—Me pone mucho cuando haces eso —gimió.

—¿El qué? —pregunté, juguetona—. ¿Esto?

Seguí jugando con su cuello, deslizando la lengua y dejando besos y lametones a mi paso.

—Exactamente eso —masculló.

Alex encogió el cuello por el mismo placer, pero eso no me detuvo. Seguí moviendo los labios, disfrutando de esa placentera tortura. Las embestidas se volvieron más violentas, más salvajes, llevándome hasta el límite; me entregué al máximo al orgasmo que me sacudió, como si una explosión hubiera estallado en mi interior. Gemí sobre la piel de su cuello, clavé las uñas

sobre su espalda, dejando unas marcas rojizas. Alex seguía manteniendo el ritmo rudo para prologar mi orgasmo unos segundos más.

Tenía una sonrisa triunfante en el rostro.

—Ven aquí —le dije.

Me incorporé. La polla de Alex cabeceó cuando salió de mi interior, apoyándose en su vientre. Tomé su mano para ayudarlo a levantarse, y cuando estuvo a mi altura, lo empotré contra la pared. Las comisuras de su boca se estiraron hasta formar una endiablada sonrisa. Alex era todo un espectáculo visual; las gotas de agua resbalando por su increíble cuerpo esculpido por los dioses, sus ojos azules ardientes en deseo, su miembro tieso y apuntándome...

—¿Qué vas a hacerme?

—Voy a hacer que te corras.

Dejé un beso en sus labios antes de arrodillarme y coger su erección. Enrosqué los dedos por el tronco. Posé los labios sobre la cabeza. No fue más que un simple roce, un adelanto de lo que iba pasar.

Deslicé la lengua mientras movía la mano con suavidad. Alex soltó un gemido gutural, su pecho subía y bajaba con cada brusca exhalación. Tenía los ojos puestos en mí, esperando impaciente que me la metiera a la boca. Yo quería hacerlo sufrir un poco, así que dibujé la largura de su miembro con los labios.

—Chloe...

—¿Qué? —pregunté, inocente.

—Con las cosas de comer no se juega.

Ambos nos echamos a reír por su ocurrencia. Decidí acabar con la tortura y metérmela entera en la boca. Eso hizo que Alex gimiera y echara la cabeza hacia atrás; yo succioné con suavidad mientras ejercía un poco más de presión con la mano.

—Menuda boca tienes —dijo con voz ronca y provocativa—. No pares...

Colocó las manos en mi cabeza, enredando los dedos entre mi pelo y empezó a empujarme hacia él. Yo movía la cabeza hacia delante y atrás mientras lo masturbaba y succionaba con la boca. Verlo disfrutar me llenaba de confianza y seguridad, me hacía sentir que tenía el poder de su placer, que podía hacer que se corriese solo con la boca.

Me la saqué para coger aire.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Bien. Abre la boca.

Hice lo que me dijo. Alex entró con cuidado en mi interior, y no se detuvo hasta que llegó hasta el fondo. Tosí y la sacó. Después lo volvió a intentar, pero esta vez lo soporté.

—No voy a tardar mucho más en correrme...

Con la mano que tenía libre, lo estimulé desde abajo, acariciando sus testículos con suavidad. Pude sentir aproximarse el clímax al notar la vena de su miembro tensarse después de que deslizase la lengua por la cabeza, así que me la saqué de la boca y seguí masturbándole con movimientos energéticos. Alex soltó un ronco gruñido cuando se dejó ir, y un chorro caliente cayó sobre mi barbilla y resbaló por mi cuello.

Me incorporé. Tomó mi rostro y presionó sus labios contra los míos, hundiendo la lengua en mi interior. Después me limpió con los dedos, tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Te amo —susurró junto a mis labios.

—Te amo —dijo del mismo modo.

Alex y yo estábamos acostados en la cama, abrazados y besándonos. Como todavía seguía teniendo ropa suya en casa, había tirado la que llevaba a la basura. No había nada salvable, ni la ropa interior. Ahora solo llevaba un pantalón corto negro. Sus manos estaban sobre mis caderas, mis piernas sobre las suyas, su boca recorriendo mi cuello y haciéndome cosquillas con la nariz. Me sentía muy feliz, el corazón me vibraba y explotaba con cada suspiro de su cálido aliento sobre mi piel.

—Tengo que decirte una cosa —me dijo—. Quiero que vayas a Stanford. Quiero que persigas tu sueño, que te sientas más cerca de tu madre, aunque yo no vaya a estar contigo. Si no entro a Berkeley o a Stanford, tendremos una relación a distancia. Haré todo lo que esté en mi mano para estar contigo.

—No pierdas la esperanza —dije, acariciando su rostro—. Todavía puedes entrar en alguna de las dos universidades.

—No sé, Chloe. Tampoco quiero hacerme ilusiones.

Me incliné y lo besé.

—No pensemos en eso ahora, ¿vale? Disfrutemos del tiempo que tenemos juntos. Todavía nos queda el verano.

—Tienes razón —sonrió—. No perdamos más el tiempo que nos queda con discusiones, ¿vale? Si queremos que lo nuestro funcione, no podemos seguir ocultándonos cosas...

Tenía razón. Si queríamos que lo nuestro funcionara, los dos debíamos poner de nuestra parte, y eso significaba que debía ser sincera. Era el momento perfecto para decirle que su hermano había pagado la deuda.

—Ahora que lo dices, tengo que contarte una cosa...

—Dime.

—¿Recuerdas aquella vez que estuvimos en tu casa y apareció tu hermano? Estuvimos hablando sobre la deuda, me dijo que no querías aceptar su dinero y quería que yo tratase de convencerte para que lo hicieras.

Asintió, escuchándome con atención.

—Esa misma tarde me llamó para quedar conmigo en su hotel. Y lo hice. Ahí me dijo que... —respiré hondo antes de continuar—. Me dijo que ya había pagado la deuda.

Alex se movió, mirando hacia el techo. No sabía que rondaba por su mente, y me temía que saber la verdad nos arruinara la reconciliación.

—No te lo dije antes porque no sabía cómo hacerlo —añadí de inmediato—. Cada vez que nombraba a Oliver, te cerrabas en banda y no querías escucharme... Estaba buscando el momento adecuado para decírtelo, pero ahora sé que no hay momentos adecuados. Yo también quiero que lo nuestro funcione, no quiero que haya más secretos entre los dos...

—Entonces, ¿ya no hay deuda?

Negué con la cabeza.

—Bueno..., al menos ya no tengo que trabajar tanto.

—Lo siento. Debí habértelo dicho antes.

—No pasa nada. Me gustaría que me lo hubieras dicho antes para prescindir de uno de los trabajos y tener más tiempo para estudiar, pero comprendo por qué no lo has hecho. Escucho el nombre de Oliver y... me hierve la sangre. No quería ni quiero saber nada de él. Pero me alegro que al fin me lo hayas contado.

—¿No estás enfadado?

—Por supuesto que no —aseguró—. Es decir, una parte de mí odia que Oliver haya pagado la deuda, pero también hay otra que agradece que lo haya hecho porque de ese modo nos ha librado a mi tía y a mí de estar endeudados de por vida...

Me apartó el pelo de la cara y me besó en los labios.

—También tengo que decirte otra cosa...

Me tomó del rostro, acercándose a sus labios para besarme.

—No hace falta que me lo cuentes todo esta noche —dijo, envolviéndome entre sus brazos—. Ahora vamos a dormir, ¿de acuerdo? Mañana será otro día.

Asentí.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Me acomodé en su pecho y cerré los ojos, aspirando su aroma. Sus dedos recorrieron mi espalda con suavidad, los míos su abdomen. Y con esas caricias, nos quedamos dormidos.

Me pareció escuchar un ruido en el piso de abajo. La luz de la luna entraba por la ventana, iluminando tenuemente la habitación. Alex dormía a mi lado, su respiración era pausada y tranquila. Estuve un rato pendiente por si volvía a escuchar otro ruido o si había sido cosa de mi imaginación. Y durante unos minutos no se escuchó nada, así que deduje que me lo había imaginado. Volví a acostarme en la cama. Alex se removió y me envolvió con su brazo, acomodando su cuerpo al mío.

Unos segundos después, escuché otro ruido.

Me levanté bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex con voz adormilada.

—He oído un ruido...

—Yo no he oído nada.

Esperé nuevamente por si volvía a escucharlo. Nada.

Todo estaba en completo silencio.

—Tal vez me lo he imaginado...

—Puede ser —murmuró—. Vuélvete a acostar.

—Voy a por un vaso de agua.

Me puse las zapatillas de andar por casa y salí de la habitación. A medida que bajaba las escaleras empecé a escuchar jadeos y gemidos procedentes del salón. Allí encontré dos siluetas revolcándose en el sofá. Supuse que se trataba de Amber, que había llegado de fiesta y se había traído un chico a casa, pero cuando encendí la luz y descubrí quienes eran realmente, me quedé paralizada en el sitio y con la boca abierta.

El hombre se incorporó, tenía la camisa abierta, mostrando un pecho definido y peludo. Debía tener unos cuarenta y pocos años. Tenía el pelo oscuro y canoso por los lados, la mandíbula cuadrada y cubierta por una espesa barba y los ojos oscuros. La mujer se removió y asomó la cabeza sobre el respaldo.

—¿Lucy? —pregunté, sin dar crédito a lo que veía.

No podía ser posible.

Tenía la falda del vestido subida hasta las rodillas, ambos tirantes del sujetador caídos, a punto de enseñar un pezón. Su labial carmesí estaba extendido por su barbilla y por la boca del hombre. Donde antes había un moño, ahora había un matojo de pelos revueltos que caían por su rostro.

—¿Cómo has podido hacer esto? —se me quebró la voz.

Ella era la última persona que pensaba que podría hacer algo así. Se suponía que estaba enamorada de mi padre, que quería casarse con él cuanto antes porque la vida es demasiado

corta... y acababa de ponerle los cuernos con otro hombre en su propia casa. ¡Esto es insultante! Cerré los puños con tanta fuerza de la misma impotencia que hasta me clavé las uñas en las palmas, sintiendo una leve punzada de dolor.

Mi padre se había entregado en cuerpo y alma a esta relación hasta el punto de alejarse de mí, y ella se había dedicado a hacerle ilusiones y a clavarle un puñal por la espalda...

—Chloe, pensaba que estabas en casa de tu amiga...

Se levantó. Se colocó la falda y se subió los tirantes, tratando de disimular lo que había ocurrido, como si al hacerlo no hubiera engañado a mi padre. Yo ya tenía esa imagen grabada a fuego en mi memoria. No iba a poder sacármela nunca.

—He vuelto esta tarde después de hacer las paces con mi padre —gruñí de malas maneras—. Y menos mal, porque entonces no habría descubierto que eres una vil mentirosa y una manipuladora. ¿Qué coño te pasa, Lucy? ¡Ibas a casarte con mi padre! ¡Él lo ha dado todo por ti!

—Déjame que te explique...

—¿Qué me vas a explicar? —exclamé—. Sé muy bien lo que estaba pasando aquí. ¿Te crees que soy idiota? ¡Estabas a punto de follarte a otro hombre en nuestra casa!

Escuché unos pasos detrás de mí aproximándose. Me giré y recé para que fuera Alex, que había escuchado los gritos y había bajado para ver qué estaba pasando. Sin embargo, quien bajó fue Amber. Tenía el pelo recogido en un moño deshecho y llevaba puesto su pijama.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó ella con los ojos pegados y llenos de lagañas. La habíamos despertado. Después, centró la mirada en las dos personas que estaban en el salón—. ¿Mamá...? ¿Papá...?

Espera... había dicho, ¿papá?

Notaba que las paredes se encogían por momentos. Estaba empezando a agobiarme. Me llevé las manos a la cabeza, enredando los dedos entre mi pelo, tratando de calmar mis pensamientos. El corazón me latía con tanta fuerza que me costaba respirar.

—No me lo puedo creer —dije con incredulidad.

—Chloe, por favor...

Intentó acercarse a mí.

—¡Aléjate de mí! —le grité, echándome hacia atrás.

—Chloe, yo quiero a tu padre...

—¡Mentirosa! ¡Si lo quisieras no te estarías follando a tu ex marido!

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Lo quiero!

Solté una risa irónica, aunque lo que realmente me apetecía hacer era llorar. Llorar por mi padre, en lo mucho que le dolerá su traición. ¿Cómo podía seguir diciendo que quería a mi padre después de haber estado a punto de acostarse con su ex marido? Es que no tenía ningún sentido...

—He quedado con George para hablar sobre Amber. Hemos tomado un par de copas y... —enjugó la lágrima que recorrió su mejilla y trató de dar un paso hacia mí en busca de compasión. La mirada fulminante que puse le hizo retroceder hasta quedar nuevamente al lado del padre de Amber—. Lo siento mucho. Yo quiero mucho a tu padre, de verdad que sí.

Escuché pasos nuevamente bajando las escaleras. Esta vez sí que era Alex, llevaba el pantalón del pijama y el torso desnudo. Su mirada rodó rápidamente por el salón, deteniéndose unos segundos en Lucy y en su ex marido, que no había abierto la boca en ningún momento, ni siquiera para defender a su mujer o para tratar de justificarse. Y menos mal, porque no sabría cómo iba a reaccionar si se entrometía.

—Alex —dijo Lucy—. No sabía que estabas aquí...

—Ya veo —la voz de Alex era sosegada pero afilada.

—Yo... debería marcharme —dijo el hombre mientras se inclinaba para recoger sus zapatos que había dejado desperdigados por el salón. Lucy lo detuvo. Tomó su mano e impidió que se moviera. Los dos se miraron con complicidad, y fue ahí cuando supe que se estaban diciendo lo mucho que se querían, que iban a darse otra oportunidad... ¡Esto es increíble!

—Lo siento mucho, Chloe.

Amber se acercó a sus padres para abrazarlos. Los tres se unieron en un abrazo familiar que en otro momento me hubiese conmovido, pero lo cierto es que lo único en lo que podía pensar era en que habían jugado con los sentimientos de mi padre y los odiaba por ello. Con toda mi alma.

—Quiero que os marchéis de esta casa —escupí con desprecio. Ni siquiera me esforcé en disimular—. No quiero que vuelvas a poner un pie bajo este techo. Ni tú, ni nadie de tu familia.

Lucy asintió, incapaz de mirarme a la cara.

—Voy a recoger mis cosas.

—Tenéis treinta minutos.

Los tres desaparecieron de mi vista y subieron a las habitaciones para recoger sus pertenencias. No había mucho de ellos aquí, por lo que no deberían tardar demasiado. Yo me refugié en la ira que me corría por las venas, me eché el pelo hacia atrás y esperé impaciente a que bajaran y salieran por la puerta para no volver a verlas nunca más.

Mi padre y yo no nos habíamos peleado nunca. Jamás. Ni siquiera cuando me obligaba a tener la puerta abierta cada vez que traía algún novio a casa, o cuándo me enviaba mensajes cada vez que quedaba con mis amigos para ver cuánto me quedaba por llegar... Hasta la llegada de Lucy a nuestras vidas. Lo había trastocado todo con la promesa de un amor que en realidad no existía. Y lo que más rabia me daba de todo era que mi padre se había hecho ilusiones con que podíamos ser una gran familia, que al final podía haber cumplido uno de sus mayores sueños desde siempre y que con mi madre nunca pudo cumplir.

Primero bajaron con sus maletas, que guardaron en el coche de su ex marido antes de volver a subir por el resto de sus cosas. Hasta que al final bajaron con la última caja.

—Espero que algún día podamos...

Cerré la puerta en las narices de Lucy sin dejarla terminar. Entonces no pude soportarlo más y empecé a gritar. Grité con todas mis fuerzas. Necesitaba liberar parte del estrés acumulado, la frustración que sentía, el dolor, la ira, la traición. También solté alguna que otra lágrima que enjuagué con rabia.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó cuando me calmé.

Asentí.

—No me puedo creer que Lucy haya tenido el valor de ponerle los cuernos a mi padre después de haber creado tantos problemas con la boda —entré al salón y me senté en el sofá—. En el fondo sabía que ella no estaba enamorada de mi padre, pero jamás imaginé que pudiera hacerle algo así...

—Ya, a mí también me cuesta entenderlo —se dejó caer a mi lado y extendió el brazo por la largura del sofá—. No solo haberle puesto los cuernos, que también, sino habérselos puesto a un hombre como Tom. Es de las mejores personas que conozco, siempre me ha hecho sentir parte de la familia... Y que le hayan hecho algo así...

—Debería decírselo a mi padre.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —me preguntó.

—Por teléfono seguro que no —suspiré—. Supongo que tendré que esperar a que vuelva de casa de mi abuela. Es eso o podría ir yo hasta allí. Así de paso podría ver a mi abuela y a mi tío Kevin.

—Si quieres, podemos ir este fin de semana.

Lo miré con incredulidad.

—¿Podemos? ¿Vendrías conmigo?

Esbozó una media sonrisa.

—Por supuesto. No quiero dejarte sola en un momento como este. Además, tengo muchas ganas de conocer a tu abuela. Según me dijiste, ella te dio el empujón para darme una oportunidad la primera vez, ¿no? —asentí—. Quiero darle las gracias personalmente.

—Seguro que le encantará conocerte.

A la mañana siguiente, mi padre me llamó por la mañana temprano. Yo estaba esperando en el salón de Alex mientras él se duchaba y preparaba para el último día del instituto antes de la graduación.

—Buenos días, papá —dije nada más responder.

—Buenos días, princesa. ¿Nerviosa por el último día?

—Creía que sí, pero la verdad es que no.

Tenía muchas ganas de acabar el instituto y empezar una nueva etapa en la universidad. Vivir nuevas experiencias, conocer a otras personas, la independencia, dedicarme por completo al arte y a la fotografía... Lo único que me preocupaba era dejar a mi padre solo.

—Mejor así —aseguró—. Por cierto, ¿sabes algo de Lucy?

Fue escuchar su nombre y ponerme tensa.

—¿Por qué?

—La he estado llamando pero no me coge el teléfono...

Este era un momento perfecto para decirle lo que había pasado, que Lucy había decidido volver con su ex. Pero no creía que fuera un tema para hablarlo por teléfono. Así que opté por cambiar de tema.

—He pensado en ir este fin de semana a Virginia Beach con Alex.

—Me parece una buena idea —reconoció—. Grace ha estado diciéndome estos días que quiere conocer a Alex. Y también tiene muchas ganas de verte.

El aludido entró al salón con la mochila colgando al hombro, el pelo mojado peinado hacia atrás y con algún mechón rebelde cayendo por su rostro. Vestía vaqueros y una camiseta azul marino de manga corta. Se dejó caer a mi lado.

—Está tarde, después de clase, compraré dos billetes de avión para mañana por la mañana.

—De acuerdo. Nos vemos mañana entonces, princesa.

—Hasta mañana, papá.

Colgué.

—¿Todo bien? —me preguntó Alex.

Asentí.

—Me ha preguntado si sabía algo de Lucy. Está preocupado porque no le responde a los mensajes —suspiré, dolida por tener que ocultarle la verdad—. He conseguido cambiar de tema, pero dudo que en persona pueda hacerlo...

Me envolvió con su brazo y me atrajo hacia sí para besarme en la cabeza, dándome el apoyo que necesitaba. Y lo agradecí, porque no me veía con fuerzas suficientes para afrontar esa conversación.

No tardamos mucho en llegar al instituto. El ambiente allí era alegre, se podía respirar la emoción del último día. La gente saltaba y celebraba el fin de las clases. Cuando entré a clase de español, Brett se acercó a nosotros para darnos un fuerte abrazo.

—¡Último día de clase! —exclamó con tanto entusiasmo que fue imposible no emocionarse también—. ¡Y lo mejor de todo es que me han aceptado en UCLA! ¡Me voy a Los Ángeles!

—¡Qué buenas noticias! —exclamé mientras lo abrazaba.

—Enhorabuena —lo felicitó Alex con un fuerte apretón de manos.

—¿Tú has recibido alguna noticia?

Alex negó con la cabeza.

—Seguro que debe estar al llegar.

Britt llegó a clase poco después y se sentó al lado de Brett.

—¿Habéis oído que Jackson está desaparecido? —preguntó en voz baja para que nadie pudiera escucharnos—. Nadie lo ha visto desde que regresamos de Richmore. Ni siquiera volvió a casa. Sus padres están muy preocupados...

—Seguro que está con alguna chica —aseguró Brett—. No es la primera vez que desaparece unos días y luego dice que ha estado con alguna de sus amigas en un motel de mala muerte.

—Esta vez es diferente. Nadie sabe dónde se ha metido...

El profesor Grant apareció justo cuando sonó el timbre que daba comienzo a la clase. Siempre tan puntual. Dejó su maletín sobre la mesa y se apoyó en el borde para mirarnos a todos. Tenía el pelo más corto que de costumbre, llevaba puesto una camisa blanca remangada hasta los codos y pantalones tipo chinos negros. Se cruzó de brazos a la altura del pecho y esbozó una gran sonrisa.

—Sé que muchos de vosotros pensáis que es tontería venir a clase cuando ya han terminado los exámenes. También sé que habrá alguno de vosotros que preferirá estar en casa durmiendo en vez de estar aquí, pero ya que habéis venido, aprovechemos esta hora para decir lo que habéis aprendido durante vuestro último año.

Cada compañero expuso sus experiencias y las lecciones que habían aprendido a lo largo del año. Alex dijo que este año había aprendido a reconciliarse con su pasado, a confiar en la gente y a valorarse a sí mismo. Mientras lo decía, me miraba de reojo y me tomó de la mano, apretando ligeramente de una forma reconfortante. Yo había aprendido a no dar importancia a lo que los demás pensaran de mí, que es mejor aceptarse tal y como uno es. Yo también apreté ligeramente la mano de Alex para darle las gracias por haberme acompañado durante este año. Los dos nos habíamos ayudado mutuamente, nos habíamos convertido en mejores personas, por eso me sabía mal seguir ocultándole cosas. Anoche dijimos que no habría más secretos ni mentiras entre nosotros, por eso tenía intención de decirle todo lo relacionado con Jackson.

En la hora libre, vi a Amber con sus amigas en el comedor mientras hacían cola para comprarse algo de comer. Nuestras miradas se encontraron durante una milésima de segundo, el tiempo suficiente para que el recuerdo de su madre a punto de follarle a su padre en el sofá de mi casa me viniera a la mente. Cerré los puños con fuerza y aparté la mirada. No quería que ella ni nadie de su familia me arruinara el último día. Me centré en mi teléfono móvil para comprar los billetes de avión.

Sin embargo, ella no pensaba dejarlo pasar.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo, respaldada de dos amigas que parecían estar escoltándola. Yo levanté la mirada, la miré a los ojos y después volví a centrarme en mi teléfono —. La famosa Chloe Davis, la chica más popular del instituto, la chica más deseada por los chicos y la más envidiada por las chicas... ¿Qué pasaría si la gente descubriera la verdad sobre quién eres?

—¿A qué te refieres? —preguntó Alex, a mi lado.

Yo ni siquiera le prestaba atención.

—A que todo el mundo piensa que Chloe es perfecta y que tiene una vida perfecta..., pero lo cierto es que es un completo desastre. Igual que tú padre.

Fue mencionar a mi padre e incorporarme.

Ella sonrió con satisfacción.

Había conseguido llamar mi atención.

—Puedes decir lo que quieras de mí, pero deja a mi padre tranquilo.

Mi amenaza solo hizo que su sonrisa creciera.

—Me han contado el discurso que diste aquí, cuando dijiste que toda tu vida es una completa mentira... Pero no dijiste nada de que tu padre es un simple obrero que se gana la vida haciendo chapuzas de mierda y que no es capaz de mantener una mujer a su lado. O mueren o le ponen los cuernos. Es súper triste.

En ese momento no pensé y lancé el puño hacia su cara. Alex me cogió y me alejó de ella mientras que Brittany se enfrentaba a sus amigas. Todo el instituto estaba pendiente de mí, a la espera de ver qué sucedía ahora. Ni siquiera me importaba el dolor que sentía en la mano, solamente podía pensar en hacerle pagar por lo que había dicho, hacerle tragar sus propias palabras.

—¡Vuelve a tocarla y te parto la cara! —escuché que me decía una de sus amigas. La otra estaba pendiente de Amber, que al parecer estaba sangrando por la nariz. Yo sonreí.

—¿A quién vas a partir la cara tú? —se encaró Britt con ella.

—No entres al trapo —me dijo Alex, tratando de tranquilizarme.

Yo no podía apartar la mirada de la Mini Rubia.

—Se ha metido con mi padre. No puedo dejarlo pasar...

Me solté y me coloqué al lado de Brittany. Y de repente, el resto del equipo de animadoras se colocó detrás de mí, dispuestas a defenderme si fuera necesario.

—No me dais miedo —dijo la amiga de Amber.

—Vosotras tampoco a nosotras —dije yo. Di un paso hacia Amber, que tenía un pañuelo en la nariz para cortar la hemorragia—. Mi padre no es un simple obrero, Amber. Es mucho más que eso. Es un hombre bueno y bondadoso que a pesar de haber vivido una de las mayores desgracias que uno puede vivir, salió adelante y crió a su hija él solo. Y es una lástima que no hayas podido descubrirlo porque tu madre decidió follarse a tu padre a pesar de estar comprometida con el mío. Y en el fondo me alegra que haya pasado, porque no podría soportar vivir con alguien como vosotras, que no sabéis lo que es la lealtad.

—Te arrepentirás de esto...

—Y tú de haber insultado a mi padre.

Las dos amigas se llevaron a Amber. Yo agradecí a mis amigas el respaldo. Terminé de comprar los billetes y me comí mi sandwich de queso. Joder..., estaba hambrienta.

Al acabar las clases, llevé a Alex a su casa para que pudiera preparar las maletas para el viaje de mañana. Yo fui a mi casa. Allí me encontré al detective Larsson esperando en mi puerta.

—Cole, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté cuando llegué a su lado.

—Me gustaría poder decirte que he venido para ver cómo estás —dijo con cierta decepción—, pero lo cierto es que vengo como inspector de policía encargado de tu caso. ¿Tienes un momento?

—Claro, vayamos adentro.

Dejé el bolso en la encimera de la cocina.

—¿Quieres algo de beber?

—No quiero nada, gracias.

Abrí el armario y saqué un vaso para mí. Lo llené de agua y tomé un trago. Cole, o mejor dicho, el inspector Larsson, sacó su cuaderno y su bolígrafo y se sentó en uno de los taburetes frente a mí. Sus ojos oscuros se posaron sobre los míos y por la expresión preocupada de su rostro supe que algo no iba bien. El corazón se me aceleró y apoyé los brazos en la encimera.

—Jackson ha desaparecido.

—Eso he oído... Seguramente esté con alguna chica. No sería la primera vez.

—Me temo que no está con ninguna chica. Hemos estado siguiendo a Jackson, y el día que llegasteis de Richmore, se subió a un coche que lo llevó a una casa abandonada cuya propiedad está al nombre de Hugh Spencer. Mis hombres estuvieron horas esperando a que saliera, pero no lo hizo. Así que procedieron a entrar. La casa estaba completamente vacía. No sabemos cómo pudo salir.

—¿Y lo habéis buscado en su casa?

—Fue el primer sitio donde buscamos, pero sus padres llevan el mismo tiempo que nosotros sin tener noticias suyas. Nadie sabe dónde se ha metido. Tampoco localizamos a Sean. Parece que se los ha tragado la tierra...

Entonces una idea me invadió la mente.

—¿Y si se han ido con la banda a Europa? —pregunté. Era una posibilidad. Si Jackson y Sean habían desaparecido, tal vez sea porque estaban llevando a las pobres chicas a Europa.

—En ese caso, hasta que no vuelvan, no podremos hacer nada. Lo siento mucho, Chloe. Me gustaría haber venido con mejores noticias. Créeme que estoy haciendo todo lo posible para atraparlos...

—Lo sé —aseguré—. Solamente espero que consigas detenerlos lo antes posible para que ninguna chica más caiga en sus garras...

—Yo también lo espero —suspiró, frustrado por no haber podido detenerlos—. Seguiré habiendo un coche patrulla frente a tu casa y a la de tu amiga por si acaso aparecen.

—Este fin de semana no hace falta que haya nadie fuera de mi casa, Alex y yo nos vamos a Virginia Beach para ver a mi abuela.

—¿Vais en coche? —quiso saber.

Negué con la cabeza.

—En avión —respondí.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo?

—Dentro de cuatro horas, ¿por qué?

—Te llevo al aeropuerto. Así me quedo más tranquilo.

—Está bien.

Me estrechó entre sus brazos y se marchó con la promesa de que volvería en dos horas para

llevarme. Yo subí a mi habitación, conecté mi teléfono al reproductor de música y mientras escuchaba a Taylor Swift, preparé mi maleta.

Cuando Alex llegó a mi casa una hora después, yo todavía no había terminado de preparar mi maleta. Me había entretenido viendo la ropa que me iba a llevar, el maquillaje... y también porque me había puesto a bailar en cuanto sonó *Closer* de The Chainsmokers. En esta época del año, en Virginia Beach, hacía muy buena temperatura, por lo que tuve que hacer una selección de toda mi colección de ropa de verano. Alex tampoco es que fuera de mucha ayuda, a cada conjunto que le enseñaba decía que era perfecto... Decía lo que fuera para acabar con esa tortura, el pobre. Por eso pensé en llamar a Sarah, hasta que me escribió para decirme que se iba a pasar el fin de semana romántico con David.

SARAH GREENE

¡Vamos a ir a un balneario!

SARAH GREENE

Mis padres creo que sospechan de que estoy saliendo con alguien

CHLOE DAVIS

Es normal que sospechen, últimamente estáis quedando mucho

SARAH GREENE

Me da miedo cuando se enteren...

CHLOE DAVIS

Seguro que todo saldrá bien, ya lo verás

Finalmente, me decanté por cuatro vestidos muy monos, las últimas adquisiciones que mi abuela me compró el año pasado y que no pude estrenar. También metí en la maleta algún conjunto deportivo por si acaso me apetecía salir a correr, un biquini de color blanco y un pijama. Eso de ropa, luego tenía mi neceser con el maquillaje, mis productos para el pelo, cremas hidratantes... Y justo cuando terminé de cerrar la cremallera de la maleta, Cole vino para llevarnos al aeropuerto.

No tardamos mucho en llegar. En el camino, Cole y Alex hablaron sobre el último partido de fútbol que habían echado por televisión. Yo no presté mucha atención a su conversación ya que no me interesaba lo más mínimo, mi época como deportista empezó y acabó con el equipo de animadoras.

En el momento de embarcar, mientras buscábamos nuestros asientos en el avión, aproveché para hacer unas cuantas fotos a Alex. Estaba tan guapo. Tenía el rostro serio mientras trataba de hacerse hueco entre las personas que había, cogidos de la mano para no separarnos. También tomé algunas durante el trayecto, de Alex haciendo el tonto y sacando la lengua, burlándose de

mí. De los dos disfrutando del viaje.

Llegamos a Virginia Beach justo antes de la puesta de sol. El cielo estaba precioso, completamente despejado y con colores anaranjados en el horizonte. Aproveché la salida para hacer una foto con mi móvil y subirla a Instagram. Mi padre nos esperaba en la puerta del aeropuerto, apoyado en la carrocería de su camioneta.

—Hola, princesa —me saludó con una gran sonrisa, envolviéndome entre sus brazos y apretándome contra su pecho con cariño. Posó sus labios sobre mi frente—. ¿Qué tal el viaje?

—Ha estado bien.

Saludó a Alex con un fuerte abrazo. Después, cogió ambas maletas y las guardó en el maletero. Me senté al lado de mi padre, Alex ocupó uno de los asientos de detrás.

—Grace ha tirado la casa por la ventana al saber que veníais —avisó mi padre, arrancando el motor y adentrándose en la carretera—. Ha reunido a toda la familia en una cena para que conozcan a Alex.

—No me sorprende —dije yo—. La abuela siempre busca cualquier excusa para reunir a la familia. ¿Recuerdas aquella vez que nos reunió a todos porque quería contarnos que estaba pensando en escribir un libro de sus memorias? Esa misma noche se puso manos a la obra y no logró escribir ni un solo capítulo.

—Pero la botella de vino sí que la terminó —comentó mi padre con una sonrisa burlona.

—La abuela y el vino —coincidí—. La mejor combinación.

—¿Y cómo es Grace? —quiso saber Alex.

—Es..., complicada de entender —respondió mi padre.

—Un espíritu libre —añadí yo—. Siempre dice lo que piensa.

—Eso me tranquiliza —dijo Alex en tono irónico.

El resto del camino recordamos alguna que otra anécdota de cuando venía de pequeña, como cuando mi padre se volvió loco buscándome por la casa y después estaba en la playa haciendo castillos de arena con mi madre. O cuando mi abuela me regaló mi primer vestido de princesa a los ocho años.

—No se quitaba el vestido ni para dormir —recordó mi padre entre risas—. Lo llevó puesto un mes entero. Creo que todavía lo sigue teniendo en su armario.

—¿Qué puedo decir? Me gustaba imaginar que era de la realeza.

—Desde entonces siempre digo que es mi princesa.

Ya estaba de noche cuando llegamos a la casa de mi abuela. Alex contempló el chalet a pie de playa con asombro. Normal, es la casa más grande y espectacular del vecindario. Luego ayudó a mi padre a bajar las maletas y los tres caminamos por el camino de piedras hasta llegar a la puerta. Una de las sirvientas nos abrió, no la conocía por lo que debía ser nueva.

Mi abuela apareció desde el salón con los brazos abiertos para que la abrazara. Llevaba puesto un hermoso vestido negro que se ajustaba a su cuerpo, dejando a la vista sus largas piernas y unos hermosos tacones del mismo color. Las mangas eran largas y de un fino y bonito encaje. Su cabello, reunido de una forma bonita, con algunos mechones cayendo por el rostro.

—Estás impresionante, abuela —dije después de abrazarla.

—Lo sé —dijo ella, sonriente—. Acabo de llegar de una reunión y no me ha dado tiempo a ponerme cómoda. Me alegro mucho de verte, pequeña. Te he echado muchísimo de menos.

—Yo también a ti, abuela.

Alex se había mantenido al margen mientras yo hablaba con mi abuela, como si estuviera tratando de retrasar el encuentro el mayor tiempo posible. Estaba muy nervioso, y no sabía por

qué; cuando conoció a mi padre no estaba así, era como si no tuviera miedo de caerle mal porque en el fondo sabía que se llevarían bien. Con mi abuela, en cambio, estaba aterrorizado.

—Abuela, este es Alex.

—Encantado de conocerla al fin —dijo Alex con la voz un poco tensa, tendiéndole la mano. Mi abuela se la estrechó con firmeza—. Chloe me ha hablado un montón de usted.

—Como vuelvas a hablarme de usted, esta noche entraré en tu habitación cuando estés durmiendo y te asfixiaré sin piedad con la almohada —dijo mi abuela con el rostro completamente serio. Alex se quedó callado y con el cuerpo totalmente rígido, sin saber qué decir. Después ella sonrió, haciéndole saber que estaba de broma—. Llámame Grace, por favor. Odio que me llamen de usted porque me hace sentir vieja. Y como estás viendo, querido, podría pasar perfectamente por la hermana pequeña de Chloe.

—Grace —repitió Alex con una sonrisa nerviosa—. Está bien.

—Vamos, Alex —lo llamó mi padre—. Subamos las maletas a las habitaciones.

Cogió una de las maletas y se reunió con mi padre.

—¡Pero si es súper guapo! —exclamó mi abuela cuando nos quedamos solas—. ¡Menudos ojazos tiene! ¡Y qué culo! ¿Y los labios? Estoy segura que debe besar de maravilla...

—Intenta ser un poco más amable, ¿vale? Está nervioso.

—Si yo soy la amabilidad hecha persona...

—Abuela, que nos conocemos.

—Lo intentaré —se rindió.

Enhebró su brazo al mío y entramos al salón. Kevin estaba en una esquina, hablando por teléfono. Corrí para estrecharlo entre mis brazos sin importarme que estuviera hablando con alguien del trabajo, con Vanessa o con quien fuera. Me sonrió después de colgar el teléfono y me abrazó.

—¡Qué alegría volver a verte!

—Te he echado de menos, pequeña.

—Yo también a ti.

Estaba mucho más guapo que la última vez. Se había dejado crecer un poco la barba, dándole un aspecto más maduro y atractivo. No llevaba puesta la americana, los primeros botones de la camisa blanca estaban desabrochados, al igual que las mangas subidas hasta los codos.

—¿Y Vanessa? —pregunté al no verla por ningún lado.

—Tenía que terminar algo del trabajo, no tardará en venir.

Una dulce melodía sonaba por el reproductor de audio. Jazz, creo que era. La mesa ya estaba preparada, a falta de sacar la comida que por el olor que procedía de la cocina deduje que se trataba de un asado de pollo. Kevin me contó sus últimas aventuras; el fin de semana pasado viajó junto con Vanessa al río Colorado para hacer *rafting*. También aprovecharon la oportunidad e hicieron senderismo y visitaron el Gran Cañón. Me enseñó fotos de ellos dos juntos.

—Es precioso —me dijo—. Puedo llevarte cuando quieras.

—Me encantaría.

En ese momento, mi padre y Alex entraron en el salón. Kevin se acercó a mi novio y le tendió la mano para presentarse.

—Encantado de conocerte. Soy Kevin, el tío favorito de Chloe.

—Alex —se presentó, aceptando su mano con firmeza.

De repente, el móvil de mi tío empezó a sonar desde el bolsillo trasero de su pantalón. Miró la

pantalla y apretó los labios con nerviosismo.

—Es Vanessa —avisó antes de apartarse para contestar.

—Me dijo mi nieta que eres muy bueno en el lacrosse —dijo mi abuela, clavando los ojos en el hombre que se había sentado a mi lado en el sofá.

—Lo es —afirmó mi padre con una sonrisa orgullosa—. La verdad es que es muy bueno. He ido muchas veces al instituto a ver los partidos y nunca he visto jugar a nadie así. Tiene un don innato.

—¿Ah, sí? —se interesó mi abuela.

—Tampoco soy tan bueno —dijo Alex con modestia.

—Es cierto, no es tan bueno —me burlé yo. Alex me miró con una expresión juguetona y posó sus labios sobre mi mejilla cuando yo sonreí—. La verdad es que gracias a él hemos ganado el campeonato de lacrosse.

—¿Y piensas dedicarte al lacrosse profesionalmente?

—Esa es mi intención. Siempre he soñado con formar parte de un equipo profesional, pero si por alguna razón no lo consigo, tengo pensado otras opciones.

—¿Cómo cuales?

—El taller de mi tío. Es un negocio rentable y conozco muy bien el oficio.

—Me suena tu rostro... Creo que te he visto en alguna parte.

—Pues no puedo imaginar donde —dijo Alex educadamente.

Mi tío Kevin apareció de nuevo con el rostro un poco serio.

—Vanessa me ha pedido que os diga que la disculpéis pero que no podrá venir a cenar. Tiene..., mucho trabajo.

Mi intuición me decía que el trabajo no era precisamente el motivo por el cual no había venido. Mi tío parecía realmente afectado, como si algo no estuviera bien en la relación.

—Es una pena —dije—. Tenía muchas ganas de verla.

Nos sentamos alrededor de la mesa del salón. Mi abuela presidía la mesa, mi padre y mi tío estaban sentados frente a mí. Alex a mi lado. Las sirvientas trajeron la comida. Olía súper bien. Tras dejar los platos, se marcharon.

—¿Y tus padres a qué se dedican? —preguntó mi tío a Alex.

—Mis padres fallecieron hace unos años. Actualmente estoy viviendo con mi tía.

—Yo..., eh..., lo siento. No lo sabía.

—No te preocupes, pasó hace mucho. Ya está... superado.

—¿Puedes decirme cómo se llamaban?

—Claro: Nora y Aaron Wilson.

—¿Nora y Aaron Wilson? ¿De The Wilson Company y The Wilson Agency?

Alex asintió.

—Por eso me sonaba tu cara, porque yo conocí a tus padres.

—¿En serio? —pregunté yo, sorprendida.

—Por supuesto. Tu padre era el abogado de nuestra familia y también un amigo muy querido. Su muerte nos dejó trastocados a todos. Por lo que tengo entendido, es tu hermano mayor quien heredó ambas empresas, ¿no?

Alex asintió de nuevo.

—Pobre chico —dijo mi tío—. Cargar con esa responsabilidad tras una pérdida como esa... Tuvo que ser un momento bastante difícil para él. Para vosotros, en realidad.

—Bueno, para mí sí que lo fue. Para Oliver, no estoy muy seguro. Él y yo no nos llevamos

muy bien desde entonces.

Mi abuela me miró. Yo negué con la cabeza disimuladamente para que no siguiera indagando sobre el tema. Ella me guiñó el ojo y cambió el tema de conversación. Kevin comenzó a contar nuevas anécdotas de sus fascinantes viajes; algunas fueron con Vanessa, la mayoría fueron con su fiel compañero de fechorías. Mi abuela también hizo algún que otro comentario fuera de lugar de sus vacaciones en el Caribe, concretamente las borracheras que se había pegado con sus amigas.

—Allí sirven unas bebidas que no sé que les echan, pero te sube de una manera que se te olvida todo, incluso si te has puesto bragas. Bebías hasta reventar porque el camarero era un hombre guapísimo de metro noventa, ojos verdes y piel canela que era imposible decirle que no.

Todos nos echamos a reír. Alex y yo dejamos caer que teníamos organizado un viaje a Nueva York. Kevin me recomendó alquilar el apartamento de un amigo suyo que está en Manhattan y que podrían hacerme precio por ser su sobrina. A nosotros nos pareció buena idea, todo lo que fuera ahorrar dinero era bienvenido. Kevin prometió que hablaría con él y que en cuanto supiera algo, me lo haría saber. También hablamos de la graduación y las universidades.

—¿A qué universidad quieres ir, Alex? —le preguntó mi tío. Todas las miradas se centraron en él, cosa que lo puso un poco nervioso. Puse mi mano sobre su muslo debajo de la mesa para mostrarle mi apoyo.

—Todavía no he recibido ninguna noticia, pero tengo intención de entrar en Berkeley o en Stanford —respondió.

—Amber sueña con estudiar en Berkeley —comentó mi padre con una media sonrisa ladeada—. Lucy dijo que lleva soñando con estudiar allí desde los cinco años, más o menos la misma edad con la que tú soñabas ir a Stanford. Ojalá ambas pudierais cumplir vuestros sueños.

Mencionar a Amber y a Lucy y ponerme todos los músculos en tensión. Había evitado hablar de ellas durante la cena porque sabía que tarde o temprano tendré que decirle que su prometida había decidido volver con su ex marido. Esta vez fue Alex quien puso su mano sobre mi muslo, ejerciendo una leve presión que calmó los latidos acelerados de mi corazón.

—¿Cuándo vamos a conocerla? —quiso saber mi abuela.

—Como Chloe y Alex iban a venir a pasar el fin de semana, había pensado que vinieran ellas también, pero ninguna de las dos me contesta al teléfono. Chloe, ¿tú sabes algo?

Todas las miradas se centraron en mí.

Yo negué con la cabeza.

—Cuando he salido de casa... no estaban.

—Qué raro —opinó mi padre.

—Pues sí, muy raro.

El servicio se llevó los platos cuando terminamos de cenar. Mi tío sugirió tomar una copa de vino en el salón, pero tanto Alex como yo llevábamos un día bastante ajetreado, así que decidimos ir a descansar. Nos despedimos de mi familia y subimos a la habitación de invitados que nos había preparado mi abuela.

—Tu familia es muy agradable —comentó Alex después de cerrar la puerta. Se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos—. Grace es...

—Diferente al resto de abuelas que has conocido, ¿no?

—Muy diferente —se echó a reír.

—Ya te lo dije, es un espíritu libre.

—Me ha caído bien.

—Y seguro que tú a ella también.

Me incliné y presioné mis labios sobre los suyos.

—Voy a la ducha.

Saqué de mi maleta el pijama que había traído antes de entrar al cuarto de baño. No me preocupé en cerrar la puerta. Solo me desnudé y corrí la cortina para meterme bajo la cascada de agua fría. Sentaba bien esa temperatura después de un largo y estresante día.

Me sequé rápidamente y me puse el pijama, unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Salí a la habitación y Alex ocupó mi lugar en la ducha. Mientras lo esperaba, me puse a buscar en la televisión alguna película para ver antes de dormir. Tras una corta búsqueda, me decanté por *Scary Movie*, perfecta para antes de dormir.

—Dame un momento —me dijo Alex cuando salió del baño vestido con unos pantalones cortos y una camiseta azul marino de tirantes—, tengo que enviar un mensaje a mi tía para decirle que he llegado bien.

Se sentó en la cama, móvil en mano para enviarle el mensaje a Hannah. Después, se acostó a mi lado, envolviéndome con su brazo mientras yo daba comienzo a la película.

Noté el sol entrando a primera hora de la mañana por la ventana de la habitación, despertándome de un profundo sueño. Abrí los ojos perezosamente. Alex estaba plácidamente dormido a mi lado, su brazo me envolvía la cintura y me pegaba a su cuerpo. Su boca estaba ligeramente abierta y soltaba el aire con suavidad.

Aparté la mano que tenía sobre mi cintura con cuidado para levantarme sin despertarlo, depositándola sobre el colchón. Entré al cuarto de baño. Como me apetecía salir a correr un rato, me puse ropa de deporte, unas mallas negras y un top blanco. Me hice una coleta alta para que el pelo no me molestara y me senté en el borde de la cama para ponerme las zapatillas. Me agaché para atarme las cordonerías cuando unos brazos me envolvieron por la espalda. Alex tenía el pelo revuelto, con algunos mechones rebeldes cayendo por su frente. Tenía los ojos entrecerrados y una media sonrisa en los labios. Se inclinó y me besó la mejilla, después el cuello.

—¿Vas a salir a correr? —me preguntó con voz ronca. Alex recién levantado me parecía irresistible. Tan despreocupado. Tan inofensivo. Tan tierno.

—Sí.

Terminé de atarme los zapatos y me incorporé.

—Si me das cinco minutos, te acompaño.

—Date prisa.

Alex esbozó una sonrisa y salió de la cama en cuestión de segundos para entrar al cuarto de baño. Mientras tanto, yo bajé las escaleras y entré en la cocina para beber un poco de agua antes de salir. Allí estaba mi tío Kevin hablando por teléfono en voz baja. Parecía agitado, como si estuviera discutiendo con alguien. Ladeó la cabeza cuando me oyó abrir el armario para coger un vaso, me sonrió en modo de saludo y me dio la espalda para terminar su conversación.

—Luego te llamo —le dijo a la persona que estaba al otro lado de la línea antes de colgar.

—Siento si te he interrumpido —murmuré mientras dejaba la botella de agua sobre la encimera y llenaba el vaso.

—No te preocupes —sonrió para restarle importancia, aunque en sus ojos pude ver que había algo que le comía la cabeza, y supuse que ese algo es la razón por la que Vanessa no vino anoche a cenar.

—Todo están bien con Vanessa, ¿verdad?

Normalmente, cuando me miraba, sus ojos azules estaban llenos de alegría y orgullo, solían tener un brillo aventurero que yo adoraba y que a veces envidiaba. Sin embargo, esa vez me contempló con tristeza, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Qué ha pasado?

—Discutimos la otra noche —su voz fue apenas un susurro. Apartó la mirada, como si

estuviera avergonzado—. Dice que estoy demasiado centrado en el trabajo, que me paso los días enteros en la oficina o sino estoy de viaje por el mundo... Y en parte tiene razón. Paso muchas horas en la oficina y cuando llego a casa, sigo trabajando. Y cuando tengo unos días libres, me voy a la otra punta del país para hacer paracaidismo o cualquier otro deporte para despejarme... Yo pensaba que como ella también estaba centrada en su trabajo, me entendería. Durante un tiempo fue así. Ahora, sin embargo, no está segura de que sea eso lo que quiera para el resto de su vida...

Yo comprendía a Vanessa muy bien. Alex también estuvo un tiempo obsesionado con el trabajo para poder pagar la deuda de su tía, y fue bastante duro porque yo quería salir, hacer planes juntos, y la mayoría de veces no podía por que tenía que trabajar o estudiar o hacer algún trabajo para clase. Nunca dije nada porque entendía por qué hacía lo que hacía, y aunque muchas veces me quedé en casa, adoraba esa parte de Alex, ese compromiso con su familia, esa fuerza para hacer lo que sea por la gente que quiere. Kevin se parecía bastante en eso a Alex. No obstante, cuando Alex tenía un día libre, sí que lo pasaba conmigo o con su familia, no se iba por el mundo a hacer deportes de riesgo.

—Si realmente quieres tenerla en tu vida, tendrás que buscar el modo de pasar más tiempo con ella.

—Lo sé, pero es... complicado.

—Yo no lo veo tan complicado —repuse—. Simplemente con dejar el trabajo en la oficina y no llevártelo a casa, es suficiente. Ella lo único que quiere es saber que el tiempo que estás con ella estás realmente con ella y no pensando en el trabajo. Y respecto a tu afición a los deportes extremos, no tienes que dejarlos, pero tal vez podrías practicarlos con menos frecuencia. No sé. A lo mejor así las cosas empiezan a mejorar poco a poco.

Kevin abrió la boca con la intención de responderme cuando Alex apareció, vestido con una camiseta de tirantes negra y pantalones cortos de deporte. Saludó a Kevin con un asentamiento de cabeza y se acercó a mí para decirme que ya estaba listo para salir a correr.

—Piensa en lo que te he dicho —le dije a mi tío.

—Lo haré.

Alex y yo salimos al exterior por la puerta de cristal del jardín. Hacía una temperatura estupenda, ni frío ni calor. Soplaban una suave brisa que se agradecía. El sol se reflejaba en las tranquilas aguas del mar, donde algunas personas estaban aprovechando el buen tiempo. Había gente que jugaba a las palas, los niños hacían castillos de arena bajo la atenta mirada de sus padres. También había quienes paseaban por la orilla o simplemente se torraban al sol.

Tras un breve calentamiento, empezamos a trotar por la playa.

Una hora más tarde más o menos, nos detuvimos para descansar. El corazón me latía a mil por hora por el ejercicio, incluso sentía cómo me flaqueaban las piernas. Apoyé las manos en mis caderas y tomé grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento. Alex se limpió el sudor de la frente con la camiseta, dejando a la vista sus abdominales prietos y duros.

—Joder, hacía mucho que no corría así —dijo con voz entrecortada.

—Yo tampoco —admití entre jadeos—. ¿Volvemos ya?

—Antes descansen un poco.

Nos sentamos en la arena. En esta zona de la playa la marea era algo más fuerte, y al estar alejados de la civilización, no había ni un alma. El sol se proyectaba sobre las aguas que se mecían salvajemente hasta romperse en la orilla. El suave sonido de las olas rompiéndose y los pájaros con su dulce cántico sobrevolando nuestras cabezas contribuyeron a que mi corazón

acelerado empezara a latir a un ritmo normal. Era todo tan relajante, que apoyé la cabeza sobre el hombro de Alex, empapándome del maravilloso paisaje que tenía delante.

—¿En qué piensas?

Mi pregunta le pilló por sorpresa.

—En que anoche os mentí —bajó la mirada, encontrándome con sus dulces y temerosos ojos azules—. Le dije a tu tío que no había recibido ninguna noticia de las universidades, pero lo cierto es que ayer recibí un correo de Stanford —negó con la cabeza y miró al horizonte—. No he entrado.

—No pasa nada, Alex. Todavía queda Berkeley.

—Sí —dijo en un susurro tan bajo que apenas lo oí.

—No pierdas la esperanza.

—Sinceramente, tampoco creo que me acepten en Berkeley...

Que no hubiera entrado en Stanford era un golpe bastante duro para los dos, porque yo ya me había hecho a la idea de estar compartiendo piso en Los Ángeles.

Me incorporé y le tendí la mano.

Él me miró desde abajo.

—No pensemos en eso ahora. No dejemos que Berkeley o Stanford nos arruine el verano, hablaremos de eso cuando llegue el momento, ¿de acuerdo? Así que, levanta. Vamos a bañarnos en la playa.

Alex sonrió y tomó mi mano. Acto seguido, tomó mi rostro y me besó. Se quitó la camiseta y los pantalones, quedándose únicamente con unos calzoncillos tipo bóxer de color gris. Yo hice lo mismo, me quedé con el sujetador deportivo y unas bragas negras. Me guardé la goma del pelo en la muñeca y dejé que mi melena se ondease con la suave brisa.

Justo antes de que nuestros pies tocaran el agua, Alex me cogió en volandas y se adentró al mar conmigo en brazos. El agua estaba muy fría, pero a ninguno nos importó, tan solo podíamos pensar en disfrutar de este momento juntos. No me soltó hasta que el agua empezó a cubrirle por la cintura, cayendo de culo.

Alex empezó a reírse a carcajadas.

—¿Te hace gracia? —pregunté mientras me incorporaba. El pelo se me había quedado pegado a la cara, cosa que hacía que mi aspecto fuera mucho más tenebroso.

—Un poco, sí —afirmó con una radiante sonrisa.

—Será mejor que corras... porque cuando termine contigo, no habrá nadie que pueda reconocerte —dije, bajando el tono de voz para parecer más amenazante, aunque por la sonrisa de su rostro, no lo conseguí.

Le lancé agua a la cara, cosa que provocó que se lanzara sobre mí, sumergiéndonos los dos. Sus brazos me sujetaron con fuerza mientras se adentraba todavía más hondo. Yo pataleé y grité hasta que conseguí librarme; lo empujé y cayó de espaldas. Después salí corriendo para evitar que me volviera a atrapar.

—¡No hay suficiente océano para que huyas!

Su grito me provocó una carcajada. Conseguí salir del agua gracias a que se entretuvo un poco para subirse el calzoncillo que se había bajado suavemente por su cadera. Al salir, cuando pensaba que estaba a salvo, se abalanzó sobre mí y los dos caímos, revolcándonos y llenándonos de arena. Alex estaba sobre mí, mirándome a los ojos. El sol relucía a sus espaldas, haciendo que las gotas que navegaban por la inmensidad de su piel relucieran como diminutos diamantes.

—Ahora eres mía —musitó—. Ya no puedes escapar.

—¿Y qué vas a hacerme?

Elevó la mirada como si estuviera pensándoselo y se mordió el labio.

—Algo que creo que te gustará...

—¿Ah, sí?

—Sí —aseguró.

Separó mis piernas con la rodilla, encajando su cuerpo entre ellas e inclinándose sobre mí. Me apartó un mechón de pelo de la cara antes de apoderarse de mi boca, sus labios estaban húmedos y salados. Mis manos vagaron por su ancha espalda, notando las motas de arena pegadas a su piel.

—Ya veo lo que quieres hacer —dije con sus labios pegados a los míos. Noté su sonrisa antes de que empezara a besarme por el cuello.

Su boca siguió bajando por mi clavícula, lamiendo las gotas de agua que se deslizaban por mi piel. Al llegar a la cúspide de mis piernas, me miró, preguntándome con los ojos si tenía permiso para seguir. Tras mi confirmación, apartó las bragas y hundió la lengua en mi interior.

—Alex... —gemí.

—Sabes tan bien, Chloe... Me encanta todo de ti...

El corazón me latía a un ritmo frenético. Una oleada de calor que comenzaba en mi sexo y que se extendía por todo mi cuerpo provocó que todos los músculos se me pusieran en tensión. Hasta los dedos de los pies se me encogieron por el placer. Tragué saliva, hundí la cabeza de Alex contra mi sexo, elevando la pelvis para sentir su lengua todavía más hondo, en puntos que me hacían explotar.

—¿Te gusta? —su voz ronca me hizo vibrar por todas partes.

Tiré de su pelo hasta que encontré sus labios, fundiéndome en ellos. Joder, qué bien besaba... Mis manos se adentraron entre nuestros cuerpos hasta que llegué a su erección, caliente y preparada para mí. Primero la acaricé por encima del calzoncillo, con suavidad. Gimió contra mi boca, y era el sonido más dulce que había escuchado en mi vida. Metí la mano en el interior cuando se echó hacia atrás.

—Tienes las manos frías...

Los dos nos echamos a reír. Se acercó para que pudiera tocarlo mientras su boca seguía peleando con la mía para ver quien se comía a quién. Cogí el tronco y empecé a bombardearlo. Los gruñidos que salían de su garganta me hizo saber que le gustaba.

—Me encanta cómo me tocas —confesó, pegando su frente a la mía. Su respiración estaba acelerada, soltaba el aire con fuerza por la boca.

—Y a mí me encanta tocarte...

Me encantaba recorrer su cuerpo con los dedos... y mucho más con la lengua.

—¿Estás segura que quieres hacerlo sin condón? —me preguntó cuando me moví para bajarle el calzoncillo y liberar su erección, grande y gruesa, cargada y preparada para hacerme gemir.

—Sí... Estoy segura.

Alex asintió y dirigió su polla a mi apertura, yo estaba tan cachonda y excitada que entró a la primera. Los dos ahogamos un gemido en la boca del otro cuando se introdujo completamente. Todo en nosotros eran besos y lametones.

Caricias y sensaciones.

Regresamos a la casa de mi abuela una hora más tarde, abrazados y paseando por la orilla de la

playa. Alex llevaba su camiseta colgando del hombro porque para quitarnos las motas de arena del cuerpo tuvimos que meternos al agua, y no quería ponérsela para mojarla. Yo sí que me había vestido, que toda mi familia me viera aparecer en ropa interior no me parecía buena idea.

—Ha sido una mañana de lo más... sorprendente —dijo Alex con una sonrisa en la cara—. Me gusta salir a correr contigo. Deberíamos hacerlo más a menudo.

Sonreí.

—En Moon Hill no hay playas donde poder correr...

—Ahí tienes razón. Pero siempre nos quedará el lago.

—Podemos ir cuando regresemos —sugerí.

—Eso me encantaría.

Se inclinó y me besó en los labios. Tenía la piel algo rojiza por el sol en la zona de los hombros, en las mejillas y en la nariz. Y a pesar de eso, seguía viéndose guapísimo.

—¿Qué? —me preguntó al darse cuenta de que lo miraba.

—No te haces una idea de cuánto te quiero.

Mis palabras lo hicieron sonreír. Se inclinó para besarme.

—Yo también te quiero, Chloe Davis.

A lo lejos pude ver a mi abuela asomada al balcón de su habitación con vistas a la playa. Llevaba un vestido rojo y unas gafas de sol que ocultaban su rostro, y aunque no sabía hacia donde miraba, algo dentro de mí me decía que era a nosotros.

Entramos en casa y subimos a mi habitación. Yo fui la primera en ducharse. Me envolví el cuerpo con la toalla y vi por el espejo que yo también me había quemado ligeramente en los hombros y la nariz. Me eché un poco de crema solar. Después me puse una camiseta sin mangas con la que enseñaba el ombligo y unos vaqueros cortos. Cuando salí, Alex estaba en calzoncillos y hablando por teléfono.

—Voy a la ducha, tía, te paso a Chloe.

Me pasó el móvil, me dio una palmeada en el culo y entró al baño.

—Hola, Hannah. ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, cielo. ¿Y tú? —me preguntó—. Sé lo de Lucy.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir.

—¿Cómo lo sabes? —fue lo único que se me ocurrió.

—La he visto hoy en el centro comercial y me lo ha contado.

—¿Y qué ha dicho?

—Que ha vuelto con el padre de su hija... Pobre Tom, lo mal que lo estará pasando con la ruptura. He querido llamarlo nada más enterarme, pero Alex me ha dicho que no le dijera nada todavía, que primero debía hablar contigo.

Suspiré con frustración.

Odiaba a Lucy por haberme puesto en esta situación.

—Mi padre todavía no lo sabe.

—¿No lo sabe? —preguntó ella, claramente confusa.

—No le he dicho que pillé a Lucy a punto de acostarse con su marido.

—Estaba tan ilusionado con ella...

—Lo sé —me froté las sienes—. Pero ella no lo estaba con mi padre.

—Si necesitas cualquier cosa, Chloe, la que sea, ya sabes que aquí me tienes.

—Lo sé. Gracias, Hannah.

—Nos vemos cuando regreséis a casa.

—Eso está hecho. Adiós.

Dejé el teléfono sobre la cama y bajé a la cocina. Allí se encontraba mi abuela, tomándose un capuchino mientras ojeaba en su teléfono unas fotografías del viaje al Caribe.

—Hola, abuela —saludé mientras me sentaba a su lado.

—¿Te gusta esta foto para subirla al Facebook?

La fotografía era un selfie de ella sacando morritos con un hombre de piel oscura, ojos grandes y negros, con el pelo un poco largo y unos músculos bien definidos al lado.

—¿Quién es ese? —al instante de soltar la pregunta, me arrepentí. Era evidente quién era, se podía ver en la intimidad que había entre ellos—. No contestes, por favor.

—¿Acaso no quieres saber los líos de tu abuela? Seguro que los de tus amigas sí que te interesa saberlos...

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Porque tú eres mi abuela.

Nadie quiere saber con quién se acuesta su abuela...

—Antes de ser tu abuela, cariño, fui mujer. Y menuda mujer —cogió su móvil y empezó a buscar fotos en su galería—. Mira que tetas tenía tu abuela— dijo, y me enseñó una fotografía en blanco y negro donde salía ella de joven en la piscina, sin sujetador.

—¡Abuela! —aparté el teléfono.

—¿Qué pasa? Tu abuelo fue quien echó la foto. En aquella época no había teléfonos ni cámaras digitales, tuve que llevar el carrete a revelar. Había unas cuantas fotos iguales y peores a esta... No me quiero ni imaginar lo que tuvo que pensar el hombre de la tienda cuando fui a recoger las fotos —se echó a reír a carcajadas—. Nunca llegué a saber si las había visto, aunque por la cara que puso cuando me vio, yo diría que sí.

Yo sacudí la cabeza, sorprendida por la conversación.

—¿Dónde está Alex? —preguntó.

—En la ducha.

—Voy a necesitar que vayáis al pueblo a recoger un vestido para una gala que tengo en Nueva York —dijo, poniendo los ojos en blanco, como si se sintiera en la obligación de asistir a esa celebración—. He sido invitada por la grandísima Olivia White. ¿Sabías que es la jefa de tu prima Maddie?

—No tenía ni idea. Llevo mucho tiempo sin hablar con ella.

—Deberías llamarla.

En ese momento, Alex apareció con el pelo revuelto por la reciente ducha y una amplia sonrisa en el rostro. Radiaba felicidad por cada uno de sus poros. Vestía una camiseta blanca y unos vaqueros rasgados con rotura en las rodillas.

—¿Entonces me harías ese favor? —me preguntó mi abuela—. Iría yo misma, pero la verdad es que no me apetece nada. Y encima tengo que preparar la cena de esta noche. Tu padre quiere hacer una barbacoa en el jardín.

—¿Qué favor? —se interesó Alex.

—Te lo explico ahora. Vamos.

Entrelacé nuestros dedos y fuimos a por el vestido.

Antes de recoger el vestido, fuimos a dar un paseo por el pueblo. En esta época del año, las calles estaban plagadas de gente, tanto turistas como habitantes, disfrutando de los restaurantes de lujo y los hermosos jardines. Lo primero que hicimos fue comprar un helado, chocolate para Alex, vainilla para mí, y nos lo comimos en un jardín precioso donde un enorme árbol milenario hacía de hogar para una familia de ardillas en el centro de la plaza. Un artista tocaba el violín en alguna parte. Su sonido me pareció mágico, como si estuviera en un sueño. Nos sentamos en el mismo banco donde solía sentarme con mi madre.

—Este lugar es precioso —dijo, admirando el lugar.

—Sí, lo es —sonreí—. Todas las mañanas solía venir con mi madre. Solía comprarme este mismo helado, a ella le gustaba de pistacho, y veníamos a sentarnos a este mismo banco para comérmolo. Luego iba a aquel parque a jugar —señalé con la cabeza la zona de columpios—. Era como nuestro momento madre e hija. Después, empeoró y dejamos de venir...

—Yo también tenía algo así con mis padres. Solían llevarme a una cancha de baloncesto que había cerca de mi casa. Mi madre se quedaba sentada en un banco observando como mi padre nos enseñaba a jugar a mi hermano y a mí. Todavía recuerdo cuando conseguí encestar por primera vez —sonrió—. Es algo que jamás podré olvidar. Y curiosamente en esa misma cancha conocí a Judy.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Ella estaba paseando a su perro cuando lancé la pelota a canasta y rebotó, dándole a ella. Mi madre como disculpa le ofreció mi merienda, un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada. Yo estaba muy enfadado porque no me parecía justo que se lo diera, después hablamos y me sorprendió tener tantas cosas en común con una chica. Y no sé..., nos hicimos buenos amigos.

—*Buenísimos...*

Son tan buenos amigos que se acostaron juntos.

—Sé que ella y tú no os lleváis especialmente bien...

—No, no nos llevamos nada bien —repuse.

—Pues no sé por qué, porque ella me ha hablado bien de ti.

Eso sí que no me lo creo.

—¿Qué te ha dicho?

Se quedó callado y apartó la mirada, tomándose una cucharilla de helado. No quería hablar de ello. Pero no debía haber abierto la boca, ahora no pensaba parar hasta descubrir qué es lo que habían estado hablando de mí.

—Alex, ¿qué te ha dicho? —insistí.

—Cosas buenas, lo juro.

—Si son buenas, puedes decírmelo.

—Chloe...

—Alex...

—¿Y si cambiamos de tema?

—Claro, pero primero dime de qué habéis hablado de mí.

Suspiró, rendido.

—Hablamos de todo un poco y a la vez de nada. Yo le conté nuestra historia y también que te dejé porque creía que conocerías a alguien mejor que yo cuando fueras a Stanford. Ella me contó la conversación que tuvisteis en los baños de Richmore, lo de que yo no soy un juego para ti. Ella y Brett me ayudaron a comprender que si te quería, debía luchar por lo que teníamos... Eso es todo.

—En ese caso, supongo que tendré que darle las gracias.

—Pues sí —dijo con una sonrisa—. Deberías.

Yo también sonreí. En el fondo de mi corazón, había un sentimiento oscuro que aumentaba cada vez que hablábamos de Judy; desde que me nombraron capitana de las animadoras, nos convertimos en enemigas, competíamos por una obsesión insana por demostrar quién es la mejor. ¿Para qué? Para alimentar nuestro ego. Las cosas habían cambiado mucho desde ese entonces, a mí ya no me interesaba ser la mejor en todo, pero sí que sentía celos de ella. Porque Judy conoció a Alex antes de que sus padres fallecieran en aquel traumático accidente, pudo conocer a aquel chico risueño que Harry tanto adoraba.

—¿Por qué dejasteis de veros? —quise saber.

—A su padre lo trasladaron a otra ciudad y por mucho que prometimos no dejar de vernos, seguir siendo los mejores amigos para siempre, poco a poco empezamos a perder el contacto —explicó—. Al principio hablábamos a diario, después una vez por semana, luego cada dos meses... y así hasta que definitivamente dejamos de hablar.

—Ah —dije, moviendo el helado con la cuchara.

—¿Qué pasa?

—Nada —musité.

—No, dime.

—No digo que sea por eso, pero ¿puede que ese miedo que tienes de ser abandonado empezara por ella? Judy fue la primera persona que se marchó con la promesa de volver a veros...

Alex estuvo unos segundos en silencio, pensando en mis palabras.

—No, creo que no es por ella —dijo con seguridad—. Judy era mi mejor amiga, y no me gustó que dejásemos de hablar, pero creo que el origen fue Oliver. Él y yo teníamos una relación muy especial, yo lo admiraba mucho. Quería ser cómo él. Y cuando se marchó, estuvimos hablando prácticamente a diario durante un año. Sin embargo, al perder a nuestros padres, dejó de cogerme el teléfono, se centró únicamente en las empresas familiares y se olvidó completamente de mí... Pero bueno, eso ya no importa. Es agua pasada.

Mostró una sonrisa que indicaba que estaba bien, que en realidad no le importaba, pero pude ver en el brillo de sus ojos que sí, le importaba más de lo que quería aparentar. Por eso lo abracé, porque sentí que lo necesitaba. Alex también me abrazó, se aferró a mí como si no quisiera perderme como perdió a su hermano.

Después habló sobre la vez que hizo una apuesta con Oliver, tenía que meterse en la piscina exterior de su casa en pleno invierno. Completamente desnudo. Alex aceptó sin dudarlo, se desnudó delante de Oliver y de algunos primos que fueron de visita y corrió hasta caer en el agua congelada.

—Hacía como menos cinco grados —se echó a reír—. Se me pusieron los huevos como canicas. Mereció la pena solo con ver la cara que puso mi familia. Y me llevé cincuenta dólares, que también está muy bien.

—A mí me pasó algo parecido —dije, mientras me llevaba una cucharada de helado a la boca—. No tuve que meterme en ninguna piscina congelada, pero mi prima Maddie hizo que corriera desnuda por todo el salón delante de mis tíos. Imagínate —me reí—. No tendría más de nueve años.

—¿Pero fue por una apuesta o algo?

—Antes solíamos reunirnos mucho con mi tío Gabriel, íbamos a Washington muy a menudo —expliqué—. Solo estábamos mi prima Maddie y yo, y tampoco es que tuviéramos muchos juguetes, así que nos divertíamos haciéndonos bromas. Después de que yo corriera por el salón desnuda, ella tuvo que comerse una lata de comida para perros.

—Prefiero correr desnudo.

—Yo también—sonreí.

—Tom nunca me ha hablado de que tuviera un hermano...

Yo suspiré.

—Eso es porque no le gusta hablar de ello. Mi tío Gabriel está en la cárcel —los ojos de Alex se abrieron por la sorpresa. Se acercó un poco más a mí, interesado por saber más—. Gabriel es el pequeño y siempre ha sido muy responsable. Sin embargo, un día, llamó a mi padre y le dijo que tenía muchos problemas económicos, que lo habían echado del restaurante donde trabajaba sin ningún motivo...

»Mi padre se ofreció a ayudarlo a montar su propio negocio, quería abrir su propio restaurante. Recuerdo que era un chef muy bueno. Pero poco después descubrió que había entrado a la cárcel por un robo con violencia o algo así. Mi padre ha querido muchas veces ir a visitarlo, pero mi tío no quiere que vaya. Le dijo que no quería verlo nunca más. Culpaba a mi padre por sus desgracias... Desde entonces, no he vuelto a ver a mi prima Maddie ni a mis tíos.

—No me puedo creer que alguien pueda decir algo malo de tu padre, y mucho menos su propio hermano.

—No por el hecho de ser hermanos hay que llevarse bien, ¿no crees? —miré a Alex mientras lo decía, porque él también tenía una historia parecida con su hermano mayor.

—He captado la indirecta —me sacó la lengua.

Yo hice una mueca.

—¿Cuándo piensas perdonar a Oliver?

—Cuando los cerdos vuelven —exhaló, acomodándose en el banco.

Puse los ojos en blanco

—Alex, deberías...

—Se está haciendo tarde. Deberíamos ir a por el vestido de tu abuela antes de que cierren —dijo, terminándose su helado y lanzando la tarrina al cubo de basura más cercano. Acepté la mano que me ofreció y fuimos hacia la tienda.

Llegamos a casa sobre las nueve de la noche. En el jardín trasero, mi padre estaba preparando la barbacoa junto con mi tío Kevin mientras bebían una lata de cerveza. Los dos parecían que llevaban unas cuantas encima por cómo reían y por el tono sonrosado de sus mejillas. Alex se unió a ellos, cogió la lata que Kevin le ofreció y se quedaron frente al fuego. Vanessa estaba sentada en la mesa, tomando una copa de vino tinto mientras observaba a los hombres con el semblante serio, con la cabeza sumida en sus pensamientos.

—¿Y mi abuela? —le pregunté cuando me senté a su lado.

—Está cotilleando en la casa de la vecina. Han visto a dos personas teniendo sexo en la playa esta mañana. Un vecino que estaba paseando al perro los ha pillado.

Yo tragué saliva, nerviosa, y desvié la mirada hacia Alex.

¿En qué lío nos habíamos metido?

—Bueno, tampoco son los primeros ni los últimos que lo han hecho —añadió Vanessa, mirándome a través de su copa de cristal mientras tomaba un trago—. Kevin y yo también lo hicimos una vez. Fue súper incómodo —reconoció entre risas—. Se te mete la arena por todas partes... Estuvo bien experimentarlo, pero no lo volvería a hacer por nada del mundo.

La carcajada de Alex me llamó la atención. Al parecer, por la manera en la que hablaba y gesticulaba mi tío, estaba contando alguna de sus aventuras. Sonreí al ver la emoción que ponía mientras hablaba. Sin embargo, mi padre escuchaba y asentía con una sonrisa forzada, porque en realidad estaba más pendiente de su teléfono, a la espera de una respuesta que no iba a llegar.

—Oye, Vanessa, ¿cómo estás? Mi tío me ha contado que estáis... bueno, que no estáis pasando un buen momento.

—Hemos estado mejor —confesó con una sonrisa triste—. Me ha prometido que no volverá a llevarse trabajo a casa y que pasará más tiempo conmigo. Quiero pensar que es verdad, pero no es la primera vez que me lo promete y vuelve a lo mismo...

—Cuando he hablado con él, estaba realmente afectado. Yo creo que esta vez sí que va a cambiar.

—Yo también lo espero.

En ese momento, mi abuela apareció con dos copas de vino.

—Qué pesada es la vecina —bufó—. He intentado irme de su casa unas diez veces por lo menos, pero ella sacaba otro tema y se tiraba otra media hora parloteando. He estado a esto —hizo una medida minúscula con los dedos índice y pulgar— de arrancarme las orejas.

Vanessa y yo nos echamos a reír.

Me tendió una de las copas.

—A pesar de que tu padre me mate por darte alcohol, esta noche mereces una alegría. Bueno, otra más. El paseo de esta mañana con Alex está en la boca de todo el vecindario —dijo, mirándome a los ojos con esa mirada acusadora con la que solía mirarme cada vez que rompía un jarrón jugando con la pelota.

—¿Yo? —me hice la loca—. ¿Estás insinuando que nosotros...? Porque para nada... Alex y yo no..., no nos hemos acostado en la playa. Yo jamás haría algo así.

Vanessa se echó a reír, cómplice, como si hubiera sabido la verdad desde el principio y se hubiera callado para ver cómo reaccionaba.

—A mí no me hace falta que me mientas —dijo mi abuela con un tono jocoso—. Todas hemos tenido tu edad. Y no eres la única de esta casa que ha recibido un buen meneo frente a estas aguas... Y no me refiero a mí...

Miró a Vanessa, que se atragantó con el vino.

—No te preocupes —siguió, quitándole importancia al asunto—. Nadie sabe que erais vosotros. Me he encargado de que la gente piense que se trataban de dos turistas salidillos. Aunque la próxima vez que queráis un momento de intimidad, tenéis una cama bien hermosa aquí. Por algo insonoricé todas las habitaciones...

—Te he dejado el vestido en el salón —informé a mi abuela con la intención de cambiar el tema de conversación. Hablar de mis aventuras sexuales no era algo que quisiera hacer con ella.

—Lo he visto. Gracias por ir.

Mi padre se disculpó con los chicos antes de apartarse unos metros de la barbacoa para poder llamar a alguien, seguramente a Lucy. Y por su rostro, no obtuvo ninguna respuesta. Las tres miramos al hombre que no entendía qué estaba pasando en su relación sentimental, y supe que era el momento de decirle la verdad. No se merecía seguir así.

Me terminé la copa de vino de un trago para armarme de valor y me incorporé. Cuando llegué junto a los chicos, me di cuenta de que ahora el tema de conversación era el fútbol. Puse los ojos en blanco. Los hombres y el fútbol... Una combinación imposible de separar.

Al verme, mi tío me envolvió con su brazo y me pegó a él.

—Esta chica de aquí iba a ser la campeona del mundial de fútbol, ¿lo sabías? —le preguntó a Alex entre risas—. Recuerdo que de pequeña me pedía todo el rato que jugase con ella. ¡Y era buena, eh! Menudas patadas le pegaba al balón...

—No te pega nada jugar al fútbol —me dijo Alex con una sonrisa tontorrón. Sus mejillas también habían adoptado el color rosado por el alcohol, sintonizándose con las de sus compañeros.

—Cuando quieras, te demuestro lo buena que soy.

Los tres se echaron a reír.

—Papá, ¿podemos hablar?

—Claro, princesa.

Nos apartamos del resto y nos sentamos en la hamaca de tela. Al principio ninguno de los dos dijo nada, estaba buscando las palabras adecuadas mientras contemplaba las luces que rodeaban los troncos de los árboles que mantenían sujeta la hamaca, el humo que salía de la barbacoa, las ramas de las palmeras agitándose por la suave brisa, las olas del mar rompiéndose desde lejos, el olor a carne brotando en el ambiente...

Vamos, Chloe. Tú puedes.

Miré a mi padre. Él me observaba tranquilo, como si el mundo no estuviera a punto de caérsele encima, como si no pudiera imaginarse lo que estaba a punto de decirle.

—Esto es complicado de decir, así que antes de nada quiero decirte que te quiero mucho y que haría cualquier cosa para que seas feliz...

—Yo también te quiero a ti, princesa —dijo, estrechándome con fuerza entre sus brazos—. ¿Pero qué es lo que pasa?

—Se trata de Lucy.

Sus ojos brillaron y me observaron atentamente.

Su sonrisa había desaparecido.

—Sé por qué no te contesta al teléfono.

—¿Por qué? —preguntó, intrigado.

Respiré hondo antes de soltar la bomba.

—La noche antes de venir..., Alex y yo estábamos durmiendo en mi habitación cuando escuché un ruido en el salón. Allí... Ella estaba... —tomé aire una vez más—. Allí encontré a

Lucy con su ex marido en el sofá. Papá, han vuelto.

Sus ojos no transmitían nada, como si el brillo se hubiera extinguido una vez más. Yo enjuagué la lágrima que se deslizó por mi mejilla y lo abracé. Pensaba que cuando se lo dijera iba a ser el dolor de la traición lo que calaría en mí para poder decírselo, utilizar el enfado contra Lucy para hacer frente a la situación. Pero al ver a mi padre de ese modo, en ese estado de parálisis, lo único que podía sentir era una tristeza que me asfixiaba.

—Yo... siento mucho que hayas tenido que ver eso, princesa —dijo, inquieto, levantándose de la hamaca y tomando distancia, como si necesitara espacio para pensar. Estaba demasiado oscuro, pero me pareció ver una lágrima surcándole el rostro.

—Papá...

—Ahora no quiero hablar. Necesito..., irme de aquí.

Se alejó hacia la playa, adentrándose en la oscuridad.

Hacía seis horas que mi padre se marchó.

Miré la hora en mi teléfono. Las dos y once de la madrugada. Me tumbé en la cama y cerré los ojos con la intención de dormir, aunque mi mente prefería imaginarse mil situaciones diferentes sobre donde podría estar mi padre en vez de contar ovejitas: Ahogando sus penas en un bar de mala muerte, bebiendo hasta que el dolor de su corazón fuera más llevadero. Llorando en alguna parte de la playa, pensando en adentrarse en el mar para acabar con todo...

No quería pensar en eso.

Alex descansaba a mi lado, dormía ladeado, con la cara hacia mí y el rostro completamente relajado. En la cena se había juntado con mi tío y se habían puesto a beber cerveza como si fuera una competición. Kevin empezó a encontrarse tan mal que tuvimos que ayudarlo entre las tres para subirlo a su habitación, por lo que Alex se proclamó ganador, que pese haber bebido lo mismo, pudo subir a la habitación por sus propios medios. Estaba tan coqueto y juguetón, que tuve que meterlo a traición en la ducha porque si fuera por él, hubiéramos hecho el amor por toda la habitación. Después de ponerse los calzoncillos, fue acostarse en la cama y quedarse dormido al instante. Yo, por el contrario, no podía dejar de pensar en mi padre. Incluso en la cena no podía sacármelo de la cabeza. Pensé en salir a buscarlo nada más irse, pero Alex me convenció para que no fuera, que si se había marchado era porque necesitaba espacio para pensar, y si lo buscaba, lo agobiaría.

Pero ya habían pasado seis horas.

¿Dónde se ha metido?

Debería haber vuelto ya...

Bajé a la cocina a por algo de beber. Las luces se encendieron en cuanto me detectó el sensor de movimiento. Cogí un vaso y lo llené de agua. Salí al jardín, observando el lugar por donde mi padre se marchó, deseando verlo aparecer en cualquier momento. Y como si mis plegarias hubieran sido escuchadas, de repente, escuché el sonido de la puerta cerrándose. Corrí hacia el interior de la casa y me asomé por la puerta de la cocina, encontrando a mi padre, tratando de subir a su habitación.

—Papá.

Se detuvo a mitad de la escalera y me miró.

—Es tarde, deberías estar durmiendo —me dijo en voz baja.

—No puedo dormir —dije, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja y acercándome lentamente—. Estaba muy preocupada por ti. Pensaba que te había pasado algo...

—Lo siento. Yo..., necesitaba pensar.

—Lo entiendo —me apoyé en la pared.

—Anda, vamos a la cama.

Seguí a mi padre hasta la planta de arriba. Él se detuvo frente a la habitación de mi madre, observó la puerta con los ojos vidriosos y los labios apretados, añorando un tiempo en el que fue realmente feliz. Yo también echaba mucho de menos a mi madre. Ella dijo que mi padre debía intentar abrirse de nuevo al amor, y cuando al fin se daba una oportunidad, se enamora de una mujer que no merecía su tiempo, su cariño ni su amor.

—¿Estás bien, papá?

El giró la cabeza hacia mí y me sonrió con tristeza.

—Lo estaré.

Y sin decir nada más, entró en la habitación de mi madre.

Enjuagué la lágrima de mi mejilla antes de ir a mi habitación. Al abrir la puerta, me encontré a Alex a punto de salir.

—Iba ahora mismo a buscarte —me dijo con expresión somnolienta. Tenía el torso descubierto, solo unos calzoncillos grises cubría su cuerpo.

—He ido a por algo de beber.

Cerré la puerta tras de mí y me acosté en la cama.

—¿Sabes algo de tu padre? ¿Ha llegado ya?

—Sí, ahora mismo. Está en la habitación de mi madre.

Nos acurrucamos. Yo apoyé la mejilla en su pecho, su piel era suave y caliente. Sus dedos se movieron por mi costado, de arriba abajo en una suave caricia. Mi cuerpo estaba relajado, aunque mi mente todavía seguía con mi padre.

—No te preocupes —me dijo Alex, como si supiera lo que estaba pensando—. Tu padre estará bien. Es uno de los hombres más fuertes que conozco.

—No viste su cara —me incorporé para poder mirarlo a los ojos—. Estaba destrozado. Estuvo mucho tiempo encerrado en sí mismo porque no creía que pudiera enamorarse otra vez, y cuando al fin conoce a alguien que le hace sentir que puede volver a ser feliz, lo deja para irse con su ex marido. No es justo...

—Por supuesto que no es justo —dijo, apoyando la espalda en el cabecero—. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? Las cosas han salido así. Lo mejor que podemos hacer ahora es aceptar que se ha ido y seguir hacia adelante. Y será muy duro, sobre todo para tu padre, pero créeme cuando te digo que lo superará.

—Yo fui quien le dijo que se abriera al amor, y, cuando lo hace, le destrozan el corazón...

—Es el precio a pagar por el amor.

—Es por mi culpa...

—No, cariño —dijo, tomándome del rostro con dulzura y pegando su frente a la mía—. Nadie tiene la culpa.

—¿Ni siquiera Lucy?

Dibujó una media sonrisa.

—Tampoco —susurró—. Sé que te gustaría echarle la culpa, pero lo cierto es que ella simplemente se ha dejado guiar por su corazón. Lo ha hecho mal, sí, pero hubiera sido peor que se hubiera casado con tu padre sin estar enamorada de él, ¿no?

Viéndolo de esa manera...

—Supongo que sí.

—Ahora, vamos a dormir, ¿de acuerdo? Es tarde, y si mañana quieres que volvamos a salir a correr, necesito descansar un poco —lo dijo con una sonrisa tontorróna en el rostro que delataba

sus verdaderas intenciones: No quería salir a correr, lo que quería era volver a hacerme suya en la playa.

Se inclinó sobre mí para besarme.

—¿Sabes que nos han visto? —dije, poniendo la mano en su pecho y deteniéndolo antes de que sus labios me tocaran—. Un vecino que estaba paseando a su perro. Se lo ha contado a todo el vecindario. Mi abuela me ha dicho que nadie sabe que hemos sido nosotros y que la próxima vez lo hagamos aquí, que para eso todas las habitaciones están insonorizada.

—¿Realmente están insonorizadas?

Asentí.

—Entonces nadie te oirá gritar.

Me cogió en volandas y me tumbó sobre la cama. Yo me reí mientras me levantaba la camiseta para besarme en el vientre mientras sus dedos jugueteaban en aquellas zonas sensibles. Yo me eché a reír y traté de quitármelo de encima.

—¡No! —exclamé—. ¡Para, por favor!

Y paró. Se inclinó sobre mí y me besó en los labios.

—Te quiero.

—Te quiero.

A la mañana siguiente, tal y como dijimos, fuimos a correr. No hicimos nada para mayores de dieciocho años, eso sí. Tan solo hicimos ejercicio hasta que las piernas nos temblaron y el corazón se nos salía del pecho. Durante la vuelta a casa, hablamos sobre Sarah y David, pues antes de salir había recibido una llamada de ella para preguntarme cómo estaba y para contarme las últimas novedades; sus padres acababan de descubrir que tenía novio, aunque no sabían que se trataba de su profesor de español. Decía que estaba cansada de estar escondiéndose, que lo que sentía no era nada malo. Y en el fondo no lo era, pero salir con un hombre mayor y que encima es tu profesor..., puede llegar a ser complicado de entender para algunas personas.

Luego había mencionado a Jackson y su supuesta desaparición. Alex en un principio no pensaba que realmente estuviera desaparecido, sino que estaría con alguna chica o simplemente perdido por haberse pegado la fiesta del siglo. Pero lo cierto es que no era ni una ni la otra. Yo sabía que no estaba desaparecido, sino que seguramente se hubiera marchado a Europa para trasladar a las chicas secuestradas y prostituirlas... Sentí un escalofrío nada más pensarlo. Era consciente de que tarde o temprano debía hablar con Alex sobre esto, porque de algún modo, también estaba involucrado.

Merecía saber toda la verdad, y ese me pareció el mejor momento; nos habíamos sentado en la playa para descansar un poco porque estaba cansada, y estábamos los dos solos en la playa, con el amanecer delante de nuestros ojos, lejos del mundo real.

—Alex, ¿recuerdas que te dije que tenía algo que contarte?

Asintió.

—Debí habértelo dicho hace mucho, pero Cole me aconsejó que no te dijera nada para no ponerte en peligro. Durante un tiempo pensé que era lo mejor, creía estar protegiéndote. Pero ahora creo que deberías saberlo.

Mis palabras captaron su atención. Se giró para poder mirarme a la cara, y esperó a que yo encontrara las fuerzas para continuar.

—Es algo largo de contar, así que empezaré por el principio...

Suspiré.

—Jackson está enamorado de mí desde segundo grado.

—Eso ya me lo dijiste.

—Ya, pero no te dije lo que intentó hacer el curso pasado...

Su ceño se frunció, interesado por saber más.

—Ya sabes que yo no soy mucho de fiestas, pero en aquella época a veces tenía que ir por mi imagen. Amanda celebró sus diecisiete años por todo lo grande. Organizó una enorme fiesta en su casa. Brett me convenció para que lo acompañara, y como también estaría Sarah, no pensé que nada malo podría suceder.

»Al principio todo fue normal. Yo no bebía nada más que refresco y alguna que otra cerveza para que la gente no hablara de mí. No recuerdo muy bien cómo pasó, tan solo que empecé a encontrarme mal, estaba como mareada. Tan solo había bebido dos cervezas, era imposible que me encontrara tan mal con tan poco alcohol...

»Lo siguiente que recuerdo es que alguien me cogió y me llevó a una habitación. Yo pensaba que se trataba de Brett, que me había visto mal y que me había apartado de la fiesta para que pudiera descansar... Hasta que giré la cabeza y vi que la persona que me llevaba era Jackson.

»Yo sabía lo que Jackson sentía por mí, y recuerdo decirle que me dejara, que buscara a Brett o a Sarah para que me llevaran a casa, que no me encontraba bien. Él dijo que todo estaba bien, que él se ocuparía de mí.

Mientras yo hablaba, noté que Alex se tensaba, como si pudiera imaginar qué sucedió a continuación. Yo volví a suspirar, alcé la vista y noté los primeros rayos de sol de la mañana en la cara, sintiendo una tranquilidad que me resultó acogedora.

—Después todo fue muy rápido. Jackson me tiró a la cama y cerró la puerta. Yo intenté huir, pero el cuerpo no me respondía. Él se desvistió y... —negué con la cabeza—. Yo gritaba desesperadamente que dejara de tocarme, pedía ayuda a cualquier persona que pudiera oírme para que viniera a salvarme, y por un momento pensé que no vendría nadie a buscarme, que Jackson terminaría violándome.

Enjuagué la lágrima que recorrió mi rostro.

—La puerta se abrió de un golpe —seguí hablando—. Brett y Sarah aparecieron y me quitaron a Jackson de encima. Tuve mucha suerte, un segundo más y probablemente hubiera conseguido su cometido. Él dijo que estaba muy borracho y que no sabía lo que hacía, pero en el fondo ninguno le creyó. Si hubiera sido por el alcohol, no me habría drogado.

—¿Y por qué no denunciaste a ese cabrón? —masculó con rabia.

—Porque tenía mucho miedo de que mi padre descubriera todas las mentiras que había contado. Pensé que lo mejor era olvidar lo que había pasado y seguir con mi vida. Sí, fui una tonta por dejar que mi imagen dirigiera mi vida, pero en ese momento estaba ciega. Solo se me ocurrió mantenerme lo más lejos posible de Jackson, era verlo y recordar lo que me hizo... Y durante un tiempo fue bien. Él no se acercaba a mí, Brett le dio tal paliza en aquella fiesta que estuvo meses sin poder mirarme a la cara. Sin embargo, estos últimos meses todo ha ido a peor...

—¿Ha vuelto a intentar tocarte?

Me quedé callada.

—¿Recuerdas la persona que entró en mi habitación por mi ventana?

—¿Fue Jackson?

—Él dice que no, y no sé por qué pero le creo. El caso es que creo que sabe quien fue. Hay una banda sobre trata de blancas llamada Los cobras, su líder se llama Hugh, y creemos que

Jackson forma parte de esa banda.

—¿Creemos?

—Sarah, Cole y yo.

—Chloe, todo esto es...

Suspiré antes de continuar.

—¿Recuerdas lo que contó Sarah sobre lo que le sucedió? Pues nos mintió. Lo que pasó es que como quiso romper con Jackson tras volver con Woody, él quiso vengarse, y entonces la llevó a la casa de su amigo Hugh. Allí vio a un montón de chicas de nuestra edad secuestradas y preparadas para enviarlas a Europa para prostituirlas. Pensamos que quiso venderla a ella también, pero por algún motivo que no sabemos, se echó para atrás.

»Yo hablé con Cole para ayudarlo a coger a Jackson y sus amigos. Sarah tenía tanto miedo que no se atrevía hablar con nadie... Después me atacaron a mí. No te lo dije en su momento porque lo he recordado hace poco, pero el hombre que intentó secuestrarme pensaba que yo era virgen, y las chicas vírgenes pueden venderlas por millones...

Se levantó y se distanció un poco. Necesitaba tiempo para procesar toda la información. Yo me limpié las lágrimas y lo seguí, posando mis manos sobre sus hombros, abrazándolo por la espalda.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —preguntó con voz trémula.

—Dijiste que no querías que hubiera más secretos entre nosotros, y yo tampoco quiero.

Se dio la vuelta y me estrechó entre sus brazos.

—Siento tanto que hayas tenido que cargar todo eso tú sola...

—Estoy bien —aseguré.

Me tomó del rostro y posó sus labios sobre los míos en una caricia tan lenta y dulce que hizo que el corazón, que se me había acelerado mientras revivía uno de los peores momentos de mi vida, se ralentizara, volviendo a latir a un ritmo normal. Me besó la frente antes de volver a abrazarme.

—Estoy contigo —me dijo—. No volverás a estar sola.

Me aferré a su torso y cerré los ojos.

Al llegar a casa de mi abuela, nos mandó directamente a darnos una ducha ya que olíamos como si nos hubiéramos rebozado en estiércol, palabras de mi querida abuela. Los dos nos echamos a reír y subimos a la habitación. Nos quitamos la ropa, el uno al otro, y nos metimos en la ducha. Nos besamos mientras el agua caía sobre nuestras cabezas. El primero en salir del cuarto de baño fue Alex, ni siquiera se molestó en ponerse una toalla para cubrirse, simplemente salió a la habitación y empezó a vestirse. Yo, por el contrario, tardé un poco más puesto que tenía que rizarme el pelo.

Alex se puso unos pantalones tipo chinos y una camisa blanca, yo un vestido floral de finos tirantes. Mi abuela nos había indicado que quería que nos pusiéramos guapos para comer, pues quería que nuestro último día en Virginia Beach fuera especial. Quería que Alex se llevara una buena impresión.

Mi padre estuvo muy serio durante la comida, solo hablaba cada vez que alguien le preguntaba algo, y respondía de una manera muy escueta. Yo intenté animarle, le recordé algunos momentos que habíamos compartido, pero nada parecía ser suficiente. Su mente estaba en casa, en Lucy y en el fracaso de su relación. Por más que lo intenté, no conseguí sacarlo de

ese pensamiento.

Después mi abuela organizó una pequeña fiesta, con música y una gran variedad de cócteles. Había música reproduciéndose, yo decidí poner una canción que a mí padre y a mí nos encantaba bailar cuando era pequeña. *Determinate*, de la película *Lemonade Mouth* de Disney Channel. Bailó conmigo, sí, e incluso dibujó una pequeña sonrisa, pero en el fondo seguía estando triste.

Antes de que tuviéramos que coger el coche, mi abuela me entregó una bolsa que había llenado con regalos de su viaje. Yo esperaba que mi padre me dijera lo de siempre, que no debería aceptar sus regalos, que eran demasiado caros. Sin embargo no dijo ni una sola palabra. Se mantuvo al margen en todo momento, callado y sentado en el coche, esperándonos para volver a casa mientras que Alex y yo nos despedíamos de mi familia.

Cuando llegamos a Moon Hill, Alex me ayudó a subir las maletas a mi habitación. Mi padre dejó sus maletas en el salón y con las mismas se marchó. Supuse que necesitaba hablar con Hannah, pues ella era la única con la que podía desahogarse abiertamente, la única que podía entender cómo se sentía. Luego Alex, cuando llegó a su casa un rato más tarde, me lo confirmó por mensaje.

No tardé mucho en guardar todo, la ropa que mi abuela me había regalado era preciosa: vestidos, vaqueros, faldas, blusas... Todo era de marcas caras, de esas que solo podría comprar gastando un mes de mi sueldo en Sensation's. Mientras ponía una lavadora, Sarah me llamó por videollamada.

—Hola, desaparecida —me dijo con voz queda.

Ella apareció en la pantalla de mi teléfono con el pijama puesto, una camiseta de tirantes roja y pantalones grises. Tenía entre las piernas la almohada de pelo con la que solía jugar cada vez que tenía una noticia que contarme.

—¿Desaparecida yo? —pregunté con incredulidad—. Aquí la única que ha estado desaparecida eres tú. Desde que no te da miedo que te vean con Woody, apenas te veo el pelo.

Puse la máquina en marcha y subí a mi habitación.

—Por eso y porque estoy estudiando a tope para los exámenes, ya lo sabes. Quiero poder graduarme este año, y para ello tengo que ponerme al día de muchas cosas...

—¿Cómo vas con eso, por cierto?

Me aparté de la cámara para quitarme la ropa que llevaba y ponerme algo más cómodo. Me puse una camiseta de Alex azul que me quedaba enorme. Después cogí el teléfono y me lo llevé hacia el tocador, donde procedí a recogerme el pelo y quitarme el maquillaje de la cara.

—Bien —respondió ella—. Pasado mañana tengo el primer examen de Literatura —suspiró—. Espero que el profesor Sanders sea bueno y no haga el examen muy difícil...

—Seguro que te sale genial.

—Cruzo los dedos.

—Yo toco madera —sonreí mientras tocaba mi tocador—. ¿Y qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que tengo que contarte algo?

—Porque juegas con ese cojín —lo señalé en la pantalla—. Siempre que tienes una noticia importante que contarme, sueles tenerlo entre las manos.

Ella apartó la mirada, como si algo le preocupara.

—Sarah, ¿qué pasa? —insistí.

—El otro día recibí un mensaje de audio de mi primo Christian. Y llevo desde entonces con

que, en el audio, se escucha la voz de Jackson —dejé lo que estaba haciendo para mirarla—. Menuda tontería, ¿no? O sea, ¿Jackson y mi primo? Imposible.

—¿Jackson y Christian se conocen? —quise saber.

—Creía que no, pero después del audio... No sé que pensar.

Se frotó la frente en señal de cansancio. La conocía, sabía que desde que recibió el audio, había estado estrujándose los sesos para averiguar si realmente la voz es de Jackson. Bueno, más bien pensaba en lo que eso podría significar.

—Envíamelo —dije.

—Voy.

Cogí el teléfono cuando me llegó y reproduce el audio. «*Sarah, no sabes lo enorme que es la Torre Eiffel en persona. ¡Nunca he visto algo semejante! (Voces de fondo hablando del tiempo) La próxima vez que venga, te prometo que te traigo conmigo*». La voz de Christian se escuchaba con total claridad, y de fondo habían otras dos voces, una que no reconocía, pero la otra...

—Sí que se parece la voz... ¿Qué hace tu primo en París?

—Ha tenido que ir por un asunto de trabajo...

¿Y qué empresa hostelera mandaría a un simple camarero a Francia? No tenía mucho sentido... ¿O sí? ¿Cabía la posibilidad de que Christian estuviera también involucrado con Hugh y la red de trata de blancas? Eso explicaría los coches y motos que tenía en su poder...

—Cole, antes de ir a casa de mi abuela, vino a casa para decirme que Jackson realmente había desaparecido. Lo estaban siguiendo y llegaron hasta una casa, pero no había nadie dentro. Creen que probablemente se marcharon por una salida secreta y fueron a Europa para...

—No lo digas —me pidió Sarah con ojos vidriosos. Apartó la mirada como si no quisiera pensar en ello—. Christian es mi primo. Él... sería incapaz de hacer algo así. Es buena persona. Tú lo sabes bien, Chloe. Estuvisteis saliendo...

Pude notar el pánico en el tono de su voz.

—Sarah, nunca te lo he dicho, pero tu primo no es tan bueno como crees. Él... Intentó forzarme.

Me miró sorprendida, las lágrimas fluían por su rostro.

—Me dijo que para demostrarle que no quería estar con Alex, debía acostarme con él —añadí.

—Chloe...

—Si no te lo dije en su momento es porque no quería que vieras a tu primo de una forma diferente —yo tampoco pude controlar las lágrimas que se desbordaron por mis ojos—. Sé lo unidos que estáis. Yo..., no quería romper eso.

—Debiste habérmelo dicho —gruñó, enjugándose las lágrimas con rabia—. Si Christian realmente está involucrado con la trata de blancas, se merece tanto como los demás. Por mucho que lo quiera, por mucho que sea de mi familia, si está con Hugh, debe pagar por todo lo que está haciendo... Y también por lo que te hizo.

Sorbí por la nariz y traté de controlar el llanto.

—Hablaré con Cole y le contaré las novedades.

—Solo quiero que toda esta mierda acabe...

—Yo también —admití en voz baja—. Yo también.

A la mañana siguiente, unos ruidos en la habitación de mi padre me despertaron. Arrastré los pies mientras iba hacia su cuarto, sorprendiéndolo metiendo cosas en un saco de basura. Algunas de ellas pude reconocerlas, eran de Lucy y de Amber.

—¿Qué estás haciendo?

—Buenos días, cielo —me saludó con una radiante sonrisa, cosa que me sorprendió. Hoy parecía estar de bastante mejor humor—. Siento si te he despertado. Estoy tirando algunas cosas que ya no me son útiles...

—Las cosas de Lucy —aclaré.

—Esas mismas. No quiero nada que me recuerde a ella.

—Pues habrá que cambiar el sofá del salón.

No dijo nada, tan solo mostró una sonrisa superficial, la misma que yo ponía cada vez que quería mostrarme mejor de lo que me sentía por dentro.

—¿Necesitas que te ayude?

—Claro, me vendrían bien dos manos más.

Nos dividimos el trabajo. Mi padre se encargaba de tirar las cosas que Lucy se había dejado en su habitación mientras que yo iba a la de Amber y hacía lo mismo. La cama estaba deshecha, las sábanas tiradas por el suelo. Las puertas del armario abiertas, mostrando el lugar vacío que las prendas de ropa habían dejado. Y eso me recordó que no me había devuelto el conjunto que le presté para aquella fiesta... Cogí el saco de basura y empecé a meter pósters, marcos de fotos de ella con sus amigos y de sus padres, algunos objetos personales que se habían quedado olvidados en los cajones del escritorio, como el cargador del portátil o la funda de las gafas.

Cuando terminé regresé con mi padre. Él acababa de terminar de vaciar su habitación, devolviéndola a su estado natural, sin todas las extravagancias que Lucy colocó. También había otra bolsa con ropa de mi padre y que ella le compró. Luego le escribió para que se pasara a recoger sus cosas o las tiraría a la basura mañana por la mañana. Ella ni siquiera contestó, sin embargo, sobre las cuatro de la tarde ella junto con su marido aparecieron en mi casa. Las bolsas las habíamos dejado en el porche para que no tuviéramos que verle la cara. Pero mi padre necesitaba verla por última vez antes de decirle adiós para siempre.

Ella alzó los ojos, encontrándose con la fría y distante mirada de mi padre mientras que su marido se encargaba de meter las bolsas en su todoterreno.

—No sé ni qué decir, Tom —dijo Lucy con voz afligida.

—Mejor no digas nada.

—Tom...

—No quiero oírlo, ¿vale?

—Sé que me odias pero...

—Eso es lo peor, Lucy. No te odio. Estoy decepcionado. Tantas promesas rotas... Lo que no logro entender es por qué aceptaste casarte conmigo cuando seguías enamorada de tu marido.

Ella abrió la boca para explicarse, mi padre la interrumpió.

—Ahórratelo. No quiero saberlo. Solo espero que seas feliz.

En cuanto escuché el sonido de las puertas del todoterreno cerrarse, corrí hacia el salón y cogí el móvil para fingir que no había estado oyendo toda la conversación. Mi padre se pasó la mano por la cara en un gesto cansado antes de dejarse caer a mi lado en el sofá. Bloqueé el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

—¿Cómo ha ido? —pregunté, fingiendo desinterés.

—Bien. Supongo.

—Has hecho lo correcto.

—Lo sé —exhaló—. Debí haber pensado mejor las cosas...

—No quiero decir que te lo dije, pero...

Mi padre esbozó una media sonrisa.

—Tengo que hablar contigo —me dijo, de repente, serio.

Me recompuse en el sofá y lo miré a los ojos.

—Como dentro de poco te irás a la universidad, y Amber también se iría pronto... Lucy y yo estuvimos en conversaciones con Vanessa sobre la posibilidad de adoptar a un niño.

—Vale... —dije, no muy segura de hacia dónde quería llegar.

—Esta mañana me ha llamado Vanessa. Hay un niño, bueno..., un niño exactamente no es, tiene quince años. El caso es que me ha preguntado si quería acogerlo...

Siempre había querido tener una hermana pequeña, y con Amber había experimentado algo parecido. El problema es que la experiencia no había sido la esperada. Acoger a un adolescente de quince años justo después de romper su relación...

—¿No tiene familia?

—Por lo que Vanessa me ha dicho, sus padres lo abandonaron a los tres meses de nacer. Se ha pasado yendo y viniendo de casas de acogida, pero todas acababan devolviéndolo como si fuera un juguete roto... Yo estaría dispuesto a darle una oportunidad, pero haré lo que tu me digas. No pienso tomar ninguna decisión más sin consultártelo primero.

La idea de tener a un desconocido en casa no me agradaba mucho, y menos después de todo lo que había pasado los últimos meses con la banda de Hugh persiguiéndome, pero tampoco podía dejar de lado a un chico que necesitaba urgentemente un hogar.

Mi padre me observaba a la espera de una respuesta.

—Me parece bien.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Será complicada la convivencia, pero si sobreviví a Amber, puedo con cualquier cosa —sonreí—. Si el chico necesita un hogar, no hay ninguno mejor que este.

Su sonrisa se ensanchó.

—Voy a llamar a Vanessa.

Sobre las cinco había quedado con Brittany y Sarah para visitar nuestras tiendas favoritas del centro comercial para comprar los vestidos para la graduación. Nos probamos unos veinte cada

una, y no paramos hasta que encontramos el indicado. Incluso Sarah que no se iba a graduar con nosotras también se compró uno.

—Aunque no me gradúe, llevaré un precioso vestido y viviré el momento como si fuera mi propia graduación. Dudo mucho que se haga otra ceremonia después del verano...

Mientras buscábamos alguna cafetería para sentarnos y descansar después del estresante día de compras que llevábamos encima, me di cuenta de que en el interior de una joyería había un hombre de cabello oscuro que me resultaba familiar. Y cuando se giró, lo reconocí. El ex marido de Lucy. Y por lo que pude ver, estaba buscando anillos de compromiso.

—No me lo puedo creer —bufé—. Le va a pedir matrimonio.

—¿A quién? —quiso saber Brittany.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sarah.

—Ese hombre de ahí es el exmarido de Lucy.

Ellas giraron la cabeza para mirar al hombre que contemplaba un hermoso anillo.

—Pues sí que le gustan a Lucy las bodas express —comentó Sarah, y no pude evitar reírme. Tenía razón. No había pasado ni una semana desde que rompió con mi padre y ya iba a comprometerse otra vez...

—A lo mejor le dice que no.

—Lo dudo mucho. Pero bueno, que sean muy felices.

Pedimos nuestros cafés en nuestra cafetería preferida y nos sentamos en la terraza, dejando en una de las cuatro sillas las bolsas de la compra.

—Deberíamos haberlas dejado en el coche —dijo Sarah.

—Os lo dije —repuso Brittany, llenándose de razones.

—¿Y qué era eso de lo que querías hablar con nosotras? —me preguntó Sarah, apartándose el pelo de la cara y dando un sorbo a su café con leche.

—Mi padre va a acoger a un adolescente en nuestra casa.

Las dos intercambiaron una mirada perpleja.

—¿Estás hablando en serio? —quiso saber Britt.

Asentí.

—Lucy y él tenían pensado en adoptar a un niño, y habló con la novia de mi tío que es asistente social, y ella esta mañana le ha llamado para decirle que tiene a un adolescente que busca una casa de acogida.

—¿Y qué vais a hacer?

—Acogerlo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Y si es un delincuente? —preguntó Sarah, preocupada.

—Si es un delincuente buenorro, lo acojo yo —comentó Brittany, coqueta.

—Estamos hablando en serio, Brittany —repuso Sarah—. No conocéis a ese chico. ¿Y si lo metéis en vuestra casa y os roba? O peor, ¿y si os asesina a sangre fría? ¿Es que no veis las noticias? Están habiendo muchos asesinatos últimamente...

—Lo único que sabemos de ese chico es que necesita un hogar. Las casas en la que ha estado lo devolvían como quien devuelve un juguete a la tienda... No me quiero ni imaginar la vida que ha tenido, lo mucho que ha debido sufrir...

En el fondo Sarah pensaba igual que yo, si ella pudiera ayudar a alguien que realmente necesitaba ayuda, lo haría sin dudarle. Al menos hasta que Hugh entró en acción; desde aquel nefasto día, se había vuelto recelosa a la hora de conocer a gente nueva. Es más, antes, un grupo de chicos se había acercado para ligar con nosotras mientras caminábamos por el centro

comercial, y ella se había puesto las llaves del coche entre los dedos como un puño americano. Tenía miedo. Tampoco podía culparla. Intentaron secuestrarla para prostituirla y le dieron una paliza de muerte, es normal que no confiara en desconocidos. Y estuvo así de tensa hasta que desaparecieron de nuestra vista.

Llegué a casa una hora más tarde. Puse las bolsas sobre la cama y empecé a guardar lo que había comprado. No era mucho, por lo que acabé pronto. Mi padre apareció de repente mientras se limpiaba la cara con un trapo, apoyado contra el quicio de la puerta. Vestía su antiguo mono de trabajo y cuya tela estaba cubierta por una fina película de polvo.

—Pensaba que hoy no trabajabas...

—Y no trabajaba, pero he tenido que ir para acabar unas cosas para poder cogerme unos días libres la semana que viene e ir a la graduación el lunes. ¿Nerviosa?

—Un poco —admití—, pero también muy emocionada.

—Sé lo que es —sonrió—. Yo también me sentía igual cuando me gradué. Ese momento en el que dejas atrás la adolescencia y te metes de lleno en la vida adulta... —dijo mientras se acercaba a mí—. No me puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Hace nada te tenía entre mis brazos mientras intentaba que te durmieras, y ahora vas a graduarte e ir a la universidad...

—Todavía me queda el verano.

—Dos meses. En dos meses mi pequeña se irá a California...

Intentó darme un abrazo. El olor a sudor que desprendía su cuerpo y el polvo me hicieron retroceder. Quería mucho a mi padre, y haría cualquier cosa por él, pero primero debía darse una ducha.

—Espera, vaquero —dije—. Necesitas una ducha.

—¿Tan mal huelo?

—Un poco —me reí.

—Está bien. ¿Me ducho y vemos una película?

—De acuerdo.

—¿Terror?

—Por supuesto.

Para cuando mi padre regresó, yo había hecho unas palomitas de caramelo y había preparado el salón para ver la película. Entre el gran listado del catálogo de Netflix, al final nos decantamos por ver *La casa de cera*. No era la mejor película de terror, pero nos apetecía verla. Además, siempre es agradable ver a Chad Michael Murray en pantalla.

Mi padre estaba tan cansado que más o menos a mitad de la película se quedó dormido. Intenté despertarlo para que se fuera a la cama, pero al igual que yo, era muy cabezota, y se negó a dejar la película a mitad. Estuvo unos segundos con los ojos abiertos antes de volver a cerrarlos. Al final acabé viendo la película yo sola. Entonces lo volví a despertar y dijo que le había gustado mucho. Después, subimos cada uno a nuestra habitación. Me puse el pijama rápidamente cuando mi móvil empezó a sonar desde el escritorio. Una videollamada de Alex.

—¿Me queda bien? —tenía colgado de una percha un precioso traje negro puesto sobre su cuerpo—. Era de mi tío Harry. Mi tía me lo ha regalado para la graduación.

—Te queda fenomenal.

Dejó el traje colgado en el armario y luego se acostó en la cama con el móvil en la mano. Tenía el torso descubierto y las gafas puestas, unos cuantos mechones de pelo húmedo caían por su frente de una manera sexi y arrebatadora.

—¿A qué hora quieres que pase a recogerte el lunes? —me preguntó.

—No lo sé. Mmm, ¿sobre las siete?

—A las siete entonces —sentenció, mordiéndose el labio inferior—. Quería que fuera sorpresa, pero no puedo guardar el secreto más tiempo. Como ya no tengo que pagar la deuda de mi tía, lo que he podido ahorrar lo he gastado en alquilar una habitación de hotel para la noche de la graduación.

—¿En serio?

Asintió.

—Y tiene jacuzzi —dijo con voz sugerente.

—Algo me dice que relajarte con las burbujas no es lo que pretendes hacer en ese jacuzzi...

—Pueden pasar otras muchas cosas —el tono ronco y sensual de su voz me volvió loca.

—¿Cómo qué? —provoqué.

—Por ejemplo, mientras que estamos relajándonos en el agua, me acercaría a ti y empezaría a besarte por el cuello. Tu soltarás ese gemido que me vuelve loco, y te tocaré hasta que me pidas que te quite la ropa y te haga mía... Solo con pensarlo se me ha puesto dura.

Imaginé ese momento con total nitidez. Alex y yo en el jacuzzi, el agua caliente y burbujeante a nuestro alrededor. Se colocaría entre mis piernas, sus dedos clavados en mis muslos mientras su boca me tienta y me provoca. Su cálido aliento. Su aroma.

¿Desde cuando hacía tanto calor?

—¿No podemos saltarnos el baile e ir directamente al hotel?

—¿Realmente quieres perderte tu graduación?

—Técnicamente, no estaría perdiéndome la graduación, tan solo el baile. Pero claro, la gran Chloe Davis no puede faltar a la ceremonia porque tiene que dar un discurso.

—Ni me lo recuerdes —me reí.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien. Más o menos. Pues es una pena que tenga que dar ese discurso, ¿sabes? Porque me he comprado un conjunto muy sexi y pensaba estrenarlo el lunes por la noche. No vas a tener tiempo de disfrutarlo como se merece...

Eso llamó la atención de Alex. Mientras paseaba con mis amigas por el centro comercial, vi en el escaparate de una tienda de lencería un conjunto tan bonito que no pude resistirme a comprarlo. Era de encaje, negro y con un sujetador tipo corsé con hilos dorados que sujetaban a la vez que decoraban.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es?

—Corto y de encaje.

Cerró los ojos y se mordió el labio, imaginandoselo en mi cuerpo.

—No puedes decir eso y esperar que espere hasta el lunes...

—No te queda otra.

Sacudió la cabeza en señal de rendición. En ese momento aparecieron los niños, que se lanzaron a la cama sobre su primo. Alex se removió y se puso a hacerles cosquillas, yo miré la tierna escena hasta que el móvil dejó de enfocarlos al caerse de la cama. Entonces vi algo debajo del colchón. Apenas se podía distinguir algo en la oscuridad, pero pude vislumbrar el contorno de una caja misteriosa. Uno de los niños, Derek, cogió el teléfono y me saludó con la mano y la sonrisa mellada. Salió corriendo cuando su primo empezó a perseguirle para arrebatarle el móvil, terminando escondiéndose en el cuarto de baño.

—Chloe, tengo que decirte una cosa —me dijo el pequeño con la voz agitada—. El 10 de agosto es el cumpleaños de Alex. Mi madre ha pensado en organizarle una fiesta en casa. Te

apuntas, ¿verdad?

—Claro que me apunto. Contad conmigo.

Alex empezó a golpear la puerta, pidiendo a su primo que saliera.

—Alex nunca ha querido celebrar su cumple, así que le hemos dicho que será una fiesta de despedida para ti, para cuando te vayas a la universidad y eso —se apresuró a explicarme—. Pero la verdad es para celebrar el cumple de Alex. Te lo digo para que le compres un regalo.

—De acuerdo. Gracias por invitarme y por la información.

En ese momento, Derek abrió la puerta y se quedó mirando a su primo mayor con una sonrisa y expresión de pura inocencia. Le entregó el móvil y se marchó con sus hermanos.

—Estos niños un día acabarán conmigo —bromeó Alex cuando entró de nuevo a su habitación y ponía el cerrojo para que nadie pudiera molestarlo—. No tienen otra cosa más divertida que hacer que venir a mi cuarto a molestarme...

—Es normal. Son niños y quieren jugar contigo...

—Lo que deberían hacer es acostarse a dormir que mañana tienen clase. Y en vez de eso, están correteando por toda la casa —suspiró—. Bueno, te dejo. A ver si consigo que se duerman antes de que mi tía vuelva a casa de trabajar.

—¿Cómo le está yendo en esa pastelería?

—Bueno..., está bien. Aunque el sueldo no es muy bueno que digamos.

—Que no se rinda, que siga mirando más ofertas de trabajo. Seguro que encuentra alguna pastelería que realmente valoren su talento y que le paguen más.

—Más que el dinero, lo que ella busca es una media jornada por las mañanas para ir a trabajar mientras que los niños están en el colegio. Pero solo encuentra cosas por las tardes o noches... Bueno, te dejo. Buenas noches. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Alex

Me desperté por la mañana temprano por los ruidos de mis primos mientras se preparaban para ir al colegio. Perezosamente, alcancé las gafas que anoche dejé en la mesita de noche tras terminarme el libro que me recomendó Chloe, «Los giros del destino». Los capítulos eran cortos, aunque la historia de amor entre Michael y Aiden es demasiado bonita.

Salí de mi habitación después de ponerme unos pantalones cortos y fui a la cocina, donde mi tía Hannah había preparado un delicioso desayuno. Los niños estaban sentados alrededor de la mesa, esperando impacientes a que su madre les sirviera. Ella estaba terminando de hacer los huevos revueltos cuando yo me dispuse a ayudarla.

—¿Necesitas que haga algo?

—Prepara la mesa, por favor.

Y eso fue lo que hice.

Nos sentamos y los niños empezaron a atiborrarse de bacon, se lo comían hasta con las manos. Yo sonreí mientras los observaba. Mi tío Harry tenía la costumbre de comérselas así, y sus hijos habían heredado esa manía.

—¿Qué tal está Tom? —quise saber. La otra noche estuvo en casa, desahogándose con Hannah. Yo estuve cuidando de los niños mientras ellos hablaban en la cocina, y aunque intenté darles espacio, la casa era demasiado pequeña y se escuchaba prácticamente todo.

—Está dolido. Necesita tiempo para sanar.

—No me puedo creer que Lucy le haya podido hacer algo así.

—Hay mujeres que no saben lo que tienen...

—Si lo llegas a ver visto cuando Chloe se lo dijo. Se quedó destrozado. Nunca lo había visto así. Se fue y no volvió hasta las tantas de la madrugada... Chloe estaba muy preocupada por él, y yo también lo estaba.

—Me lo ha dicho. Fue a sentarse a la playa para pensar.

—Chloe pensó que se había ido de bares a ahogar sus penas en alcohol —dibujé una media sonrisa.

—¿Y te extraña? Yo lo hubiera hecho.

—¿El qué, mamá? —preguntó Derek.

—Nada, cariño. Sigue comiendo.

—¿Podemos ver esta tarde una película, mamá? —quiso saber Megan.

—Claro, ¿cuál te apetece ver?

—*La sirenita*.

—Sí, *La sirenita* me gusta mucho —coincidió Derek.

—¡*La sirenita*! —exclamó Charlie.

—¿Te apuntas, Alex? —quiso saber Megan.
—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.
—Dile a Chloe que venga también —añadió Charlie.
—Yo se lo digo. Pero dudo que pueda venir, estará liada con el discurso de la graduación.
—¿A qué hora es? —quiso saber mi tía.
—A las doce.
—¿Y vas a comer aquí o te irás con ella por ahí?
—Lo más probable es que vayamos a la fiesta que las madres de Brett organizan por la graduación. Habíamos pensado en comer algo allí y después volver para prepararnos para el baile.
Ella asintió y tomó un sorbo a su café.
—¿Y te has probado el traje?
—Sí. Me está bien.
—¿Y has comprado el ramillete?
—¿Qué es un ramillete? —quiso saber Megan.
—Es una especie de brazalete con flores que los chicos le regalan a las chicas en los bailes —explicó Hannah—. Cuando seas mayor, ya te regalarán uno.
—Todavía no lo he comprado —respondí—. Pensaba ir esta tarde. He quedado con Brett para ir al centro comercial esta tarde. También tengo que comprarme unos zapatos, una correa decente y una corbata.
—¿No te valen los zapatos de Harry?
Negué con la cabeza.
—Me están pequeños.
—Eso es porque tienes unos pies enormes —se rió Charlie.
Yo le saqué la lengua.
Él me respondió del mismo modo.
En ese momento recibí un mensaje al teléfono.

DESCONOCIDO
Soy Jackson, tenemos que hablar

DESCONOCIDO
En una hora en el instituto

Me sorprendió mucho que Jackson quisiera hablar conmigo, sobre todo porque los últimos meses había estado haciendo todo lo que estuviera en su mano para lastimarme o para que me echasen del equipo. No había conseguido ni la una ni la otra. Bueno..., me hizo alguna que otra herida, pero nada grave.

Debía ser importante. No había otra explicación. Aunque si iba al encuentro, no iba a ser para entablar una conversación amistosa; después de lo que Chloe me contó sobre esa banda de trata de blancas y sobre lo que sucedió en aquella fiesta... No podía sacármelo de la cabeza. Imágenes se me venían a la mente, atormentándome. No quería ni pensar en las imágenes que se le venían a ella...

El caso es que no pensaba ir al instituto, más que nada porque estaba seguro de que si lo veía cara a cara, no podría aguantarme las ganas de hacerle pagar por todo lo que había hecho... Por

eso dejé el móvil sobre la mesa y seguí estando con mi familia.

Después del desayuno, intentamos limpiar la casa de juguetes ya que los niños anoche se quedaron durmiendo sin recogerlos. No deberíamos haber tardado mucho, no había tantos por en medio. Sin embargo, el problema fue que mi tía puso música. Entonces los niños se entretuvieron bailando, y como yo era el único que no tenía ganas de bailar (en parte porque no sabía), fui yo quien tuvo que recoger.

Los sábados por la mañana solía ir al taller para adelantar trabajo para así tener la tarde libre y poder estar con la familia o con Chloe. Ambas opciones me apetecía mucho. Y tampoco es que tuviera muchos coches que reparar, pero desde que mi tío tuvo que prescindir de los empleados porque no podía pagarles y nos quedamos los dos solos, y ahora que él tampoco estaba... no daba abasto yo solo.

Abrí el taller y entré en el despacho. Dejé el móvil y las llaves sobre la mesa, me quité la ropa y me puse la de trabajo, con las mangas atadas alrededor de la cintura porque me agobiaban. Cuando ya estaba listo para empezar a trabajar, vi que tenía otro mensaje de Jackson.

DESCONOCIDO
Es importante, Alex

DESCONOCIDO
Se trata de Chloe

DESCONOCIDO
Está en peligro

¿Chloe está en peligro? Ya me lo suponía después de lo que me contó, pero Cole estaba trabajando muy duro para coger a esos hijos de puta. Sin embargo, había algo en su insistencia que me incitaba a saber qué tenía que decirme.

ALEX WILSON
Ven a verme al taller

Al segundo recibí una respuesta.

DESCONOCIDO
Ok

Intenté concentrarme mientras arreglaba un coche que tenía que acabar para el lunes, pero no podía dejar de pensar en el mensaje de Jackson. No sabía cómo iba a reaccionar en cuanto lo viera. Estaba seguro de que me cabrearía, porque siempre suelo cabrearme cada vez que lo veo. Si me había buscado para hablar sobre Chloe, incluso sabiendo que no nos llevamos bien, lo mismo es porque lo que tenía que decir es importante...

«Chloe está en peligro».

Por supuesto que lo está.

Tú la has puesto en peligro.

Todo es culpa tuya.

¿Y si era una trampa? Esa pregunta se me vino a la mente mientras cogía las herramientas que necesitaba. A lo mejor su intención era que fuera al instituto, donde estaría esperándome con su pandilla de secuestradores para darme una paliza y así poder tener vía libre con Chloe. Esa idea me cabreó. Más de lo que debería.

Cálmate, Alex. No dejes que Jackson pueda contigo.

Dejé la herramienta en el carro y me limpié las manos cuando terminé de reparar el motor. Entonces escuché unos pasos acercándose. Jackson, con esos aires de superioridad examinaba el lugar, con el rostro completamente serio. Sus ojos azules se fijaron en mí, y yo sentí una rabia que crecía a medida que se acercaba.

—Bonito taller. Los he visto mejores pero..., no está mal.

Puse los ojos en blanco.

—Dí lo que tengas que decir y lárgate.

—Sin preámbulos. ¿No vas a pedirme una cita primero?

—Mira Jackson...

—Vale, vale —dijo, al ver que me estaba empezando a poner de mal humor—. Solo estaba intentando romper el hielo, ya sé que tú y yo no nos llevamos del todo bien...

—¿Y te sorprende? —mascullé con rabia—. Ya sé lo que le hiciste a Chloe en aquella fiesta —en cuanto lo solté, su rostro se transformó—. ¿Cómo pudiste drogarla? Eso es demasiado hasta para ti...

Él cambiaba su peso de una pierna a otra, nervioso.

—Un amigo me comió la cabeza y me dijo que esa era la única forma para conseguir lo que yo quería. Y en ese momento estar con Chloe era lo que más quería en este mundo...

—¿Y realmente crees que ese era el mejor modo?

—Eso no importa ahora, Alex. Sucedió hace mucho.

Su actitud estaba sorprendiéndome realmente. A estas alturas esperaba esa arrogancia y prepotencia con la que siempre me había hablado. Estaba nervioso, como si realmente le preocupara el bienestar de Chloe.

—¿Y por qué dices que Chloe está en peligro? —pregunté, cruzándome de brazos a la altura del pecho y apoyando la cadera en el coche.

—Estoy seguro de que Chloe no solo te ha contado sobre lo que le hice en esa fiesta.

—Si te refieres a tu banda de secuestradores, sí, algo me ha comentado —musité.

—No es solo una banda de secuestradores, Alex. Es..., mucho más que eso. Hugh se dedica a secuestrar a adolescentes, chicas que a lo mejor necesitan dinero o simplemente que están solas, que no tienen a nadie que se preocupe por ellas. Él las acoge con mentiras y luego las envía a Europa para...

—Para prostituirlas —concluí yo.

Asintió.

—¿Y qué pintas tú en todo esto?

—Yo y..., otro compañero, somos quienes se dedican a investigar a las chicas, las buscamos, las seducimos con mentiras y luego se las llevamos a Hugh. Él es quien decide qué hacer con ellas.

—Si piensas que contándome todo esto vas a expiar todos tus pecados, me temo que no funciona así. Te dedicas a secuestrar chicas para prostituirlas...

—Lo sé, y no estoy muy orgulloso de eso. Pero necesitaba dinero y de repente conocí a Hugh y... No sé, ¿vale? No estoy orgulloso de lo que hago, pero estoy metido hasta el cuello y no sé cómo salir...

—¿Y quieres que te ayude a salir?

Negó con la cabeza.

—Lo que quiero es que me ayudes a proteger a Chloe.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Como ya te he dicho, yo no estoy solo en la banda. Hay muchos más. Y si yo os parezco repugnante, los demás son incluso peores. Hay alguien que quiere vengarse de Chloe.

—¿Quién?

—Hugh. No sé por qué pero se ha obsesionado con ella. Sabe que ha hablado con la policía, y no le preocupa que estén detrás, lo que no le gusta es que se rían de él. Y piensa que Chloe y Sarah lo han hecho.

—Me sorprende que te preocupe Sarah, después de que la llevaras a la casa de Hugh...

—Estaba enfadado, ¿vale? No... no lo pensé.

—Ya... No lo pensaste. Claro...

Se rascó la nuca y exhaló.

—No estoy pidiendo disculpas, Alex, lo que estoy intentando es proteger a Chloe. No quiero que le pase nada malo.

—Yo me encargaré de que no le pase nada, te lo aseguro.

—Eso espero.

—¿Algo más?

—No.

—Pues adiós.

—¿Pero a ti que te pasa? Estoy aquí con toda mi buena fe para intentar ayudar a tu novia, ¿y no eres capaz de ser amable conmigo aunque sea un segundo o qué?

—¿Pretendes que sea amable contigo después de que intentaras que me echaran del equipo? ¿Después de que intentaras separarme de Chloe? ¿Después de que intentaras secuestrarla para prostituirla? ¿De que intentaras abusar de ella en aquella fiesta del curso pasado? Bastante que te he escuchado cuando lo que debería hacer es partirte la puta cara por todo lo que has hecho...

Miró hacia atrás y luego a ambos lados, y cerró los puños.

Y adoptó de nuevo esa postura cargada de arrogancia...

—¿Partirme la cara tú? —mostró sus dientes en una falsa sonrisa—. No me hagas reír... Yo si he venido aquí es para intentar hacer lo que tú no haces. ¿Hace cuánto que Chloe sabe todo esto, eh? Hace mucho —se respondió él mismo—. Y a ti te lo cuenta ahora... ¿No será por qué no confía en ti para que la protejas?

Tensé la mandíbula.

Está intentando manipularte.

No entres al trapo...

—Chloe confía en mí —le aseguré.

—Chloe se conforma contigo... Es diferente.

No pude contenerme más y le golpeé en la cara.

Y al instante me arrepentí.

Porque entendí que eso era lo que estaba buscando.

Jackson dibujó una sonrisa manchada de sangre.

—Nos vemos pronto, Alex.

Esa misma noche, tumbado en mi cama, no podía sacarme de la cabeza la conversación con Jackson. Su actitud pasiva a la hora de hablarme de que Chloe estaba en peligro, y ese cambio al

final, como si estuviera buscando que lo golpeará... No tenía sentido.

Me froté la cara y suspiré, cansado. Me giré para mirar la hora en mi teléfono móvil, que estaba conectado a la corriente. Las doce y treinta y dos de la noche. Lo desconecté y busqué el número de Chloe en la agenda.

—Alex —dijo ella con voz suave.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no pasa nada. ¿Qué pasa? ¿Una pesadilla?

Una pesadilla en la vida real.

—No. No puedo dormir. Hay una cosa que ha sucedido hoy que no me saco de la cabeza.

—Dime.

—Jackson ha venido a verme al taller.

Silencio.

—Dice que estás en peligro —continué—. Me ha confirmado que pertenece a esa banda, que se dedica a engatusar a las chicas para llevárselas a Hugh. Y lo más inquietante no es lo que ha dicho, sino cómo, ¿sabes? Quiero decir, al principio parecía que realmente estaba preocupado, que quería protegerte. Luego se ha puesto a provocarme, como si estuviera buscando que lo golpeará y... No sé. Ha sido todo muy raro.

—Probablemente sólo quisiera sacarte de quicio.

—Pues lo ha conseguido.

Me senté en el borde de la cama.

No podía seguir acostado.

—No le des más vueltas, Alex. No tiene importancia.

—Siento haberte despertado...

—No te preocupes. Siempre es agradable escuchar tu voz.

Su comentario me hizo sonreír.

—No te molesto más. Buenas noches. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgué y volví a conectar el teléfono a la corriente. Después, fui a tomarme un vaso de leche caliente con un poco de miel, el remedio que solía darme mi madre cuando era pequeño y no podía dormir.

Salí al porche para tomar algo de aire fresco y me senté en el balancín mientras me tomaba la leche, cuando me pareció ver algo extraño; un hombre montado en una moto estaba justo frente a mi casa, mirando hacia mí. Me incorporé para ver quién era y arrancó el motor, adentrándose en la oscuridad.

Mi padre preparó todo un desayuno para el día de graduación. Había *croissants* recién hechos, tortitas con cualquier tipo de sirope, pan tostado, huevos revueltos, bacon crujiente... y todo a montones. Había comida como para veinte personas. Y lo agradecí, porque desde ayer por la mañana no había comido nada; estuve todo el día preparando el discurso de graduación. Estuve como la primera media hora pensando qué quería decir, la hora siguiente, cuando al fin sabía qué quería decir, necesitaba encontrar las palabras para decirlo. Unas seis horas más tarde, conseguí hacer un buen discurso. O eso pensaba.

El caso es que cuando salí de mi habitación, preparada para el día que me deparaba hoy, encontré ese delicioso manjar en la cocina. Olía tan bien que mi estómago gruñó deseoso de poder llenarse de comida. Mi padre estaba terminando de exprimir las naranjas cuando llegué. Dibujó una sonrisa, se limpió las manos con un trapo y me abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—No tan fuerte, papá —avisé, separándome.

—Lo siento. ¡Estoy tan emocionado! ¡Es tu graduación!

—No tenías por qué hacerlo —dije, refiriéndome a la comida.

—No sabía qué querías para desayunar, así que he preparado un poco de todo. He invitado a Víctor y Helena, no tardarán en venir.

Justo en ese momento, sonó el timbre.

—Ahí deben estar —dijo mientras se acercaba a la puerta—. También le he escrito a Hannah, pero no podía, tenía que bañar a los niños y prepararse para el gran día.

Helena, Víctor, Sarah y el pequeño Miles aparecieron en la cocina, vestidos de una forma bastante elegante. Los hombres llevaban camisa y pantalones, las mujeres, vestido.

—Hoy es el gran día —me dijo Helena—. ¿Nerviosa?

—La verdad es que no.

Por raro que parezca, no estaba nerviosa por la graduación. Más bien estaba ansiosa. Tenía más ganas de ir al instituto, subirme al escenario, soltar el discurso y volver a casa para prepararme para esta noche. Lo único que me apetecía era estar con Alex en esa habitación de hotel, meternos en el jacuzzi y pasar todo el verano con él.

Tras el desayuno fuimos al instituto, donde nos encontramos con Simon y Cole en el parking que estaba a reventar de gente. Yo llevaba puesto un vestido blanco debajo de la toga y el birrete azul, lo único que me diferenciaba del resto del alumnado es la estola dorada por haber sido la primera de mi promoción. Nos reunimos con la familia de Alex, que se encontraban esperándonos en la puerta. Saludé a Hannah y a los niños con un abrazo. Alex me envolvió con

su brazo, atrayéndome para darme un beso en la mejilla. Luego todos juntos entramos al salón de actos. Allí me encontré con el resto de mis compañeros. Nos saludamos todos y nos sentamos en nuestros asientos para dar comienzo a la ceremonia de graduación.

Algunos profesores subieron para despedirse, entre ellos el profesor Grant, que dijo unas palabras preciosas sobre comenzar una nueva etapa. Su mirada estaba centrada en el fondo de la sala, donde estaba sentada mi mejor amiga. Más que una despedida me pareció una promesa, como si los dos estuvieran dispuestos a darse una oportunidad, a anunciar su amor al mundo sin importar las consecuencias.

El director me llamó para que subiera al escenario. Lo hice entre aplausos y vítores. Me coloqué frente al micrófono. Me di cuenta de que mi padre había sacado la cámara, estaba sentado al final del salón, junto a Sarah y su familia, y también al lado de la familia de Alex y de Simón y Cole.

Respiré hondo antes de hablar.

—Cuando me dijeron que tenía que escribir un discurso para la graduación, al principio pensé en que debía girar entorno al fin de una era y el comienzo de otra, sobre el enorme paso que estamos a punto de dar. Pero no quería hacer lo de siempre, quería hacer algo nuevo. Y tras darle muchas vueltas, he decidido hablar sobre lo que ha significado para mí este último año.

»El último año ha sido un completo vaivén de emociones. Los días se me hacían interminables entre estudiar para los exámenes, hacer deberes, los entrenamientos de animadoras, mantener una vida social activa... Es que llegaba la noche y caía redonda en la cama de lo agotada que estaba...

Algunas personas se rieron.

Yo sonreí.

—No podía evitarlo —aseguré—. Pero es lo normal, ¿no? Es decir, desde que entramos al instituto nos han inculcado que nuestro único trabajo es estudiar, que debemos sacar buenas notas si queremos tener algún día un buen futuro. Y en parte, es cierto. Aunque no todo es estudiar. A veces, estás tan centrado en los estudios que te olvidas que eres joven. Un pestañeo y tus mejores años ya han pasado. Ya no podrás ir a fiestas, salir con tus amigos hasta la madrugada, dar paseos por la playa, ir al cine con tu pareja..., porque tendrás un trabajo al que asistir, una casa que pagar, unos hijos a los que cuidar... Son responsabilidades que limitaran bastante tu tiempo.

»Yo este último año he pensado en todo eso, en mejorar mis notas para ir a una buena universidad, tal y como se lo prometí a mi madre. Y lo he hecho. Y también he disfrutado de mi juventud, porque no se tienen dieciocho años toda la vida. He reído como nunca, he llorado hasta quedarme sin aliento, he vivido momentos que no olvidaré jamás, que formarán parte de mí para siempre. Tanto buenos como malos. Y todavía me queda todo el verano para seguir viviendo experiencias nuevas antes de embarcarme hacia un nuevo reto, como es la universidad.

»Para terminar, me gustaría dar las gracias al instituto y a su equipo docente por orientarme en la dirección correcta. Gracias. Y también hacer una mención honorífica a mi mejor amiga, Sarah Greene, una superviviente en todos los sentidos. Aunque ella no haya podido graduarse con nosotros, quiero que sepa que para mí es la mejor persona que he conocido y que no me imagino la vida sin ella.

»Y también dar gracias a mi padre, por enseñarme lo que está bien y lo que está mal, por ayudarme en mis peores momentos, y sobre todo, por alentarme a seguir mis sueños sin importar las dificultades.

»Tranquilo, Alex —dije, mirándolo directamente—, no me he olvidado de ti —sonreí—. Gracias por estar conmigo este último año, por quererme y por demostrarme que importa más la imagen que tienes de ti mismo que la que tienen los demás. Gracias a ti soy una mujer nueva.

Todos empezaron a aplaudir mientras bajaba del escenario y me dirigía de nuevo a mi asiento. Alex me lanzó un beso, y vi a mi padre limpiarse las lágrimas con un pañuelo que Sarah le había dado. Me morí de ganas por ir y abrazarlo.

El director dijo unas cuantas palabras más y tras recoger el título, lanzamos los birretes al cielo. Yo corrí para celebrarlo con Alex, lo abracé y lo besé mientras que la orquesta seguía sonando a un lado del escenario. Mi padre se acercó a nosotros junto con Sarah, con la cámara en mano plasmando en imágenes el momento. Abracé a mi amiga, a mi padre, a Hannah y a los niños, a Víctor y a Helena, a Brett, a Brittany, a Cole y a Simon. A quien no vi fue a Jackson por ningún lado.

Tras el reportaje fotográfico de mi padre en la puerta del instituto, Alex, Sarah y yo nos montamos en mi coche para ir a casa de Brett. Sus madres habían organizado una pequeña ceremonia para celebrar la graduación. Tampoco pensábamos quedarnos mucho tiempo, esta noche era el baile y había que prepararse.

La fiesta era en el jardín. Sus madres habían tirado la casa por la ventana; había una gran mesa con todo tipo de comida, hasta había una barbacoa donde Sophia se encargaba de preparar la carne mientras que Silvia recibía a los invitados y les ofrecía algo de beber.

Brett se acercó a nosotros. Llevaba puesto una camisa azul abierta, dejando sus abdominales a la vista y un bañador negro, el pelo mojado porque ya se había pegado un chapuzón. Nosotros no llevábamos ropa de baño, por lo que debíamos mantenernos alejados del agua.

—¡Qué ya estamos graduados! —exclamó Brett, abrazándonos a los tres—. Bueno, a ti todavía te queda un poco —le dijo a Sarah con una sonrisa maliciosa.

Ella le propinó un golpe en el hombro.

Él se echó a reír.

—¿Has recibido ya alguna noticia de las universidades?

Alex se tensó ante la pregunta de Brett. Negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Qué raro..., se supone que ya han contestado a todos.

—Supongo que se habrá habido algún error, o algo. No sé.

—Bueno, seguro que pronto recibirás noticias. Venga, entrad.

Nos colocamos alrededor de la mesa y cogimos algo de comer y nos fuimos a sentarnos a las hamacas, la zona más alejada del grupo de amigos de las señoras Johnson.

—¿Solo hemos venido nosotros tres? —quiso saber Sarah.

—Pues sí —dijo Brett. Suspiró—. Se supone que esta fiesta se organizó para celebrar mi graduación, pero a mi madre Sophia la han ascendido en el trabajo y ha pasado de ser una fiesta para mí a ser una para ella —suspiró—. Pero no pasa nada. Tampoco me apetecía tener a todo el equipo en mi casa.

—¿Es que te has cansado de tanta testosterona, Brett? —se burló Sarah.

—Claro que no, me encanta pasar tiempo con los chicos del equipo, es solo que me apetecía celebrarlo con mis tres mejores amigos. Brittany no ha podido venir por temas familiares, pero ella también estaba invitada a la fiesta.

—Últimamente tiene muchos problemas familiares —dije yo.

—Es que su familia es..., complicada —respondió Alex—. Cuando salía con ella, me llevó a

su casa un par de veces y..., no sé. Intentaba llamar la atención de su padre, pero por más que hacía, él pasaba de ella, como si no le importara lo que le pasaba... Era extraño.

—Pues vaya padre —musitó Brett—. Al menos esta noche saldrá con nosotros y haremos que sea la mejor noche de su vida. Vendrás, ¿verdad, Sarah?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.

—Es que había pensado que, si vas al baile y no tienes pareja, como yo tampoco tengo, podríamos ir juntos. Así no tenemos que ir solos con estos dos locos enamorados...

Alex y yo nos miramos y sonreímos.

—Me parece bien.

—Me han dicho que los del club de audiovisuales han preparado un vídeo y que lo proyectarán en el baile. Para recordar los mejores momentos del año y eso.

—Pues espero que no esté la pelea con Amber en el comedor.

No me gustaría verme en pantalla grande peleándome...

—Yo creo que sí estará —comentó Alex, burlándose de mí.

—Yo también —añadió Brett.

—Y seguro que tu revelación también —siguió Sarah.

—Este ha sido un año muy revelador para la gran Chloe Davis —dijo Brett entre carcajadas.

Pasamos un rato los cuatro juntos, recordando viejos momentos, como cuando Sarah se comió un bocadillo cuyo pan estaba demasiado duro y se le rompió un diente a la edad de doce años. O cuando Brett se quedó dormido en mitad de la clase tras haberse pasado toda la noche jugando a la Playstation.

—Tenía una obsesión insana con el Ratchet and Clank —admitió mientras se llevaba a la boca una patata frita—. Llegué hasta tal punto que no salía de mi habitación ni para ir al baño.

—¿Y qué hacías si tenías ganas de mear? —preguntó Alex.

—Utilizaba una botella.

Los tres soltamos una carcajada tan fuerte que hasta los amigos de las señoras Johnson nos escucharon y nos miraron con mala cara. Yo bebí de mi refresco para bajar la patata que se me había quedado en la garganta. Tras unas cuantas anécdotas más igual de vergonzosas, decidimos que era hora de irnos para empezar a prepararnos para el baile. Llevé a Alex a su casa, después Sarah y yo fuimos a la mía porque íbamos a prepararnos juntas.

Mi padre estaba en el salón cuando llegamos.

—¿Qué tal la fiesta? —nos preguntó.

Me fijé y vi que estaba viendo videos caseros de cuando era niña. Estaba pausado, pero se podía verme a mí de bebé, sentada en una trona y con la boca manchada de comida mientras mi madre intentaba darme de comer. Los ojos de mi padre estaban llorosos, como si hubiera estado llorando mientras veía el vídeo.

—Bien —respondí—. ¿Recordando viejos tiempos?

Él sonrió y asintió.

—Mi niña se acaba de graduar —dijo con una sonrisa orgullosa y al mismo tiempo triste—. Y parece mentira, porque tengo la sensación de que ayer mismo estaba enseñándote a caminar o protegiéndote de los monstruos que vivían bajo tu cama... Y ahora vas a irte a la universidad, a la otra punta del país, en menos de dos meses...

—Sabes que vendré a verte y que tú puedes venir a verme cuando quieras.

—No es lo mismo...

Me incliné y lo abracé.

—Venga —dijo, limpiándose las lágrimas—, id a preparaos para esta noche. Estoy cargando la cámara y he comprado otra tarjeta de memoria, que de tantas fotos que he hecho esta mañana se ha llenado.

Sarah y yo subimos a mi habitación, cerramos la puerta, pusimos música y empezamos a prepararnos.

Yo fui la primera en ducharse. Mientras Sarah estaba en la ducha, yo saqué los vestidos del interior del armario y los colgué de un perchero para que no se arrugasen. También saqué el joyero y los tacones, tantos míos como los de mi amiga, y el maquillaje y cremas faciales para estar fabulosas esta noche. También me dio tiempo a preparar la mochila para ir al hotel después del baile.

Sarah salió envuelta con una toalla. Yo solamente me había puesto la ropa interior. No me había puesto el conjunto lencero que me compré para impresionar a Alex puesto que no me quedaba bien con el vestido, aunque eso no implicaba que no me lo pusiera más tarde en el hotel. Me senté en el tocador y empecé a secarme el pelo mientras Sarah se vestía.

—Es muy extraño que no hayamos visto a Jackson en la graduación, ¿verdad? Es decir, tanto tiempo esperando este día para que luego ni se presente... Al final sí que va a estar desaparecido de verdad.

—No está desaparecido —respondí—. El otro día estuvo con Alex.

Sarah me miró como si me hubiera salido un tercer ojo.

—¿Alex y Jackson? —preguntó con incrédula.

—Jackson, al parecer, quería advertirle de que estoy en peligro, que hay gente en la banda de Hugh que quiere hacerme daño. No es nada que no sepamos ya.

—¿Qué motivos tendría Jackson para ver a Alex?

Encogí los hombros.

—Ni idea.

—Es que no tiene sentido. Jackson, el hombre que está obsesionado contigo hasta el punto de drogarte, avisando a tu novio de que estás en peligro. Tiene que haber un motivo por el cual visitó a Alex, y dudo que sea para intentar protegerte.

—¿Y qué puede ser?

Ella suspiró y se sentó en la cama.

—Me gustaría saberlo, pero no sé. Todo es muy raro.

—No pensemos en eso ahora, esta es nuestra noche.

—Sí, tienes razón —dijo, acercándose para terminar de secarme el pelo por detrás—. ¿A qué hora estarán los chicos aquí?

—A las siete.

—De acuerdo.

—¿Y vas a verte con Woody después del baile?

—Sí. Y también durante.

La miré a los ojos a través del espejo, sorprendida.

—¿Estás hablando en serio?

Ella asintió con una sonrisa.

—Después de haber estado a punto de morir, que me vean con él es el menor de los males, ¿sabes? Solo quiero disfrutar de esta noche a su lado. Bastante que no puede venir a recogerme porque no quiero que tu padre lo sepa antes que los míos. Pero esta noche pienso estar con él. Luego iremos a su casa y pasaremos la noche juntos. Les he dicho a mis padres que duermo aquí, por cierto. Por si te preguntan.

—Vale, pero yo voy a pasar la noche en un hotel con Alex.

—¿En un hotel? Qué clase, hija —se echó a reír.

—Alex quería que esta noche fuera especial, y ha gastado lo que ahorró para pagar la deuda de su tía para alquilar una habitación en el hotel Sunset Palace, con jacuzzi y todo.

—Joder, menudas calidades para echar un polvo.

Nos echamos a reír.

Sarah, con la ayuda de las planchas, me hizo unas ondulaciones abiertas en el cabello, dejando que mi melena cayera por mi espalda en una bonita cascada. Después, hice yo lo mismo con ella para después hacerle un recogido que vio por *YouTube*. No me quedó nada mal, la verdad. Después empezamos a maquillarnos. Cuando quisimos darnos cuenta, eran las seis y cincuenta y dos, por lo que teníamos unos ocho minutos antes de que Alex llegara a casa. Terminamos con el maquillaje lo más rápido que pudimos, pero no fue lo suficiente, pues cuando terminé de pintarme los labios de un color rosado muy bonito, el timbre resonó por toda la casa. Tan puntual como siempre.

Nos pusimos los vestidos. El de Sarah era de un blanco roto con el hombro descubierto, muy elegante y formal, con unos tacones del mismo color. Yo opté por lo opuesto, un vestido de satén azul marino con una abertura en la falda, lo que me daba más libertad de movimiento y mostraba mis largas piernas y los tacones negros que me había comprado. Aprovechando el bonito escote que me hacía, me puse el collar que Alex me regaló y unos pendientes a juego. Metimos en el bolso de fiesta lo indispensable, un poco de perfume aquí y allá, y ya estábamos listas.

Mi padre, Alex y Brett estaban a los pies de la escalera. Los ojos de Alex se giraron de mi padre hacia mí, iluminándose de una forma que me hizo sonreír. Cuando vi el traje por videollamada pensaba que era de color negro, sin embargo, ahora que lo veía en persona, me daba cuenta de que era de un azul oscuro, y el color hacía que sus ojos se vieran de un color más intenso. Brett, por el contrario, llevaba un traje de un tono grisáceo muy bonito, con camisa blanca y pajarita.

Alex me colocó el hermoso ramillete en la muñeca y yo una rosa blanca en el traje. Después, se inclinó y me besó. Mi padre aprovechó el momento y nos sacó una foto a traición.

—Esperad, que ha salido movida. Darse otro beso.

Alex volvió a besarme, y no se separó hasta que escuchamos el obturador. Mi padre miró la pantalla de la cámara digital y asintió, indicándonos de que había quedado perfecta.

En ese momento, de la cocina salieron los niños y se abalanzaron a darnos un abrazo. Hannah iba tras ellos y, cuando nos vio, se echó a llorar. Yo corrí para abrazarla.

—Estás preciosa —me dijo.

—Gracias.

—Ponerlos juntos, que os voy a echar una foto —dijo mi padre.

Alex se colocó detrás de mí, con sus brazos envolviéndome y sus dedos entrelazados a los míos. Miramos a cámara y foto. Después otra mirándonos entre nosotros. Otra más besándonos.

Luego también nos tomamos con Brett y Sarah, ellos también tuvieron su momento de pareja, aunque no hubo besos, más bien burlas y muecas.

—Ahora una todos juntos.

Los cuatro nos colocamos y posamos.

—Perfecta.

Mi padre se había aguantado las ganas de llorar mientras echaba las fotos, pero en el fondo sabía que alguna que otra lágrima se había escapado, porque no paraba de restregarse los ojos y de limpiarse. Luego le dejó la cámara a Alex para que pudiera tomarse una conmigo.

—Quiero una con mi princesa —dijo, emocionado.

Me envolvió con su brazo y posamos ante la cámara.

Flash.

—Tu madre estaría tan orgullosa de ti —dijo mientras me abrazaba con fuerza—. Te pareces tanto a ella.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no llorar, no quería llegar al baile con el rímel corrido. Simplemente sonreí y volví a abrazarlo, con sus palabras clavadas en la cabeza.

Alex también se echó una con su familia, incluso se hizo una con mi padre. Lo quería como a un hijo más. Luego Brett nos echó una a las dos familias.

—Vale, ya está bien —dije yo—. Al final vamos a llegar tarde.

—Sí, tienes razón —coincidió Hannah—. Tened mucho cuidado.

—Descuida —dijo Alex, dándole un beso en la mejilla.

Nos despedimos y salimos al exterior, donde una enorme limusina blanca nos esperaba para llevarnos al baile. Yo me quedé paralizada, no me esperaba encontrarme semejante coche aparcado fuera.

—¿Os gusta? —preguntó Brett—. Cortesía de mis madres.

—¡Es increíble! —exclamó Sarah mientras se adelantaba con Brett para sentarse.

El interior era increíble, super espacioso y cómodo, además había una nevera equipada con alcohol. Brett cogió una botella de Champagne —que había comprado sin el permiso de sus madres— y brindamos por la mejor noche de nuestras vidas.

El baile lo habíamos organizado la mayor parte los alumnos, con la ayuda del instituto y también de algunos padres, por lo que habíamos podido alquilar un local que había en el centro de Moon Hill. La limusina nos dejó justo en la puerta. Los cuatro entramos al local, decorado con telas sofisticadas y brillantes, como si fuera una auténtica gala de Hollywood. La idea la tuvo Brittany, y la verdad es que a todos nos pareció una buena idea.

El local era enorme. En la zona de la izquierda estaban las mesas, donde algunos camareros llevaban bandejas de comida a los alumnos que estaban sentados. En la derecha, la pista de baile, con un montón de lucecitas incrustadas en el techo y que caían simulando una lluvia de estrellas. El disc-jockey tocaba una canción energética, la gente saltaba y bailaba dándolo todo. También había un *photocall* situado a un lado de la puerta, donde había un fotógrafo profesional, además de un fotomatón para los más tímidos.

Nosotros primero fuimos a echarnos más fotos, porque en mi casa no habíamos tenido suficiente. Primero una por separado, luego por parejas y luego una juntos siendo formales y luego otra alocados. Después a las mesas a picotear algo. Allí nos encontramos con nuestros compañeros, nos saludamos y más fotos.

—Estoy empezando a cansarme de tanta foto —comenté en voz baja para que solo Alex pudiera escucharme.

Alex sonrió.

—Es necesario immortalizar esta noche porque estás impresionante y todo el mundo debe recordarlo —me dijo al oído. Yo sonreí con timidez y me incliné para besarlo.

Justo en ese momento apareció Brittany con un vestido rosa pálido increíble y un peinado con el que se parecía a la *Barbie*. Otras cuantas fotos más. Después Sarah desapareció unos instantes tras recibir un mensaje al teléfono, supuse que fue a encontrarse con Woody, cosa que confirmé cuando los vi bailando en la pista de baile muy acaramelados, sin importarles que les estuviera mirando.

Brittany y Brett se quedaron sorprendidos cuando los vieron, al igual que el resto de alumnos, pero a ellos ya no les importaba que les vieran porque habían pasado por un momento demasiado traumático como para preocuparse ahora por la opinión de los demás. Los dos pensaron que no volverían a verse, que no podrían volver a estar juntos, y afortunadamente Sarah despertó, por lo que estaban aprovechando esta segunda oportunidad.

Yo tomé de la mano a Alex y nos unimos a ellos. Ahora sonaba una canción más tranquila, una para bailar en pareja. Yo envolví su cuello y él colocó las manos en mis caderas, moviéndonos al ritmo de la canción. Cuando David nos miró, lo saludamos con un leve asentimiento de cabeza y él simplemente sonrió como agradecimiento por el apoyo. Lo que al principio fue un momento de lo más incómodo, ver a una alumna y a un profesor bailando juntos de esa forma, poco a poco fue quedando atrás, como si solamente fueran una pareja más.

—Te amo —me susurró Alex al oído.

Tomé su rostro y me fundí en su boca.

Acto seguido, el ritmo de la canción cambió a uno con más energía. Brett y Brittany se unieron a nosotros, saltamos y gritamos, giramos y nos abrazamos, movimos el trasero como nunca. Lo dimos todo. Incluso el profesor Grant que siempre había sido muy formal, empezó a moverse como un loco. Sarah no podía dejar de sonreír. Estaba feliz. Y yo estaba feliz por ella.

Tras tantos pasos prohibidos, decidimos descansar un poco. Nos sentamos en una de las mesas que se habían quedado libres, y nos tomamos una copa de ponche de cereza que alguien había mezclado con alcohol.

—Es raro veros juntos en público —comenté a David y Sarah, que eran los únicos que nos habían seguido.

—Ya, para nosotros también es algo raro —coincidió David, tomando de la mano a su novia, mi mejor amiga, sin importar que lo vean—. Pero estamos decididos a estar juntos pese a quien le pese. No queremos perder más tiempo.

—Hacéis muy bien —dijo Alex—. No teníais que haberos ocultado desde el principio, aunque entiendo por qué lo habéis hecho. Ahora a disfrutar.

Sarah tomó el rostro de David y lo besó.

Yo reprimí el impulso de aplaudir.

—Lo que me resulta más raro es estar con vosotros fuera del aula, ver a todos mis alumnos bebiendo alcohol, bailando y metiéndose la lengua hasta la campanilla... —se echó a reír—. A quien no he visto es a Jackson —fue escuchar su nombre y ponernos los tres en tensión—. ¿No sabéis donde está?

—No sabemos nada de él —instó Alex.

David intuyó que había algo que no iba bien. Sarah tenía el rostro serio, como si se hubiera dado cuenta de que tarde o temprano tendría que decirle a David la verdad sobre lo que le pasó. Yo coloqué mi mano sobre la suya, dándole las fuerzas que necesitaba para hacerlo. Cogí a Alex

y nos levantamos, dejándoles espacio para que hablasen.

Volvimos a la pista de baile.

—Al final yo tenía razón —dijo Brittany—. El profesor Grant estaba saliendo con una alumna.

—Eso parece —dije yo.

Tras la conversación que David y Sarah tuvieron, se reunieron con nosotros. David tenía el rostro descompuesto, por mucho que intentara sonreír y pasárselo bien. Saber de pronto lo que había pasado durante estos meses..., resultaba abrumador. Yo lo sabía. Alex lo sabía. Por eso no hablamos del tema e intentamos disfrutar de la noche.

Llegó la hora del video. Se trataba de sucesiones de imágenes sobre lo que había pasado durante el curso. Había una del primer día de clase, en una salíamos Sarah y yo yendo a las taquillas. Entonces me di cuenta de que Alex estaba detrás de mí, mirando un papel que supuse que se trataba el mapa para encontrar su taquilla y el número de combinación. Los dos miramos la foto y después nos miramos a los ojos. Sonreímos. Porque nuestra historia de amor comenzó ese día.

También había fotos de las animadoras, de todos los partidos, de los bailes... Agradecí que hubieran suprimido las partes bochornosas como cuando exhibí mis intimidades en el comedor delante de todo el mundo, cuando me peleé con Amber, cuando abofeteé a Alex... Muchas cosas habían pasado en ese edificio, la mayoría buenas, y otras que... Bueno, mejor olvidarlas.

El video acabó con una foto de la promoción del 2019.

La noche estaba resultando increíble, pero se estaba haciendo tarde y la verdad es que lo único que me apetecía hacer era estar con Alex en esa habitación de hotel. David y Sarah también querían irse, así que los cuatro salimos del local. Nos despedimos en la puerta, ellos se montaron en el coche de David y desaparecieron en la oscuridad. Alex y yo esperamos en la puerta a que el chofer de la limusina apareciera para poder llevarnos a mi casa. Teníamos que coger mi coche y recoger nuestras cosas para ir al Sunset Palace.

—¿Te lo has pasado bien?

Asentí.

—Ha sido la mejor noche de mi vida.

—Y eso que la noche todavía no ha acabado.

Su tono provocador me hizo sonreír.

Se inclinó hacia mi oído.

—Estoy deseando poder quitarte este vestido y ver ese conjunto que me dijiste —su voz era ronca, masculina, poderosa—. Llevo soñando con él desde que me lo dijiste.

Me mordí el labio inferior.

—Te aseguro que te encantará.

—No espero menos.

Se inclinó y me besó.

De repente, el lugar oscuro se llenó de luces rojas y azules. El sonido de una sirena aproximándose a nosotros me sobresaltó, al igual que el frenazo forzoso de dos coches. ¿Qué estaba pasando? Alex me colocó detrás de él cuando cuatro policías salieron de los coches y nos apuntaron con su arma.

—¿Alex Wilson? —preguntó uno de ellos.

—Soy yo —respondió Alex, tenso—. ¿Hay algún problema, agente?

—Queda usted detenido por el asesinato de Jackson Williams...

¿Asesinato?

Uno de los policías me apartó de Alex, mientras que otro lo cogía y lo empotraba contra uno de los coche policiales. Yo estaba paralizada, veía cómo lo esposaban y leían sus derechos y quería hablar, decirles que estaban equivocados, que Alex no había matado a nadie, pero el nudo de mi garganta estaba estrangulándome y no me dejaba soltar ni una sola palabra.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó Alex.

—Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra...

No. No. No podía ser cierto.

¿Jackson había muerto?

¿Asesinado?

Y pensaban que había sido Alex...

No podía estar pasando esto.

Alex no era ningún asesino.

El policía se llevó a Alex esposado, sentándolo bruscamente en los asientos traseros del coche. Sus ojos se encontraron con los míos tras la ventanilla, parecía perdido, hundido, dolido, y no entendía por qué se sentía así si él no había hecho nada de lo que lo acusaban. Y de repente, el coche desapareció, y me vi ante una oscuridad asfixiante. Sola.

¿Por qué ningún baile podía acabar bien?

[1]

Revisar para perfeccionar el capítulo.